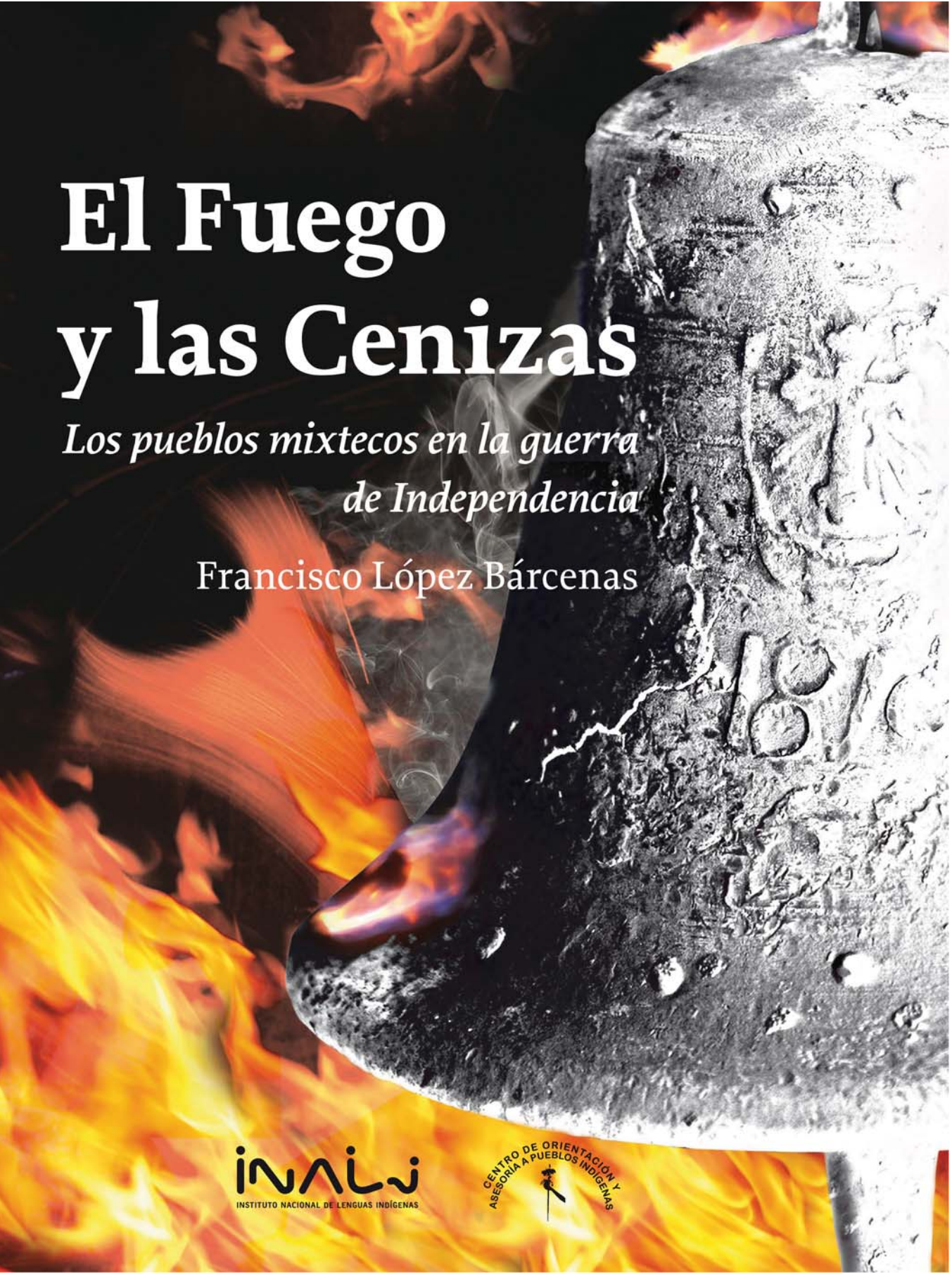


El Fuego y las Cenizas

Los pueblos mixtecos en la guerra de Independencia

Francisco López Bárcenas

INALI
INSTITUTO NACIONAL DE LENGUAS INDÍGENAS

CENTRO DE ORIENTACIÓN Y ASESORÍA A PUEBLOS INDÍGENAS

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

El fuego y las cenizas

Los pueblos mixtecos en la guerra de Independencia

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

El fuego y las cenizas

Los pueblos mixtecos en la guerra de Independencia

Francisco López Bárcenas

INSTITUTO NACIONAL DE LENGUAS INDÍGENAS

CENTRO DE ORIENTACIÓN Y ASESORÍA A PUEBLOS INDÍGENAS

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

972.03 L864 2011	López Bárcenas, Francisco El fuego y las cenizas: Los pueblos mixtecos en la guerra de Independencia. – México INALI, 2011. 382 p.: fot., 24 cm + 1 DVD Bibliografía: p. 372-382 ISBN 978-607-7538-46-2 1. México – Historia – Guerra de Independencia 1810-1821 2. Puebla – Historia —Siglo XIX 3. Oaxaca – Historia – Siglo XIX 4.Guerrero – Historia – Siglo XIX 5. Mixtecos – Historia

Primera edición: 2011

Esta edición y sus características son propiedad del
D.R. © 2011 **Instituto Nacional de Lenguas Indígenas**
Privada de Relox 16-A, 5° Piso, Col. Chimalistac,
Deleg. Álvaro Obregón, México, D.F., C.P. 01070
Tel. (55) 50 04 21 00
www.inali.gob.mx

D.R. © 2011 **Centro de Orientación y Asesoría a Pueblos Indígenas A.C.**
Ram. 3 A. Centro, Tlaxiaco Oaxaca, C.P. 69800

ISBN 978-607-7538-46-2

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la autorización por escrito de los titulares de los derechos de esta edición.

Ejemplar de cortesía, prohibida su venta

Impreso en México

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

La tarea más seria, más auténtica del ser humano, es comprender. No digo comprenderse a sí mismo, eso no se puede, pero intentar comprender la historia y la sociedad en la que vivimos. Y sospecho que no nos preocupamos mucho por ello.

José Saramago

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Índice

Presentación 13
Introducción 15

I. **La lumbre y la pradera** 19
La Mixteca fraccionada 19
Reformas borbónicas 22
Dualidad económica 26
Ecos de la crisis española 32
Vientos sureños 36

II. **La chispa y la llama** 43
La chispa costeña 43
Antonio Valdés prende la mecha 47
Valerio Trujano prende la lumbre 55

III. **Echando agua al fuego** 63
La defensa de los realistas 63
La iglesia poblana intenta apagar el fuego 73
La iglesia oaxaqueña echa leña a la lumbre 79

IV. **La llama y su resplandor** 85
La insurrección en la Mixteca 85
¡Fuego en Chiautla! 86

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

¡Fuego en Izúcar! 89
¡Fuego en toda la región! 97
¡Fuego en Yanhuitlán! 99
Valerio Trujano sigue incendiando la Mixteca 104
¡Fuego en Huajuapan! 106
El resplandor de Valerio Trujano 117
Mariano Matamoros y el fuerte de Izúcar 121

V. **Expandiendo el fuego** 125
Rumbo a Tehuacán 126
La muerte de Valerio Trujano 131
Rumbo a Oaxaca 136
La toma de Oaxaca 139

VI. **Fuego en el centro** 147
Mirando hacia la costa 149
Morelos en la Mixteca 155
La huida realista 164
La toma de Acapulco 166
El Congreso de Chilpancingo 168
Vicente Guerrero en la Costa Chica 171

VII. **Apagando el fuego** 175
La derrota de Valladolid 175
Los realistas cambian de estrategia 178
Comienza la contrarrevolución 180
Rebelión contrainsurgente en Jicayán 185
Rebelión contrainsurgente en Ometepec 189
Campaña contrainsurgente en la costa 193
Contraataque insurgente 197

VIII. **Recuperando terreno** 203
Ignacio Rayón en la Mixteca 203
Ignacio Rayón en Huajuapan 206
Los realistas recuperan Oaxaca 212
Derrotas insurgentes en la Mixteca alta 216

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Recuperación de la costa 221
Los insurgentes pierden terreno 226

IX. **Vientos y nubarrones** 229
Guerra de guerrillas 229
Precaria unidad insurgente 232
Resistencia en Silacayoapan, ataque sobre Tlapa 234
Intento de recuperar Silacayoapan 241
Vicente Guerrero, comandante de las mixtecas 245

X. **La lumbre prende otra vez** 251
La campaña en las mixtecas 252
El manifiesto de Alcozauca 266
El ataque sobre Tlapa 268
Los pueblos sufren la guerra 272
Rosáinz se indulta 273

XI. **Humo** 277
La muerte de Morelos 277
Disolución del Congreso 280
Continúan las divisiones 283
Ajuste de estrategias 285
Quitando el agua al pez 288

XII. **Ventarrones** 299
Cerro Colorado 299
San Esteban 303
Silacayoapan 309
Contrainsurgencia en la Montaña 319
Xonacatlán 324
Atlamajalcingo del Monte 330

XIII. **Brasas** 333
La resistencia en la Mixteca alta y baja 334
La resistencia por la Mixteca costeña y baja 337
Los ajustes realistas 339

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

La lucha sigue 341
Las últimas batallas 345
La captura de Marcelino Sánchez 347
La rebelión triqui 348

XIV. **Cenizas** 353
Cambio de estrategia 356
El secuestro de un ideal 361
El fin de la guerra 365
Insurgentes al poder 369

Bibliografía 375
Archivo 375
Documentales 375
Clásicas 376
Especializadas 376
Regionales 377
Biografías 379
Contexto 380
Novelas 381
Internet 382

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Presentación

El Instituto Nacional de Lenguas Indígenas se complace en presentar a todos los lectores el libro de Francisco López Bárcenas El fuego y las cenizas. Los pueblos mixtecos en la guerra de Independencia, *libro y video que sin duda fortalecerán la historia, la cultura y las lenguas del pueblo mixteco. Éste es un libro y un video sobre la historia de la mixteca. Es la participación de los mixtecos en el movimiento de la independencia nacional, es la historia nacional y es el esfuerzo de todos ellos por lograr sus sueños y aspiraciones a una vida mejor, por ser integrantes de esta nación mexicana.*

Este trabajo nos muestra los testimonios y la memoria de los habitantes de esta región indígena, trasmitida de generación en generación. Es la tradición oral viva en la lengua indígena, en los recuerdos y en las prácticas rituales y tradicionales. Son la historia de boca en boca de las personas mayores, quienes las trasmiten de corazón a corazón con la esperanza de que su trabajo y su vida se traduzcan en nuevas esperanzas, en una mejor vida.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Introducción

PARA LOS PUEBLOS MIXTECOS la guerra de independencia fue algo muy distinto a lo que fue para los criollos que la dirigieron: una lucha de facciones entre unos españoles que controlaban la economía y la política y otros que no lo hacían y aspiraban a hacerlo porque se sentían con derecho a ello. De manera un tanto esquemática, la guerra de independencia se ha explicado como un problema entre españoles peninsulares y españoles americanos, donde los primeros peleaban por no dejar el poder económico y político que ejercían y los segundos por acceder a esos mismos espacios para defender sus propios intereses.

Los enfrentamientos entre los dos grupos se mostraron con más claridad en el año de 1808, cuando la metrópoli española fue invadida por las tropas francesas y la clase gobernante se fracturó, unos apoyándola y otros oponiéndose a la ocupación. Los reyes abdicaron y entregaron el poder a los invasores, con lo cual desataron un debate sobre el titular de la soberanía: el rey o el pueblo. Así se creó un espacio propicio para la lucha. Las repercusiones de estos sucesos llegaron hasta las colonias de ultramar, haciendo que los diversos sectores de la sociedad novohispana se alinearan con uno u otro bando.

Lo pueblos mixtecos no fueron ajenos a estos acontecimientos, pero no participaron en la misma forma que los españoles ni con los mismos objetivos. No podían hacerlo, pues eran los españoles rebeldes quienes los oprimían y el triunfo de aquellos representaba la continuidad de la opresión. Cuando se enrolaron en la guerra, lo hicieron des-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

pués de ver que tenían posibilidades de triunfar y como una forma de zanjar sus diferencias con los españoles, aun cuando algunos de sus enemigos eran dirigentes de la rebelión. Los españoles se dieron cuenta, pero los aceptaron porque los necesitaban para enfrentar a sus enemigos peninsulares.

También hubo líderes indígenas importantes que encabezaron a sus pueblos durante la guerra. Uno de ellos fue Antonio Valdés, un chatino de Tataltepec que levantó a los mixtecos de la costa después que José María Morelos y Pavón llegó por esos rumbos; otro fue el de Mariano Maldonado, un tlapaneco que se enroló en la lucha por decisión de su pueblo; el de Valerio Trujano, que sostuvo el sitio más grande de la historia en Huajuapan de León; el de José Remigio Sarabia, mixteco de la región alta convencido de que era la forma de liberarse de las arbitrariedades de los curas; o el de Juan del Carmen, un negro de la Mixteca costeña, quien se enroló en la lucha pensando que para librarse del sometimiento era necesario desterrar a los españoles.

Cuando los bandos insurgentes y realistas habían entrado en una especie de empate, en la metrópoli española hubo sucesos que favorecieron con cambios que los insurgentes buscaban y éstos decidieron aliarse a sus enemigos para terminar con una guerra que ya llevaba más de una década. Pero lo hicieron también porque los pueblos estaban participando muy activamente en ella y corría el riesgo de perder el control. Por eso aunque los ejércitos firmaron la paz muchos pueblos siguieron peleando para defender sus intereses, dirigidos por sus propios líderes locales. Por la resistencia que opusieron y la fiereza con que fueron perseguidos, son dignos de mencionar Marcelino Sánchez, quien luchó en la Mixteca alta, y José María Sánchez en la Montaña; entre ellos hay que incluir a Hilario Alonso Medida *Hilarión* y Eugenio Brígido, dos líderes triquis que nunca pudieron ser sometidos y fueron de los primeros en levantarse en armas contra el Estado independiente.

De estos procesos emancipatorios de los pueblos nada o casi nada se dice en la historia oficial. Para ella la guerra de independencia fue un fenómeno fundamentalmente de elites españolas ilustradas que buscaban independizarse de la corona para redimir a la Nueva España; los pueblos indígenas, mixtecos en este caso, no participaron, y si lo

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

hicieron fue sólo como soldados al servicio de los criollos. Inconforme con esta versión de la historia, me propuse narrar una historia donde se expusiera la participación de los pueblos mixtecos, las motivaciones que tuvieron para hacerlo, las formas en que lo hicieron y los resultados de ello.

Además de lo anterior, pensé en una obra que reflejara la participación de los mixtecos como pueblo, no subordinados a las intendencias o partidos en que fueron divididos. Este era un aspecto central que me interesaba, pues quería conocer su comportamiento de conjunto, no en las partes que se muestran cuando se habla de la lucha en las divisiones administrativas impuestas por los colonizadores. El resultado para mí ha sido sorprendente y fascinador, pues muestra la importancia de la participación de los pueblos indígenas en la guerra de independencia de una manera más rica de la que hasta ahora se conoce. La importancia de ello se acrecienta si se toma en cuenta que los pueblos mixteco eran de los más numerosos en esa época.

Para armar esta historia conté con información de primera mano, especialmente las proclamas de los insurgentes y los partes de guerra de los realistas que los combatieron. Para entender mejor de lo que esos documentos hablaban, me fui a recorrer todos aquellos lugares que fueron escenario de las grandes gestas heroicas. Eso me permitió conocer o imaginar las causas por la que los mixtecos se levantaron en armas, pero también las condiciones geográficas que les permitieron mantenerse por mucho tiempo en pie de lucha. De igual manera, conversé con personas que me contaron *su* historia, una historia que guardan celosamente, aferrándose a ella para construir su futuro. Con todos esos elementos me puse a escribir este libro. Fue un proceso difícil, pues cuando creía que ya lo había redondeado aparecía nueva información que apuntalaba o modificaba lo ya escrito, lo que obligaba a deshacer lo avanzado y volver al principio. Así estuve más de tres años, hasta que decidí ponerle punto final.

La obra se vio enriquecida con la participación del Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, cuyo aporte permitió, cuando el libro ya estaba terminado, regresar a la región y recoger testimonios de la gente para con ellos elaborar un video en lengua mixteca y español, mismos que aquí se presentan conjuntamente. El contenido de ambas obras

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

—libro y DVD— coincide en lo sustancial aunque, como es natural, no es lo mismo lo que se plasmó en documentos hace doscientos años y lo que los mixtecos conservan en la memoria de aquellos sucesos. Pero esa es precisamente la riqueza de ambos: permiten conocer lo que entonces se dijo de la guerra de independencia con la imagen que los pueblos conservan de ella.

He tratado de hacer una historia amena pero no sé si lo he logrado. Eso sólo lo pueden decir los posibles lectores. De lo que estoy seguro es que tanto el libro y el video buscan ser obras de divulgación, dirigido principalmente a los mixtecos que no han accedido a una educación especializada y, por lo mismo, no han podido profundizar en el conocimiento de su pasado. Por eso a veces asume la forma de reportaje, mientras en otras la de una crónica. Los documentos oficiales de la época, lo mismo que las opiniones de actores importantes, muchas veces aparecen completos o citados en extenso para que el lector los conozca tal y como se expusieron en su tiempo.

Tengo una deuda de gratitud con muchas personas que sumaron su trabajo, conocimiento y tiempo para que la obra fuera posible. Recorrí los pueblos de la mixteca donde se dieron algunos sucesos de los que trata la obra acompañado de amigos y amigas que —igual que muchas gentes de los pueblos— me ofrecieron desinteresadamente su apoyo, mientras otros y otras conseguían información en bibliotecas y archivos. Cuando el libro y el video estuvieron concluidos en su primera versión, varios de ellos y ellas los analizaron y formularon valiosas sugerencias para transformarlo en una obra más presentable. A todas las personas que de una u otra manera participaron en este esfuerzo les extiendo mi agradecimiento más sincero. Aunque no tienen ninguna responsabilidad en lo que aquí se afirma, ni la forma como se hace, espero que se acerque un poco a lo que imaginaron.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

I. La lumbre y la pradera

La Mixteca fraccionada

EN EL AÑO DE 1810, cuando comenzó la guerra de independencia en la Nueva España, la región Mixteca se encontraba dividida entre las intendencias de Puebla y Oaxaca, cuyas capitales eran las ciudades que llevaban esos mismos nombres. Esta región, de aproximadamente 40 mil kilómetros cuadrados, culturalmente tenía la misma extensión de ahora: su frontera occidental corría paralela a los límites entre las intendencias de Puebla y Oaxaca, hasta la altura de Tlapa, de donde seguía la cuenca del río Atoyac y desembocaba en Acatlán, en la intendencia de Puebla. Al norte, sus límites arrancaban desde este punto en línea recta hasta conectarse al bajo Valle de Tehuacán, en la misma intendencia; seguía la configuración de la Cañada de Telixtlahuaca, en la intendencia de Oaxaca, y avanzaba por los Valles Centrales rumbo a Cuilapan; de ahí variaba al sureste, llegaba a Teojomulco y continuaba por los límites del distrito de Juquila hasta Puerto Escondido, en la costa del Océano Pacífico, cuyo litoral formaba su frontera sur.[1]

Como ahora, la geografía de la región era bastante accidentada. Grandes sierras la atravesaban transversalmente, dando origen a varias cadenas montañosas que se entrecruzaban para provocar un relie-

[1] Juan Arturo López Ramos, *Esplendor de la antigua mixteca*, pp. 25-26.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ve sumamente abrupto; de hecho, el territorio que habitaban y habitan los mixtecos forma parte de lo que en la actualidad se conoce como Sierra Sur, en el estado de Oaxaca, y la región de la Montaña en el estado de Guerrero. Las sierras más conocidas son la de Nochixtlán, Peñoles, Coicoyán de las Flores y Silacayoapan, en la Mixteca baja, y los cerros de Yucuninu, Yucucasa y la sierra de Chicahuaxtla en la Mixteca alta; la de Acatlán, en el estado de Puebla; el cerro de La Garza, el de Metlatonoc y el de Atlamajalcongo del Monte en la región de la Montaña, en el estado de Guerrero. Algunas de estas elevaciones alcanzan 2 500 metros de altura, y en conjunto todas estas montañas reciben el nombre de Nudo Mixteco. Junto a estas montañas también se localizan valles como el de Nochixtlán, en la Mixteca baja; el de Izúcar en el estado de Puebla, y el de Hamuxtitlán en el estado de Guerrero; a ellos habrá que añadir los de Jamiltepec y Pinotepa Nacional, en la Costa Chica oaxaqueña. En este territorio se localiza unos de los principales ríos de la República mexicana, el río Mixteco, que tras largo recorrido por cañones y planicies se constituye en el más importante afluente del río Balsas; en la región también nacen los afluentes que alimentan los ríos Tlapaneco, Verde y Santo Domingo, que desemboca en el Papaloapan.[2]

La división actual del territorio mixteco no ha existido siempre. Durante la época prehispánica sus habitantes la dividieron, tomando en cuenta la situación geográfica y ecológica, en Mixteca alta, Mixteca baja y Mixteca costeña. De eso dieron testimonio los religiosos dominicos que llegaron a la región décadas después que las tropas españolas. Fray Antonio de los Reyes, por ejemplo, decía que:

> [...] a la Mixteca alta, la región de Yanhuitlán y Nochixtlán la llamaron *Nudzavuiñuhu*, que es cosa divina y estimada [...] a la parte que cae hacia Oaxaca, *Tocuisi ñuhu*, por ser también tierra estimada; a la Mixteca Baja, a la región de Juxtlahuaca, le pusieron nombre de *Nuiñe*, por ser tierra cálida, y toda aquella cordillera hasta *Puctla* que es el principio de la Costa llamaron *Ñuñuma*, por las muchas nieblas

[2] Maurilio Muñoz, *Mixteca nahua tlapaneca*, p. 21; Víctor Raúl Martínez Vásquez, *Movimiento popular y política en Oaxaca 1968-1986*, p. 35.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> que ahí se ven ordinariamente[...] A la cuesta del mar del sur, que se sigue a *Puctla* llamaron *Ñundaa*, por ser tierra llana.[3]

Cuando los españoles invadieron la región modificaron esa división por otra que les permitiera su control. Por principio ignoraron la clasificación de los mixtecos y en su lugar impusieron la de ellos, que se manifestaba de dos maneras: una eclesiástica y otra administrativa. De acuerdo con la primera, la Mixteca se dividió en provincias de evangelización integradas por regiones encomendadas a las órdenes monás-

DIVISIÓN POLÍTICA DE LA MIXTECA AL INICIAR LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.
Elaboró: *Omar Escárcega Lozano*

[3] Fray Antonio de los Reyes, *Arte de la lengua Mixteca*, pp. I y II.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ticas para que propagaran la religión católica; la segunda agrupaba la región en distritos jurisdiccionales de las audiencias, subdivididas en gobiernos, corregimientos y alcaldías mayores. Las jurisdicciones correspondientes a la jerarquía de la iglesia fueron creadas por real cédula del 20 de febrero de 1534, la cual ordenaba "que la Nueva España se divida en cuatro provincias o mitras: la de Michoacán, la de México, la de Guazacualco y la de las Mixtecas". Esta disposición real fue ejecutada por los oidores de la Audiencia de México, el 30 de julio de 1535.[4]

Reformas borbónicas

Pero la invasión española a estas tierras no sólo había alterado sus fronteras internas, sino toda su vida, producto de los continuos cambios que durante casi trescientos años se introdujeron en su organización y la administración de los asuntos públicos y privados por parte de la corona española. Cuando los vientos independentistas llegaron a la Mixteca, sus habitantes todavía resentían los efectos de aquellas que se conocieron como reformas borbónicas. Todo comenzó en el siglo XVIII, cuando la dinastía de los Austrias fue sustituida en el trono español por la de los Borbones, quienes impulsaron reformas económicas, políticas y administrativas que les permitieran concentrar el poder de las colonias, que sus antecesores habían delegado en otros grupos. Por la ordenanza de 1782 comenzaron a transformar la forma de gobierno en la Nueva España; también abolieron el sistema de repartimientos, con lo cual suprimieron el control de los pueblos indígenas por parte de los conquistadores, la cual se había creado con la idea de adoctrinarlos, pero que en realidad sirvió para explotar gratuitamente su fuerza de trabajo. La medida se reforzó con la reforma del 4 de diciembre de 1786, que abolió esa institución y permitió que los pueblos comerciaran libremente su producción, aparentemente porque tuvieron que ajustarse a los nuevos lineamientos impuestos desde España. Aun así, la medida fracturó el control de la producción local por parte de los comerciantes, devolviéndola a las autoridades centrales.

[4] Edmundo O'Gorman, *Historia de las divisiones territoriales de México*, p. 5.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Al suprimirse los corregimientos, su lugar lo ocuparon las intendencias y a ellas subordinaron las alcaldías mayores, fortaleciendo el control del territorio de la Nueva España por parte de las autoridades de la corona, lo mismo que las actividades políticas y económicas que se realizaban en ella. La Mixteca quedó dividida entre dos intendencias: una parte bajo el dominio de la intendencia de Oaxaca correspondiendo más o menos al territorio que hoy pertenece a dicho estado, el cual a su vez se subdividió en partidos[5] cuyas cabeceras fueron Jamiltepec, Nochixtlán, Teposcolula, Huajuapan y Juxtlahuaca; mientras a la intendencia de Puebla se integró el territorio que en nuestros días corresponde a los estados de Guerrero y Puebla, y formaron parte de ella los partidos de Ometepec, Tlapa, Acatlán y Tehuacán.[6]

Estas reformas modificaron sustancialmente las relaciones económicas en la Mixteca favorecieron la movilidad social, pero sin que los nuevos grupos sociales emergentes pudieran realmente acceder a sus pretensiones, lo que terminó generando muchas tensiones sociales. Los españoles criollos y mestizos dedicados al trabajo artesanal mejoraron sus condiciones de vida, pero no pudieron arribar a los altos cargos públicos reservados para los españoles peninsulares. En esas condiciones, los nuevos capitales fueron dirigidos hacia el campo para comprar ganado y trapiches, o alquilar las tierras de los indios para el pastoreo de ganado menor, lo que les permitió acumular más riquezas y añorar los cargos públicos. Estas aspiraciones no satisfechas serían un motivo de que la lumbre insurgente prendiera en la pradera mixteca.

Por ese tiempo la población de las intendencias de Puebla y Oaxaca era mayoritariamente mixteca. La de Oaxaca tenía en total 411 336 pobladores, de los cuales 363 080 eran indígenas; es decir, casi nueve de cada diez personas que habitaban la región eran mixtecos y sólo uno español. Xicayán era la Alcaldía mayor y abarcaba gran parte de la Costa chica oaxaqueña, desde Zacatepec hasta los Amuzgos por el nor-

[5] División política de las intendencias, parecidos a los actuales distritos rentísticos.

[6] José María Murguía y Galardi, *Apuntamientos estadísticos de la provincia de Oaxaca en esta Nueva España, que comprenden dos partes, la primera sobre sus antigüedades y la segunda sobre su actual estado*, pp. 78-10.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

LAS INTENDENCIAS DE LA NUEVA ESPAÑA AL INICIAR LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.
Elaboró: *Omar Escárcega Lozano*

te, hasta los Cortijos, Tlacamama, Pinotepa del Rey —hoy Pinotepa Nacional— y Huazolotitlán por el sur; en el centro Xamiltepec y al oriente Tututepec y Juquila. En el año de 1777 se contaron 28 211 habitantes: 20 705 indios, 6 296 mulatos, 570 mestizos, 481 españoles y 159 negros.[7] Si bien la región era un mosaico cultural, en ella predominaban los mixtecos, y las minorías eran españoles y negros.

No contamos con datos sobre toda la intendencia de Puebla pero sí sobre Tlapa, que abarcaba gran parte de la región, donde en los albores del siglo XIX se registraba una población aproximada de 40 mil habitantes, de los cuales 94 por ciento eran indígenas —mixtecos, nahuas o tlapanecos—, 3 por ciento mestizos y 0.5 por ciento mulatos y

[7] AGN, Ramo Historia, vol. 72.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

sólo 2.5 por ciento españoles.[8] No obstante esta realidad, quienes dominaban era la minoría de españoles peninsulares convertidos en comerciantes, hacendados y burócratas del Estado y el clero, la mayoría de las veces emparentados. Era de estas familias de donde salían los alcaldes mayores de los partidos más ricos de las provincias —que en la Mixteca eran Jamiltepec, Nochixtlán y Tlapa—, muchas veces por herencia o por compra.

Ahí estaban, Bernardino Bonavía, comerciante de Oaxaca y subdelegado de Villa Alta entre 1790 y 1795, quien se opuso a las reformas borbónicas porque atentaban contra sus intereses. Cuando estalló la guerra de independencia fue comandante de la Séptima Brigada del ejército realista, encargada de guardar la seguridad en toda la intendencia. Ahí estaba también José Régules, originario de la provincia de Villasante, de la arquidiócesis de Burgos en Castilla la Vieja. Sus principales empresas se localizaban en el valle de Yanhuitlán y Teposcolula, donde fue administrador de las rentas reales, además de justicia mayor y comandante de milicia en Nochixtlán. En 1797 recibió en herencia el puesto de regidor perpetuo del ayuntamiento de Oaxaca. Después de que las fuerzas insurgentes se hicieron de la provincia de Tlapa, fue nombrado comandante del ejército realista en la Mixteca, con la encomienda de evitar que pasaran a Oaxaca.[9]

Por la mixteca costeña en la intendencia de Puebla, figuraba Francisco París, un comerciante cercano a las autoridades españolas. Había sido subdelegado de Tlapa y a finales de 1800 fue comandante de la Cuarta División de Milicias de la Costa del Sur. En su grupo figuraban Manuel Martínez del Cerro, un comerciante avecindado en Ayutla y los hermanos Manuel y José María Añorve, residente en Ometepec.[10]

En la misma situación, pero en la mixteca alta, se encontraba Gabriel Esperón. Había llegado a la región en 1801, procedente de la ciudad de Puebla y adquirió un ingenio azucarero en la cañada de

[8] Mario O. Martínez Rescalvo, *La guerra de independencia en la provincia de Tlapa. Historia, memoria oral y tradición oral*, p. 28.

[9] Brian Hamnett, *Política y comercio en el sur de México 1750-1821*, pp. 223 y 233.

[10] Jesús Hernández Jaimes. *Las raíces de la insurgencia en el sur de la Nueva España. La estructura socioeconómica del centro y costas del actual estado de Guerrero durante el siglo XVIII*, pp. 74 y 75.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Yosotiche y una casa grande en la Ciudad de Tlaxiaco, que habían sido propiedad de José *Chepito* Herrera, quien había caído en desgracia. Cuando estalló la guerra de Independencia el primero se enlistó con los realistas y el segundo con sus contrarios.[11]

Dualidad económica

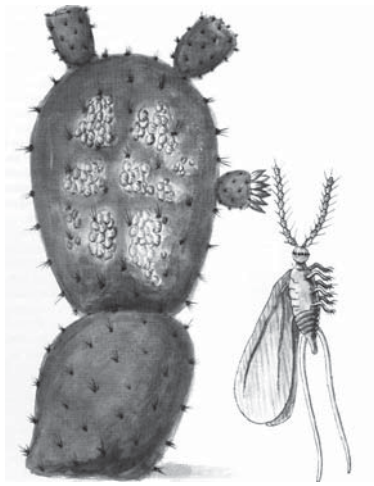
La expansión de la Nueva España en el siglo XVIII, producto de las reformas borbónicas, profundizó las desigualdades regionales. Las más avanzadas, como Guadalajara y Guanajuato, crecían más aprisa que las atrasadas, como Puebla y Oaxaca, donde se ubicaba la Mixteca. El crecimiento de Puebla fue impresionante a principios del siglo, pero después del decenio de 1740 ocurrió una transición en la industria textil, de la lana al algodón, que respondía a la capitalización de las zonas productoras de algodón, en los litorales de las regiones del Pacífico y el Golfo. También decayó el comercio de harina hacia el Caribe, debido a la creciente competencia de Estados Unidos. El descontento comenzó a anidar entre los afectados. A principios de 1780 los propietarios de las fincas de Atlixco se quejaban de pérdidas. Solamente la economía azucarera de los distritos meridionales de Izúcar —en la Mixteca— y de Cuautla, siguió prosperando.

En Oaxaca el sector de tintes, sobre todo la grana cochinilla, fue de gran importancia económica para la Mixteca en la época novohispana por su gran aceptación internacional para la elaboración de colorantes; en el siglo XVI desplazó al mercado del Mediterráneo y su auge se mantuvo hasta el siglo XIX, en que a su vez fue desplazado por los colorantes químicos. Durante tres siglos representó el segundo producto de exportación de la Nueva España[12] y en la época de los corregimientos los comerciantes integraron una compleja red mercantil que se extendía por todo el virreinato, cuyo centro se encontraba en el Consulado de Comercio de la ciudad de México. De esa manera controlaban la producción y venta de este producto obtenido de las nopaleras

[11] Rodolfo Pastor, *Campesinos y reformas: la mixteca (1700-1856)*, p. 504.

[12] Ana Carolina Ibarra (coord.), *La independencia en el sur de México*, pp. 95-96.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.



LA GRANA COCHINILLA, PRODUCTO DE GRAN DEMANDA DURANTE LA COLONIA.

de los pueblos mixtecos, con la que se abastecía el mercado de algodón y lana.

La grana cochinilla se extraía de las tierras comunales de los pueblos mixtecos, pero quienes se beneficiaban eran los comerciantes españoles, a través de un sistema de financiamiento que involucró a los alcaldes mayores. Como éstos eran mal retribuidos por sus servicios como funcionarios de la corona, se sintieron con el derecho de participar en negocios ilícitos con los comerciantes: ellos eran los agentes para adelantar a los campesinos préstamos para la producción de la grana y después ellos mismos la recolectaban, favoreciendo a los comerciantes de su grupo y perjudicando a quienes no lo eran. En estas condiciones los comerciantes fijaban el precio de la grana, que siempre era ínfimo, con lo cual saqueaban el producto del trabajo de los mixtecos.[13] En el siglo XVII este sistema de explotación del trabajo indígena ya se había consolidado y los funcionarios españoles encargados de recolectar la grana cochinilla obligaban a los productores a aumentar la producción, inclusive usando la represión, con ello se generó un descontento entre los mixtecos, y muchas veces adquirió formas de rebelión.

[13] Ana Carolina Ibarra, *Clero y política en Oaxaca: biografía del doctor José de San Martín*, p. 98.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Junto con la grana cochinilla los españoles se dedicaron a la compraventa de ganado vacuno y mular, sobre todo en el norte de la intendencia, mientras por el sur floreció la minería, una actividad que comenzó prácticamente con la conquista, pues en el año de 1544 ya existían explotaciones mineras en los poblados de Atoyaquillo, Tonalá, Juxtlahuaca y Tlaxiaco en la mixteca baja y alta, y Tututepec, Ometepec y San Luis en la costeña; pero su mayor auge se presentó después de las reformas borbónicas. Este tipo de actividades les permitía formar parte del Consulado de Minería, y desde ahí influir en el rumbo de la economía colonial.

Algo similar sucedía en los distritos de Tlapa y Chilapa en la intendencia de Puebla. Habitada por diversos pueblos indígenas, en donde destacaban los nahuas, tlapanecos y mixtecos, la región tenía una diversidad de climas que facilitaba el cultivo de varios productos, entre los que se incluía el maíz, frijol, las calabazas, el chile, la chía y otros básicos en la dieta de los indígenas; al lado de estos se podía encontrar algodón, caña de azúcar y criaderos de grana cochinilla, que abastecían tanto el mercado regional de Puebla como el internacional. Esas circunstancias convertían esta parte del territorio en una región muy codiciada y, por lo mismo, políticamente inestable. Se sabe que desde 1716 los habitantes de Tlapa habían tenido conflictos con una familia española —de apellido Moctezuma— porque sus integrantes insistían en despojarlos de sus tierras. El problema se volvió a presentar en 1760 en la Audiencia de la Nueva España, quien investigó y dio la razón a los indígenas.[14]

Otra actividad económica muy importante en la región mixteca fue la cría y ceba de ganado caprino. Se trataba de una actividad cuyos antecedentes se remontaban a 1560, cuando el virrey Luis de Velasco concedió a los mixtecos el derecho de establecer estancias de ganado menor en sus tierras comunales y les otorgó licencia para poseer hasta trescientas cabezas.[15] En 1638 la orden religiosa de los jesuitas, de la ciudad de Puebla, compró tierras en los alrededores de Putla —donde ahora se ubica el Rosario— para establecer un rancho que dedicaron a

[14] Brian R. Hamnett, *Raíces de la insurgencia en México. Historia regional 1750-1824*, pp. 100-101.

[15] André Mouat, "Los chiveros de la Mixteca Baja", p. 37.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

la cría de cabras, y para administrarlo y cuidar el ganado llevaron empleados, sirvientes y pastores desde Puebla.[16]

La actividad pronto llamó la atención de los conquistadores y durante los siglos XVI y XVII surgieron por toda la Mixteca las "haciendas volantes", compuestos por grandes hatos de ganado trashumante, criados por sus propietarios o comprados a los campesinos por donde iban pasando, lo que da una idea del negocio que representaba. Desde la costa hasta la Mixteca poblana, que era el camino que seguía el arreo de chivos, se fueron estableciendo asentamientos de españoles involucrados en ese negocio, mientras otros lo controlaban cómodamente desde el estado de Puebla. De las cabras se aprovechaba todo: la carne para alimentar los pueblos de españoles, los cueros para la actividad minera y la fábrica de utensilios diversos para el campo, pero sobre todo el cebo para engrasar las ruedas de las carretas.

En la región también se desarrollo la arriería. Su importancia radicaba en que era el único medio de transporte con que se contaba para trasladar a su destino final las mercancías que llegaban de fuera de la Nueva España. Había una red de caminos reales por donde los arrieros transitaban uniendo los puertos de Veracruz y Acapulco con las ciudades más importantes de la Nueva España. De ellos dependía también que los implementos necesarios para que las minas, la agricultura o cualquier otra actividad económica llegaran oportunamente a los lugares donde se necesitaban.

Los arrieros no eran gente improvisada, la actividad requería cierta especialización y un capital suficiente de quienes se dedicaban a ella, para garantizar que la mercancía no sólo llegara a su destino sino que llegara en buen estado y a tiempo. Los que practicaban la arriería debían contar con atajos de mulas suficientes para realizar la actividad, lo mismo que con arrieros para conducir la mercancía. Naturalmente, la arriería dejaba buen dinero a quienes la controlaban. Los arrieros conocían la realidad en que se desenvolvían y por esa razón muchos de ellos se volvieron insurgentes y algunos —como José María Morelos y Pavón, Vicente Guerrero y Valerio Trujano— llegaron a ser comandantes de tropa.

[16] Héctor Ángel Carrizosa Sánchez, *Ñunuma, Poctlan, Ñuucaa, Putla. Lugar o pueblo de humo*, p. 60.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Pero el trabajo de los mixtecos no sólo satisfacía las exigencias del mercado internacional, también mantenía la economía doméstica, que sería la que finalmente les permitiría sobrevivir, tanto durante la colonia como a lo largo de la lucha por la independencia. Desde el siglo XVI, cuando llegaron los primeros españoles, se las arreglaron para seguir manteniendo su trabajo comunal y de esa manera producir grana, seda, ganado menor y otros productos que usaban en su vida cotidiana, como lo hacían antes de la invasión española.[17] Con lo que obtenían de esos productos financiaban sus fiestas familiares o comunales, principalmente las cofradías de los santos, institución introducida por los españoles pero adaptada por los pueblos a su realidad y utilizadas en su beneficio. Aprovechando su carácter corporativo, las usaron para mantener un patrimonio colectivo a nombre de los santos y que les servía para mantener sus fiestas, ahorrar y prestar dinero a los miembros de las cofradías o del pueblo y hasta arrendar sus montes para la cría de ganado.[18]

Además de los productos para el mercado internacional, en todos los partidos de la región mixteca se producían mercancías que satisfacían las necesidades de los mercados regionales. Los partidos de Jamiltepec y Ometepec, en la Mixteca costeña, cosechaban frutas y cuidaban ganado, del que obtenían sebo para las ruedas de las carretas y las actividades mineras; producían sal y capturaban pescado. En la Mixteca alta se impulsó la cría de ganado cabrío y la producción de piloncillo, mientras la Mixteca baja se distinguía por sus buenos caballos, que usaban para transportar las mercancías desde la costa hasta Tehuacán, donde se repartían a los mercados regionales.[19]

Las reformas borbónicas también afectaron estas actividades, porque pretendieron controlar los bienes económicos de carácter doméstico. Los pueblos reaccionaron frente a esta agresión, y como no pudieron detener las medidas impuestas por los reyes españoles, buscaron otra forma de protegerse. Una de ellas fue traspasar a las cofra-

[17] María de los Ángeles Romero Frizzi (comp.), *Lecturas históricas del estado de Oaxaca, siglo XIX*, pp. 20-21.

[18] María de los Ángeles Romero Frizzi, *Economía y vida de los españoles en la Mixteca Alta*, p. 190.

[19] José María Murguía y Galardi, *op. cit.*, p. 78-10.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

días las tierras y el ganado de los pueblos, con el fin de esquivar su explotación o apropiación por los funcionarios españoles, evadir la fiscalización de los funcionarios reales, e impedir que el dinero "sobrante" de las cofradías pasara a las cajas reales.

Los pueblos que no pudieron o no quisieron hacerlo vendieron sus bienes o los repartieron entre los vecinos directamente. Prefirieron ser pueblos pobres, sin ningún patrimonio, sin un lugar donde ahorrar o financiar las fiestas de sus santos, antes que permitir que los españoles se apropiaran de parte de su trabajo.[20] Aunque algunos optaron por otro camino y siguieron teniendo su patrimonio, pero ahora en manos de las cofradías que no manifestaron a las autoridades.[21] Para los pueblos mixtecos el hecho de que los españoles no les permitieran manejar libremente sus cofradías fue una causa importante para apoyar la guerra de independencia.

En fin, las reformas de intendentes de 1786 concentraron la administración del territorio y también permitieron el control de las actividades económicas que se realizaban en ellos, desarticulando el poder de los comerciantes y las burocracias civiles y eclesiásticas. Naturalmente, los comerciantes no se quedaron cruzados de brazos y salieron a la defensa de sus intereses. Por su lado, los pueblos mixtecos buscaron entre las nuevas disposiciones algunos resquicios para defenderse, y cuando no los hallaron se fueron a una resistencia abierta contra el dominio español.

Así estaban las cosas cuando comenzó la guerra por la independencia: había un gran descontento entre los pueblos por la injusta situación en que vivían, pero sobre todo existía un pleito entre los españoles privilegiados y los criollos. En general, los primeros se dedicaban a la minería y al comercio. Además ocupaban los altos cargos en la burocracia política, económica, clerical y militar; de hecho, la mayoría de sus miembros eran españoles nacidos en España y nombrados por el mismo rey para ejercer dichos cargos. Los segundos, aun cuando no estaban desprotegidos y podían dedicarse a las mismas actividades,

[20] Rodolfo Pastor, *Campesinos y reformas: la Mixteca, 1700-1856*, p. 247.

[21] Marcelo Carmagnani, *El regreso de los dioses: el proceso de reconstitución de la identidad étnica en Oaxaca. Siglos XVII y XVIII*, pp. 133.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

lo hacían en menor escala. Lo que los irritaba era que tenían vedado el ascenso a los altos cargos públicos. Estos eran los criollos.

Cuando estalló el pleito entre ambos, los criollos buscaron el apoyo de los pueblos indígenas, para enfrentar a sus enemigos, y para ello elaboraron un discurso que condenaba los agravios de siglos y reivindicaba sus derechos. Por su parte, los pueblos midieron las posibilidades de mejorar su situación y se aliaron a uno u otro bando, según sus propios cálculos. De esa manera se enrolaron en la guerra de independencia llevando sus propias demandas, más locales que las de los españoles.

Ecos de la crisis española

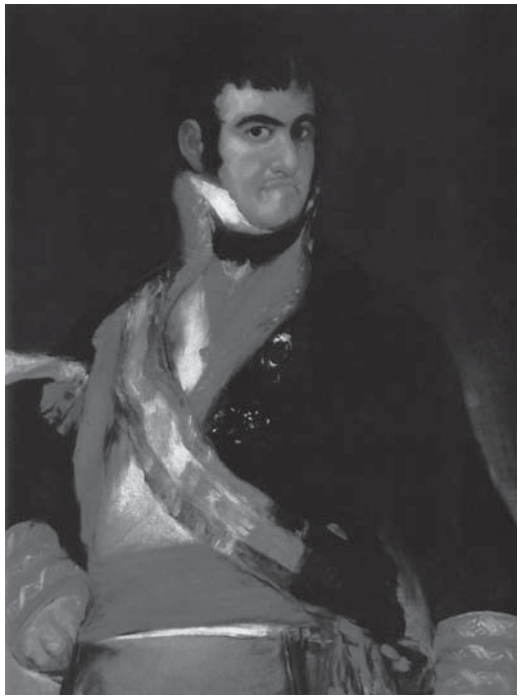
El descontento en las diversas capas sociales de la Nueva España se mostró con toda su intensidad cuando se aflojaron los controles institucionales debido a los problemas que se vivieron en España. En el mes de marzo de 1808 las tropas francesas invadieron el territorio español y el rey Carlos IV abdicó la corona a favor de su hijo Fernando VII; en el mes siguiente padre e hijo viajaron a la frontera entre Francia y España para negociar con Napoleón Bonaparte, el comandante de las fuerzas invasoras, su reconocimiento a cambio de someterse a su voluntad. Abandonados por sus reyes, el 2 de mayo de ese año los españoles comenzaron la resistencia contra los invasores. La rebelión tuvo profundas implicaciones para el futuro político del reino y sus colonias. Frente a la abdicación de los reyes al poder, se expresó la soberanía popular para ejercerla directamente y comenzaron a surgir juntas de ciudadanos para defender la nación. En contrapartida, Manuel Godoy y Álvarez de Tapia, el ministro favorito de Carlos IV, firmó un tratado con el representante de las tropas invasoras cediendo todos los reinos de España y América. En la ciudad de Bayona se decidió la entrega del imperio español a Francia. Al final Napoleón Bonaparte no reconoció ni al padre ni al hijo como reyes de España, en su lugar nombró a su hermano José Bonaparte.

Frente a estos hechos, la clase política de la Nueva España se aglutinó en dos posiciones distintas: unos, agrupados en la Real Audiencia

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

compuesta por funcionarios nombrados directamente por la corona española, decidieron apoyar a los reyes; la otra, aglutinada alrededor del Ayuntamiento de la ciudad de México, donde participaban algunos criollos, propuso la formación de juntas —similares a las que se habían formado en España— para el ejercicio del gobierno, en tanto se devolviera el trono a los reyes españoles. Ambas posturas en realidad eran la misma pero con matices: los representantes de la clase privilegiada querían mantener las cosas en el estado en que se encontraban, mientras los españoles americanos buscaban aprovechar la oportunidad para introducir reformas que les garantizara la igualdad frente a los peninsulares, particularmente para acceder a los altos puestos de la burocracia real.

El enfrentamiento político fue inevitable y entró en un camino sin retorno, que terminó haciendo crisis porque ninguno de los grupos cedió en sus posturas. El 15 de septiembre de 1808 un grupo de



FERNADO VII.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

conspiradores, dirigidos por Gabriel Joaquín de Yermo, un rico hacendado español, y apoyados por los dependientes de las grandes casas de comercio, dio un golpe de Estado. Apresaron y destituyeron al virrey José de Iturrigaray y convocaron a la Real Audiencia para que nombrara otra persona que lo sustituyera, quien terminó nombrando a un soldado de nombre Pedro Garibay, a quien los golpistas podían manejar a su antojo.

A través de la Real Audiencia los hacendados y comerciantes tomaron el control de la situación y la represión sobre los criollos no se hizo esperar. Estos sucesos llegaron a oídos de la Junta Central de España, en la cual se decidió, para evitar que el problema empeorara, sustituir a Pedro Garibay por el arzobispo Francisco de Lizana, con la idea de conciliar a las partes y evitar el enfrentamiento entre los diversos sectores sociales. La medida no fue del agrado de los conspiradores. Ellos querían el control de la Nueva España y lo iban a tener a cualquier precio. Como no encontraron otra vía para lograrlo, en enero de 1810 volvieron a conspirar y destituyeron al arzobispo como virrey; debieron pasar ocho meses para que de España nombraran otro virrey, cargo que recayó en Francisco Xavier Venegas, quien tomó posesión del cargo hasta el 25 de agosto de ese año.

Los criollos aprendieron la lección. Se dieron cuenta de que por las buenas no iban a obtener las reformas que anhelaban y siguieron los pasos de sus enemigos: se organizaron para conspirar; pero no se quedaron en eso, comenzaron a elaborar discursos políticos donde hablaban de la injusta situación en que vivían las clases populares. Pocos lo hicieron porque de verdad lo creyeran, la mayoría lo hacía porque las necesitaban a su lado para enfrentar a los hacendados y comerciantes que se habían hecho del poder controlando la Real Audiencia. Las juntas conspiradoras comenzaron a constituirse por varios lados. En Querétaro, en Valladolid, en Guanajuato, es decir en las zonas mineras del país. Pero no sólo ahí, en la Mixteca también. Las juntas radicalizaron su discurso: ya no querían reformas al estado de cosas en que vivían, pedían la independencia de la Nueva España. Uno de esos grupos fue el que se aglutinó alrededor de Miguel Hidalgo y Costilla y comenzó la guerra por la independencia de la Nueva España en el pueblo de Dolores, Guanajuato, el 15 de septiembre de 1810.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Los españoles de la intendencia de Oaxaca participaron activamente en estos sucesos, incluidos algunos de la Mixteca. Cuando los franceses invadieron España intentaron un acto político de apoyo a Fernando VII, que fue prohibido por el intendente Antonio de Mora y Peysal. El acto en sí no encerraba ningún problema, se habían realizado otros similares en varias partes de la Nueva España y en varias colonias españolas en América, sólo que al intendente le pareció que tras el apoyo al depuesto rey se escondía la intención de protestar contra el virrey y no estaba dispuesto a permitirlo.

Pero los comerciantes españoles tampoco se cruzaron de brazos ante el impedimento de las autoridades para llevar a cabo su acto. En un abierto desafío a la autoridad del intendente, el 17 de agosto de 1808, encabezados por Juan Pascual Fagoaga, Juan Carlos Barberena, Manuel Irribaren, Martín de Uranga y Pedro Nieto de Silva, se reunieron en la casa de Manuel Solar Campero para hacer el juramento de fidelidad al rey. De ahí se dirigieron a exigir al cabildo secular y al eclesiástico que hiciera lo mismo. Sin otra opción los miembros de estas corporaciones juraron, aunque el teniente letrado Antonio María Izquierdo y su secretario lo hicieron bajo presión y el licenciado Mariano Castillejos, de origen criollo, se negó a jurar.[22]

En esas andaban cuando llegaron a la capital de Oaxaca los comerciantes Miguel Armenta y Bernardo López de Lima, comprometidos con Miguel Hidalgo y Costilla para promover la insurrección en esa intendencia. Para su mala suerte fueron descubiertos, capturados y fusilados; sus cuerpos fueron descuartizados y exhibidos en la plaza de Jalatlaco, con el propósito de infundir terror entre la población y disuadir a quienes pretendieran seguir sus pasos. No había pasado mucho tiempo de eso cuando otra conspiración fue descubierta: entre los que la promovían se encontraban José Catarino Palacios y Juan Tinoco, quienes también fueron fusilados. Ante la amenaza de la insurgencia, los comerciantes, la iglesia y una parte de la burocracia se unieron para defenderse.

[22] Ana Carolina Ibarra, *op. cit.*, 1996, pp. 65-66.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Vientos sureños

Los vientos que anunciaron la tempestad que se avecinaba sobre la Mixteca soplaron por primera vez con toda su fuerza por la costa. Llegaron tarde, cuando ya en otros lados de la república la tormenta azotaba fuerte, sacudiendo los cimientos del viejo orden. Para que se mostrara tuvieron que aparecer fuerzas de otro lado que la empujaran y éstas fueron las de José María Morelos y Pavón. Hijo de Manuel Morelos y Juana María Pérez Pavón, nació en Valladolid el 30 de septiembre de 1765. Era un cura mestizo que antes de inclinarse por la carrera eclesiástica había sido campesino y arriero, lo que lo convertía en un hombre ilustrado y profundo conocedor de la realidad social de su época,[23] y sabiendo lo injusta que resultaba para la mayoría de la po-

JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN.

[23] Ernesto Lemoine, *Morelos y la revolución de 1810*, pp. 27 y 53.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

blación, se dispuso a cambiarla. Cuando estalló la rebelión él ya participaba de las conspiraciones que la produjeron tanto en Dolores como en Tepecoacuilco, en la intendencia de Puebla, junto a Juan Álvarez, los hermanos Rafael, Ignacio y Juan Orduña, Juan Ávila, Vicente Guerrero y Valerio Trujano, entre otros.[24]

El 25 de octubre, acompañado de una veintena de voluntarios mal armados, José María Morelos y Pavón partió de Cuarácuaro hacia las tierras calientes del sur de la Nueva España. Iba a cumplir las órdenes verbales que Miguel Hidalgo y Costilla le había dado, las cuales incluían la organización de gobiernos independientes en los pueblos que ocuparan, aprehender a los españoles y secuestrar sus bienes para financiar al ejército rebelde. Pero le ordenaba sobre todo la toma del puerto de Acapulco, importante bastión realista, por ser el punto por donde salían y entraban las mercancías a la Nueva España, por donde se surtía de armas el ejército realista que ellos buscaban derrotar. En esa primera campaña no pasó por territorio mixteco, pero los acontecimientos de la lucha tuvieron impacto en él. El día 7 de noviembre pasó por la villa de Tecpan, la que tomó sin encontrar resistencia.

Ahí se le unió mucha gente, entre ellos Vicente Guerrero, arriero como él y amigo de años, con quien conspiraba en Tepecoacuilco, a instancias de Valerio Trujano. Originario de Tixtla, Vicente Ramón Guerrero Saldaña, como era su nombre completo, hijo de Juan Pedro Guerrero y Doña María Guadalupe Saldaña, nació el 9 de agosto de 1782, es decir, tenía 28 años cuando se enroló en la guerra de independencia. Mestizo de origen, pero de clase social baja, no acudió a la escuela por carecer de recursos para financiar sus estudios, por lo que desde muy joven se inició en el negocio de la arriería para ayudar a su familia, por eso conocía la situación en que vivían los pueblos.[25]

Otros que también se unieron a la lucha en ese lugar fueron los hermanos Hermenegildo, Juan y Fermín Galeana, criollos y caciques de esa región, dueños de extensas tierras donde tenían haciendas productoras de algodón trabajadas por negros de la costa. Hermenegildo

[24] Rafael R. Alarcón y Edgar Pavía Guzmán, *Historia general de Guerrero. El dominio español.* pp, 353-354.

[25] Herminio Chávez Guerrero, *Vicente Guerrero. El consumador*, pp. 19-29.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

había nacido en Tecpan, intendencia de Puebla, el 13 de abril de 1762. Era una persona iletrada y vivía en la hacienda del Zanjón, propiedad de su familia, cuando estalló la guerra de independencia.

Como españoles americanos, los Galeana estaban inconformes con las restricciones que existían en la Nueva España para ascender política y socialmente, pero eso no los convertía automáticamente en insurgentes; al contrario, durante los primeros brotes de la insurgencia apoyaron al comandante realista Joaquín Guevara para combatir la rebelión de Juan Bautista Cortés y Marcos Martínez, que se habían sublevado en Chilpancingo. Fue cuando José María Morelos y Pavón emprendió su primera campaña para ocupar el fuerte de Acapulco, que Hermenegildo Galeana cambió de bando y se puso a las órdenes del insurgente.

El 9 de noviembre llegaron a las inmediaciones del puerto. Para entonces las fuerzas de José Morelos y Pavón habían crecido bastante, tanto que llegaban alrededor de dos mil efectivos armados de fusiles, lanzas y flechas. Para el ataque al puerto el general insurgente dispuso que Rafael Valdovinos, al frente de 700 personas, se posicionara de *El Veladero*, punto desde donde se dominaba el puerto. El jefe realista encargado de la plaza, un hombre de apellido Carreño, se dio cuenta del peligro y de inmediato envió una partida de 400 soldados a impedirlo. Ambos ejércitos entraron en un combate a muerte que resultó favorable a los insurgentes, pues los realistas huyeron dejando sus armas en el camino o pasándose a las filas enemigas. Mientras eso sucedía, José María Morelos y Pavón atrincheraba el resto de sus tropas en el Aguacatillo, las Tres Cruces, el Marqués y la Cuesta. El 17 de noviembre de 1810, estando en Aguacatillo, José María Morelos y Pavón dio a conocer el bando donde se suprimían las castas y se abolía la esclavitud.

Cuando las autoridades virreinales se enteraron de la derrota de sus fuerzas pensaron en lo peligroso que resultaba para ellos si el puerto de Acapulco caía en poder de los insurgentes. Con la intención de evitarlo ordenaron a Francisco Paris, comandante de la Quinta División de Milicias realistas —con sede en Ometepec—, y subdelegado de la jurisdicción de Iguala, que marchara hacia Acapulco al frente de 1 500 efectivos con el fin de aplastarlos. A sus órdenes pelearon otros

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

tres hombres ricos de la región: Manuel Martínez del Cerro, hacendado y comerciante avecindado en Ayutla, al igual que los hermanos Manuel y José María Añorve, hacendados de Ometepec, quienes arrastraron a su lucha a los negros que trabajaban en sus haciendas.[26]

Esto último fue un rasgo que prevaleció durante los años que duró la guerra. Muchos negros, sobre todo de Ometepec y Jamiltepec apoyaron a los realistas, mientras los mixtecos en su mayoría se alinearon con los insurgentes. No es que los negros fueran malos o sumisos, mientras los mixtecos eran rebeldes, como algunos han sugerido. Las razones étnicas no son las correctas para explicar este fenómeno. Lo que sucedía es que los mixtecos tenían fuertes y largas rivalidades con los hacendados que los despojaron de sus tierras para formar sus haciendas algodoneras y ganaderas. Fue el caso de Huehuetán, propiedad de españoles desde 1726, cuyas tierras colindaban con las tierras de los pueblos de Igualapa y Azoyú, con la hacienda de San Marcos y con el cacicazgo de Ometepec.[27]

Con la guerra de independencia los mixtecos despojados vieron la oportunidad de vengar los agravios sufridos por los españoles; para hacerlo se enrolaron en las filas de los independientes porque del otro estaban sus enemigos: iban a luchar contra ellos, pero aprovechando la ventaja de pertenecer a un ejército que también quería derrotar a quienes los habían despojado; los negros, en cambio, eran trabajadores en las haciendas y veían a los hacendados como sus protectores. Además traían sus rivalidades propias con los mixtecos porque, carentes de tierras para sembrar, cuando el producto de su trabajo no les alcanzaba para vivir, robaban las cosechas de aquéllos, y muchas veces hasta sus mujeres.[28] Eso no fue obstáculo para que muchos negros también se enrolaran en las filas insurgentes.

Francisco Paris logró reunir un ejército de aproximadamente 1 500 negros que sumó al que comandaba, y con todos ellos marchó para detener a sus enemigos. Para hacerlo dividió a su gente en tres secciones: una comandada por él mismo marchó al frente; la de la

[26] Jesús Hernández Jaimes, *ibidem*, pp. 74 y 75.

[27] *Ibidem*, p. 218.

[28] *Ibidem*, p. 220.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

derecha, al mando de José Sánchez Pareja, se dirigió rumbo a Aguacatillo; la de la izquierda, a las órdenes de Francisco Rionda, quedó lista para apoyar donde más se necesitara. Francisco Rionda tenía carrera en el ejército realista. En 1802 aparecía como teniente de caballería pero tuvo problemas con sus superiores por no presentar la relación de bienes del ejército a su cargo. Tres años después solicitó licencia para fungir como apoderado del capitán José María Antúnez.[29]

Con su tropa y los negros que se le unieron marchó sobre el enemigo. El primer encuentro entre ambos ejércitos se dio en Arroyo-Moledor, donde las tropas realistas derrotaron a las insurgentes comandadas por Rafael Valdovinos. Fue la primera victoria de Francisco Paris sobre las fuerzas independientes, pero al mismo tiempo la última en esta etapa de la lucha, porque el capitán insurgente Miguel de Ávila, al frente de 600 hombres, derrotó en Llano Grande al destacamento que iba al mando de Juan Antonio Fuentes y el subdelegado de Tecpan, quien resultó herido en combate y días después murió a causa de ello.

Después de sus triunfos militares en la Costa Chica, pero sin tomar el fuerte de Acapulco, José María Morelos y Pavón volvió sobre sus pasos, pues se dio cuenta de que si continuaba en ese lugar, se quedaría sin municiones y sin víveres para la tropa. Antes de hacerlo comisionó a Juan Ávila para que mantuviera la resistencia en la región, mientras él marchaba para el norte de la intendencia, por el rumbo de Chilpancingo. Durante el viaje ordenó a Hermenegildo Galeana que acudiera a la hacienda Chichihualco, propiedad de Leonardo Bravo, a solicitarle víveres para su tropa.

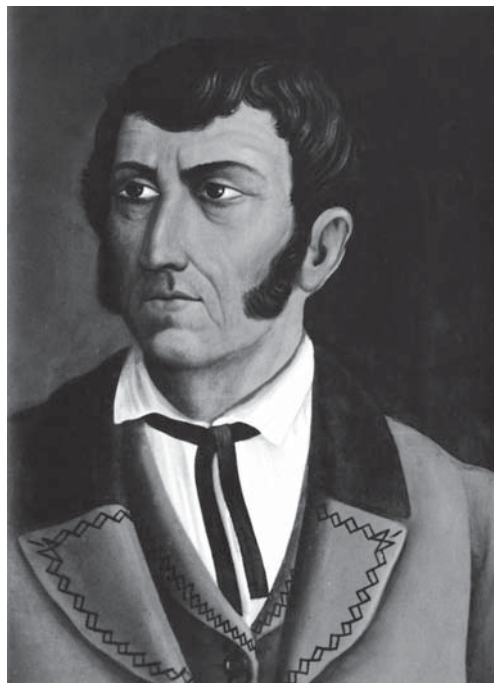
Leonardo Bravo, sus dos hermanos y su hijo Nicolás eran una familia de criollos cuya posición económica, política y social era muy importante en la región; debido a la gran cantidad de tierras que acumulaban, así como a las relaciones y contactos que mantenían con otras familias acomodadas de la región. La familia ocupaba una posición estratégica en el sur, ubicada entre las zonas de producción de caña de azúcar en Cuernavaca, Yautepec, Jojutla, Cuautla, y el flanco de las minas de plata en Taxco. Pero tenían un problema con la admi-

[29] Israel Ugalde Quintana, "La insurgencia de Morelos en la Costa chica de Oaxaca, 1810-1815", p. 42.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

nistración central de la colonia, y era que no los tomaban en cuenta para el ejercicio del poder.[30]

Por esas razones sus miembros simpatizaron con la causa insurgente desde sus inicios, hecho que los llevó a esconderse de las autoridades realistas y evitar cooperar con ellos, como se los solicitaban. Cuando Hermenegildo Galeana se puso en contacto con los Bravo, no sólo le proporcionaron los víveres que solicitaba, sino que en mayo de ese mismo año se unieron a la causa, contribuyendo a la toma de Chilpancingo, Tixtla, Chilapa y Tlapa. De esa manera, durante la primera campaña de José María Morelos y Pavón, integrantes de dos familias criollas dirigieron, junto con él, la guerra de independencia en la Mixteca y sus alrededores, situación que pronto incidiría en el rumbo que tomaría la lucha. [31]



HERMENEGILDO GALEANA.

[30] Brian R. Hamnett, *op. cit.*, p. 172.

[31] http://es.wikipedia.org/wiki/Hermenegildo_Galeana. Consulta: 3 de octubre del 2011.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

José María Morelos y Pavón andaba en Tixtla cuando se enteró de que Ignacio Rayón —un rico minero originario de Tlalpujahua, que fue secretario de Miguel Hidalgo y Costilla— andaba convocando a los jefes insurgentes a una asamblea que se realizaría en Zitácuaro, Michoacán, con la pretensión de formar la Suprema Junta Nacional Americana, a la manera de las creadas en España por sus habitantes para resistir a la invasión francesa, que articulara un gobierno insurgente. Pero la copia no era sólo en la forma sino también en los propósitos, pues, de acuerdo con la convocatoria, la finalidad de la Junta era "la conservación de los derechos de Fernando VII, defensa de la santa religión e indemnización y libertad de la oprimida Patria", la cual "organizaría los ejércitos, protegería la justa causa y libertaría a la patria de la opresión y yugo que había sufrido por espacio de tres siglos".

José María Morelos y Pavón estuvo de acuerdo con la Junta pero no con sus propósitos, porque él apostaba a la independencia de la Nueva España. Aún así no se opuso a su integración, que se realizó el 19 de agosto de 1811. Como su presidente quedó el propio Ignacio Rayón, acompañado por el licenciado José María Liceaga y el cura José Sixto Verduzco como vocales. La Junta de Zitácuaro intentó representar a los insurgentes en los asuntos políticos: lo mismo elaboraba proclamas que tomaba la protesta a los gobernadores y alcaldes indígenas, que coqueteaba con la elite criolla del centro de México. Dos posiciones políticas e ideológicas se iban dibujando entre las filas insurgentes. ¿Cómo se reflejarían en la región Mixteca? Era una cuestión que todavía estaba por verse.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

II. La chispa y la llama

ANTES DE QUE LA GUERRA de independencia se desatara, entre los mixtecos costeños hubo signos de inconformidad con la situación en que vivían, pero las autoridades españolas poco caso les hicieron. Fueron como la chispa que, al no apagarse, propagó la llama.

La chispa costeña

Uno de los primeros síntomas de ese descontento se presentó a principios del año de 1810. Por esas fechas el señor Alejandro López, gobernador de la república de Tlacamama, acompañado de otros líderes locales, se quejó ante las autoridades españolas por los abusos del teniente Juan Estévez, quien cada semana les exigía cuatro viudas y cinco hombres para que realizaran servicio gratuito en su casa y cuando no cumplían con su exigencia les imponía una multa de doce reales; esto sin contar que cuando salía a visitar los pueblos solicitaba tres avíos para el transporte y dos mozos a los que tampoco pagaba.

El 27 de mayo de ese mismo año las cosas se pusieron al rojo vivo. El mismo teniente Juan Estévez seguía solicitando avíos para trasladarse a Tlacamama, y como los mixtecos tardaron en entregárselos porque no los tenían con ellos, se molestó muchísimo, al grado que castigó físicamente a las autoridades: al mayor con veinticinco azotes y a sus cuatro topiles con doce cada uno. Los golpes no fueron suficien-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

tes para calmar su ira y decidió quitarle el bastón de mando al gobernador indígena y llevárselo para Pinotepa del Rey, donde él residía, en donde volvió a amenazarlo con azotarlo. La afrenta no terminó ahí. Juan Estévez informó de los hechos al subdelegado de Jamiltepec, Manuel Fernández del Campo, pero lo hizo a su modo. No negó que hubiera azotado a los integrantes de la autoridad indígena, pero justificó su actitud asegurando que lo hizo porque protegían a un indio que no pagaba sus contribuciones a la Corona. Tan pronto como recibió el informe, el subdelegado lo remitió a Oaxaca, solicitando a las autoridades españolas que residían en la ciudad le aconsejaran sobre la manera de actuar, al tiempo que alertaba sobre los insubordinados habitantes de Tlacamama, según los informes que le había remitido el cura de Pinotepa del Rey y el mismo teniente Juan Estévez. Incluso aconsejó que se debía deponer al gobernador indígena.

Las autoridades españolas de Oaxaca, que ya sabían de las tropelías de sus subordinados en la región, tomaron el informe con calma, sobre todo porque antes de que éste llegara ya habían recibido otro que enviaron los propios indígenas, en el cual daban su versión de los hechos. A la luz de ambas informaciones consideraron que si los sucesos de que se quejaban los mixtecos resultaban ciertos, debía castigarse a los responsables para calmar la ira de los agraviados. En consecuencia, ordenaron al subdelegado de Jicayán que no permitiera semejantes actitudes de las autoridades españolas contra los pueblos, ni se cobraran contribuciones contrarias a las disposiciones de las leyes; de la misma manera se le ordenó restituir el bastón de mando al gobernador y no molestar ni perjudicar a sus acompañantes. Los ánimos de los mixtecos contra los españoles ya estaban bastante tensos y ellos no querían abonar el terreno para que la inconformidad se extendiera.[1]

Así estaban las cosas cuando José María Morelos y Pavón, con su ejército, llegó a la Costa Chica, y con su presencia el descontento en esa región encontrara eco. Como ya se dijo, el 8 de diciembre de 1810 se dieron fuertes combates en los pueblos de San Marcos y Tres Cruces, después de los cuales no se veía que alguno de los combatientes fuera a salir triunfante. Cinco días después las tropas de Francisco Paris ata-

[1] Daniela Steck Baños, *Jamiltepec y sus alrededores: historia, geografía y cultura regional*, pp. 54-55.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

caban a La Sabana, defendida por Juan Ávila, pero fueron derrotadas y finalmente el comandante realista decidió fortificarse en Tres Palos. No era la retirada de un vencido, sino parte de una maniobra para envolver a las tropas de José María Morelos y Pavón y después atacarlo.

El general insurgente olfateó la maniobra y también se movilizó para evitarlo. La noche del 4 de enero de 1811 el coronel Julián de Ávila, con seiscientos hombres a su mando, marchó sobre el campamento enemigo tomándolo por sorpresa. Después de vencer la resistencia que encontró hizo ochocientos prisioneros, se apoderó de setecientos fusiles, cinco cañones, 52 cajones de parque, víveres y otros pertrechos. Un gran triunfo para la causa independentista y una fuerte derrota para los realistas, sobre todo para su capitán Juan Antonio Caldelas, que lo tomaría muy a pecho y trataría de reivindicarse al paso de los años.

Domingo de Larrea, un capitán español miembro del derrotado ejército, escribió el 13 de enero de 1811 al obispo de Oaxaca, Antonio Bergoza y Jordán, contándole los detalles de la tragedia. En su carta le decía que al principio los insurgentes estaban en desventaja, pero que gracias a la propaganda insurgente los contingentes realistas se desbandaron, la gente huyó y se retiró a sus pueblos con sus familias "y empezó la seducción que fue introduciendo Morelos a la gente, haciendo creer que venía en son de paz, que no quería herir a nadie y para ello exhortaba a que no mataran, porque eran cristianos, y que dispararan al aire".

La actitud de los insurgentes confundió a los realistas, al grado que uno de sus centinelas hirió a Francisco Rionda, oficial del ejército español. La confusión aumentó cuando el silencio de la obscura noche fue roto por un grito que nadie supo de donde salió: "¡Viva nuestra virgen de Guadalupe!".

Fue como una señal porque inmediatamente el centinela realista volteó el cañón que operaba y lo apuntó contra sus compañeros. La confusión tuvo sus efectos: todos huyeron en desbandada, sin jefe que los dirigiera porque fueron los primeros en alejarse del campo de batalla, ante lo cual el informante del obispo diría: "Cosa que se hiciera increíble de no haberla visto."

Para poder contar lo que había sucedido, Domingo de Larrea caminó a pie, desde el viernes hasta el domingo, más de sesenta leguas,

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

internándose en la Mixteca costeña. Sus mismos compañeros aseguraban, y él lo hacía en su carta al obispo, que todos los habitantes de los pueblos ubicados entre La Sabana y Cortijos "están en devoción con los insurgentes". Cuantos han huido, decía el militar en su carta, son sospechosos pues "entraron en Pinotepa muchos, tirando al aire y diciendo, viva nuestra señora de Guadalupe".

El militar recogió en su carta las voces populares que escuchaba, llevando las quejas de los soldados realistas que ya no querían volver con los gachupines, a quienes acusaban de haberlos matado de hambre, amenazando a los españoles con llevarlos hasta José María Morelos y Pavón, que, se decía, había prometido seis mil pesos por la cabeza del encargado de Pinotepa, y en tanto la capturasen ésta sería responsable por todas las demás cabezas de los gachupines. El sentimiento de alarma entre los españoles era muy grande. La carta del militar expresaba el temor de que toda la costa se insurreccionara por la propaganda que los insurgentes estaban llevando a cabo entre la población de la región:

> Esta, señor, es una guerra que jamás se ha visto; una persecución de la iglesia y del trono que no tiene ejemplo. Valerse de Dios contra Dios y del Rey contra del Rey, solo es invención del hereje Hidalgo; pero, a pesar de todo, las gentes están engañadas, porque a los prisioneros obsequia con dinero y ropa Morelos, y envía a uno y a otro que le parece propio para seducir a sus casas. Los indios oyen esas cosas y esperan que los enriquezca aquel malvado, quien también dice que los viene a aliviar de contribuciones parroquiales, así como los alivió del tributo.[2]

Las noticias de la derrota realista fueron reiteradas por los curas Manuel José Robles, de Huazolotitlán, y Tomás de Serrada, de Jamiltepec. En carta del 15 de enero de ese año al obispo de Oaxaca, Manuel José Robles reiteró lo que ya le había informado Domingo Larrea, pero agregó su temor de que la gente se volviera adicta a los insurgentes, puesto que éstos las excitaban a no arriesgar su vida por los gachupi-

[2] Archivo General de la Nación (AGN), Operaciones de guerra, vol. 1013, Expediente 20, ff. 36-38

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

nes, y como respuesta, o los seguían o permanecían en sus casas, pero no apoyaban a los realistas. El capellán de Huazolotitlán fue más allá y ese mismo día informó al obispo de acciones insurgentes en la sierra y costa de Oaxaca, hacia la zona algodonera de Jamiltepec y el santuario de la virgen de Juquila, donde se veía mucha simpatía hacia ellos. Se hablaba incluso de asaltos insurgentes para capturar realistas de los que se desconocía su paradero. Para noviembre, el obispo supo de la deserción de un número significativo de soldados realistas que se encontraban en Pinotepa del Rey, Huazolotitlán y Tututepec, ante lo que expresó:

> Habréis procedido alucinados. ¿Habréis de ser tan ruines cristianos que os hicisteis a su partido a tener parte en rapiñas, robos y adulterios?[3]

Insurgentes y realistas por igual difundieron la noticia del triunfo de las tropas de José María Morelos y Pavón en estas comunidades aledañas a la Mixteca costeña. Unos lo hicieron para mostrar la violencia de los insurgentes, otros para demostrar que era posible vencer a los realistas. El delegado de Xicayán comunicó sus preocupaciones a sus superiores, sugiriendo que los curas tuvieran un papel más activo y usaran los púlpitos para convencer a los pueblos de que los enfrentaran.[4] Al final, entre las comunidades permeó la idea de que era posible cambiar el injusto estado de cosas. La llama prendió en la yesca de las llanuras y montañas costeñas. De ahí en adelante ya no tendrían temor a rebelarse y quedar solos. Y ese tiempo no tardó mucho en llegar.

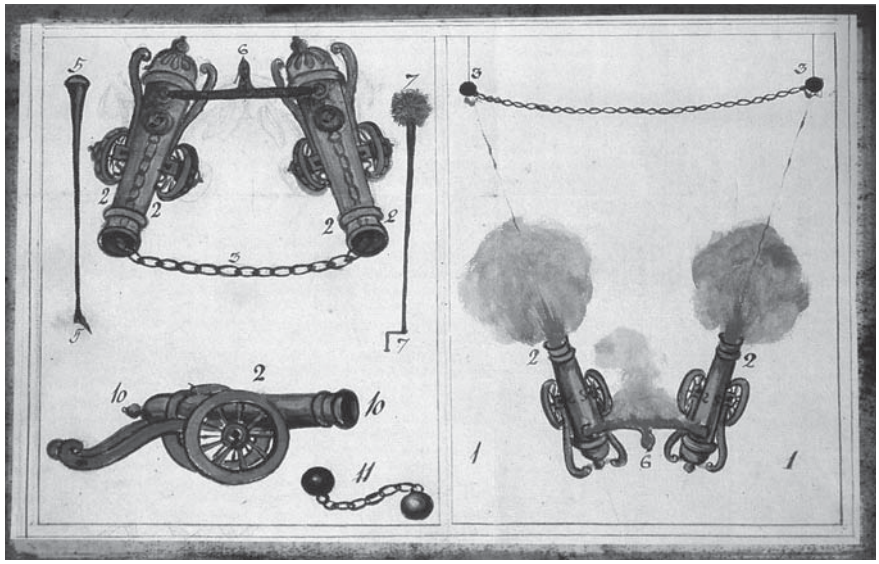
Antonio Valdés prende la mecha

Las rebeliones en la Mixteca surgieron por donde menos se les esperaba, tomando por sorpresa a las autoridades españolas. Después de la primera incursión insurgente a la Costa Chica sus habitantes se ani-

[3] *Ibidem*, pp. 130-131.

[4] AGN, Ramo Indiferente virreinal, Sección Operaciones de guerra, Caja 5552, Expediente 14.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.



CAÑONES USADOS EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.

maron y comenzaron a organizar la rebelión. En el mes de julio de 1811 el cura de Pinotepa de Don Luis, informaba al obispo de Oaxaca que personas ajenas al pueblo y vinculadas con los rebeldes llegaban constantemente por ese lugar; además señalaba que entre los mixtecos se corría el rumor que para el año nuevo llegaría Morelos y ellos lo recibirían muy bien.[5] Para septiembre, casi un año después de la incursión insurgente en la región, el mismo cura de Huazolotitlán, Manuel José Robles, informaba al obispo Antonio Bergoza y Jordán que grupos de pardos se levantaban contra el gobierno siguiendo el ejemplo de las tropas insurgentes; señalando que José Vielma, un sargento retirado de Pinotepa del Rey, andaba insurreccionando a los negros de Cortijos y Jamiltepec. Se dijo que inclusive el año anterior había invitado a José María Morelos y Pavón a su casa: "Porque no viene haciendo mal a nadie sino quitando al mal gobierno".[6]

José Vielma hizo llegar la información de sus intenciones al coronel José Alemán, un mulato que formaba parte del ejército realista,

[5] AGN, Operaciones de guerra, vol. 103, 16 de julio de 1811.

[6] AGN, Ramo Historia, vol. 1, Expediente 10.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

con la intención de que desertara con su gente y se pasara a las filas enemigas. Con ese fin le envío un comunicado con el señor Manuel García, afirmando que "la gente de estos pueblos estaba desbordada, que si llegaba el padre Morelos no le pondrían resistencia, por el contrario, nos juntaremos en Los Cortijos y si está en otro punto iremos a recibirlo, así Morelos pondrá toda su confianza en nosotros".[7] Tuvo muy mala suerte porque el militar realista, en lugar de hacerle caso, lo acusó con su comandante, Francisco Estévez, quien lo llamó a cuentas y tuvo que pedir perdón, confesando que no tenía ninguna comunicación con el general insurgente.[8]

La conspiración no prosperó, pero tampoco dejó tranquilos a los realistas encargados de que la paz reinara en la región. El coronel José Alemán escribió al comandante sobre su inquietud por la situación que se vivía en la región:

> [...] no se halla en la Mixteca todo el entusiasmo que debiera por la causa justa y que se encuentran rodeados de enemigos; los daños que se presentan para la costa y la Mixteca son grandes, ante estos hechos, lo único que puede salvar a la causa realista es la llegada de tropas venidas de Tlapa.[9]

El 26 de octubre de 1811 Antonio Valdés, un principal chatino originario del pueblo Tataltepec, en el partido de Jamiltepec, se puso al frente de un fuerte contingente de mixtecos originarios de ese partido, Huazolotitlán, Pinotepa del Rey y Pinotepa de Don Luis, dando inicio a la guerra de independencia por este lado de la Mixteca. En uno de sus primero golpes dieron muerte a Juan Manuel Egusquiera junto con otros diez españoles. Pocos días después del levantamiento se le unió más gente al mando de un tal Chavarría, José Domingo Cano y Miguel Lindón, apodado *El Picho*. Tomas de Serrada, el cura de Jamiltepec y su vicario José Herrera, siguiendo las indicaciones del obispo de Oaxaca, hicieron cuanto estuvo a su alcance para oponerse a la re-

[7] AGN, Ramo Indiferente virreinal, Sección operaciones de guerra, Caja 2213, Expediente 7.

[8] Israel, Ugalde Quintana, *op. cit.*, p. 43.

[9] AGN, Ramo Indiferente virreinal, Sección Operaciones de guerra, Caja 6551, Expediente 59.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

belión; con poco éxito al principio, pues los agravios de los españoles contra los pueblos pesaban más que los discursos de aquellos contra los independentistas.

El señor José María de la Barba, delegado de Xicayán, comunicó al cura de Huazolotitlán, José Manuel Robles, los detalles de la rebelión:

> Que el día 26 de octubre pasada la media noche los Chicomotepec, acaudillados por Antonio Valdés, enviado de Morelos, que se titula gobernador, asaltaron la cabecera de Xamiltepec, poniendo en prisión a todos los vecinos principales, sin distinción de patria, y saqueando sus casas, que no tuvo noticias suyas cerca del medio día, que al intentar dar noticias al subdelegado de esta comarca así como al de Ometepec, no pudieron salir las cartas por estar obstruidos los principales caminos.[10]

Cuando el obispo de Oaxaca, Antonio Bergoza y Jordán se enteró de la rebelión no podía creer tanta osadía. Estaba sorprendido porque durante todo el año pasado se había dedicado a crear una extensa red de sacerdotes para que le informaran sobre los sucesos y tomaran las medidas que consideraran pertinentes para evitar que esto sucediera. Con el fin de parar la rebelión antes que se extendiera decidió actuar de inmediato. En una carta pastoral describió al líder rebelde como un ser monstruoso, que no sólo tenía el alma negra sino las narices más ridículas del mundo. Mientras el ejército actuaba para someterlo, él ofreció una jugosa recompensa a quien lo detuviera:

> Ofrezco trescientos pesos de premio a quien sorprendiendo al cabecilla rebelde Antonio Valdés lo entregue a nuestras autoridades legítimas militar o política; aunque no valga tanto la ruin persona de dicho cabecilla Valdés, ofrezco otros mil pesos al mismo que lo entregue preso, que pagaré cuando la piedad y justificación de nuestro católico soberano me conceda el goce de la renta íntegra del arzobispado de México [...].[11]

[10] AGN, Operaciones de guerra, vol. 104.

[11] Israel Ugalde Quintana, *op. cit.*, p. 47.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Desgraciadamente, para los pueblos la rebelión fue como la luz de un relámpago que alumbró esas tierras, sumiéndolas después en la oscuridad. Antonio Valdés y su gente tenían la intención de unirse al ejército de José María Morelos y Pavón, pero tardaron mucho en hacerlo y cuando lo intentaron ya no les fue posible porque estaban cercados por un destacamento realista al mando de Luis Ortiz de Zárate, quien había llegado desde Oaxaca con la encomienda de sofocar la rebelión. A este contingente se unió otro al mando del capitán Juan Antonio Caldelas, el capitán realista que tras la derrota en Tres Palos se había ido a refugiar a Cortijos, desde donde decidió avanzar para cerrar la pinza contra los pueblos rebeldes.

Antonio Valdés y su gente estaban en Pinotepa del Rey cuando les llegó la noticia de las maniobras del ejército enemigo para combatirlos; sabedores de esa intención, en lugar de apresurar su avance para unirse a las fuerzas de José María Morelos y Pavón decidieron retroceder y atrincherarse en el cerro de Chacahua, pero antes de hacerlo sus fuerzas debieron enfrentar a los realistas que los perseguían. La batalla entre ambos contendientes se dio el día 12 de noviembre, en el paraje denominado Hornos de Cal. Días después, desde Pinotepa del Rey el capitán Juan Antonio Caldelas refirió los hechos al virrey de la Nueva España en los siguientes términos:

> El día 11 del que rige salí del Cortijo con destino a destruir la insurrección de esta provincia por orden del comandante D. Francisco Paris, y el 12 como a las dos de la tarde, á distancia de dos a tres leguas de este pueblo, se me presentó el enemigo en número de 500 hombres y el atacarlos y derrotarlos fue obra de pocos momentos; y entrando el día siguiente en el pueblo lo encontré sólo porque todos fueron a refugiarse a Huazolotitlán, y á poco rato de mi entrada se presentó D. Francisco Estevez, capitán de voluntarios á manifestarme que los propios rebeldes teniéndole en prisión le dieron la libertad para que viniese á impetrar el perdón de todos aquellos cabecillas reunidos en dicho pueblo que ofrecían rendir las armas con tal que se les perdonase la vida; y estando yo decidido á admitirle la rendición, llegó un parte de vecino fiel, que avisaba haberse fugado todos los cabecillas con todas las armas y porción de gentes, divulgando que iban á reunirse con Morelos; que de un modo o de

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> otro ya manifestaban bastante el terror que les había infundido la derrota que padecieron, y así por eso, como porque según noticias que he adquirido, se mantiene fiel el pueblo de Tututepec y su partido, he resuelto despachar á V. este extraordinario para que con estos conocimientos dirija V. sus operaciones. Yo me mantengo aquí ordenando la seguridad pública en disposición de avanzar hasta Jamiltepec, si el movimiento del enemigo no llama la atención a otra parte.[12]

En el cerco contra los independentistas no sólo participaban los militares, sino también la Iglesia católica. En Jamiltepec, Tomás de Serrada y José Herrera, cura y vicario de ese distrito, habían realizado campaña contra los independientes, y cuando llegaron las primeras noticias del triunfo de las tropas de José María Morelos y Pavón en La Sabana dieron un paso más y de las proclamas pasaron a las armas: reunieron cerca de doscientas personas para atacar a los rebeldes en el cerro de Chacahua. Tomás de Serrada tenía razones personales para actuar de la forma que lo hacía, pues como él mismo expresó después, a punto estuvo de morir a manos del jefe insurgente debido a que —cumpliendo con sus deberes— estaba "expeliendo del templo del señor a los inicuos y declarándolos públicamente excomulgados".

Los combates en el cerro de Chacahua entre realistas e independentistas comenzaron el 19 de noviembre. El final de ellos lo decidió el número de efectivos y la cantidad de armas de los bandos en pugna, que eran mayores entre los realistas. Después de seis horas de lucha a muerte la balanza se inclinó a su lado. Imposibilitados para vencer, los insurgentes, regaron con pólvora el cerro y cuando las tropas realistas se acercaron le prendieron fuego; la mayoría de ellos murieron, llevándose parte de sus enemigos. El resto de las tropas realistas ocuparon el cerro y después comenzó la represión. A los indígenas que no murieron en el combate y tampoco lograron dispersarse entre los pueblos cercanos, les quemaron sus casas y los pusieron en prisión, obligándolos a denunciar a los principales que participaban en la lucha, y una

[12] José Antonio Gay, *Historia de Oaxaca*, p. 448.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

vez descubiertos fueron enviados a Oaxaca para que las autoridades españolas les impusieran el castigo por su rebeldía.[13]

Siglo y medio después aquellos combates todavía permanecían en la memoria de varios costeños. A Gutierre Tibón se lo contaron de la siguiente manera:

> En Pinotepa del Rey, la que hoy llamamos Nacional, Valdés se enteró de que las tropas realistas, al mando del capitán Juan Antonio Caldelas, venían sobre él, y determinó salir a su encuentro. Cerca de Hornos de la Cal se trabo la batalla, el 12 de noviembre: y los insurgentes, inferiores en armas y experiencia, fueron derrotados. Valdés se enfrentaba con tres grupos de realistas: los negros de Caldelas, las tropas del coronel Ortiz de Zárate, que avanzaban de Oaxaca, y las fuerzas organizadas de los curas de Tututepec y Jamiltepec. Era inútil contar con la ayuda de Morelos. Tenía Valdés que jugar sólo su última carta.
>
> —¿Y vino aquí?
>
> —Sí, se fortificó en este cerro. Ha visto usted a su pie, del lado de la laguna, el cráter del azufre. Ahora bien: Valdés traía de las Salinitas una buena cantidad de salitre; aquí mismo preparó el carbón con cáscaras de cocos y lo molió en metates, y con el azufre del volcancito fabricó una cantidad considerable de pólvora. "Los realistas tienen artillería; yo también la tendré", se dijo, y dirigió la cantidad de tres cañones de madera. ¿Herramienta? Sólo había machetes, y con ellos se cortaron en la selva troncos de cedros y caobos, se ahuecaron hasta obtener perfectas bocas de cañón. Luego se confeccionaron las cureñas. El enemigo tenía que presentarse en la playa, y en esa dirección Valdés apuntó las tres piezas. En la parte libre de agua colocó buen número de barriles de pólvora, con las mechas listas para ser prendidas. No había para los insurgentes retirada posible en caso de derrota; se trataba pues de vencer a todo trance. La otra alternativa, lo sabían, era la muerte. La mañana del 19 de noviembre despertó a los héroes de Chacahua el grito de Antonio Valdés: "¡Enemigo a la vista!" Valdés tomó la iniciativa. "¡Fuego!" Sus cañones y fusiles disparan. Contestan los de Caldelas. El tiroteo es intenso y prolongado, pero la situación sigue indecisa. La tensión crece bajo el inten-

[13] *Ibidem*, pp. 447-448.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

so sol que quema. Los insurgentes tienen ansia de pelear cuerpo a cuerpo y bajan corriendo del morro. Se traba una lucha encarnizada; fusiles contra fusiles, y a poca distancia, y machetes contra machetes. Los negros son maestros insuperados en el uso de sus rústicas espadas, que han afilado como navajas de afeitar. Se oye su silbido al cortar el aire y su teñido cuando entrechocan mezclados con gritos salvajes. Valdés se bate bizarramente y anima a los suyos.
—¿Y cuanto duró la batalla?
— Entre la primera fase, la de la artillería y la lucha cuerpo a cuerpo, casi seis horas. Fue un combate desigual, y cuando Valdés se dio cuenta de la derrota, retrocedió con sus hombres hasta la parte minada, que debía volarse después de atraer allí al enemigo.
—¿Caldelas cayó en la treta?
—No sé que lo salvó: si su intuición o el diablo. Sabía que los insurgentes no tenían otra salida sino la laguna, infestada de caimanes, o el mar plagado de tiburones, y esperó al pie de este cerro su rendición. Valdés había perdido su última esperanza. De repente sacudió el morro un estremecimiento como de terremoto, acompañado de un estruendo de cien cañones.
—¡Los barriles de pólvora!
—Sí, Antonio Valdés había encendido las mechas, para morir con los suyos antes de rendirse. ¡Qué hombre! Por algo lo consideramos nuestro héroe máximo. Es sin duda uno de los grandes campeones de la independencia mexicana.[14]

Lleno de júbilo por los resultados del combate, el capitán Juan Antonio Caldelas volvió a escribir al virrey desde el mismo lugar del combate:

A las doce del día me apoderé del punto de Chacahua que ocupaban los insurgentes y cabecillas de Valdés y Chavarría, con todos los intereses que en él había, tres cañones de palo y demás municiones; libres de haber perecido sobre los barriles de pólvora con mecha en mano, que efectivamente tenían. La acción ha estado muy reñida, la hora muy cruda, el fuego muy vivo; pero nada fue obstáculo para

[14] Gutierre Tibón, *Pinotepa Nacional. Mixtecos, negros y triquis*, pp. 98-99.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> estos valerosos soldados. Por nuestra parte hemos tenido cuatro heridos, uno de gravedad y los restantes levemente, ignoro los muertos y heridos [del enemigo], pues aún la tropa sigue en su alcance, pero deben ser muchos. A nuestra vista celebramos estas glorias, y por cuanto no hay lugar para más sólo pido las mulas que fueron cargadas ayer para que conduzcan el botín que se ha tomado, pero que indispensablemente vengan a dormir al camino, cuando no puedan llegar aquí. Se necesita un médico y ungüentos para curar mis enfermos que son acreedores a toda atención.[15]

Así se encendió y apagó la primera llama de la insurrección en la Mixteca costeña. Quedaba su ejemplo y, como las chispas que se extienden cuando el viento sopla, ya no iba a apagarse.

Valerio Trujano prende la lumbre

Otro lugar de la Mixteca donde la llama de la insurgencia prendió después del grito de Dolores fue Huajuapan, por la Mixteca baja. Quien la encabezó fue un criollo de nombre Ignacio Navarro,[16] que al parecer mantenía relaciones con los pronunciados de Dolores, Guanajuato. Al frente de un pequeño grupo de criollos inconformes con la Corona, Ignacio Navarro levantó la antorcha de la independencia pero no logró prender fuego en la región; su rebelión no preocupó a las autoridades españolas, al grado de que ni siquiera se preocuparon por acabar con ella, lo que permitió a los insurrectos mantenerse en pie de lucha hasta que la fuerza de la rebelión llegó de otros lados, convirtiendo a estas tierras en escenario de grandes batallas por la independencia. A diferencia de la Costa, que se manifestó como una insurrección popular, las rebeliones de la Mixteca baja fueron alzamientos de pequeños grupos de inconformes, dirigidos generalmente por criollos. Pero no era el único lugar donde la insurgencia había estallado. En febrero de 1811 las autoridades españolas se quejaban de que los pueblos de Chazumba

[15] *Gaceta* núm. 146, 1811, citada en José Antonio Gay, o*p. cit.*, p. 448.

[16] *Primer Centenario de la erección de Huajuapan de León, Oaxaca en ciudad,* 1984, pp. 29-30.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

y Tepeji de la Seda —muy cerca de Huajuapan— se habían adherido a la causa insurgente, mientras que el gobernador del pueblo de Acatepec, en el distrito de Tehuacán, ofrecía su apoyo a los realistas.

En Tlaxiaco, por la Mixteca alta, la situación era similar. Los enviados de José María Morelos y Pavón tuvieron una acogida entusiasta, sobre todo en aquellos pueblos que se habían quejado contra los repartimientos que se hicieron de manera ilegal desde el año de 1786.[17] Esos primeros movimientos pusieron sobre aviso a los realistas del peligro que se cernía sobre la región, pero también porque sus ideas libertarias comenzaban a circular entre los habitantes de la Mixteca alta. En enero de 1811, apenas tres meses después de emitido el bando que suprimía las castas y abolía la esclavitud, el español Manuel Sorsano Besares interceptó en Tlaxiaco un ejemplar de documento que era transportado por un mixteco, el cual remitió al capitán de las milicias de Nochixtlán, José Regules de Villasante.[18]

Con todo, los primeros brotes visibles de rebelión no surgieron de los pueblos sino entre los criollos acomodados. El líder de los insurgentes era José *Chepito* Herrera, un trapichero que competía por el mercado del azúcar con Manuel Esperón, que a su vez comandaba las fuerzas realistas. El 17 de diciembre de 1811 el señor Anastasio Somellera y Uriarte denunciaba ante la Junta de Seguridad, Policía y Buen Gobierno de Oaxaca "que se sabía que en el pueblo de San Pedro Apóstol —hoy barrio de San Pedro en la ciudad de Tlaxiaco— tenían los indios un gran número de escopetas, no me acuerdo si 300 o 500, destinadas para los rebeldes".[19] La chispa estaba prendiendo la llama, lo mismo en los llanos que en las montañas.

En la Mixteca baja quien más alto levantó la llama de la independencia fue un indígena chontal conocido como Valerio Trujano. Nacido el 19 de mayo de 1777 en el rancho del Cerrito de las Cabras, perteneciente al pueblo de Tepecoacuilco, en la intendencia de Puebla, su verdadero nombre era Valeriano Antonio. Hijo de Manuel Salvador y

[17] Brian R. Hamnett, *op. cit*, p. 175.

[18] Ernesto Lemoine, *Morelos. Su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonio de la época*, p. 162.

[19] Rosalba Montiel (comp.), *Documentos de la guerra de independencia en Oaxaca*, p. 11.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

de Ana María, un matrimonio que habitaba la región, carecía de apellidos porque en ese tiempo los indígenas tenían prohibido llevarlos, a menos que los compraran. El nombre y el apellido con que pasó a la historia se los dio el pueblo, el primero como abreviación de su nombre verdadero o como apodo, el segundo seguramente por gusto de él.

De niño se dedicó a la crianza de cabras, una actividad bastante redituable en ese tiempo por la importancia que el sebo tenía para la industria minera y del transporte; no fue a la escuela, pero antes de entrar en la juventud su padrino, el sacerdote Ignacio Hugo de Omerik, lo adoptó y le enseñó a leer, escribir y hacer cuentas, conocimientos que le permitieron alquilarse como arriero y después independizarse cuando pudo tener su propio rebaño de mulas. Esa actividad le permitió viajar a varios pueblos de la región y en uno de esos viajes conocer a José María Morelos y Pavón. En Tepecoacuilco se casó y vivió un tiempo con Margarita A. Votello, con quien procreó un hijo y por quien moriría años después.

Tenía 43 años cuando inició la guerra de independencia, en la cual se comprometió tanto por su convicción de que era la única forma de cambiar las injusticias que padecían los pueblos como por su amistad con José María Morelos y Pavón y Vicente Guerrero. Antes de enrolarse en la guerra participó en la conspiración de Tepecoacuilco, ligada a la de Dolores, pero no pudo levantarse en armas junto con sus compañeros, pues como fue descubierta y se adelantó él andaba finiquitando sus compromisos comerciales, y cuando se enteró del suceso todos sus compañeros habían sido sometidos. Enterado de los acontecimientos comenzó a armar su propio ejército: clandestinamente fue organizando a la gente y reuniendo los pertrechos de guerra, que al paso de los días le serían de tanta utilidad.

Cuando consideró que estaba apto para enfrentar al gobierno español, lo hizo sin esperar orden de nadie. Pronto la tropa comandada por Valerio Trujano se convirtió en la fuerza insurgente que más peligro representaba para la estabilidad de los realistas en esta parte de la Nueva España. Para combatirlo el gobierno español concentró en Taxco tropas al mando de Manuel García Ríos y Agustín de Iturbide, que comenzaba su carrera militar en la región. Aun así, como ya se dijo, las tropas insurgentes realizaron una exitosa campaña por Iguala y Tix-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

VALERIO TRUJANO.

tla, y en los primeros días de noviembre de 1810 ocuparon la ciudad de Tlapa sin combatir porque, enterados de su cercanía, los españoles habían huido para la intendencia de Oaxaca.[20]

Fue durante esas campañas, cuando todavía no formaba parte de la estructura militar del ejército del general José María Morelos y Pavón, que Valerio Trujano se dio cuenta que en la guerra pesaban bastante la ideología y los intereses de los criollos frente a las necesidades y aspiraciones de los pueblos, mixtecos en este caso. En diciembre de 1811 realizó una incursión al distrito de Acatlán y después de ocupar el pueblo nombró como autoridad civil a un ciudadano común y corriente, sin instrucción escolar pero aceptado entre sus habitantes. Enterado de esa decisión, Miguel Bravo reaccionó indignado, tanto que consideró necesario comunicar el suceso a José María Morelos y Pavón para que se tomaran medidas que corrigieran el acto: "Es un va-

[20] Herminio Chávez Guerrero, *Valerio Trujano. El insurgente olvidado*, pp. 113-119.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

quero o sabe Dios qué clase de rústico",[21] dijo, refiriéndose a la persona que había sido nombrada como autoridad.

La actitud de Miguel Bravo no era personal, ni aislada, obedecía al hecho de que los españoles de Acatlán estaban inconformes con que los gobernara un mixteco, no obstante la mayoría de sus habitantes pertenecían a esta etnia. El asunto no trascendió más porque la autoridad nombrada se dio cuenta del descontento que estaba generando y renunció al cargo para no perjudicar la causa. Entonces, aprovechando el vacío de poder, Miguel Bravo escribió al párroco del lugar solicitándole convocara a elecciones a todos los habitantes y escogieran como autoridad a un "americano respetable", es decir, a un criollo ilustrado. Otro tanto hizo para el caso de Huajuapan, escribiendo a su amigo Nicolás Berdejo que se hiciera cargo del poder civil hasta en tanto "se pudiera nombrar una persona de nota", porque Valerio Trujano había cometido la misma "estupidez" que en Acatlán.[22] El ideal libertario no era lo mismo para las clases sociales que participaban de él y por lo mismo no podía unificarlas.

Otro lugar donde los pueblos aprovecharon la ola insurgente y se levantaron en contra de las autoridades españolas fue la ciudad de Tlapa. El control de esa ciudad por los insurgentes, dada la importancia de su actividad económica y política, lo mismo que por ser la ruta de comunicación entre el centro del país y la costa del Pacífico, resultó estratégica para el movimiento independentista. Con ella los insurgentes controlaron parte del territorio de la Nueva España y estuvieron en posibilidad de ocupar otras ciudades importantes del centro y el sur. Pero también resultó trascendente porque ahí fueron pueblos enteros los que decidieron participar en la lucha. Desde que supieron que un cura de pueblo andaba levantado contra los españoles, las autoridades indígenas de Tlapa, con el acuerdo de sus pueblos, buscaron comunicarse con él; al principio con poca suerte porque el subdelegado español sospechó de sus intenciones y mandó detener al señor Agustín Mariano Vázquez, gobernador indígena, acusándolo de cooperar con los insurgentes. No fue el único caso de represión. Diego Do-

[21] Brian R. Hamnett, *op. cit.*, p. 174.

[22] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

☆PRIMEROS BROTES INSURGENTES (1811).
Elaboró: *Omar Escárcega Lozano.*

lores, el gobernador entrante, y sus compañeros no pudieron tomar posesión de su cargo por las mismas razones.

Las acciones represivas de las autoridades españolas contra los pueblos mixtecos retardaron la comunicación de los indígenas con los insurgentes, pero no pudieron terminar con el peligro que significaba la rebelión. Victoriano Maldonado, un líder tlapaneco, se incorporó a los insurgentes en esa ciudad, al mando de un regimiento de paisanos suyos. José María Morelos y Pavón lo integró a su ejército con el grado de coronel. En Tlapa también se unió a los insurgentes el padre Mariano Tapia, vicario del pueblo, que anteriormente había servido a los realistas, aunque pronto comprendió que su futuro estaba al lado del pueblo; José María Morelos y Pavón también lo nombró coronel y le ordenó que levantara un regimiento con los habitantes de la población. No fue una buena decisión, ya que el religioso no tenía ninguna experiencia militar y tampoco ganas de aprenderla, por lo que su contribución a la causa como militar fue escasa, al grado de

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

que su torpeza causó la derrota de Miguel Bravo en Azoyú y él murió en combate en noviembre de 1812.[23]

Ahí también se sumaron al ejército insurgente Valerio Trujano y su gente. El acontecimiento fue importante para él y para el movimiento rebelde, pues las acciones que desarrolló a partir de entonces ya no fueron aisladas, sino parte de una estrategia militar con objetivos específicos. Además de los combates de Iguala y Tixtla contra las tropas de Manuel García Ríos y Agustín de Iturbide, peleó en Chilapa contra las fuerzas de Juan Antonio Fuentes, el comandante de las tropas realistas de ese tiempo. Fueron batallas con poco renombre porque el ejército enemigo era improvisado, formado con gente de los pueblos, igual que el de ellos. Eso no impidió que sus triunfos lo llenaran de gloria al salir airoso de todos los combates y su fama creciera entre los pueblos, lo mismo que entre las tropas insurgentes. El movimiento insurgente en la Mixteca iba tomando forma.

[23] Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana, 1810*, t. II, p. 23.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

III. Echando agua al fuego

con los triunfos insurgentes en varios pueblos mixtecos ubicados en la intendencia de Puebla y varios brotes rebeldes en Oaxaca, muchos soldados desertaron y se fueron con sus familias a buscar un lugar más tranquilo donde vivir y su ejemplo fue seguido por varias familias de la clase alta. Algunos llegaron a la capital de Oaxaca, llevando consigo las noticias de las derrotas realistas, situación que puso a las autoridades españolas de esa intendencia más nerviosas de lo que ya estaban. Esa información motivó a los responsables de la seguridad de la provincia a reforzar las medidas que hacía un año venían tomando para mantener la tranquilidad.

La defensa de los realistas

Desde el 10 de octubre de 1810, tan pronto como supieron de la rebelión de Miguel Hidalgo y su gente en el pueblo de Dolores, los diputados del comercio de Oaxaca se dirigieron a Bernardino Bonavía, comandante general de la Séptima Brigada de las tropas realistas, para proponerle que solicitara al virrey de la Nueva España la formación de dos compañías de milicias urbanas integradas por "personas decentes", es decir, ricas, como muestra —dijeron— de sus sinceros deseos de cooperar en cuanto les fuera posible para que en el departamento "se conserven siempre ilesos los sagrados principios de la religión, de la

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

soberanía y del Estado". De acuerdo con su propuesta, cada compañía debía integrarse con setenta o cien hombres, un capitán, un teniente, un alférez, dos sargentos, ocho cabos y dos tambores. En su solicitud prometían correr con los gastos que representara uniformar a las compañías y que el gobierno cubriera lo referente al armamento.[1]

El virrey estuvo de acuerdo y el 20 de octubre comunicó a José María Laso que podía proceder. De inmediato reunió a los comerciantes promotores de la iniciativa, igual que a otros sectores importantes de la ciudad para proceder a la formación de las dos compañías solicitadas. Ahí acordaron llamar a todos los gremios para que aportaran sus contingentes, con muy buenos resultados porque acudieron sastres, barberos, carpinteros, zapateros, tejedores, pintores, hojalateros, coheteros, panaderos, dulceros, curtidores y loceros; hasta sumar 276 voluntarios de la clase baja, ninguno de los acomodados, aunque estos últimos eran los promotores.[2]

Sólo que el asunto no era tan fácil de concluir como lo esperaban. Los voluntarios propusieron de entre ellos a quienes querían que fueran sus oficiales, pero Bernardo Bonavía, el comandante general de las tropas, se opuso arguyendo que no tenían dinero para mantenerse por sí mismos "con decoro y esplendor". Era su manera de decir que sólo los ricos podían ser oficiales.[3] O pensaba que aún en situación de emergencia los mandos militares deberían ser privilegio de las clases altas, o tenía miedo que actuaran por su cuenta y en algún momento volvieran las armas contra ellos. Pero no sólo había problemas en ese frente. El 27 de noviembre de ese año los comerciantes propusieron al intendente que él nombrara a los oficiales y como no tenía experiencia militar los nombró según el conocimiento social que tenía de ellos, lo que generó una fuerte inconformidad que casi se convierte en rebelión.[4]

En la formación de las dos compañías participaron activamente los españoles de la Mixteca alta, de Yanhuitlán, Teposcolula y Tlaxia-

[1] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 103, f. 12.

[2] *Idem.*

[3] Peter Guardino, *El tiempo de la libertad. Cultura y política popular en Oaxaca, 1750-1850*, p. 218.

[4] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 103, f. 38.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

co. José María de la Barba, subdelegado de Teposcolula, andaba muy preocupado porque tenía noticias de que la frontera entre las intendencias de Puebla y Oaxaca, desde Tlapa hasta Acapulco, estaba dominada por los insurgentes; así que cuando supo que en la ciudad de Oaxaca se estaba formando dos compañías de milicias urbanas se apresuró a reclutar voluntarios y nombrarles sus jefes para que participaran en ellas. La gente no sabía de la guerra, hasta ese momento no habían vivido una y no conocían de sus crueldades, por eso se alistaban con gusto. Ante eso el subdelegado diría:

> Los vecinos pudientes después de sus personas han ofrecido todo lo demás, y los naturales (como van a dar a V. Exxa. prueba nada equívoca) han manifestado, con no menos entusiasmo cristiano, y leal, y así nada tendrá que decir de los dignos párrocos, o pastores, de unos fieles vasallos que abundan en sentimientos tan justos pues es conocido el verdadero, y santo influjo que les toca, en circunstancias tan plausibles.[5]

Como en el caso de la ciudad de Oaxaca, la mayoría de los voluntarios eran de clase social baja, a los que se unieron unos cuantos españoles peninsulares; a los primeros, que sumaban 338 elementos, se les mandó a formar la tropa y a los segundos se les nombró oficiales. Ahí estaban, como oficiales de infantería, Gabriel Esperón, propietario de la hacienda de La Concepción; Antonio Brea y Francisco Terrón; como oficiales de caballería se nombró a Pedro Barba, hijo del subdelegado, José María Esperón, hermano de Manuel Esperón, Manuel Besares y Mariano Guergue.[6]

Con esa gente las autoridades pensaban que se podían formar dos compañías, una de caballería y otra de infantería. El problema era que la mayoría de ellos no contaban con armas, sólo unos cuantos tenían algún fusil, espada o machete. Para subsanar esa falta el subdelegado pidió a las autoridades de Oaxaca que las aportaran, pero no esperó que se las dieran y tomó medidas para que se fabricaran mil lanzas, se

[5] *Ibidem*, f. 84.

[6] *Ibidem*, f. 92.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

fundieran algunos cañones, de bronce o madera, y se recogieran las armas de fuego que tuvieran los particulares.[7]

Eso había sido el año pasado, cuando la guerra se veía bastante lejos y se tomaban medidas preventivas. Ahora los tiempos habían cambiado y la guerra era algo inminente. Después de mucho deliberar, el día 13 de diciembre de 1811 las autoridades de Oaxaca acordaron formar una Junta de Seguridad, Policía y Buen Gobierno. Su composición era bastante expresiva de los objetivos que se proponía: ahí estaba el presidente de la intendencia, José María Laso; el ministro tesorero Francisco Antonio de Villarraza, el teniente letrado Antonio María Izquierdo, el regidor decano José Régules de Villasante, el diputado de comercio Francisco Antonio de Goytia, el diputado de minería Juan Felipe Echari, el regidor honorario Felipe Mantecón y el canónigo lectoral José de San Martín en representación del obispo Antonio Bergoza y Jordán; el administrador de rentas de la intendencia José María Murguía Galardi, el administrador de correos Miguel Iturribarría, y los señores Juan Pascual de Fagoaga y Adrián de Cerain.[8]

Entre las actividades que se encomendó realizar a la junta para cumplir su cometido, se encontraban promover la defensa de la capital y de la provincia de cualquier agresión que intentaran "los enemigos de la patria"; mantener la tranquilidad y el buen orden público por todos los medios que juzgaran necesarios; vigilar que la fortificación de la ciudad se realizara de manera correcta; procurar la creación de una tropa y armarla adecuadamente; tomar medidas oportunas para que no faltara alimento y las mercancías de primera necesidad se mantuvieran a precios cómodos y equitativos y, por último, investigar si hubiere sospechosos de infidencias, vecino o forastero, y si lo encontraran delatarlo inmediatamente a la junta o privadamente a su presidente, si el caso ameritara tratarse con reserva. Sabían que la guerra venía y se preparaban para enfrentarla.[9]

También se aprobó un reglamento para los tenientes de policía, que reforzaba las medidas del anterior. En él se autorizaba a dichos

[7] *Ibidem*, f. 84.

[8] Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, p. 4.

[9] *Ibidem*, pp. 5-7.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

funcionarios investigar si existían casas de juego prohibidos o lugares donde se hicieran reuniones o juntas clandestinas; vagos o personas mal entretenidas, y de haberlos denunciarlos a la junta, "a fin de que con oportunas providencias se corrija, o quite semejante polilla". Si un vecino se mudaba de residencia debía informar a dónde iba, para avisar a las autoridades de su traslado; se insistía en que vigilaran la existencia de individuos sospechosos de infidelidad a las autoridades españolas y que los denunciaran si los hallaban. Además de esas facultades, se le otorgaba la de vigilar si llegaban forasteros y de ser así lo comunicaran inmediatamente a la junta, lo mismo que si alguien intentaba salir de la ciudad.[10] En la práctica instalaron un estado policíaco.

Integrada la junta, sus miembros se pusieron a trabajar de inmediato para cumplir sus tareas. El día 18 de diciembre el señor José María Laso, presidente de la intendencia, se dirigió al virrey solicitándole sancionara la creación de la junta, su reglamento y el de los tenientes de policía; pero las comunicaciones con el centro ya no eran fáciles, por la proliferación de grupos insurgentes en varias partes de la intendencia que merodeaban por los caminos; previendo que no hubiera recibido la primera comunicación, el 22 de enero del siguiente año insistía sobre lo mismo.[11] Los ricos de Oaxaca asumieron el reto para mantener sus privilegios.

Dos días antes que la junta quedara constituida, el canónigo José de San Martín informaba al obispo de Oaxaca tener noticias de que las tropas insurgentes se acercaban por la Mixteca rumbo a la ciudad; como medida de seguridad proponía la formación de una compañía de eclesiásticos —seculares y regulares— y un plan para la defensa de la ciudad. Pensaba que si los religiosos se involucraban militarmente en la guerra también lo harían los pueblos, por lo que él se comprometió "a colectarlas y salir al frente de ellas para la defensa de la Mixteca".[12]

Cuando la junta quedó constituida el obispo presentó a sus miembros la propuesta del canónigo José de San Martín, así como su opinión de que era una oportunidad que no se debía despreciar. La junta

[10] *Ibidem*, pp. 9-10.

[11] *Ibidem*, p. 2.

[12] *Ibidem*, p. 35.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

estuvo de acuerdo con la propuesta y solicitó al virrey autorización para llevarla a cabo; pero la situación no podía esperar y el promovente comenzó a trabajar en su plan sin autorización oficial, sólo con la anuencia de su obispo: juntó 1 500 voluntarios para la defensa de la ciudad, a los que vistió con uniforme color morado, el color de la vestimenta del obispo, razón por la cual el pueblo les puso el mote de batallón de "La Mermelada". Además de eso, organizó lo necesario para armarlo, al grado de ordenar la fundición de veinte cañones.[13]

Para armar al naciente ejército la junta envío al señor José Mariano de Almanza al puerto de Veracruz, para que adquiriera parte de los mil fusiles que el navío real *Algeciras* traía desde territorio español para reforzar la lucha contra los independentistas. Después de muchas gestiones sin resultado positivo el enviado se dirigió al gobernador del puerto, Carlos de Urrutia, solicitándole le entregaran la mitad de dichas armas. En su solicitud, además de las armas le pedía que si esa entrega requería autorización de las autoridades de la Nueva España, la solicitara por correo extraordinario, comprometiéndose a cubrir su costo. Quería a toda costa hacerse de dichas armas para defender la intendencia.[14] Finalmente sus gestiones tuvieron éxito, consiguió las armas que con tanta perseverancia buscaba, pero no pudieron llegar a su destino porque Valerio Trujano y su gente emboscaron a quienes las transportaban, y cuando pasaban por la Mixteca se las arrebataron y fueron a fortalece la lucha insurgente.

Como paso obligado de la intendencia poblana a la oaxaqueña, la Mixteca resultaba un punto estratégico. Para defenderla se integró una fuerza militar a cuyo frente se nombró a José María Régules de Villasante, en su calidad de regidor decano del ayuntamiento, comerciante español originario de Santander. Hacía años que este señor se había instalado en la ciudad de Nochixtlán, en la Mixteca alta, donde explotaba sus ricos valles para la producción de azúcar que vendía en Oaxaca y Tehuacán. Era un hombre carente de todo conocimiento y experiencia militar, pero los españoles confiaban en su crueldad para detener a los insurgentes.

[13] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 103, f. 422.

[14] Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, p. 15.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

A él se unió Gabriel Esperón, voluntario español desde el año pasado para defender la autoridad del rey y dueño de la hacienda "La Concepción", ubicada en Tlaxiaco. Esta hacienda era una de las más ricas de la región y la intendencia, se construyó sobre tierras que en años anteriores pertenecieron al pueblo triqui.[15] Esa fue una de las razones de que los triquis participaran en la guerra de independencia, dirigidos por Hilario Alonso Medina, *Hilarión*, peleando del lado de los insurgentes, aunque sin subordinarse a ningún jefe militar.[16] Otro español que también participó en la defensa de la intendencia de Oaxaca por la parte realista fue Juan de la Vega, también hacendado, aunque sus propiedades se ubicaban fuera de la región. La tropa de todos ellos la formaron con trabajadores de sus haciendas, a la que unieron una compañía de artesanos de Oaxaca. El gobierno sólo puso a las órdenes de José Régules de Villasante 400 infantes y cien caballos.

Para resguardar la intendencia, el gobierno español se propuso formar una especie de muralla militar entre la Mixteca costeña por el sur y la Mixteca baja por el norte, en la cual la Mixteca alta funcionara como eje central. Para lograrlo necesitaban debilitar a las fuerzas independentistas que al mando de José *Chepito* Herrera operaban entre Tlaxiaco y Putla, lo mismo que las de Valerio Trujano situadas entre Huajuapan e Izúcar. Con ese fin acordaron que las tropas del capitán Juan Antonio Caldelas se movieran desde la Mixteca costeña hasta Putla. Era una especie de señuelo para que las tropas de *Chepito* Herrera se desplazaran hacia el sur y de esa manera los realistas pudieran ocupar sus posiciones en la Mixteca alta. Pero el plan no prosperó porque las tropas de José Regules de Villasante consideraron que no contaban con la fuerza y los elementos necesarios para moverse a esa región.

En una carta que el 20 de enero de 1812 dirigió desde Yanhuitlán a la Junta de Seguridad, Policía y Buen Gobierno de Oaxaca, el jefe realista le explicó su situación:

[15] Rodolfo Pastor, "La Independencia y la institucionalización del nuevo Estado: la Mixteca Alta, 1810-1850", pp. 83-127.

[16] Leticia Reina Aoyama, *Caminos de luz y sombra. Historia indígena de Oaxaca en el siglo XIX*, p. 95.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> Llamar la atención al enemigo que tiene un punto ventajoso, a distancia de 20 leguas no nos parece muy fácil; sin conocimiento de las operaciones de la división de Caldelas y del efecto que estas causan al enemigo, no podemos nosotros hacer ninguna tentativa; de Tlaxiaco a Huajuapan se comunica el enemigo con tanta facilidad, como que todos los pueblos que hay en el intermedio de estos, están en insurrección y les franquean los auxilios que quieren, a nosotros se nos niega todo, y lo que es mas, las noticias que podían servirnos para nuestro gobierno, que aun de los pueblos insurgentados (que sólo distan de aquí dos leguas) no podemos saber nada; la fuerza real y física con que nosotros contamos no es mas que la de ciento cuarenta, o cincuenta armas de fuego útiles, si hacemos uso de ella dirigiéndonos a Tlaxiaco por Teposcolula y demás pueblos que están en insurrección, Vuestra Señoría y todo el mundo inferirá que el éxito debe ser desgraciado, en vista de que en Huajuapan puede venir una fuerza respetable que por todas partes con facilidad la envuelvan.[17]

El apoyo que los independentistas recibían de los pueblos mixtecos no era sólo por la parte alta de la región, sino también por la baja. Esa situación representaba un gran peligro para la continuación del poder colonial, y las autoridades lo sabían. Para superarla, Francisco Xavier Venegas, virrey de la Nueva España, pidió apoyo al gobernador de La Habana, quien le envió al brigadier Ciriaco del Llano para que organizara la lucha contrainsurgente en el sur y pudieran hacer frente a las tropas de José María Morelos y Pavón. Tan pronto como llegó, el militar se puso a trabajar en la intendencia de Puebla, para apoyarlo se comisionó a José Gabriel Armijo, otro brigadier originario de San Luis Potosí, donde formaba parte de los cuerpos militares de Félix María Calleja, el comandante general de las milicias del rey en la Nueva España. Las autoridades españolas comenzaban a profesionalizar su ejército para enfrentar a los rebeldes.

A principios de enero de 1812 José María Régules de Villasante escribió a Ciriaco del Llano, solicitando su apoyo para detener el avance de los insurgentes por la provincia de Oaxaca. El 10 de enero de ese mismo año el brigadier le respondió con una carta desesperanzadora.

[17] Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, p. 13.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

En ella le comunicaba que no le podía brindar el apoyo solicitado porque las fuerzas realistas estacionadas en Tehuacán eran muy pocas y si bien José María Morelos y Pavón había tomado rumbo a Taxco, lo hizo sin que sus tropas abandonaran los valles de Izúcar que habían ocupado a finales del año pasado. Con esa respuesta en sus manos, José Régules de Villasante admitió que la capacidad militar con que disponía no era suficiente para someter a las tropas independientes y sin más remedio solicitó a la Junta de Seguridad, Policía y Buen Gobierno de Oaxaca le proporcionara un refuerzo de 200 hombres de infantería y caballería "distinguidos", es decir, de carrera militar, más una compañía de las recién formadas con voluntarios:

> Esperamos que Vuestra Señoría con la mayor actividad tome sus providencias para que cuanto antes nos pongamos en estado de ser respetables, poder atacar Tlaxiaco, y contrarrestar cualquier fuerza que Morelos destaque desde Taxco en vista de que tiene a su devoción a las dos Mixtecas, y que estas le proporcionan a hacerse dueño de la provincia, como único apoyo para la subsistencia por la dificultad que hay de apagar la insurrección en toda ella, si por nuestra desgracia se extiende, de cuyas resultas hacemos a Vuestra Señoría responsable en caso de no dársenos este auxilio, como asimismo a la Junta de Seguridad, de que con esta misma fecha insertamos lo mismo que decimos a Vuestra Señoría.[18]

Tanto el intendente como la Junta de Seguridad, Policía y Buen Gobierno tomaron muy en cuenta las palabras del jefe militar y realizaron todos los esfuerzos a su alcance para brindarle el apoyo solicitado. Pronto vieron los resultados. En marzo de 1811 ya se habían colocado varias patrullas de vigilancia en Teposcolula, Yanhuitlán, Chalcatongo, Tlaxiaco y Ometepec,[19] con lo que lograron cubrir desde la Mixteca oaxaqueña hasta la poblana, formando un verdadero muro de contención entre el territorio donde operaban los insurgentes y el que aún estaba en relativa paz. Para mantener la tropa las autoridades

[18] *Ibidem*, p. 14.

[19] Alfredo Ávila, "'Entregar Oaxaca a los insurgentes'. La frustrada conspiración de 1811", p. 208.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

de Oaxaca establecieron contribuciones forzosas y donativos voluntarios. José María Laso, el intendente de la ciudad, lo justificaba así:

> Siendo notorios los quebrantos de esta provincia y no menos notorios los de la defensa y seguridad mayormente en el día los de esta ciudad capital a la que amenazan los insurgentes con tanta proximidad como furia, siendo necesaria su expulsión y defensa de los puntos en que amagan, que es necesario mantener tropas y costear armas y municiones, no quedando recurso alguno que solicitar fondos con precisión, sin que lo resienta el vecindario, no pidiendo ahora ninguna contribución que no fuese la que le dictase su propia voluntad y patriotismo, como lo he manifestado en otras ocasiones por medio de oficio suplicatorio que ha circulado no sólo en la ciudad sino en toda la provincia, valiéndome del mismo obispo y del clero secular y regular, siendo como es mi obligación además, según la legislación ordinaria, mantener tropas en los diversos puntos de Jamiltepec, Ometepec, Yanhuitlán y guarniciones de esta ciudad.[20]

El 28 de enero llegó la autorización del virrey para que se formaran las compañías eclesiásticas para la defensa de la ciudad y el canónigo José de San Martín pudo actuar más libremente para sacar adelante sus planes. Pero entonces se supo que la disposición de los voluntarios para ir a la guerra no era mucha. El 29 de ese mismo mes, cuando se comunicó al cuerpo de granaderos que debían marchar a la Mixteca a brindar el apoyo que solicitaba José Régules de Villasante, se negaron aduciendo que los llamaron a defender la ciudad y los militares tenían más preparación militar para detener a los insurgentes. El comandante de la Séptima Brigada de las tropas realistas, Bernardino Bonavía, los señaló de insubordinación y quiso castigarlos, pero José de San Martín se opuso. El 11 de febrero escribió al mismo virrey para dar su punto de vista sobre lo sucedido:

> Esta repugnancia de mis soldados para ir a la Misteca tal vez Señor Exmo. se calificará de insubordinación, pero esté V. E. íntimamente persaudido de que sus alegatos tienen otro principio muy diverso. Es

[20] Ana Carolina Ibarra, *El cabildo catedral de Antequera. Oaxaca y el movimiento insurgente*, p. 135.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> esta ciudad hay mas de quatrocientos hombres de tropa disciplinada la que menos lleva un año de ejercicio, esto lo conocen mis soldados, y dicen con fundamentos, que las compañías de los valles, y de los artesanos, como que están instruidos, pueden ser mas útiles en la *Misteca:* y ellos aun no dan tres pasos al frente: que no tienen vestuario, y adquirirán algunos conocimientos y entonces al punto que les destinen. Menores alegatos que estos hicieron los patriotas distinguidos de esta ciudad, y no se calificaron de insubordinación, y fueron suficientes que no fueran a la Misteca si no el que voluntariamente quiso.[21]

Como puede verse, al principio de la guerra tanto la composición del ejército independiente como la del realista se formaba con efectivos que no eran militares profesionales en su mayoría, sino españoles y mixtecos dedicados a la vida civil convertidos en soldados para defender sus propias posiciones. Y en los días por venir se verían las caras en los campos de batalla.

La iglesia poblana intenta apagar el fuego

Pero no sólo reaccionaron las autoridades civiles y militares, sino también las eclesiásticas. Cuando José María Morelos y Pavón se encontraba en Tlapa, se le presentó el sacerdote Antonio Palafox, cura de Huamantla, enviado del obispo poblano, Manuel Ignacio González del Campillo, para ofrecer a él y su gente el indulto real si renunciaban a la lucha. Originario de Veta Grande, Zacatecas, el obispo había nacido el 2 de mayo de 1740 en el seno de una familia española cuyos miembros fueron ministros togados, militares, obispos y secretarios de Estado. Sus estudios los realizó en los seminarios de Guadalajara y México, graduándose en este último de doctor en derecho canónico. Como profesionista se incorporó a la magistratura de la Real Audiencia de México y después fue llamado por el arzobispo Lorenzana, quien lo nombró visitador, abogado de cámara y colaborador en los trabajos para la realización del Cuarto Concilio Mexicano que se llevó a cabo

[21] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 103, f. 422.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

en 1771. Fue nombrado obispo de Puebla el 2 de septiembre de 1804 por el obispo de Oaxaca, Antonio Bergoza y Jordán,[22] acto que juntó a dos hombres que hicieron del púlpito su arena de combate y desde ahí se opusieron a la guerra de independencia.

El obispo poblano era un miembro del sector de españoles acomodados, además de un hombre clave en el gobierno de la Nueva España. El 30 de septiembre de 1810, dos semanas después del levantamiento de Miguel Hidalgo y Costilla en el pueblo de Dolores, se dirigió a sus feligreses para ordenarles que rechazaran el levantamiento insurgente y siguieran fieles a la corona española; también instruyó a los párrocos de su diócesis que redoblaran la vigilancia pastoral sobre sus fieles, para que no se alterara la paz entre ellos. Quería tener el control total de la situación. El 27 de octubre reunió a los miembros del cabildo, a los párrocos de la ciudad de Puebla, a los sacerdotes de las parroquias y a los curas para que reiteraran su juramento de fidelidad a Fernando VII, acusando a los insurgentes de ser agentes de Napoleón Bonaparte —el comandante de las tropas francesas que había aprehendido al rey español— y estar de acuerdo con la invasión francesa a España. Con esas actitudes buscaba echar sobre los insurgentes la culpa de la crisis política que vivía la Nueva España.

No era raro, pues, que cuando su diócesis se convirtió en uno de los principales escenarios de la lucha por la independencia, se convirtiera en un actor principal contra quienes la impulsaban. En septiembre de 1811, dos meses después de la muerte de Miguel Hidalgo y Costilla, y uno después de la formación de la Suprema Junta Nacional Americana, con la aprobación del gobierno virreinal intentó abrir una línea de negociaciones tanto con José María Morelos y Pavón como con Ignacio Rayón, los dos líderes más importantes de la rebelión en ese momento. Su actitud frente a los rebeldes contaba con el apoyo de las autoridades civiles. El 31 de agosto José María Pérez de Aguilar, secretario del virrey Francisco Xavier Venegas, le había escrito para solicitarle que estableciera correspondencia con los dos líderes independentistas ofreciéndoles el indulto, argumentando lo injusto de su lucha, la imposibilidad de que triunfaran y la posibilidad de reorganizar la vida

[22] Cristina Gómez Álvarez, "El alto clero poblano y la revolución de independencia", pp. 37-39.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

de la Nueva España con base en las medidas que las Cortes de Cádiz estaban aprobando.

El obispo Manuel Ignacio González del Campillo siguió al pie de la letra lo que se le sugería desde las oficinas del virrey. Diez días después de haber recibido la carta real, la contestaba exponiendo su propuesta de indulto a los insurgentes. El 12 de septiembre Francisco Xavier Venegas le contestaba mostrando su satisfacción con la propuesta:

> Me ha llenado de satisfacción el plan que V.E.I. ha concebido, y me colmará de gozo que tuviese el éxito a que aspiramos todos. Cedo a V.E.I. la autorización para la extensión de facultades para actuar en su nombre, inclusive para extender a los insurgentes un indulto tan amplio como las circunstancias lo demandaran, siempre que lo considerara correcto.[23]

Con la manga ancha que el virrey de la Nueva España le otorgaba para proceder, el obispo elaboró el manifiesto y el 13 de septiembre se lo envió junto con una petición:

> Léalo V.E. quítele y añádale todo lo que guste; lo sujeto sinceramente a la sabia corrección de V.E., sin cuya aprobación no puedo dirigirlo a los jefes de la rebelión.[24]

El virrey aprobó el manifiesto en los términos que el obispo le proponía, sólo pidió que se estableciera una clara diferencia entre la guerra de independencia de Estados Unidos y la de los insurgentes de la Nueva España. Su intención era presentar a los independentistas norteamericanos como verdaderos héroes que defendían causas justas, mientras a los segundos los tratarían como bandoleros sin causa. Aprobado el documento entraron a decidir quién lo llevaría a los rebeldes, y otra vez, el virrey dejó la decisión en manos del obispo. Este comisionó al cura José María de la Llave, párroco de la iglesia del Santo Ángel de Puebla, para que entrara en contacto con Ignacio Rayón, y al

[23] *Ibidem*, p. 73.

[24] *Ibidem*, pp. 73-74.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

cura Antonio Palafox para que lo hiciera con José María Morelos y Pavón. Para que los religiosos designados pudieran cumplir con su encargo les entregaron los respectivos pasaportes eclesiásticos. Cuando los insurgentes se enteraron de que había un enviado del gobierno que buscaba entregarles un mensaje, a su vez les extendieron garantías para que transitara por el territorio bajo su control.

Con el ofrecimiento de indulto que el enviado del obispo entregó a José María Morelos y Pavón iba una extensa misiva en la que el obispo intentaba justificar lo injusto de la lucha independiente, que era la razón que se invocaba para persuadirlos de abandonarla. En la carta se reprochaba al comandante de los insurgentes que sus tropas no respetaran la inmunidad religiosa y tuvieran prisioneros a varios sacerdotes de los pueblos que controlaban, impidiéndoles impartir los sacramentos, al tiempo que se permitía hacerlo a los curas adeptos a la insurgencia, siendo que no podían por estar sublevados a la institución eclesiástica:

> Entre V. por un momento dentro de sí mismo, y reflexione, que siendo un ministro de paz por su sagrado ministerio, ha encendido en el Sur la guerra mas desastrosa, que debiendo ser por su carácter el reconciliador de los hombres con Dios y consigo mismo, los ha puesto en discordia entre sí, y para con el supremo Señor; y debiendo ser el dispensador de los sacramentos para conducir á los cristianos al cielo, haciendo en la tierra fructuosa la redención de Jesucristo, la inutiliza V. con su ejemplo, y exhortaciones contrarias al Evangelio, y con su conducta, que no es ciertamente de un sacerdote del nuevo testamento: V. no conduce las almas al cielo, sino que á millares las envía al infierno.[25]

Decía eso sólo era para dar entrada al asunto principal, el de la deposición de las armas, que era lo que más le interesaba al obispo. Para entrar a este tema recordaba al general insurgente la suerte que había corrido Miguel Hidalgo y Costilla. Le decía que cuando estuviera preso podría arrepentirse de todo lo que estaba haciendo ahora, y con el indulto que las autoridades virreinales le ofrecían tenía la oportunidad de reflexionar a tiempo, no cuando ya fuera demasiado tarde:

[25] Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, p. 166.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> No quiero que fije V. por ahora su consideración en los infinitos y enormes males que está causando á su patria y de que hablo con ***estension*** en el manifiesto; ni tampoco en los defectos y vicios políticos y ***fisicos*** de su proyecto: sólo quiero que reduzca V. la luz de la ***razon*** a este punto de vista.[26]

Tratado el tema que le interesaba, el obispo volvió al asunto de la salvación de las almas, en particular la del destinatario. A ello apelaba para justificar la necesidad de terminar con la guerra. Al final incluía un exhorto conciliador.

> Lea V. con reflexión el manifiesto, que todo lo que contiene son verdades, y aunque amargas, son siempre saludables. No pierda V. la ocasión que se le presenta, que será la última. Algún día ocurrirá V. a mi, como otros de los que han seguido la mala causa ocurrieron á los obispos, y nada pudieron hacer á su favor, como yo tampoco podré aliviar á V. cuando Dios le detenga sus pasos, lo que espero no tardará mucho.[27]

Era una carta poco comedida, escrita en un lenguaje menos respetuoso para su destinatario y con la soberbia de quien escribía brotando en cada uno de sus párrafos. Pero José María Morelos y Pavón, con todo y que era enérgico, guardó la compostura. Recibió los documentos que el obispo le enviaba, se enteró de su contenido y al final despachó al padre Antonio Palafox, rechazando el indulto que las autoridades españolas le ofrecían. No contestó la carta sino hasta llegado al pueblo de Chiautla, cuando iba rumbo a Cuautla con la intención de ocuparla. En su contestación, muy comedida, dio respuesta puntual a todo lo que a él concernía, dejando que lo demás lo resolviera la Junta Revolucionaria.

Le reprochaba lo mal que hablaba de los insurgentes y su causa sin tener razón para ello, al tiempo que elogiaba a sus enemigos, también sin razón, recordándole que la misma teología enseñaba que exis-

[26] *Ibidem*, p. 168.

[27] *Ibidem*, p. 170.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

tían casos en que era lícito matar; justificaba la prisión de algunos sacerdotes, inclusive por su propia seguridad, negaba que los sacerdotes que militaban en la insurgencia impartieran los sacramentos, asegurando que lo hacían sólo en caso extremo, inclusive "hay matrimonios pendientes hasta alcanzar la dispensa de su obispo ". Después entraba al tema de la independencia.

> No nos cansemos. La España se perdió y las Américas se perderían sin remedio en manos de europeos, si no hubiéramos tomado las armas, porque han sido y son el objeto de la ambición y codicia de las naciones extranjeras. De los males el menor.[28]

En otras palabras, afirmaba que si ellos no hubieran iniciado la guerra de independencia, la Nueva España pudo haber terminado en manos extranjeras; y frente a esa opción, mejor era obtener la independencia. A la afirmación del obispo de que la independencia era un problema político y no de guerra, él replicaba que los medios para obtenerla también lo eran:

> ¡Ojalá que vuestra excelencia ilustrísima tenga lugar de tomar la pluma para defenderla a favor de los americanos! Encontraría, sin duda, mayores motivos que el angloamericano y el pueblo de Israel.[29]

Como el obispo, él también cerraba con un tono conciliador.

> Ilustrísimo señor, la justicia de nuestra causa es ***per se nota*** [notoria por sí misma], y era necesario suponer a los americanos no sólo sordos a las mudas pero elocuentes voces de la naturaleza y de la religión, sino también sus almas sin potencias para que ni se acordaran, pensaran ni amaran sus derechos. Por pública no necesita de prueba: pero acompaño algunos documentos que sólo tengo a la mano.[30]

[28] *Ibidem*, p. 171.

[29] *Idem.*, p. 171.

[30] *Idem.*, p. 171.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Los esfuerzos del obispo poblano para obtener la rendición de los insurgentes resultaron infructuosos.

La iglesia oaxaqueña echa leña a la lumbre

A diferencia de la intendencia de Puebla, donde varios curas se sumaron a la lucha junto con sus feligreses y su obispo se mostraba conciliador y pragmático, en Oaxaca los funcionarios eclesiásticos asumieron una posición contraria. Los curas del partido de Jamiltepec hicieron campaña contra la insurrección y ellos mismos tomaron las armas para defender a la corona española. Acciones tan temerarias no tenían origen en su libre albedrío, sino obedecían a una línea trazada por el obispo de Antequera, Antonio Bergoza y Jordán, que actuaba de acuerdo con los comerciantes.

No era una actitud coyuntural, sino parte de la estrategia de lucha de los comerciantes por defender sus intereses económicos y los del clero coincidían con los de aquéllos. Antonio Bergoza y Jordán era un español peninsular nacido en Jaca, Aragón, en el año de 1747. Estudió filosofía en la Universidad de Salamanca y siguió con leyes y cánones. A los 21 años se recibió de bachiller en leyes y llegó a ser presidente de la academia de leyes de ese lugar. Tres años después obtuvo el grado de Bachiller en cánones sagrados por la Universidad de Valencia y le siguió un doctorado en lo mismo. En 1774 el inquisidor general del reino lo nombró visitador general del obispado de Salamanca y en 1779 recibió el título de inquisidor apostólico del Santo Oficio en la Nueva España, puesto que mantuvo hasta el 3 de mayo de 1802, en que llegó a Oaxaca como obispo.[31]

El obispo formaba parte de la clase de los españoles peninsulares, y así lo había demostrado en muchas ocasiones. Una de ellas durante la invasión de Napoleón Bonaparte a España. El 10 de agosto de 1810, cuando todavía no se sabía de ninguna rebelión abierta en la Nueva España, el ayuntamiento de Oaxaca se reunió para tomar decisiones sobre la inconformidad que existía, a la cual se invitó al obispo y su cabildo eclesiástico.

[31] Brian Hamnett, *op. cit.*, p. 237.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Pero la actuación del obispo Antonio Bergoza y Jordán no se limitaba a influir en las autoridades civiles. Su posición la expresaba públicamente en sus pastorales, a través de ellas buscaba desacreditar el movimiento insurgente, acusándolo de cuanto mal pudiera existir en la tierra. En la del 26 de agosto de 1811, cuando los insurgentes ya dominaban los principales puntos de la intendencia de Puebla, entre ellos Chilapa, Tlapa y Tixtla, se dirigía a los oaxaqueños para advertirles del peligro que corrían:

> El rebelde Morelos, y sus secuaces ensoberbecidos con sus miserables recientes ventajas pondrán la vista en el objeto más capaz de saciar sus codiciosas ideas, que será el saqueo de esta ciudad, y de los principales y más ricos pueblos de la Mixteca.[32]

No paraba en epítetos para calificar a los insurgentes, a los que señalaba de bandidos. Lo menos que hacía era acusarlos de buscar las riquezas de los habitantes de los pueblos: caudales, alhajas, producción de grana, y cuanto hubiera en sus casas; aseguraba que inclusive profanarían las iglesias y conventos para saquearlos, y abusarían de sus mujeres, hermanas e hijas, y a los hombres los asesinarían derramando por las calles y plazas su sangre, igual que la de sus parientes y amigos. Decía que Dios los detendría seguramente, pero ellos deberían hacerles frente con valor, pues no podían esperar ser defendidos únicamente por milagros. No paraba en eso, los llamaba a las armas y les decía el lugar por donde debería comenzar la defensa:

> Nuestra defensa deberá hacerse en la frontera de la provincia, y en las entradas angostas de la Mixteca. A las armas, pues, amados diocesanos míos, todos cuantos sean capaces de manejarlas sin excepción de clase, ni de estado, porque en el peligro común debe serlo también la defensa.[33]

[32] Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, p. 32.

[33] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Para animarlos ofrecía que, a pesar de su edad y precaria salud, estaría a su lado para auxiliarlos y animarlos con sus palabras, consejos y rezos, si se defendían con energía. Aclaraba que no pedía que reinara la anarquía, sino que acudieran a las autoridades y jefes militares: "unidos todos con la más pura caridad, para que sea irresistible nuestra fuerza":

> A las armas pues queridos diocesanos míos: y no os cause extrañeza, que vuestro obispo os persuada a ello, porque en causa como esta de religión, todos debemos ser soldados.[34]

En otra carta pastoral de esas mismas fechas, llamaba directamente a los curas a encabezar la resistencia:

> Y pues, si algunos curas malos han dado el mayor impulso a sus armas, salgan en contraposición algunos de los nuestros curas buenos, para lo cual declarando ser guerra en que todos debemos ser soldados, permito y apruebo que los curas y vicarios, que dejando el proveído el pasto espiritual en sus curatos, se sientan con valor y fuerza corporales necesarias, además de animar y excitar a sus feligreses en tan justa guerra, puedan voluntariamente tomar las armas y capitanearlos.[35]

En el año de 1811 la llama de la insurgencia creció tanto entre los pueblos mixtecos, que el mismo obispo de Oaxaca, igual que otros obispos en sus respectivas jurisdicciones, tuvo que salir a calmar los ánimos. Era una postura totalmente contraria a la de algunos de los curas de las iglesias de los pueblos que habían abrazado la causa de la independencia, arrastrando a muchos de sus feligreses. Con su actitud el obispo demostraba que la iglesia oaxaqueña estaba del lado de los españoles peninsulares y no precisamente viendo pasar los hechos, sino de manera activa. Si el ejército armado por los comerciantes era incapaz de contener el descontento de los pueblos, la iglesia lo intentaría en el plano ideológico, apelando a las creencias religiosas y la fe católica de los mixtecos.

[34] *Ibidem*, p. 33.

[35] Ana Carolina Ibarra, *op. cit.*, pp. 125-126.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Como parte de su plan de ataque, el obispo elaboró una proclama dirigida especialmente a los pueblos mixtecos, misma que ordenó se leyera durante el sermón de las misas de Navidad de ese año. La carta era tan importante que incluso retardó su partida hacia la capital de la Nueva España, donde había sido nombrado obispo tres días antes del suceso, con la finalidad de darla a conocer. No quería dejar a sus feligreses solos, a merced de los insurgentes. Después de leerse en todas las iglesias de la región, el documento se imprimió para que circulara públicamente por todos lados, una medida ineficaz dado el analfabetismo imperante entre los pueblos, además de que la mayoría de sus habitantes sólo hablaban mixteco.

El documento comenzaba mostrando gran preocupación por el peligro de las almas mixtecas, más que por los problemas materiales que las llamas de la insurgencia pudieran causar a sus habitantes:

> Mi corazón se estremece, mis potencias se turban, me faltan las palabras á la pluma, porque sobran las quejas al discurso, y las lágrimas corren hilo á hilo sobre el papel al considerar, amados hijos Mixtecos, el peligro de vuestras almas, el riesgo de apostasía, y deserción de la fe, a que quedáis expuestos vosotros, vuestros hijos y familias, si el fuego de infidelidad, é insurrección, que á comenzado a incendiar algunos Pueblos de la alta Mixteca de este Obispado, llegase á hacerse inextinguible, por no reduciros á apagarlo vosotros mismos.[36]

Como en casos anteriores, su afán de convencer a los pueblos de que le asistía la razón, no reparó en adjetivos para descalificar a los insurgentes y su causa. Los llamó traidores, rebeldes a Dios y al rey, apóstatas de la religión católica, hipócritas, y miembros podridos y separados de la iglesia. De la misma manera, reprochaba a los habitantes de los pueblos que tan pronto se sabía de la llegada de los insurgentes, se apresuraban a recibirlos, les convidaban con música y repiques de campanas y les daban comida, cosa que no hacían con los españoles ni cuando les ofrecían dinero. Esas cosas sucedían, según el obispo, lo mismo en Juxtlahuaca y Tecomaxtlahuaca, en la Mixteca baja, que por

[36] "El obispo de Antequera a sus amados diocesanos", en *Primer Centenario de la erección de Huajuapan de León, Oaxaca, en ciudad*, pp. 39-46.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Tamazulapan, Tlaxiaco, Teposcolula, Peñasco, Yanhuitlán, Achiutla y Quiotepec, en la Mixteca alta.

Intentaba justificar la necesidad de mantener el injusto estado social de las cosas y no pretender cambiarlas, como era el objetivo de los insurgentes, afirmando que "Dios misericordioso os ha dado un rey justo, e inocente en nuestro adorado el Sr. Fernando VII: vosotros lo aclamasteis, jurasteis con la mayor alegría, y regocijo: y con el mismo lo habéis reconocido, y servido fielmente más de tres años, y obedecido sus reales ordenes". En ese sentido, afirmaba que no había razón para que se rebelaran contra él, justo cuando más necesitaba de ellos por encontrarse prisionero de los franceses:

> Si *qualquier* traición, que es una acción injusta contra un hombre descuidado, es tan abominable a los ojos de Dios y de los hombres cuanto mas lo será la vuestra Indios Mixtecos contra vuestro legítimo rey Fernando VII inocente, y prisionero de unirse a sus injustos enemigos, para usurparle sus estados, y rentas, y desechar su gobierno?[37]

También despotricaba contra los insurgentes. Se preguntaba y le preguntaba a los mixtecos qué de bueno les veían para seguirlos, si hasta la iglesia los había excomulgado. Les recordaba la obligación que tenían de defender la religión y la cobardía con que se comportaban al no hacerlo, pues de quererlo ya se hubieran levantado en contra de ellos aunque fuera con piedras y palos, como lo hacían inclusive niños y mujeres cuando de defender sus tierras se trataba. "¿No estuviera mejor empleada contra los rebeldes insurgentes aquella animosidad vuestra?", les preguntaba. Pero no se quedaba en eso, los amenazaba con el castigo divino si no rectificaban. Y les proponía cómo hacerlo:

> Renunciad desde luego a todo trato con los insurgentes, enemigos de nuestro rey, y de España; negadles vuestros obsequios, y auxilios; retiradles cuanto podáis los ganados, y semillas, víveres, y comestibles, transportándolos a las barrancas, y cerros mas inacesibes, y ocultos; hacedles así la guerra, ya que no podáis resistir su entrada a

[37] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> vuestros Pueblos, como debéis procurarlo, armados de palos, y piedras, si no tenéis otras mejores armas, con la multitud de vuestras personas, hasta de las mujeres, y muchachos, a quienes no faltan brazos, y fuerzas para dañar, cuando quieren, y aun sabemos que en S. Juanico Teposcolula se presentaron al lado de los insurgentes contra un destacamento nuestro. Retiraos de la compañía de los insurgentes, pasándolos de su traidor ejército. Descubridnos las correspondencias de los insurgentes con vuestros Pueblos, y gobernadores, entregad las cartas y denunciad los emisarios que hayan venido, o vengan a seduciros; y si así lo hiciereis, yo seré vuestro agente mas activo, para que se os perdone todo lo pasado. Comunicadme vuestros cuidados, como a vuestro amoroso padre por medio de cartas, de comisionados, con la seguridad de que hallaran en mi los mas vivos sentimientos de caridad, de amor, y de ternura, pues estos son realmente para con los que han caído, si se arrepienten; y para con los que son fieles, si perseveran.[38]

Cerraba su carta como había comenzado: mostrando preocupación por las almas mixtecas. Sabía de las fuertes creencias entre los pueblos y a ellas apelaba para ponerlos en contra de los insurgentes:

> Creedme: vuestra felicidad corporal, y espiritual, temporal, y eterna consiste en vuestra fidelidad a Dios, y al Rey nuestro Católico Soberano Don Fernando VII: sed fieles a ambos, no deis oídos, favor, ni auxilio a los traidores insurgentes, conservad pura la religión católica, que es la única en que podéis salvaros, y así seréis benditos de Dios, y de los hombres con mi pastoral bendición.[39]

El mensaje del obispo cayó en tierra poco fértil. Su proclama poco o ningún efecto tuvo entre los destinatarios de ella. Por el contrario, la rebelión tomó más fuerza al año siguiente por toda la región mixteca.

[38] *Idem.*

[39] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

IV. La llama y su resplandor

EN LOS DÍAS QUE SIGUIERON a la toma de Tlapa los insurgentes reorganizaron sus fuerzas, que habían aumentado considerablemente, y se dispusieron a iniciar la segunda campaña, cuyo objetivo era avanzar sobre la capital de la Nueva España, cubriendo la retaguardia. Dentro de la estrategia de lucha que diseñaron se incluyó una amplia campaña militar para insurreccionar a las mixtecas, con el fin de ir abriendo el camino rumbo a la ciudad de Oaxaca. Hermenegildo Galeana y los hermanos Bravo, al frente de más de 500 hombres fueron comisionados para marchar sobre la ciudad de Cuautla de Amilpas, aunque después se cambió la orden y se les mandó a combatir en Huitzuco y Tepecoacuilco. En este segundo pueblo enfrentaron a las tropas de Pedro Quijano, un comandante realista que intentó detenerlos y tras varias horas de combate tuvo que huir para que su ejército no fuera destruido completamente. Después las tropas insurgentes se dividieron con la finalidad de ir abarcando más territorio: Hermenegildo Galeana marchó para Taxco y los Bravo para Izúcar a unirse con las tropas de José María Morelos y Pavón, quien se les había adelantado por ese mismo rumbo.

La insurrección en la Mixteca

Unos días después de que las tropas de José María Morelos y Pavón salieron de Tlapa, el comandante Francisco Paris intentó recuperarla

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

para las realistas pero se lo impidieron las fuerzas del coronel tlapaneco Victoriano Maldonado, que en combinación con las del padre Mariano Tapia operaban por ese rumbo y Metlatonoc.[1] Con la ciudad de Tlapa en relativa paz, el 25 de diciembre de ese año los indígenas solicitaron a Nicolás Bravo la liberación de su gobernador, quien había sido puesto en prisión por los realistas antes que los insurgentes tomaran la ciudad, bajo el cargo de colaborar con éstos. En respuesta escribió a su tío, para que se diera cumplimiento a tal petición, en los siguientes términos:

> Todo el pueblo se me ha presentado pidiendo se le dé libertad al gobernador Diego Dolores y Feliciano de los Santos; que estos los remiten, para que se aserciorasen de nuestra causa y no tengan temor, por lo que puede usted liberarlos para darles gusto. Quienes se han portado muy bien.[2]

El jefe insurgente aprovechó para informarle que había detenido en Huamuxtitlán un atajo de mulas que se dirigían a la costa llevando víveres y artículos militares para Francisco Paris, cuyas fuerzas huyeron al saber de la cercanía de sus enemigos. Los insurgentes comenzaban a controlar la región.

¡Fuego en Chiautla!

Cuando José María Morelos y Pavón se separó de los hermanos Bravo y Hermenegildo Galeana, tomó rumbo a Chiautla, en la intendencia de Puebla, donde se había situado Mateo Musitu, hacendado español con quien los mixtecos de Izúcar habían mantenido largos litigios jurídicos, debido a la constante invasión de sus propiedades. Mateo Musitu había solicitado del gobierno español permiso para armar, por su propia cuenta, un ejército que defendiera la causa realista; las autoridades de la Nueva España estuvieron de acuerdo con la propuesta y la apoya-

[1] Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, p. 93.

[2] Eduardo Miranda Arrieta, *op. cit.*, p. 106.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ron, razón por la cual el hacendado se sintió con el poder suficiente para detener al jefe insurgente más importante.

El padre Mariano Tapia, que andaba con los insurgentes y era oriundo de ese lugar, había tenido pláticas con el hacendado, quien falsamente le aseguró que estaba dispuesto a unirse al ejército insurgente. Sin conocer su pasado ni sus intenciones, el cura le creyó y aceptó llevar su mensaje a José María Morelos y Pavón, arriesgándolo a caer en una trampa. Más astuto que su subordinado, el general insurgente lo escuchó pero no le creyó. Entró a Chiautla con todas las previsiones de quien anda en guerra y descubrió que la capitulación pacífica del realista no era más que un ardid: todo el pueblo estaba sitiado por su gente, dispuesta para entrar en combate. Descubierta la treta, José María Morelos y Pavón dio la orden de tomar el pueblo a sangre y fuego. Mateo Musitu y su gente se hicieron fuertes en el convento de los agustinos, armados de un potente cañón al que habían bautizado como *Mata-Morelos*, mostrando sus intenciones antes de lograrlo.

Por desgracia para ellos ya no iba a ser posible que lo hicieran, porque ese día fueron derrotados por las tropas que pensaban acabar. Apenas el ejército insurgente se asomó al pueblo, el *Mata-Morelos* rugió

LOS INSURGENTES SOMETEN A LOS REALISTAS.
Foto: Francisco López Bárcena

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

anunciando su presencia. Fue la señal para que las tropas realistas se lanzaran al ataque con la idea de sorprenderlos, con muy mala suerte porque los insurgentes de la vanguardia, al mando del capitán Perfecto García, venían a las vivas y después de un breve combate los destrozaron. Los insurgentes entraron al pueblo en posición de combate y se desató un fragor infernal; las azoteas y ventanas de las casas vomitaban fuego, que unido al de los parapetos intentaba detenerlos.

Mateo Musitu, en lugar de dirigir el combate de sus tropas, se escondió en el interior del convento, donde las tropas de José María Morelos y Pavón lo encontraron y pusieron en prisión; escondido también se encontró al capellán José Manuel de Herrera, cura del valle de Huamuxtitlán, quien al ser descubierto se desmayó y tuvieron que darle auxilio para que volviera a la vida. Tomado el pueblo, Mateo Musitu fue sometido a juicio sumario y condenado a morir fusilado, mientras el capellán José Manuel de Herrera era perdonado; tan agradecido quedó que en el acto se pasó al bando insurgente, donde se le dio el cargo de vicario del ejército.[3]

Cuando las autoridades de la Nueva España se enteraron de la derrota de sus tropas en Chiautla, enviaron un regimiento de 300 hombres al mando de un capitán de apellido Saavedra, con la intención de recuperar el pueblo. La medida resultó bastante inútil porque los insurgentes eran mucho más que ellos y sus posibilidades de someterlos nulas, como en realidad sucedió. No les valieron ni siquiera las bendiciones que el obispo de Puebla —el mismo que había ofrecido el indulto a José María Morelos y Pavón y su gente— les extendió antes de su partida. Saavedra ni siquiera se presentó en el pueblo, se limitó a acercarse un poco, enterarse de la situación y regresar por donde había llegado.

Después de dar un descanso a sus tropas, José María Morelos y Pavón decidió que Miguel Bravo, Valerio Trujano y Juan Ávila se fueran a la Mixteca costeña a combatir contra las fuerzas de Francisco Paris, para abrir el camino rumbo a Oaxaca; un objetivo importante porque implicaba extender su influencia a una intendencia adicta a la Corona, que hasta entonces se había mantenido en paz gracias a las precauciones defensivas tomadas por sus autoridades. Mientras éstos

[3] Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, p. 24.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

avanzaban por el sur, Hermenegildo Galeana marcharía por el rumbo de Taxco y él, con las dos compañías de Chiautla y Tlapa, lo haría sobre el río Atoyac.[4] Se trataba de fortalecer la retaguardia al tiempo que se abrían dos nuevos frentes de guerra. Todos marcharon a su destino pero los resultados no fueron los mismos para todos: la columna que marchó a la costa encontró fuerte resistencia; Hermenegildo Galeana tomó Tepecoacuilco pero igual fue rechazado en Taxco. El que llevó la mejor parte fue José María Morelos y Pavón.

¡Fuego en Izúcar!

El 10 de diciembre de 1811 el general José María Morelos y Pavón entró en Izúcar acompañado únicamente por su escolta. El plan era que en ese lugar se le unieran las fuerzas de Leonardo Bravo y su hijo Nicolás. Enterado de sus triunfos anteriores, la gente del pueblo lo recibió como a un vencedor, con cohetes y repiques de campanas, y él se dio el lujo de oficiar misa en honor a la Virgen de Guadalupe. No contaba con que un soldado de su comitiva desertó y se fue a Puebla con la noticia de que andaba sin tropa. Enteradas, las autoridades españolas organizaron inmediatamente lo necesario para apresarlo; dispusieron una partida militar de seiscientos hombres, armados de dos cañones y un obús, al mando del brigadier Ciriaco del Llano, responsable del ejército realista del sur de la Nueva España. Como su segundo se nombró al teniente de fragata Miguel Soto Maceda, quien dejó los campos de Apan para hacer frente a los insurgentes. En realidad fue éste quien fungió como comandante de las fuerzas realistas, y Pedro Micheo como su segundo.

Una vez que tuvieron todo dispuesto para la campaña marcharon sobre Izúcar. Pero aunque andaba sin ejército José María Morelos y Pavón no lo hacía con descuido. Antes de que el ejército realista entrara al pueblo se dio cuenta de que iban sobre él y se preparó para esperarlos. Con los escasos soldados que lo acompañaban, apoyados por gente del pueblo, se atrincheró en la plaza central, colocó vigilantes en las

[4] Mario O. Martínez Rescalvo (coord.), *Tlapa: origen y memoria histórica*, pp. 145-146.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

bocacalles y ubicó en las azoteas de las casas grupos de mixtecos armados de hondas de palma, con las que cazaban animales, para que atacaran con piedras al ejército realista. Para que esto fuera posible las mujeres dejaron sus quehaceres domésticos y se dedicaron a acercarles las piedras que los honderos convertían en proyectiles. Miguel Soto Maceda, el comandante realista, situó su ejército en la loma de El Calvario, desde donde dominaba la ciudad, para cubrir el avance de Pedro Micheo por las calles. Éste atacó con mucho brío pero fue rechazado por los honderos ubicados en las azoteas de las casas, lo que no impidió que desbaratara un parapeto de los defensores y alcanzara a herir a dos oficiales independentistas de apellidos Vásquez y Santillán. Así estuvieron peleando todo el día, sin que de ningún bando hubiera señales de triunfo o derrota.

Ya estaba entrando la noche cuando Miguel Soto Maceda fue herido en la cabeza y dejó el mando al capitán Mariano Ortiz, quien tan pronto como pudo ordenó la retirada. Cuando José María Morelos y Pavón se dio cuenta de la decisión tomada por su enemigo, ordenó a su gente que los persiguieran, cosa que hizo hasta la hacienda de la Galarza, donde él mismo peleó cuerpo a cuerpo y estuvo a punto de caer prisionero. Los miembros del ejército español al darse cuenta que era el general insurgente en persona quien dirigía la persecución, también se dieron a la fuga. El triunfo insurgente fue total; aparte de que frustraron los planes del ejército realista, se hicieron de un cañón y un obús. Miguel Soto Maceda murió días después en Huaquechula, a causa de las heridas que recibió y fue enterrado en la catedral de Puebla, con la asistencia del obispo.[5]

En Izúcar se unieron al ejército independiente varios criollos que al paso de los años tendrían mucha influencia en el rumbo de la guerra. Uno de ellos fue Antonio Sesma y Alencastre, un criollo originario de Orizaba, nacido el 20 de abril de 1754. Muy joven se había trasladado a San Andrés Chalchicomula, donde finalmente radicó y se casó con Joaquina Bretón, cuñada de Guadalupe Victoria, que con el tiempo llegaría a ser el primer presidente de México. Luego que la ciudad de Izúcar cayó en poder de los insurgentes, se presentó con José María Morelos y

[5] Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, pp. 26-27.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Pavón ofreciéndole trescientos mil pesos en oro como apoyo económico para la causa. El general insurgente no sólo le agradeció el apoyo —que le permitió adquirir alimentos y pertrechos de guerra— sino lo nombró intendente del ejército y su consejero financiero.[6] Con él iba su hijo Ramón Sesma, apodado *El Manco* por un defecto físico que tenía en la mano, lo que no le impidió convertirse con el paso de los años en un importante jefe insurgente en la Mixteca y sus alrededores.[7]

Con Antonio Sesma también se presentó Juan Nepomuceno Rosáinz, abogado criollo de Tehuacán simpatizante de las ideas independientes, por lo cual fue perseguido por las autoridades de la Nueva España. El 3 de abril de 1812 se levantó en armas animado por el cura José Rafael Tarelo, que simpatizaba con los rebeldes, acto en el cual solicitó y consiguió el apoyo de varios criollos de la región. Por ese tiempo unos insurgentes se indultaron y el coronel José Antonio Arroyo, pensando que él estaba entre los que capitularon, lo puso prisionero y lo condenó a morir fusilado. Para su fortuna, el prisionero logró comunicarse con José María Morelos y Pavón, quien ordenó se le pusiera en libertad y marchara a Izúcar a reunirse con él.[8] Su carácter ególatra y escasos conocimientos militares causarían muchos problemas entre las tropas insurgentes.

Otro que también se presentó en ese lugar para solicitar su incorporación al ejército insurgente fue el pintor y grabador José Luis Rodríguez Alconedo. Originario de Puebla, donde nació en 1762; desempeñó algunos cargos oficiales, pero cuando Napoleón Bonaparte invadió España mostró públicamente sus simpatías con él y después con los insurgentes, por lo que fue detenido, juzgado y condenado a prisión, de la que salió gracias a la fianza que uno de sus compañeros de oficio pagó; ya en libertad pidió a las autoridades permiso para marchar a España y se lo otorgaron sin mayor problema, pensando que se libraban de un aliado de sus enemigos internos. Allá se le puso en prisión dos meses y cuando alcanzó su libertad recorrió varias partes de

[6] *Chalchicomula*, Enciclopedia de los Municipios de México, Puebla, http://emexico.gob.mx/work/EMM_1/Puebla/Mpios/21045a.htm (Consulta: 6 de abril de 2011).

[7] José María Miquel y Vergés, *Diccionario de insurgentes*, p. 549.

[8] *Ibidem*, p. 512.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Europa, donde desarrolló su gusto por la pintura y el grabado al tiempo que alimentaba su espíritu con las ideas liberales, que por esos rumbos ya circulaban abiertamente. En 1810 regresó a la Nueva España con la idea de unirse a las fuerzas de José María Morelos y Pavón.[9]

En ese lugar también se sumó a los insurgentes el cura Mariano Matamoros Guridi. Como Antonio Sesma, él también era de origen criollo, nacido el 14 de agosto de 1770 en la ciudad de México. El nuevo insurgente era un hombre bastante ilustrado. Había estudiado en el Real Seminario de Tepozotlán en 1784, donde permaneció hasta 1788, pasando después al Seminario Conciliar de México. El 26 de agosto de 1786 se graduó de bachiller en artes en la Real y Pontificia Universidad de México y el 26 de octubre de 1789 obtuvo el grado de bachiller en teología por la misma institución. El 12 de marzo de 1796 recibió la orden sacerdotal en la iglesia del Convento de Santa Inés.

Pero su destino no lo decidieron sus estudios, sino su condición social. Como hijo de españoles americanos no podía aspirar a altos puestos públicos y anduvo de cura por diversas parroquias de pueblos en Michoacán y Puebla. Estaba en la de Jantetelco, Jonacatepec, cuando fue acusado de simpatizar con los insurgentes y antes que las autoridades españolas lo detuvieran decidió unirse a las tropas de José María Morelos y Pavón. El día 13 de diciembre, acompañado de un buen grupo de vecinos del pueblo, marchó para la ciudad de Izúcar, en la Mixteca, donde se encontraba el comandante insurgente con quien se presentó tres días después de su salida. Tan pronto como llegó, José María Morelos y Pavón lo incorporó a su estado mayor y, como tal, participó en la batalla del día siguiente ocupando los puntos de mayor peligro.[10] Después de ese combate fue nombrado coronel, recibiendo la responsabilidad de mantener esa ciudad en poder de los insurgentes, mientras José María Morelos y Pavón partía hacia Taxco. Como segundos al mando de Mariano Matamoros quedaron los capitanes José María Sánchez y Vicente Guerrero.

Para cumplir su cometido, Mariano Matamoros construyó trincheras que le permitieran resistir algún ataque, disciplinó y uniformó

[9] *Ibidem*, p. 505-506.

[10] Gabriel Agraz García de Alba, *Mariano Matamoros Guridi: héroe nacional*, pp. 23-29 y 59-64.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

MARIANO MATAMOROS GURIDI.

a su ejército, dividiéndolo en cuatro regimientos: el de infantería del Carmen, el de caballería de San Ignacio, el de San Luis y el de dragones de San Pedro. También decidió que su bandera distintiva sería un estandarte de fondo negro con una cruz roja al centro, con la leyenda "Inmunidad eclesiástica". La leyenda se incluyó en la insignia como protesta por el bando del 25 de junio de 1812, donde el virrey desconoció el fuero de los sacerdotes que habían tomado o tomaran las armas contra las autoridades españolas. También estableció una fábrica de pólvora para armar al ejército, usando el salitre que obtenían de los pueblos de Guayacán y Tochimilco.[11] Intuía que la guerra por la independencia iba a ser larga y sangrienta y se preparaba para ella.

[11] *Ibidem*, p. 75.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Un criollo más que se unió a los rebeldes en Izúcar fue un militar de nombre Manuel Mier y Terán. Igual que Mariano Matamoros, nació en la ciudad de México en 1789, justo cuando éste se ordenaba sacerdote. Estudió en el Colegio de Minería, pero como tampoco podía aspirar a altos cargos públicos, cuando Miguel Hidalgo y Costilla inició la guerra de independencia se unió a sus fuerzas, y con ellas anduvo hasta que aquél cayó en prisión y fue fusilado; entonces decidió seguir en la lucha a las órdenes de José María Morelos y Pavón, quien a su vez lo puso bajo las órdenes directas de Mariano Matamoros.

Fue durante esta campaña donde comenzó a formarse el núcleo criollo que dirigiría el ejército insurgente y tomaría las decisiones políticas y militares sobre la guerra de independencia; el mismo que pronto tendría una fuerte incidencia en el curso de la guerra en la región mixteca. Los mixtecos seguirían participando, pero no como dirigentes, sino como tropa. Varios de ellos no sólo eran criollos descontentos con el régimen colonial contra el que ahora iban a tomar las armas, sino que también formaron parte de un grupo clandestino, conocido después como "Los Guadalupes". Al parecer este grupo se había formado en 1810 con personas dispuestas a apoyar la rebelión encabezada por Miguel Hidalgo y Costilla, y a su muerte hacían lo mismo con quien consideraban su sucesor. En ese grupo militaban, o mantenían comunicación con ellos, Ramón Sesma, Mariano Matamoros y José Luis Rodríguez Alconedo.[12]

Por esos mismos días los realistas atacaron Zitácuaro, asiento de la Suprema Junta Nacional Americana, derrotaron al ejército que la custodiaba y la obligaron a andar errante un tiempo. Por esa situación José María Morelos y Pavón consideró peligroso permanecer en ese lugar y marchó hacia Cuautla. El capitán Ciriaco del Llano decidió atacar simultáneamente Izúcar y Cuautla, pero pensando en un movimiento envolvente concentró sus fuerzas en la primera ciudad. La segunda semana de febrero comenzó a movilizar sus fuerzas con más de dos mil efectivos, incluidos los batallones expedicionarios de Lobera, Asturias y mixto, cuatro cañones de cuatro pulgadas, dos de ocho y dos obuses. No quería morder el polvo como en la batalla anterior.

[12] Virginia Guedea, *en busca de un gobierno alterno. Los Guadalupes de México*, pp. 24, 28, 39 y 45.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Con todo ese aparato militar se apareció por Izúcar el 23 de febrero de 1812. Lo primero que hizo a su llegada fue ocupar El Calvario, desde donde se dominaba la ciudad; ahí colocó lo más fuerte de su artillería y comenzó a abrir fuego sobre la ciudad. Cuando consideró que la población estaba desconcertada y los insurgentes ocupados en la defensa por ese flanco, ordenó que dos columnas de caballería al mando de José Antonio Andrade, con un cañón de pulgada cada una, la hostilizaran por diversos puntos. Así continuó el fuego todo el día, sin que los enemigos dieran señales de vida. Al día siguiente redobló el fuego de artillería y juntó las dos columnas para atacar con más brío. Los barrios de Santiago y El Calvario ardieron por el fuego que cayó sobre ellos.

Pero los insurgentes resistían como podían, y a falta de armas echaron mano de la sabiduría popular. Igual que en la defensa de diciembre del año anterior, colocaron retenes en las principales entradas de la ciudad, donde se instalaron pelotones de soldados y gente del pueblo para defenderlos con las escasas armas que tenían; reforzaron esas defensas instalando en las azoteas grupos de hombres y mujeres para atacarlos con piedras; mientras unos armados de hondas hacían frente al enemigo, otras se esmeraban en acercarles las piedras , para que con sus rústicas armas dieran cuenta de los realistas. Así resistieron varias horas.

Uno de los que participaba activamente en la defensa era el capitán Vicente Guerrero. Un día, después de preparar la defensa, se fue a descansar y hasta allá lo siguieron unas mujeres, dando lugar a un suceso que él mismo contaría cuando ya la batalla estaba decidida.

> Después de más de dos días de continuo trabajo y fatiga en resistir a Llano me acosté en mi catre en mi posada: rodeábanme muchas personas, principalmente mujeres, que no se creían seguras de los fuegos enemigos sino a mi lado, cuando he aquí que una granada sobre el techo de mi habitación, troncha unas vigas y rodando se mete precipitadamente bajo mi catre; yo oía el chillar de la espoleta, y creía verme en un momento en la eternidad hecho mil pedazos. Efectivamente, la granada revienta, con sus tiestos lastima a unas pobres mujeres, pero yo no sufro la menor lesión. Cuando me acuerdo de esto me confirmo en el concepto de que nuestros días los tiene Dios

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> contados, y nadie excederá un momento de los que nos ha marcado la providencia.[13]

Así pasaron dos días de combate. Al tercero el brigadier Ciriaco del Llano escribió al virrey sobre lo difícil que estaba resultando someter a los enemigos. Para justificar sus derrotas le exageró sobre la cantidad de soldados insurgentes y la calidad de sus armas. En su carta escribió:

> La mañana del 23 del corriente me presenté en las inmediaciones del pueblo de Izúcar, y después de haber desalojado a los insurgentes del Monte del Calvario que domina a dicho pueblo, coloqué en él la Artillería y a la una y media de la tarde rompí el fuego de granadas y bala rasa, disponiendo al mismo tiempo atacar dicho pueblo con dos Batallones de Infantería, otros tantos escuadrones de Caballería, y dos piezas de a 4, por varios puntos al mando del señor coronel y comandante de Caballería, Don José María de Andrade y no siendo posible entrar en el pueblo, por los parapetos y cortaduras fue necesario retirarme, con sólo la pérdida de cinco muertos, veinte heridos y seis contusos. Ejecuté la misma operación que duró hasta las dos de la tarde y no se pudo verificar por la misma razón y tener más de 1500 hombres con armas de fuego y numerosa indiada colocada en las azoteas, lo que imposibilitaba la entrada en el pueblo sin exponer la tropa a bastante pérdida, por lo que considero de necesidad arrasar el pueblo con bombas y granadas.[14]

El brigadier Ciriaco del Llano pedía permiso para arrasar el pueblo. Pero ya no tuvo tiempo de hacerlo porque el virrey le ordenó levantar el cerco sobre Izúcar y marchar rumbo a Cuautla, donde se preparaba el cerco sobre las fuerzas de José María Morelos y Pavón. El coronel Mariano Matamoros y su gente salieron a perseguirlos y, descontando algunas bajas, lograron despojarlo de parte de su armamento. Los insurgentes de Izúcar volvían a salir victoriosos.

[13] Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, pp. 49-50.

[14] Luis Ramírez Fentanes, *Guerrero*, pp. 37-38.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

¡Fuego en toda la región!

Cumpliendo con el plan trazado para avanzar hacia Oaxaca, el coronel Miguel Bravo, con Valerio Trujano y Juan Ávila, marchó hacia la Mixteca costeña. El 27 de enero de 1812, cuando los insurgentes se iban acercando con sus fuerzas a Ometepec, tuvo lugar el primer encuentro con las tropas realistas de la Quinta División de milicias de Oaxaca, comandadas por Francisco Paris. El 29 de enero, antes de que comenzara el combate, el padre José Antonio Talavera, mariscal de campo de los insurgentes, se acercó atrevidamente al terreno enemigo con la finalidad de conseguir información que les permitiera organizar el ataque; para su mala suerte fue descubierto, detenido y remitido a la ciudad de Oaxaca, a donde llegó en condiciones lastimosas, vistiendo sólo andrajos, herido y enfermo. Sin considerar su condición de sacerdote, el ejército español azuzó al pueblo en su contra, quien lo maltrató sin disimulo; después fue juzgado como rebelde al rey de España y finalmente fusilado. Al final de los combates los insurgentes no sólo perdieron un elemento de grandes sentimientos patrióticos pero escaso olfato militar, también fueron descubiertos y, como consecuencia, sus enemigos tuvieron medios para defenderse.

Dos días después de este fatal acontecimiento, Miguel Bravo ordenó el ataque a las fuerzas realistas por el rumbo de Dos Ríos. Sólo que en lugar de arremeter con todas sus fuerzas contra el enemigo, únicamente envío las del capitán Perfecto García, el héroe de los combates de Chiautla, y las del capitán Leyva, que debieron combatir en desventaja numérica frente a sus enemigos. El combate fue sangriento y la superioridad de las fuerzas realistas, así como la calidad de sus armas, terminó por decidir los resultados. Viéndose derrotado, el comandante insurgente ordenó la retirada. Aparte de sus compañeros muertos, los insurgentes perdieron al capitán Perfecto García y otros oficiales que fueron pasados por las armas. Fue una victoria importante para los realistas, que de ese modo consolidaban su posición y hacían más difícil la toma de Oaxaca por ese lado.

La presencia de los insurgentes por la Costa Chica, aunque fuera por el territorio de la intendencia de Puebla, inquietaba a los realistas de Oaxaca, quienes hacían todo lo posible para organizarse y resistir

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

en caso de que fuera necesario. La responsabilidad de hacerlo recaía en el capitán Francisco Rionda, quien actuaba desde Jamiltepec, mientras el capitán Juan Antonio Caldelas lo hacía desde Zacatepec. Con ellos colaboraban muy activamente los curas de Pinotepa del Rey, Pinotepa Don Luis y Azoyú, quienes les proporcionaban informes pormenorizados del ánimo de la gente, que no había disminuido su simpatía por los insurgentes a pesar de la derrota de Antonio Valdés.[15] Lo que más preocupaba a los realistas eran las tropas rebeldes comandadas por José *Chepito* Herrera, que operaban por Putla, y no les permitía subir a apoyar a las de José Regules de Villasante.

Cuando los insurgentes se dieron cuenta que por la Costa Chica no podrían avanzar y corrían el riesgo de volver a morder el polvo, regresaron con sus tropas a la parte baja de la Mixteca para reorganizarse. Una vez que se encontraron en esa parte de la región, Valerio Trujano incursionó en ella. El primer pueblo que ocupó para abrir el camino a Oaxaca, como había ordenado José María Morelos y Pavón, fue el de Silacayoapan. La ocupación se realizó de manera pacífica porque los realistas que la resguardan se retiraron al enterarse de que sus contrarios iban a atacarlos. Aún así se trató de una acción de guerra importante, porque devolvió a los insurgentes el ánimo para la lucha después de las derrotas sufridas en la Mixteca costeña. Posicionado de esa población, Valerio Trujano envió agentes a distintos pueblos para extender la guerra, con resultados bastante favorables, pues la noticia de los triunfos obtenidos antes de que se abrieran los otros frentes bélicos se habían extendido por la región, pero también porque el jefe insurgente era muy conocido en esos pueblos, ya que los había recorrido cuando andaba de arriero.

De sus triunfos se supo hasta la costa. Las noticias las llevó un militar que había sido herido en combate y puesto en prisión en Tixtla, de donde escapó y se dirigió a esa región para eludir a sus enemigos. Para su mala suerte murió en el corredor del curato de Totomixtlahuaca, a pocos días de haber llegado; pero antes que la vida se le escapara pudo informar a sus compañeros que el padre Mariano Tapia, Miguel y Nicolás Bravo identificaban como los principales ene-

[15] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 103, f. 392.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

migos de la región a Juan Bautista de la Torre, Mariano García y Francisco Paris; que a los primeros ya los habían sometido y al que faltaba lo envolverían en una campaña que preparaban desde Huajuapan, donde contaban con cinco mil hombres, que unidos a los de Santa Rosa, comandados por José *Chepito* Herrera, se volverían invencibles.[16] Si por la intendencia poblana no podían avanzar, lo harían por la de Oaxaca.

¡Fuego en Yanhuitlán!

Como el peligro de que los insurgentes incursionaran en la intendencia de Oaxaca crecía, José Régules de Villasante, el improvisado comandante del ejército realista, se preparó para las batallas que se veían venir. Para hacerlo eligió la ciudad Yanhuitlán. Muchas y variadas eran las razones de esta elección. Una de ellas, de carácter militar, era que, por estar ubicada en un valle, dificultaba a los independentistas organizar el ataque sin ser descubiertos; pero también porque ahí se localizaba uno de los conventos construidos por los dominicos desde el siglo XVI a base de mampostería y por ello bastante fuerte, lo que lo convertía en un lugar estratégico para resistir un largo asedio de los enemigos.

Había otras razones de tipo económico para que los realistas eligieran ese lugar para enfrentar a sus enemigos: Yanhuitlán era el paso obligado entre las ciudades de Puebla y Oaxaca, capitales de las intendencias del mismo nombre en que se dividía la Mixteca. Eso convertía a la ciudad en un lugar estratégico, y quien la controlara también dominaría el tráfico de mercancías, como en efecto se hizo, deteniéndolas o permitiendo que fluyeran, subiendo o bajando los precios de sus productos, de los que el mismo José Regules de Villasante era propietario. La guerra también fue un negocio de elites.

El elemento más socorrido del improvisado militar realista fue el terror. Uno de sus primeros hechos de armas, antes de que los rebeldes se hicieran presentes, fue fusilar al gobernador y al alcalde del pueblo

[16] *Ibidem*, f. 448.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

de Yanhuitlán, bajo el argumento de que intentaban pasarse a las filas de las tropas independientes. Cierto o no, con esa acción el jefe realista estaba tratando de infundir miedo a la población, al tiempo que mostraba lo que podía esperar a los mixtecos que apoyaran a sus enemigos. No se equivocó el gobierno realista al elegirlo como comandante de sus fuerzas sólo por su crueldad.

En enero de 1812 los insurgentes atacaron por primera vez la plaza de Yanhuitlán. Sabiendo que el gobierno español había concentrado la defensa en ese lugar, ellos también unieron la mayor parte de sus tropas y su armamento para hacerles frente: más de mil rebeldes armados de rifles, lanzas, flechas y hondas, apoyados por tres cañones. Antes de atacar directamente a las fuerzas realistas dieron un rodeo por la población, lo que les permitió sorprender a una avanzada enemiga compuesta por un oficial y 25 soldados, que no tuvieron tiempo para defenderse. Fue lo único que lograron en ese primer ataque, porque cuando los realistas se dieron cuenta de su presencia se atrincheraron en el convento y el cementerio, desde donde los sometieron a un nutrido fuego. Protegidos por tiradores ubicados dentro del convento, los realistas organizaron una salida audaz que puso en fuga a los insurgentes, arrebatándoles sus tres cañones y tomando setenta prisioneros. Según el parte que José Régules de Villasante rindió a las autoridades de Oaxaca, en la refriega murieron cuarenta insurgentes, aunque otras versiones aseguraban que fueron hechos prisioneros y fusilados a mansalva. La crueldad del comandante realista infundía miedo en la población y la paralizaba.

Envalentonados por el éxito en la defensa de sus posiciones, las tropas realistas salieron a perseguir a sus enemigos con un saldo a favor, debido a su superioridad en armamento. El 26 de febrero, en San Juan Teposcolula, dispersaron un batallón insurgente al mando de Nicolás Bobadilla, compuesto por cerca de 500 rebeldes armados sólo de hondas hechas de palma, con las cuales se defendían arrojando piedras a sus enemigos desde grandes distancias. Los que iban a caballo escaparon de la furia del enemigo, pero los infantes, la sufrieron. Otra vez, de acuerdo con el parte del comandante realista, en el campo de batalla quedaron 50 insurgentes muertos, se les hicieron 21 prisioneros, a los que sumaron 17 que fueron sacados de sus casas en Teposco-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

lula, sólo por sospechas de colaborar con los rebeldes.[17] Además, los despojaron de dos cañones y una culebrina que habían colocado en la altura de un cerro y ya no tuvieron tiempo de bajar. Como en los casos anteriores, los prisioneros fueron pasados por las armas, se prendió fuego a las casas donde se refugiaban y saquearon sus víveres.

Con estas dos derrotas los insurgentes se dieron cuenta de que si seguían actuando como hasta entonces, no tenían ninguna posibilidad de triunfar. Para evaluar la situación y planear el nuevo ataque sobre Yanhuitlán se reunieron los principales jefes insurgentes en el pueblo de San Bartolo, muy cerca de donde el enemigo se había atrincherado. A la reunión acudieron Nicolás y Miguel Bravo, el padre Mendoza, Valerio Trujano y José *Chepito* Herrera. En esa reunión los jefes insurgentes analizaron la situación en que se encontraban, hicieron un recuento de los efectivos militares disponibles y con esos datos tomaron sus determinaciones. Su fuerza no era despreciable, contaban con cuatro mil hombres y nueve cañones, además de las armas caseras de la tropa, lo que les daba posibilidades de triunfo. En esa situación acordaron atacar juntos al enemigo en sus propias trincheras y mantenerse en la línea de fuego lo más posible, ¡hasta vencer o morir!, fue su consigna. Con esa decisión desecharon cualquier posibilidad de retirarse o rendirse. Con ese compromiso se regresaron a dar la cara al destino.

El segundo ataque sobre Yanhuitlán, convertido en fortaleza realista, comenzó el día 11 de marzo de 1812. Esta vez los insurgentes ni siquiera intentaron atacar por sorpresa, porque el número de efectivos se los impedía. Entraron a Yanhuitlán por los cuatro puntos cardinales, ocuparon las casas y edificios que rodeaban la ciudad, penetraron por las calles, combatiendo cuerpo a cuerpo o desde lejos, pero siempre combatiendo. Los nueve cañones con que contaban fueron colocados en lugares estratégicos, desde donde no cesaban de lanzar su fuego sobre el convento, principal punto de la resistencia realista. Una técnica de combate que influyó bastante para imponerse a sus enemigos fue la creación de un grupo de tuceros, hombres que a semejanza de las tuzas, se dedicaron a perforar las paredes de los edificios para que

[17] José Antonio Gay, *op. cit.*, p. 452.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

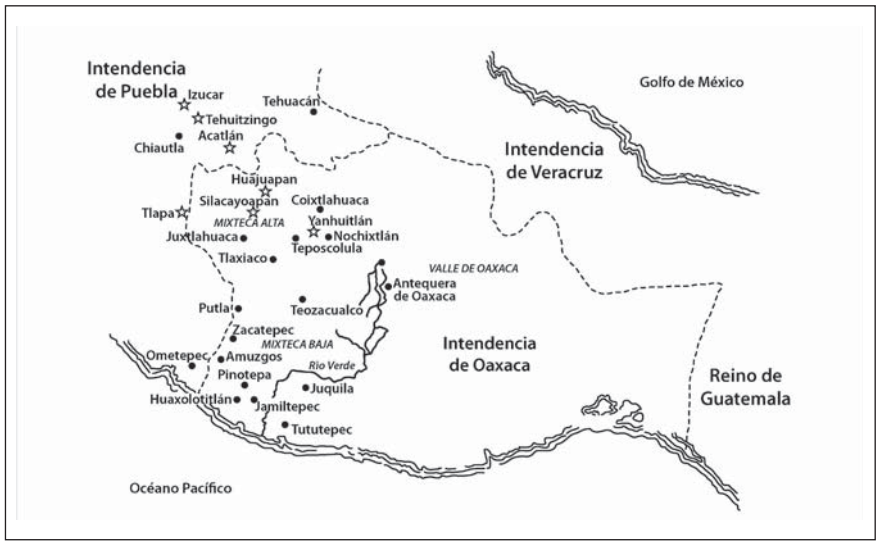
sus compañeros avanzaran sobre el enemigo sin temor de ser descubiertos o alcanzados por sus proyectiles.

Los combates duraron cuatro días sin que la batalla se decidiera por uno u otro bando. En una salida audaz del convento, la gente de José Régules de Villasante se apoderó de unos cañones insurgentes, con lo que aminoró el fuego sobre ellos; pero no pudo ponerlos en fuga como en el primer ataque. En el otro bando, aunque los insurgentes resistían de forma valerosa, el fuego de sus enemigos no les permitía apoderarse del cementerio o el convento, que eran sus trincheras más fuertes. Los combates siguieron su curso, dejando que el tiempo decidiera el final. Ambos ejércitos lo sabían y estaban conscientes de que cada día que pasara los realistas sitiados tendrían problemas para abastecerse de municiones y de alimentos. Con esa información los insurgentes fueron cerrando el cerco sobre sus enemigos, hasta que lograron cortarles toda comunicación con el exterior, condenándolos a que su resistencia dependiera de los elementos con que contaran en sus trincheras. Esa situación puso en riesgo la defensa realista y parecía que era cuestión de tiempo su capitulación. Pero no fue así.

Para sorpresa de todos, en la madrugada del 15 de marzo, después de cuatro días de intensos combates, las tropas insurgentes suspendieron el fuego sobre sus enemigos y a las cinco de la mañana, cuando la aurora comenzaba a clarear, levantaron el campo y en completo orden emprendieron la retirada, llevándose su artillería y demás pertrechos de guerra. José Régules de Villasante se dio cuenta de la maniobra pero no se atrevió a seguirlos, temeroso de que se tratara de una acción distractora y al salir de sus trincheras se volvieran contra él y lo derrotaran en campo abierto. Se limitó a vigilar las maniobras enemigas y sólo después de constatar que la retirada era en serio informó a la intendencia de Oaxaca que sus tropas habían obtenido un triunfo sobre los insurgentes. Enterado de la victoria, el virrey de la Nueva España recompensó a los defensores de Yanhuitlán con una medalla en la que podía leerse: "Defensa distinguida de Yanhuitlán". Un reconocimiento inmerecido por acciones de guerra que no tuvieron, pero que les venía bien porque aumentaba sus influencias entre las autoridades españolas.

Después se supo que la razón de la retirada insurgente del frente de batalla, cuando su triunfo era cuestión de tiempo, fue la comunica-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.



☆CIUDADES OCUPADAS POR LOS INSURGENTES (1812).
Elaboró: *Omar Esparza Lozano*

ción que recibieron de José María Morelos y Pavón para brindarle auxilio, ya que las tropas de Félix María Calleja, comandante de las tropas realistas de la Nueva España, lo tenían cercado en la ciudad de Cuautla. En esa situación Nicolás y Miguel Bravo marcharon a brindar el apoyo que de manera urgente les solicitaba el comandante general del ejército independentista.

El cerco de Cuautla fue roto, pero durante la salida de las tropas insurgentes de la ciudad, Leonardo Bravo perdió el rumbo y tres días después apareció en la hacienda de San Gabriel, propiedad de Gabriel Joaquín de Yermo, el influyente realista que el 15 de septiembre de 1808 encabezó un golpe de Estado para destituir al virrey y colocar un soldado a través del cual ellos pudieran manejar los asunto políticos de la Real Audiencia. Era, pues, un enemigo jurado de los independentistas. Tal vez sus trabajadores lo sabían porque tan pronto como lo descubrieron lo apresaron junto con los pocos soldados que lo acompañaban. El jefe insurgente fue conducido prisionero a la ciudad de México, donde fue ejecutado el 13 de septiembre de ese año.

Cuando los jefes insurgentes salieron rumbo a Cuautla, dejaron a Valerio Trujano al frente de la resistencia en toda la región mixteca,

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

con la encomienda de extender la lucha por todo su territorio. Para llevar a cabo la nueva misión, el comandante insurgente estableció su cuartel en el pueblo de Coixtlahuaca, desde donde dirigió las operaciones; dispuso que el capitán Martín Gutiérrez se ubicara en San Cristóbal Suchixtlahuaca y José *Chepito* Herrera en Tlaxiaco. La ubicación de las tropas insurgentes indicaba que buscaban tender una línea que impidiera a los realistas unir las tropas de Oaxaca con las de Puebla.[18]

Valerio Trujano sigue incendiando la Mixteca

Valerio Trujano y su gente continuaron con la campaña insurgente en la Mixteca ocupando varios pueblos. En una de sus correrías se enteró de que un hacendado de nombre Manuel Guenduláin, dueño de una plantación muy productiva en Cuicatlán, había formado una división integrada por negros que trabajaban en su trapiche y se disponía a combatirlo. No esperó a que lo hiciera y salió a su encuentro. En secreto ubicó a sus tropas en un desfiladero por donde el hacendado debía pasar y éste, confiado de que los insurgentes se encontraban en Huajuapan, cayó en la trampa. Así terminó su aventura bélica, además de su ejército. Valerio Trujano, en cambio, se hizo de las armas de sus enemigos para abastecer a sus tropas. La causa independentista avanzaba y se fortalecía en la Mixteca. Así lo entendió un mixteco anónimo que cantó a esa batalla y sus protagonistas:

> Salió Valerio Trujano,
> de ese Huajuapan de León,
> salió Manuel Gonduláin,
> y se dieron su atrancón.
> Ese Manuel Gonduláin,
> ¡ah, qué suerte le tocó!
> Que viéndose con Trujano,
> en Cuesta Blanca quedó.[19]

[18] *Ibidem*, pp. 452-453.

[19] Vicente Mendoza, *El corrido mexicano*, p. 4.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

El triunfo de Valerio Trujano tuvo efectos más allá de las comunidades que realmente controlaba, abarcando buena parte de la Mixteca alta y baja. El gobierno de Oaxaca se dio cuenta de su endeble situación militar y solicitó a Bernardino Bonavía, comandante general de las tropas en esa intendencia, que hiciera algo para detener la avanzada insurgente. En respuesta el militar ideó un plan de ataque cuyo objetivo era barrerlos de una vez por todas. Como hicieran los insurgentes en su ataque sobre Yanhuitlán, se convocó a todas las tropas formadas por los hacendados en la Mixteca alta; a ellas se unió un batallón integrado por personal de la Iglesia católica, al frente del cual se puso a Manuel Soto, cura de la iglesia del pueblo de Santiago Nuyoó, no por sus méritos militares o su fervor a la Corona, sino como castigo por sus simpatías con los rebeldes; también se sumó al combate contra las tropas insurgentes una parte de los batallones de infantería de Oaxaca y de Campeche.

Como Bernardino Bonavía desconfiaba de la capacidad de José María Régules de Villasante para dirigir una empresa de tal envergadura, ordenó que el capitán Juan Antonio Caldelas se trasladara desde la costa hacia la Mixteca alta para apoyarla, poniéndolo como segundo de Régules de Villasante. Fue una decisión que no agradó mucho a quien sentía que había obtenido grandes triunfos contra los insurgentes y merecía todo el honor de combatirlos.

Ya unidas, las fuerzas realistas volvieron a concentrarse en Yanhuitlán, llevando consigo catorce cañones y una considerable cantidad de municiones y pertrechos. Desde ahí se organizó y comenzó la persecución contra los insurgentes, usando la técnica de terror que en la ocasión anterior le había dado buenos resultados. José Régules de Villasante inclusive ordenó ahorcar a un grupo de mixtecos de varias comunidades; después mandó cortar las orejas a varias decenas de indígenas, a quienes colocó debajo de la horca durante todo un día, para que se desangraran y sufrieran las inclemencias de los rayos del sol.

La estrategia asumida por los realistas para su defensa puso a las fuerzas independentistas en minoría frente a sus enemigos y, por lo mismo, en desventaja para presentar combate en campo abierto, como lo habían venido haciendo hasta entonces, limitándose a dar golpes aislados que resultaban importantes porque minaban la fuerza del

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

enemigo, pero resultaban insuficientes para derrotarlo. La nueva situación los obligó a cambiar su táctica y tomaron la decisión de fortalecerse en Huajuapan, donde aprovecharían los recursos materiales que esta ciudad podía ofrecerles. José Régules de Villasante se dio cuenta de la maniobra y trató de impedirlo obligándolos a salir de ese lugar, dando lugar a uno de los sitios militares más prolongados e importantes tendidos a los insurgentes durante las dos décadas de guerra.

¡Fuego en Huajuapan!

El día 5 de abril de 1812 comenzó a formarse el cerco sobre Huajuapan. Era un día de tianguis, por eso había muchos mixtecos de los pueblos circunvecinos en el centro de la ciudad. La mañana de ese día, Valerio Trujano irrumpió en la ciudad al frente de sus fuerzas, que en total alcanzaban unos 600 hombres. José Régules de Villasante, que desde hacía días se encontraba en los alrededores con su tropa y esperaba el momento de lanzar el ataque, ordenó sitiar la plaza después de verlos entrar, al tiempo que lanzaba su caballería contra ellos y prendía fuego a las chozas de las orillas de la ciudad. Entre las tropas andaban las milicias que había formado el canónigo José de San Martín, con 175 voluntarios. El cerco no fue completo, los atacantes dejaron una parte desprotegida pensando que los sitiados intentarían salir por ese lado y pelear a campo abierto, donde los realistas se habían atrincherado para cazarlos cuando lo hicieran. Pero los insurgentes olfatearon la trampa y en lugar de desalojar la plaza se atrincheraron más en ella. La gente que se encontraba adentro ya no pudo salir y también quedó en el cerco. Los hombres fueron incorporados a la defensa, mientras las mujeres preparaban la comida y cargaban las armas.

Al ver que la treta no dio el resultado esperado, José Régules de Villasante ordenó cerrar el cerco para ahorcarlos militarmente. Él mismo, al frente de sus soldados armados de varios cañones, se colocó en una parte alta del lado oriente de la ciudad, en una posición defensiva desde la que podía atacar sin ser alcanzado por la balas de los sitiados; el capitán Juan Antonio Caldelas se atrincheró en El Calvario, por el cerro de las Minas, desde donde tenía un perfecto dominio de la pla-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

za, y por lo mismo ocupaba la posición principal; Gabriel Esperón, el hacendado convertido en militar, se ubicó por el poniente, muy cerca del panteón de la ciudad, mientras el sur era cubierto por Juan de la Vega y su gente. El cerco se reforzó con zanjas alrededor de los sitiados y piezas de artillería en las bocacalles que conducían al centro de la ciudad. Cinco días se llevaron los realistas en montar el sitio que quedó completamente cerrado. No había ninguna posibilidad de que los sitiados pudieran escapar. Sólo les quedaba vencer, rendirse o morir.

Valerio Trujano era un indígena curtido en diversas batallas y no se acobardaba ante las adversidades, hecho que esta vez demostró frente a su gente. Sabía que los sitiadores podían optar entre atacar inmediatamente o esperar que el tiempo y la escasez de recursos los rindieran, y se preparó para cualquiera de esas posibilidades. Para enfrentar la primera dispuso que se cavaran fosos alrededor de la ciudad que evitaran un asalto por sorpresa, se levantaran trincheras y se horadaran las paredes de los edificios como en el segundo ataque a Yanhuitlán, para que la tropa se comunicara en el interior y se moviera sin exponerse al fuego enemigo; aquí, como allá, los tuceros jugaron un papel importante. La experiencia de arriero del comandante insurgente le indicaba que conforme el tiempo pasara, el hambre sería su mayor enemigo; para evitarlo dispuso que la carne y la grasa de las matanzas que se encontraba en la ciudad, lista para embarcar a Puebla, se concentraran en la iglesia, lo mismo que el azúcar y el producto del diezmo. Él personalmente distribuía los alimentos para la tropa y toda la gente que se encontraba dentro del sitio para controlar su reparto, pues sabía que quedarse sin alimentos sería fatal.

Durante la preparación de la defensa Valerio Trujano y su gente cercana, entre ellos el coronel José *Chepito* Herrera, acordaron cavar fosos y colocar en ellos lanzas con la punta hacia arriba y cubrirlas, de tal manera que los realistas que intentaran entrar a su campo quedaran ensartados en ellas. Era una medida necesaria ante la falta de armas de fuego. Sólo que a algunos españoles les pareció que era una medida poco ética que ellos no podían implementar, limitando su defensa al uso de "armas de buena ley", es decir, convencionales. La discrepancia desató una discusión que terminó apoyando la medida. Pero Ignacio Navarro, uno de los criollos que primero se habían levantado

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

en Huajuapan contra el gobierno español, siguió en su posición y denunció la medida a los enemigos. Los insurgentes se enteraron, lo sometieron a juicio sumario acusándolo de traición y lo condenaron a morir fusilado.[20]

Cuando el cerco sobre los insurgentes quedó cerrado totalmente, José Régules de Villasante ordenó abrir fuego sobre los sitiados. Un total de 22 cañones, acompañados de sus respectivas culebrinas, los amagaron constantemente, sin darles tregua. Los realistas buscaban ablandar las trincheras insurgentes para que su infantería las pudiera cruzar sin mayor peligro y tomar la plaza. Pero las defensas insurgentes resistieron porque los fosos y las trincheras construidas alrededor de la plaza los protegían del fuego enemigo. Como ellos no contaban con cañones para hostigar al enemigo usaron las canaletas de las azoteas, desde donde disparaban petardos contra ellos. Esas acciones distraían a sus oponentes pero no provocaban daños de consideración; buscando superar esta situación Valerio Trujano ordenó descolgar las campanas de la iglesia y fundirlas para fabricar verdaderos cañones; como proyectiles se usaron piedras del río, que al estallar causaban estragos en sus objetivos.

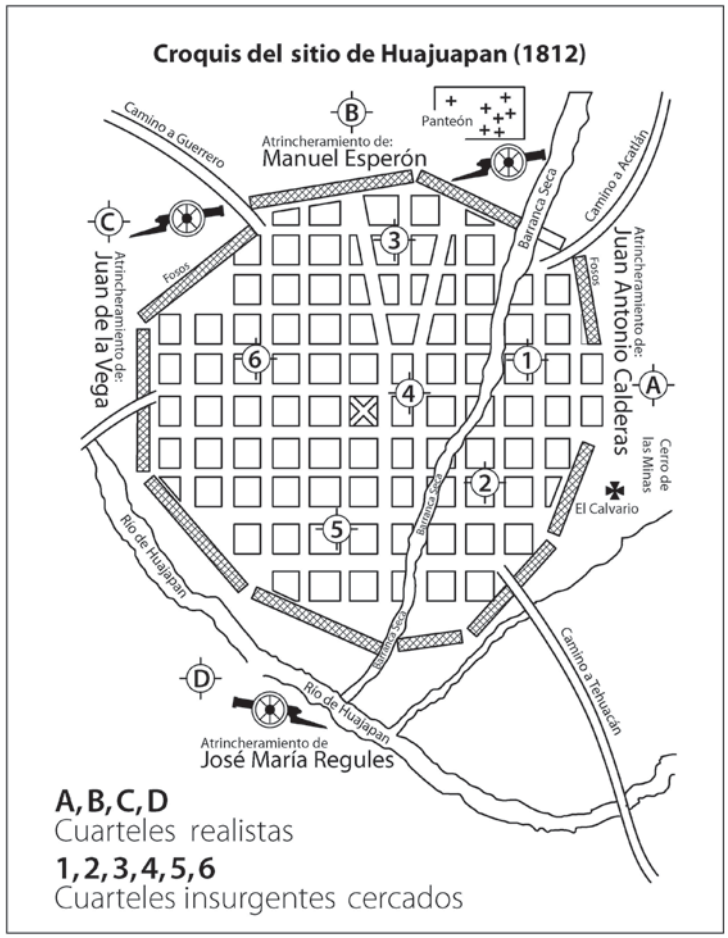
Los días pasaban y las defensas insurgentes no cedían. El gobierno español en Oaxaca dispuso que doscientos soldados de infantería, con dos cañones, se unieran a las fuerzas de José Régules de Villasante para reforzar sus líneas de fuego. Era una medida preventiva. Aunque los realistas no veían que los insurgentes pudieran vencerlos, no querían confiarse. Los insurgentes, sin más opción, se dedicaban a mantener sus posiciones y reforzar las que eran alcanzadas por el fuego enemigo; así resistieron las constantes avanzadas de la tropa del capitán Juan Antonio Caldelas integrada por negros de la costa, que machete en mano se lanzaban al combate. Cabezas y brazos volaban cuando los ejércitos chocaban, pero los atacantes nunca pudieron hacerse de un punto dentro de la plaza. Ellos controlaban el tereno fuera del cerco, pero adentro los insurgentes dominaban la situación.

El tiempo era el peor enemigo de los insurgentes. Los víveres disminuían igual que el parque, y cuando se acabaran quedarían a mer-

[20] Telésforo Mendoza Guerrero, *Monografía del distrito de Huajuapan, Oaxaca*, p. 141.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ced de los realistas. Conscientes de esta situación comenzaron a pensar en romper el cerco. Todos estaban de acuerdo en ello, el problema era cómo hacerlo. La respuesta la dio la propia gente y vino por donde menos se esperaba. Los tuceros comenzaron a escarbar largas zanjas que les permitían salir más allá del cerco realista y atacarlos por la retaguardia; pero sólo lo hicieron las primeras veces que lo intentaron porque después los sitiadores se cuidaron bien de que no volviera a suceder. Entonces decidieron cambiar sus acciones.



PLANO DEL CERCO REALISTA SOBRE HUAJUAPAN.
Elaboró: Omar Esparza Lozano

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Durante sus trabajos los soldados insurgentes se habían dado cuenta de un indígena mixteco que destacaba entre sus compañeros por sus habilidades para avanzar sin hacer ruido y escalar los sitios más difíciles, como si fuera un felino. Su nombre era José Remigio Sarabia Rojas, originario del pueblo de Santiago Nuyoó, en la Mixteca alta, donde había nacido el 19 de septiembre de 1778; hijo del señor Bernardo Sarabia y la señora María Rojas.[21] Coincidentemente, era del mismo pueblo de donde había salido el cura Manuel Soto, quien comandaba parte del ejército realista conocido como "La Mermelada".

Admirados de sus habilidades, sus compañeros le preguntaron si estaría dispuesto a correr el riesgo de salir por las noches a inspeccionar el campo enemigo y conseguir información que les ayudara a dirigir sus ataques de forma más certera; enterado del plan, José Remigio Sarabia Rojas aceptó y comunicaron esa determinación a Valerio Trujano. Al principio el comandante insurgente se mostró en desacuerdo con la propuesta por considerarla demasiado arriesgada, pero al final aceptó considerando que podía ser viable. Fue una decisión acertada. Por las noches José Remigio Sarabia Rojas salía del centro de la ciudad, se dirigía al campo enemigo, se las arreglaba para llegar a la tienda de campaña de los jefes realistas, escuchar sus planes y regresar a comunicarlos a sus compañeros. Así, cuando los realistas atacaban, los independentistas ya estaban preparados para defenderse. Además de detener el avance militar de sus enemigos, aumentaron su moral al ver que éstos no podían tomar sus posiciones, lo que a su vez desmoralizaba a los realistas.

La actividad de José Remigio Sarabia Rojas fue importante para la defensa insurgente. Con la información que obtenía del bando realista y proporcionaba a los insurgentes, aparte de que se conocía de antemano el rumbo y la forma de sus ataques, también se prepararon varios contra-ataques exitosos. Eso quedó de manifiesto en el mes de mayo, cuando José Régules de Villasante ordenó que el batallón de "La Mermelada" lanzara un ataque de frente a las tropas de Valerio Trujano; José Remigio Sarabia Rojas se enteró del plan y se lo comunicó a sus jefes, inclusive él mismo se preparó a participar en la defensa.

[21] "Remigio Sarabia el 'Indio de Nuyoó'", p. 13

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

REMIGIO SARABIA ROJAS *EL INDIO* DE NUYOÓ.

Traía ganas de desbaratar ese batallón comandado por el cura del pueblo de donde él era originario. La mañana del ataque los insurgentes dejaron avanzar a sus enemigos como si no supieran nada, y una vez que penetraron a su campo salieron de las trincheras abriendo fuego. El remate lo dio José Remigio Sarabia Rojas, que con su honda inutilizó el cañón que protegía el avance realista. Sin ese apoyo de fuego los realistas quedaron a merced de sus enemigos y los pocos que sobrevivieron al combate tuvieron que regresar a sus posiciones.[22]

El triunfo fue importante pero no cambiaba la desesperada situación de los sitiados, que se estaban quedando sin municiones y sin alimentos. Ante la gravedad de la situación Valerio Trujano convocó un consejo de guerra para tomar determinaciones sobre el camino a seguir. La junta militar propuso solicitar apoyo a los insurgentes más cercanos. Aprobada la medida, correspondió a José Remigio Sarabia Rojas seguir burlando la vigilancia realista, salir a buscar a los insurgentes más cercanos y comunicarles la solicitud de auxilio. Al primero que encontró fue al padre Sánchez, que andaba por los rumbos de Te-

[22] Herminio Chávez Guerrero, *Valerio Trujano. El insurgente olvidado*, pp. 135-143.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

huacán al frente de un grupo de independientes. Enterado de la situación de Valerio Trujano, el religioso se dispuso a brindarle el auxilio solicitado; también se contactó al cura Mariano Tapia, quien coordinado con el padre Sánchez y armado de nueve cañones se puso en marcha rumbo a Huajuapan. Pero lo que tenían de entusiasmo les faltaba de experiencia militar y el 17 de mayo fueron sorprendidos por las tropas del capitán Juan Antonio Caldelas, que ocultas entre palmares por el lado del Calvario los sorprendieron y desbarataron completamente. Los sobrevivientes huyeron a caballo dejando en poder del enemigo los cañones y víveres que llevaban.

Fracasada la ayuda, los sitiados quedaron en igual o peor estado que antes: el cerco sobre ellos era más estrecho y los asaltos continuaban con el mismo vigor. Eso lo notaron el día que vieron cómo la gente de José Régules de Villasante penetró en el pueblo por la colecturía de diezmos utilizando su técnica de agujerear las paredes y nadie se dio cuenta que lo hicieron, hasta que estaban a punto de retirarse. Acciones de ese tipo sucedieron varias veces, provocando que los contrarios se enfrascaran en sangrientas luchas cuerpo a cuerpo. En uno de esos asaltos murió el padre agustino Manuel Ocaranza, que formaba parte del ejército independiente.[23]

La situación era desesperada pero los insurgentes conservaron la calma. No teniendo otra alternativa, Valerio Trujano decidió solicitar apoyo al mismo José María Morelos y Pavón. Nadie sabía por dónde andaba, pero era necesario encontrarlo y para ello se comisionó nuevamente a José Remigio Sarabia Rojas. Antes de partir a cumplir su misión, el general entregó a su enviado dos cohetes que debía prender al aire si lograba pasar el cerco enemigo, que ya estaba muy cerrado. No había transcurrido mucho tiempo de que el mensajero y el comandante insurgente se habían despedido cuando se escucharon las dos denotaciones y Valerio Trujano recuperó la esperanza en el triunfo; tanto que ordenó se rindieran honores a la imagen del Señor de los Corazones, tan venerada entre los huajuapeños. Buscaba mantener la fe de los ciudadanos y sus soldados en el triunfo.

[23] José Antonio Gay, *op. cit.*, p. 455.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

En la ciudad de Oaxaca sucedía otro tanto, el obispo Antonio Bergoza y Jordán proclamó a la Virgen de la Soledad protectora de los realistas y hasta le colocó un arma en las manos para que los defendiera. Como las armas no decidían el final de la lucha y ya iban más de cien días de combate, éste se trasladó al terreno de la ideología, por medio de la fe. En Huajuapan la gente se olvidó del cerco militar y salió a celebrar como si estuvieran de fiesta; José Régules de Villasante, que era bastante católico, se desconcertó por el comportamiento popular y pensó que algo raro había sucedido. Convocó a junta de guerra y propuso a sus compañeros levantar el cerco. El capitán Juan Antonio Caldelas, que se creía mejor militar que su jefe y contaba con la confianza del comandante general de las tropas de Oaxaca, le recriminó duramente su postura y propuso mantenerlo, acusándolo de cobarde. Su propuesta triunfó, pero abrió una rivalidad entre ambos jefes realistas.

José Remigio Sarabia Rojas encontró a José María Morelos y Pavón con su tropa por el rumbo de Chilapa, en la intendencia de Puebla, y ahí le entregó el mensaje de auxilio. Enterado de la situación el general convocó a sus mejores hombres, ordenándoles se reunieran en Chiautla para ir a prestar la ayuda solicitada: Hermenegildo y Juan José Galeana Galeana, Vicente Guerrero y Miguel y Víctor Bravo se aprestaron para ayudar a su compañero de armas;[24] Mariano Matamoros no asistió porque se encontraba resguardando los pueblos de Izúcar y por esa razón no fue convocado. En el camino se les unieron las tropas de los curas Mariano Tapia y Sánchez que se habían reorganizado después de la derrota que les infligió la gente del capitán Juan Antonio Caldelas cuando intentaron auxiliar a Valerio Trujano. En el pueblo de Chila, el último de la intendencia de Puebla antes de entrar a territorio oaxaqueño, detuvieron su avance para hacerse de informes sobre la situación que guardaba el sitio de Huajuapan y organizar el plan de ataque.

El día 23 de julio en Huajuapan se decidió el futuro de la guerra insurgente. A 110 días de iniciado el cerco realista sobre los insurgentes, sus compañeros divisaron la ciudad. Nicolás Bravo, que venía a la vanguardia de las tropas de José María Morelos y Pavón, pudo darse

[24] Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, p. 37.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

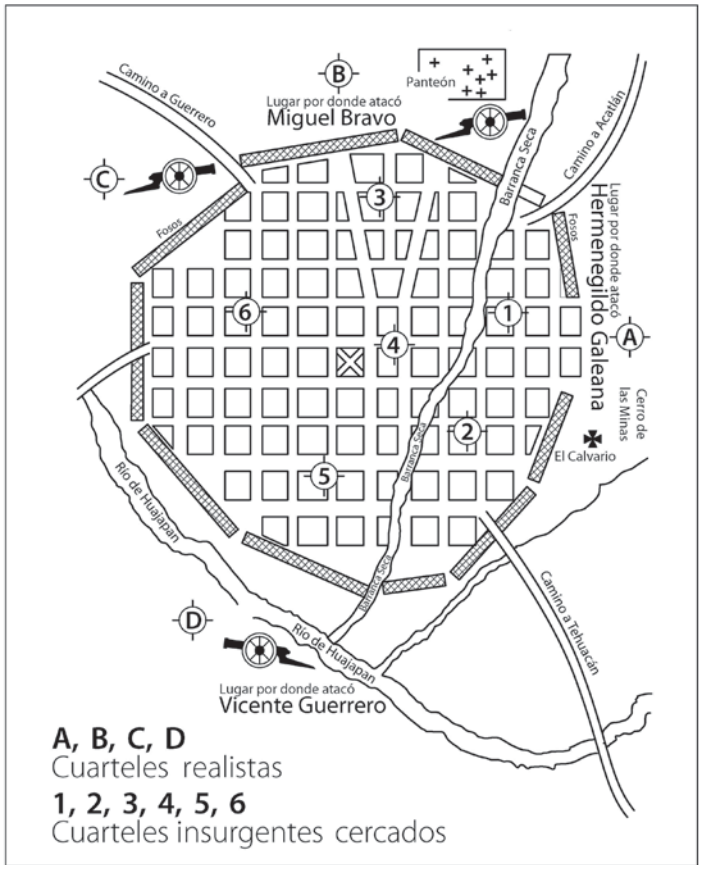
cuenta cuando los realistas abrieron fuego contra las tropas de Valerio Trujano y sin esperar orden alguna se lanzó en su ayuda, atacando a las tropas del capitán Juan Antonio Caldelas. Nunca se supo si con su ataque los realistas querían rendir a los sitiados para evitar que los agarraran a dos fuegos o era un señuelo para que los recién llegados entraran a combate sin contar con un buen plan de ataque; lo cierto fue que la acción de Nicolás Bravo fue un error militar, porque los realistas habían detectado su llegada y tras el ataque se emboscaron a la espera, situación que les permitió rechazarlos; en esa acción los insurgentes perdieron dos cañones, armas importantes para llevar a buen fin la empresa que se habían propuesto. Como comenzaba a caer la noche los rebeldes se replegaron para cubrirse y esperar la llegada del grueso de la tropa, que apareció al día siguiente.

Conforme las tropas de José María Morelos y Pavón iban llegando, se concentraban en las orillas de la ciudad. Lo primero que hicieron fue conseguir informes precisos sobre la ubicación de las tropas realistas, para ajustar el plan de ataque que habían elaborado a su paso por el pueblo de Chila y prepararse para entrar en acción. Para el combate dividieron sus fuerzas en cuatro columnas, que eran los frentes que tenían los realistas. Miguel Bravo, con los curas Mariano Tapia y Sánchez, atacaría por el poniente; Hermenegildo Galeana, al frente de la caballería y acompañado de Víctor Bravo, lo haría por el costado norte; Juan José Galeana y Vicente Guerrero, avanzarían por el sur. José María Morelos y Pavón dirigiría el ataque y —al mando de un fuerte contingente de indígenas armados sólo de flechas y hondas— quedaría a la retaguardia, listo a reforzar el frente que más lo necesitara. Los realistas, que mantuvieron el cerco sobre las tropas de Valerio Trujano por cerca de cuatro meses, quedaban cercados por los compañeros de éste.

El combate se programó para el día siguiente, pero los realistas se adelantaron atacando de nuevo a la gente de Valerio Trujano. Calculaban que era el punto más débil después de tantos días cercados, y si lograban desalojarlos de sus posiciones podían pertrecharse en ellas. Pensaban romper las trincheras enemigas, penetrar en la plaza y comenzar un combate cuerpo a cuerpo, antes que los insurgentes rompieran su cerco y los aprisionaran entre dos fuegos. Hermenegildo

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Galeana se dio cuenta de la maniobra y también decidió entrar en combate. A su vez, Valerio Trujano arremetió contra los realistas, que no pudieron desbaratar el plan insurgente y quedaron atrapados entre dos fuegos. Vicente Guerrero no se quedó atrás y lanzó su caballería contra las posiciones del capitán Juan Antonio Caldelas, desalojándolo de sus trincheras. Ahí murió el capitán realista alcanzado por la lanza de Sabino, un mixteco que peleaba a las órdenes de Vicente Guerrero, pero antes de que el alma se le fuera del cuerpo alcanzó a dar un grito: "¡Viva España!". Ya no pudo a decir más porque otra lanza de las caballerías de Hermenegildo Galeana le cortó el aliento. El capitán Juan



PLANO DEL ROMPIMIENTO DEL SITIO DE HUAJUAPAN (1812).

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

CAÑÓN USADO POR LOS INSURGENTES EN HUAJUAPAN.

Antonio Caldelas había sido uno de los baluartes del sitio de Huajuapan, y con su muerte las fuerzas realistas se resquebrajaron. La batalla se estaba decidiendo por el bando insurgente. Nicolás Bravo y su gente hicieron polvo la línea defendida por Gabriel Esperón, y cuando éste se vio perdido montó su caballo y huyó del campo de batalla, dejando a su gente a merced del enemigo. Vicente Guerrero fue quien primero traspasó el cerco y tomó contacto con las fuerzas de Valerio Trujano, que reanimadas por el apoyo de sus compañeros recobraron la esperanza en el triunfo. ¡Y de qué manera!

Mientras eso sucedía por un lado, por otro la gente de Juan José Galeana se liaba en desigual combate con las fuerzas de José Régules de Villasante. Hermenegildo Galeana se dio cuenta de la peligrosa situación en que se encontraba su hermano y cargó con sus lanceros por la retaguardia, desbaratando la resistencia del enemigo y obligándolo a emprender la desbandada, incluido su jefe. En su huida José Régules de Villasante se golpeó la cabeza contra un árbol y cayó del caballo arrojando sangre por la nariz. Se salvó de la furia justiciera de los insurgentes gracias a que un soldado de su tropa lo descubrió y subió en ancas de su caballo para conducirlo a Yanhuitlán, donde se le unió Gabriel Esperón y los pocos de su ejército que lo siguieron. El cerco realista sobre los insurgentes quedó roto y éstos se adueñaron de la plaza.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

El resplandor de Valerio Trujano

José María Morelos y Pavón decidió que fuera Valerio Trujano el que cargara con el honor de derrotar a quienes por tantos días lo habían mantenido cercado y le ordenó que al frente de los mejores jinetes que llegaron de refuerzo persiguiera al huidizo José Régules de Villasante y lo que quedaba de su ejército, los alcanzara y aplastara militarmente, para terminar con el peligro que representaba para la insurgencia en la Mixteca. Mientras eso sucedía, el resto de la tropa se dedicó a levantar el campo; recogieron a los muertos, curaron a los heridos y realizaron el recuento de las armas obtenidas: más de mil fusiles y una gran cantidad de parque; todo con el apoyo de la gente, contenta de que por fin se hubiera roto el cerco. Se dijo que tan sólo de realistas se enterraron cuatrocientos cadáveres y que pasaron de trescientos los prisioneros que se remitieron al presidio de Zacatula, en la intendencia de Puebla, sin contar con los que se unieron a las filas independientes.

Valerio Trujano marchó inmediatamente tras de las diezmadas fuerzas realistas que se concentraron en Yanhuitlán, donde a falta de mejor opción había tomado el mando de ellas el canónigo José de San Martín —el mismo que había organizado el ejército eclesiástico—, quien no pudo evitar que la tropa realista huyera llena de terror al enterarse que Valerio Trujano y su ejército iban sobre ellos. Antes que los insurgentes arribaran a Yanhuitlán, José Régules de Villasante convocó a un consejo de guerra para evaluar la situación y tomar determinaciones sobre lo que debían hacer; no tenían muchas opciones, así que todos estuvieron de acuerdo en evacuar la plaza y dirigirse a la ciudad de Oaxaca, con sus armas y sesenta heridos que los acompañaban. Para conducirlos, liberaron a cien presos que se encontraban en la cárcel y fueron encarcelados nuevamente al llegar a Oaxaca, no obstante habérseles ofrecido la libertad en recompensa de aquel trabajo, que no podía ser muy voluntario en aquellas circunstancias.

La huida no los libró de la furia insurgente. Los alcanzaron en Huitzo, antes de entrar a la ciudad, lugar donde todavía le hicieron 400 muertos. Sabiendo que en la ciudad sus enemigos encontrarían refuerzos, Valerio Trujano decidió regresar a Huajuapan a reunirse con sus compañeros. Al llegar a la ciudad fue ascendido a coronel y sus tropas

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

bautizadas como "regimiento San Lorenzo", porque habían recibido fuego por todos lados sin ser vencidos.

Entre las tropas de José Régules de Villasante que combatieron a los insurgentes se encontraba un soldado de nombre Antonio de la Luz Quirino de León y Loyola, que con el tiempo sería conocido como Antonio de León. Nacido el 3 de junio de 1794, Antonio de León era hijo de Manuel Mariano de León y Marín y María de la Luz Loyola, españoles avecindados en Huajuapan y dedicados a la cría de chivos para el mercado de Tehuacán, uno de los más grandes de la Nueva España. Un mes antes de cumplir 17 años de edad, Antonio de León se incorporó a los servicios del gobierno virreinal. El 10 de mayo de 1811, en plena guerra de independencia, pasó al regimiento de caballería de Huajuapan, con el grado de alférez. Con ese carácter participó en la defensa de Yanhuitlán a las órdenes de José Régules de Villasante y después en el sitio que el mismo militar puso a los insurgentes en Huajuapan.[25] Antonio de León inició su carrera combatiendo a los insurgentes y aunque en esos años no participó en acciones de guerra de relevancia, es importante tenerlo presente porque volverá a aparecer al paso de los años.

El virrey de la Nueva España se enteró de la derrota de sus fuerzas hasta el mes de agosto. Fue Francisco Paris, el comandante de las tropas realistas en la costa, quien desde la ciudad de Ometepec le transmitió tan fatídica noticia y solicitó apoyo para evitar otras peores. Pero no le fue fácil comunicarlo porque sus correos no podían pasar de la región hasta el centro de la Nueva España y regresaban con el mensaje enviado o se perdían en manos de sus enemigos. Fue hasta el cuarto intento que la carta del militar realista llegó a su destinatario. En ella se decía lo siguiente:

> Morelos cayó sobre el campo de Huajuapam el 23 del pasado con un considerable número de rebeldes, derrotó al teniente coronel Régules, se dispersó la tropa que sitiaba aquel Pueblo, murió defendiendo el puesto el coronel Caldelas, con muchos de sus columnas de Costa y varios oficiales que con sólo esta tropa de la 6ª División se mantu-

[25] Guillermo Rangel Rojas, *General Antonio de León*, pp. 13 y 17.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> vieron firme, hasta que fueron envueltos y cargados de muchedumbre: Régules se retiró a Huiso.
>
> Morelos se hizo de nuestras armas y todos los cañones y municiones: se mantiene en Huajuapa proyectando expediciones, y entretanto acopiando víveres y reuniendo gente que en el día no bajan de diez mil, con 200 armas de fuego, y muchos fusiles.
>
> Oaxaca parece que es el objeto de sus momentáneas conquistas, se haya rodeada de enemigos, falta de armas y en mayor consternación. Los rebeldes se hayan repartidos en tres trozos considerables, en Huajuapan, Tlaxiaco y Yanhuitlán; desde este punto envían avanzadas; por todas partes que llegan hasta el río de S. Antonio.
>
> El Exmo. Sr. Teniente General Dn. Antonio Gonzales me encargó repetidamente que solicite conducto por donde V. S. estas noticias para que provea en remedio, pues toda la Provincia se halla inundada de Gavillas gruesas del perfido Morelos, y exige imperiosamente que bengan a dobles marchas tropas del Rey por Chilapa en donde no hay insurgentes de fuerza y que desde ese punto, puesto su comandante en comunicación conmigo se pase a Tlapa para cortales por ese rumbo la retirada: Y al mismo tiempo que pueden entrar otras por Tehuacán se hace preciso, benga el mayor trozo de tropa del Rey por el infiel Chautla, (cuyo nombre debe borrarse de la memoria) y dirigirse a Huajuapa.[26]

Los realistas andaban preocupados. Francisco Paris no sólo relataba los hechos de la batalla de Huajuapan y la pérdida de su armamento, que fue a parar a manos de sus enemigos, sino advertía sobre las consecuencias que la derrota del ejército realista podía tener para la Nueva España. Una de ellas, la más lógica dadas las circunstancias, era la toma de la ciudad de Oaxaca, capital de la intendencia.

No era para menos. Se trataba del cerco más largo en toda la Nueva España mantenido por los insurgentes durante los once años que duró la guerra de independencia, del cual se asombrarían los historiadores de la época. El Dr. José María Luis Mora relataba emocionado:

> Acaso no ha habido en el mundo una defensa de plaza conducida con más regularidad que lo fue la de Huajuapan: a ello contribuyó lo

[26] "Documentos inéditos y poco conocidos sobre Morelos", pp. 37-38.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> reducido de la población, pero el genio de Trujano fue el agente más poderoso. Resuelto a perecer o cansar a los sitiadores, estableció una especie de disciplina monástica, que desde el primer día hasta el último se observó sin interrupción, sometiendo a su voluntad todos los vecinos y soldados en fuerza del ascendiente que sobre ellos les daba el aire de inspiración que lo caracterizaba. Desde el primer día se apoderó de los víveres, que repartía por sí mismo, con absoluta igualdad, y en sólo la cantidad suficiente a cada familia o persona. En el mismo, arregló toda la distribución del tiempo, que se seguía sin otra interrupción que la que exigían los casos fortuitos de las operaciones militares. En esa distribución entraban, como parte principal, las prácticas devotas a que el jefe era muy inclinado; estas se hacían en común con un fervor, que no siendo debilitado ni interrumpido por ningún género de distracciones, en una población corta, poco avanzada en los goces de la vida, y secuestrada, por decirlo así, del comercio humano, hizo que sus habitantes llegasen a ver la muerte con la mayor indiferencia, persuadidos como lo estaban de sostener una causa justa.[27]

En el mismo sentido, el historiador guerrerense Moisés Ochoa Campos, comparando otros sitios militares importantes de nuestra historia, anotaba:

> [...] la hazaña de Valerio Trujano en 1812, en el sitio de Huajuapan, no tiene rival en toda la historia porque resistió también a un ejército superior, porque supo burlar el hambre, la sed, la muerte y el exterminio y porque esta prueba de heroicidad comprendió 105 días según unos historiadores o 111 días para Bustamante y Alamán y que es, además de uno de los más largos asedios, una de las más geniales defensas en las que hasta los cañones fueron improvisados o simulados. Es por ello la defensa de Huajuapan por Valerio Trujano, sin género de dudas, la más larga y no menos esforzada que registra nuestra historia.[28]

[27] Citado en Moisés Ochoa Campos, "Prólogo", en Herminio Chávez Guerrero, *op. cit.*, p. 16.

[28] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Con la caída de Huajuapan los rebeldes extendieron su control sobre la Mixteca no sólo en el aspecto militar sino también económico, lo cual significó un cambio importante para ellos. El comercio de ganado, pieles, miel, azúcar, algodón y bebidas alcohólicas pasaba por sus manos y se propagó desde esa parte de la intendencia de Oaxaca hasta las ciudades de Acatlán, Izúcar, Chietla, Chiautla, en la de Puebla, sin que los realistas pudieran hacer algo por impedirlo. De hecho estos productos siguieron llegando a los mercados en territorio realista por vía del contrabando que realizaban los mixtecos que llegaban a esas plazas.[29] Los comerciantes no iban a parar por cuestiones de escrúpulos y si sus enemigos políticos les permitían mantener sus negocios económicos, con ellos iban a negociar.

Mariano Matamoros y el fuerte de Izúcar

Mientras todo esto sucedía en la Mixteca baja oaxaqueña, en la poblana Mariano Matamoros seguía combatiendo a los realistas y consolidando el poder insurgente en la ciudad de Izúcar y sus alrededores. La cercanía de esta ciudad con las de Cuautla y Puebla, y de éstas con el centro de la Nueva España, quitaba el sueño a las autoridades españolas. En el mes de junio de 1812, unos días antes de la derrota de sus fuerzas en la ciudad de Huajuapan, José Gabriel Armijo, comandante del ejército español en la región, informaba a su superior que Mariano Matamoros con su ejército de mixtecos y negros se reunía con los pueblos de la región y él se encontraba imposibilitado para evitarlo: "No es tanto por lo que *la canalla* haga sino por su situación y localización, de punto que pide una buena medida y combinación".[30]

La opinión del comandante realista, sin proponérselo, reconocía la gran capacidad del jefe insurgente, al ubicar su cuartel en un lugar difícil de acceder por sus enemigos, guarnecido por cerca de dos mil rebeldes y nueve cañones, que se movían según las necesidades de la guerra en la región. El brigadier Ciriaco del Llano lo comprobó perso-

[29] Brian R. Hamnett, *op. cit.*, p. 192.

[30] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 69, f. 52.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

nalmente ese mismo mes: al frente de un ejército de 2 300 realistas intentó tomar el cuartel, pero tuvo que aceptar su derrota después de varios días de combate sin lograr su objetivo.[31]

La actividad de Mariano Matamoros en Izúcar no sólo fue militar, sino también política. Con la primera buscaba que los realistas no penetraran al territorio liberado por los insurgentes, establecía vías de comunicación con otros compañeros que luchaban en regiones cercanas, como Veracruz y el centro de la Nueva España; con la segunda quería convencer a los pueblos circunvecinos que apoyaran su lucha o se unieran a sus filas; dentro de esta actividad fue importante la comunicación que estableció en el centro de la Nueva España con la organización de "Los Guadalupes", con quienes mantuvo una comunicación muy activa para que apoyaran la lucha insurgente.[32]

Ante la evidencia de que sería muy difícil vencer a las fuerzas de Mariano Matamoros, el virrey de la Nueva España le hizo llegar el indulto que días antes había decretado para los insurgentes que depusieran las armas. Para lograrlo utilizó un gobernador de la república de indios de esa región, quien se introdujo en Izúcar cruzando las emboscadas que por todos lugares se encontraban diseminadas, varias de las cuales hicieron fuego contra él pero sin tirarle a matar. El gobernador entregó el documento y sin esperar respuesta abandonó el lugar; pero a su regreso fue golpeado por unos insurgentes emboscados.

Como represalia, el día 28 de julio José Gabriel Armijo entró a varios pueblos de donde suponía eran los rebeldes y prendió fuego a sus casas. También apresó a varios mixtecos, pero como no pudo hacerles ningún cargo los dejó en libertad. Buscaba influir miedo entre los pueblos y —según él mismo informaba al virrey— lo estaba logrando, pues después de esa campaña "son muchos los que se han presentado, aún los que tenía empleos de capitanes, tenientes y alférez, manifestando el mayor arrepentimientos a cuya consecuencia han sido indultados",[33] afirmaba.

[31] *Idem.*

[32] Virginia Guedea, *op. cit.*, p. 28.

[33] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 69, f. 71.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

La lucha por el control de los pueblos se convirtió en un objetivo estratégico para ambos ejércitos. A principios del mes de julio los realistas recibían informes de sus espías que Mariano Matamoros, acompañado del padre Mariano Tapia, José Francisco Osorno y Eugenio Montaño, andaban por los rumbos de Taxco, Zacatlán y Almocajac.[34] Los insurgentes estaban usando la posición de Mariano Matamoros, que cortaba la comunicación entre las provincias de Oaxaca y Puebla, al mismo tiempo que partía la provincia de Puebla en dos, para consolidar sus posiciones.

En la segunda quincena de agosto las fuerzas de Gabriel Armijo descubrieron una partida de insurgentes que desde Izúcar habían pasado al pueblo de Tochimilco —según el jefe realista colonia insurgente— promoviendo su lucha. Tan pronto como el jefe militar supo de ellas, envió un pelotón de cincuenta soldados al mando de dos oficiales para que los capturaran. En cuanto llegaron a Tochimilco, los soldados realistas buscaron a los insurgentes y al paso de unos cuantos minutos supieron que todavía se encontraban en el pueblo y fueron a su encuentro. No hubo combate porque los insurgentes, en número de veinte, también fueron avisados de la presencia de los realistas y como se dieron cuenta de que estaban en desventaja numérica, emprendieron la retirada hacia los montes más cercanos. Los realistas los persiguieron , aunque no los encontraron, supusieron que algunos de ellos se desbarrancaron en los despeñaderos porque encontraron algunas huellas de sangre.[35]

Mientras Mariano Matamoros se esforzaba por mantener un frente en la Mixteca, José María Morelos y Pavón y el resto de los generales insurgentes avanzaban hacia la ciudad de Tehuacán para continuar ganando espacios y adeptos para la causa independentista.

[34] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 69, ff. 74 y 76.

[35] *Ibidem*, vol. 70, f. 20.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

V. Expandiendo el fuego

después de la caída de Huajuapan, contra la opinión de Valerio Trujano y Vicente Guerrero, quienes mejor conocían esa parte de la Nueva España, apoyada por la mayoría de sus hombres, José María Morelos y Pavón no marchó sobre la capital de Oaxaca, que con las tropas realistas desanimadas en Huajuapan pudo haber sido tomada con facilidad, lo cual hubiera representado una derrota importante para el enemigo. En cambio, avanzó con su gente sobre la ciudad de Tehuacán, con el coronel Valerio Trujano y el capitán Vicente Guerrero al frente. Lo que a todos pareció un error táctico para José María Morelos y Pavón era la mejor decisión estratégica. No ignoraba las razones de sus compañeros que le aconsejaban marchar sobre Oaxaca, pero también tenía las propias y a ellas ciñó sus decisiones.[1]

Pensaba que ocupando esa ciudad cortaría la comunicación entre el centro y el sur de la Nueva España, con lo cual controlaría las vías de comunicación y del transporte de productos comerciales, pero sobre todo podría tener una salida por las costas de Veracruz para abastecerse de armas y demás pertrechos necesarios para la guerra, ya que hasta esa fecha el puerto de Acapulco seguía controlado por los realistas. Le pareció que lo más importante era controlar esa parte del territorio, porque si lo lograba no sólo podría ocupar Oaxaca, sino también otras partes de la Nueva España, como finalmente sucedió.

[1] Ernesto Lemoine, *op. cit.*, p. 62.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Su genio militar lo aconsejaba sobre el mejor camino a seguir y no se equivocaba.

Rumbo a Tehuacán

Así que roto el sitio de Huajuapan las fuerzas independentistas se dirigieron al pueblo de Chazumba y de ahí enfilaron a Zapotitlán Salinas para alcanzar la ciudad de Tehuacán, a donde llegaron el 10 de agosto de 1812. No tuvieron necesidad de combatir para ocuparla porque nadie se opuso a su entrada, así que entraron pacíficamente y de la misma manera implementaron posesión de la ciudad. Una de las primeras medidas que tomaron fue fortificarla en prevención de un ataque sorpresa; construyeron varios parapetos y colocaron sus cañones apuntando hacia las entradas de la ciudad. Además, organizaron los rondines de rutina para vigilar la entrada y salida de la gente. Estas medidas fueron reforzadas después con la instalación de una fábrica de fusiles y cañones.[2] Si no tenían forma de adquirir las armas fuera de la Nueva España, iban a fabricarlas ellos mismos.

Ya instalados los insurgentes dedicaron sus esfuerzos a la reorganización de su ejército, para estar en condiciones de emprender acciones de mayor envergadura. Una de las medidas que tomó José María Morelos y Pavón fue nombrar como su segundo a Mariano Matamoros, el cura de Jantetelco que se le había unido en su incursión en Izúcar. Sobre este nombramiento y las causas que lo motivaban, el 12 de septiembre escribió a Ignacio Rayón, presidente de la Suprema Junta Nacional Americana, que se encontraba en Tlalpujahua:

> Porque las vicisitudes de la guerra son varias, y mi segundo, el brigadier don Leonardo Bravo, está en México, he nombrado mariscal al licenciado don Mariano Matamoros, cura de Xantetelco, por el mérito que en este año ha contraído organizando brigada en Izúcar y defendiendo aquella plaza, a mas de lo que trabajó en Cuautla y otros, a que se agrega su talento y letras; por cuyo motivo lo he dado

[2] Luis Ramírez Fentanes, ***op. cit.,*** p. 38.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> a conocer por mi segundo y a quienes deberán ocurrir todos y en todo lo de mi cargo, en mi fallecimiento o prisión, *quod absit* [cosa que ojalá no suceda].
>
> Hace pocos días que le había nombrado brigadier de la sexta brigada que en Izúcar está acabando de organizar y completar, pero su mérito y actitud exige este último grado en las presentes circunstancias; pues aunque el brigadier de la primera brigada, don Hermenegildo Galeana, ha trabajado más y es de más valor, pero inculpadamente no sabe escribir, y por consiguiente, le falta aquella actitud literaria, que recompensa en el otro el menos trabajo personal.
>
> Sin embargo, el expresado Galeana, por su valor, trabajo y bellas circunstancias, es acreedor al grado de mariscal y, por lo mismo, se lo he conferido en recompensa de sus fatigas y para componer el juicio de los hombres y prohibir una dispersión o desavenencia en un caso fortuito.[3]

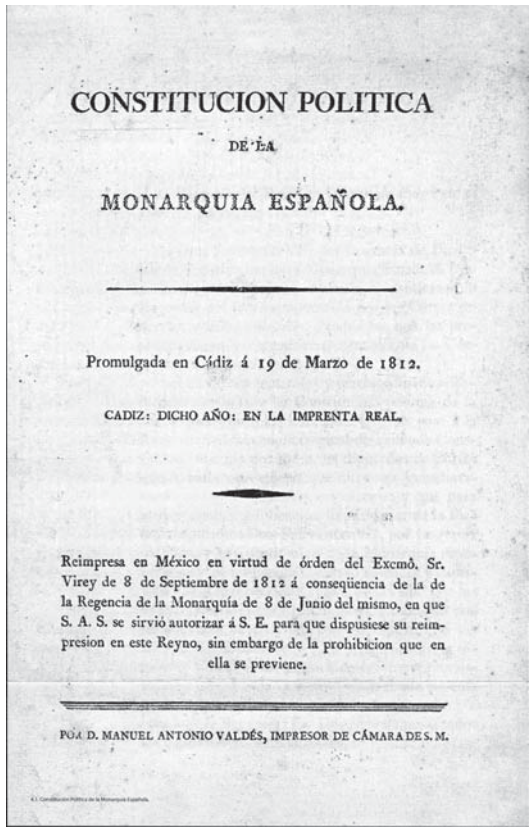
En su carta a Ignacio Rayón, el general insurgente le decía que Leonardo Bravo se encontraba en la ciudad de México, sin aclararle que estaba en calidad de prisionero del bando enemigo, tal vez porque aquél ya lo sabía, o porque no quería que la noticia de su detención se propagara y cundiera el desánimo entre la tropa; tampoco le dijo, porque no podía saberlo todavía, que al día siguiente del envío de la misiva el prisionero fue ejecutado en público. Lo que si le comunicó fueron los méritos de quien ocuparía su lugar: buen militar y hombre de letras, dos atributos que le daban ventaja sobre Hermenegildo Galena, otro miembro del ejército insurgente muy cercano a él, que no podía ocupar dicho cargo por carecer de estudios. No lo decía, pero se desprendía del texto que con esa medida buscaba profesionalizar al ejército insurgente para hacerlo más eficaz.

Además de otorgar a Mariano Matamoros el grado de mariscal, designó a Manuel Mier y Terán, el militar que se había pasado a las filas insurgentes en Izúcar, como responsable de la artillería; y a Nicolás Bravo como general encargado de las operaciones en la intendencia de Veracruz. De igual manera nombró a Juan Nepomuceno Rosáinz, —otro que se unió a su tropa en Izúcar— como su secretario particu-

[3] Carlos Herrejón, *Morelos: antología documental*, pp. 82-83.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

lar, cargo que después ratificaría de manera oficial. Este último nombramiento fue un error que al paso del tiempo costaría caro al movimiento insurgente, pues su carácter agresivo y ególatra generó muchos problemas entre los jefes de la tropa y con la misma Suprema Junta Nacional Americana. Durante los años de guerra Juan Nepomuceno Rosáinz se distinguiría por su salvajismo, inclemencia con el enemigo y su tendencia al pillaje.[4] Lo más grave sería que cuando los vientos que soplaban no eran favorables a la causa, entró en tratos con el enemigo, entregándole información valiosa a cambio de beneficios personales.



CONSTITUCION POLITICA

DE LA

MONARQUIA ESPAÑOLA.

Promulgada en Cádiz á 19 de Marzo de 1812.

CADIZ: DICHO AÑO: EN LA IMPRENTA REAL.

Reimpresa en México en virtud de órden del Excmô. Sr. Virey de 8 de Septiembre de 1812 á consequencia de la de la Regencia de la Monarquía de 8 de Junio del mismo, en que S. A. S. se sirvió autorizar á S. E. para que dispusiese su reimpresion en este Reyno, sin embargo de la prohibicion que en ella se previene.

POR D. MANUEL ANTONIO VALDÉS, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

LA CONSTITUCIÓN DE CÁDIZ.

[4] Raúl Bringas Nostii, *Historia de Tehuacán. De tiempos prehispánicos a la modernidad*, p. 165.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Los insurgentes se encontraban en Tehuacán cuando se enteraron que las Cortes de Cádiz habían aprobado una constitución de corte liberal, donde se reconocían algunos derechos por los que luchaban los autonomistas en 1808. El documento tenía su historia. Mientras la rebelión estallaba en la Nueva España, en la isla de León, cerca de Cádiz, las cortes españolas se reunieron en ausencia del rey, que estaba prisionero del ejército francés. El 24 de septiembre de 1810, ocho días después del grito de Dolores que dio inicio a la rebelión en la Nueva España, la asamblea inició sus sesiones y declaró que la soberanía radicaba en el pueblo. En dichas Cortes participaron como representantes de la Nueva España, por el ala autonomista, Miguel Ramos Arizpe y Beye, y José María Guridi y Alcocer. Los comerciantes de Oaxaca nombraron a José Victoriano Baños y Manuel María Mejía, curas de Tlaxiaco y Tamazulapan, para que acudieran a representarlos, pero tuvieron problemas para llegar.

El 24 de febrero de 1811 las Cortes se trasladaron a Cádiz, y el 18 del mes siguiente firmaron la nueva Constitución. A la Nueva España las noticias del suceso tardaron en llegar, pues al gobierno, dominado por los peninsulares, no les interesaba que se conociera. Retardaron su difusión pero no pudieron evitar que finalmente se publicara, cosa que hizo el virrey Francisco Javier Venegas el 30 de septiembre de 1812. Ya publicada la constitución, su difusión fue escasa y su aplicación nula por la presión de los comerciantes y hacendados, temerosos de perder sus privilegios y de que los criollos se hicieran del poder. El 2 de diciembre el mismo virrey suprimió la libertad de expresión y puso en la cárcel a quien osaba hacer uso de ella. Entre los afectados por esta actitud arbitraria de las autoridades españolas figuró el periodista José Joaquín Fernández de Lizardi, autor, entre otras novelas, de *Don catrín de la fachenda* y *El periquillo sarmiento*.

La existencia de las Cortes de Cádiz y la elaboración de una constitución representaba un problema para los insurgentes, ya que si bien contenía disposiciones de carácter liberal, su lucha se centraba en defender la legitimidad de un rey contra el cual luchaban. El problema se agudizó el 2 de enero de 1812, cuando la Suprema Junta Nacional Americana, órgano político que los representaba, fue expulsada de Zitácuaro por el ejército español, encabezado por Félix María Calleja,

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

trasladándose a Sultepec, en México, para poder seguir sesionando. El hecho ponía en peligro su existencia, los rebeldes lo sabían y se preocupaban por ello. Tratando de remontar estos dos sucesos desfavorables a su causa, José María Morelos y Pavón pensó que los insurgentes también debían convocar a un congreso, para que a su vez elaborara la constitución política del país por el que luchaban. Estando en Tehuacán se lo comunicó a Ignacio Rayón. En una carta que le escribió el 12 de septiembre, le insinuaba que era necesario transformar la Suprema Junta Nacional Americana en el Congreso del Anáhuac, proponiendo también la forma de integrarlo y las funciones que desempeñaría:

> Yo estoy entendido que nuestro Congreso se ha de componer de representantes de por lo menos las provincias episcopales y principales puertos, aunque dichos representantes puedan votar la Suprema en número de cinco, como decimos en nuestra Constitución; pero como las capitales y puertos no son nuestros, no puede tener efecto esta organización y por ahora nos bastará completar el número de cinco para que, estando temporalmente divididos por los cuatro vientos sobre las armas, quede uno en medio, libre de ellas, con uno o dos ministros de política y buen gobierno, que se puedan elegir provisionalmente para que puedan despachar los asuntos ajenos de lo militar, entre tanto organizamos por los cuatro vientos cuatro ejércitos respetables, capaces de derrotar o por lo menos resistir al enemigo, pues estos, al mando de buenos generales, darán lugar y seguridad a los individuos de la Junta para su antigua unión y disposiciones de su instituto. La residencia de este último será la más a propósito para la comunicación de los cuatro vientos. Este es mi dictámen, *salvo meliore*.[5]

El general insurgente era consciente de que el congreso que se formara debería ser representativo de la sociedad, pero dada la realidad de la guerra en que vivían, proponía que al principio se formara con representaciones de los territorios que controlaran, con la idea de que también se encargara de dirigir la guerra. El 4 de septiembre le había enviado una carta a Ignacio Rayón, dándole a conocer que traba-

[5] Ernesto Lemoine, *op. cit.*, pp. 207-208.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

jaba en un esbozo de constitución política, aunque en ese momento no tenía un ejemplar en sus manos. Asimismo le informaba:

> Con las agitaciones de la guerra y muchas manos que es necesario anden en nuestros papeles, se perdió el trazado de la Constitución Nacional, y sólo puede encontrarse en la Ciudad de Guadalupe de la Provincia de Tecpan, por lo que inmediatamente mandé a nuestro mariscal don Ignacio Ayala remita a Vuestra Excelencia una copia y a mí otra.[6]

Por esos mismos días, el gobierno virreinal intentaba debilitar el fuerte insurgente ubicado en Izúcar, al frente del cual se encontraba Mariano Matamoros, que acababa de ser nombrado brigadier. José Gabriel Armijo ubicó su campamento fuera de esa ciudad, como lo había hecho meses atrás, y desde ahí organizaba exploraciones alrededor del fuerte, tratando de encontrar un punto débil por donde atacar. En una de esas exploraciones se hizo bastante visible, con la idea de que sus enemigos lo descubrieran, intentaran detenerlo y el simularía huir, llevándolos a donde sus compañeros emboscados los esperarían para atacarlos por sorpresa; pero los insurgentes intuyeron sus intenciones y lo dejaron ir sin molestarlo. Dominado por la ira de no conseguir sus propósitos, volvió a prender fuego a las casas de indígenas insurgentes.[7]

La muerte de Valerio Trujano

Como parte de la reorganización del ejército insurgente, en carta del 30 de septiembre de ese año dirigida al coronel Valerio Trujano, José María Morelos y Pavón dispuso que estableciera las medidas necesarias para aumentar la disciplina militar. No era una disposición tomada a la ligera, sino basada en la realidad que vivían; sabía de algunos desórdenes que habían sucedido entre los miembros del ejército bajo

[6] *Ibidem*, p. 207.

[7] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 69, f. 81.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

su mando, cosa que hasta podía ser normal viniendo sus integrantes de los pueblos, y por lo mismo ignorantes de la disciplina militar; lo que no era normal era que los jefes dejaran que los desórdenes continuaran como si nada. En la mencionada carta le decía:

> Las continuas quejas que he tenido de los soldados de este rumbo no me permiten dilatar más tiempo el castigo para contener sus desbarros, que tanto entorpecen nuestra conquista.
>
> En esta atención procederá usted contra el que se deslizare en perjudicar a prójimo, especialmente en materia de robo o saqueo; sea quien fuere, aunque resulte ser mi padre, lo mandará usted encapillar y disponer con los sacramentos, despachándolo arcabuceado dentro de tres horas, si el robo pasare de un peso, y si no llegare al valor de un peso, me lo remitirá para despacharlo a presidio; y si resultaren muchos los contraventores, los diezmará usted, remitiéndome los novenos en cuerda para el mismo fin de presidio.
>
> Hará usted saber este superior decreto a todos los capitanes de las compañías de esa división que actualmente manda, para que celen y no sean ellos los primeros que incurran en el delito; y también se les publicará por bando a todos los soldados que componen esa división, sean del regimiento que fueren. Y de así haberlo cumplido, me dará el correspondiente aviso.[8]

Los castigos que proponía aplicar eran severos porque tenían como objetivo acabar con el saqueo propio de la guerra; seguramente muchos soldados al vencer a sus enemigos caían en la tentación de quedarse con sus propiedades, o al llegar a los pueblos saquearlos aprovechándose de su poder o de su fama de vencedores. Era casi natural que esto sucediera después de tantas injusticias que los soldados del ejército insurgente habían sufrido. Pero José María Morelos y Pavón no estaba dispuesto a permitir que continuaran. El coronel Valerio Trujano no tuvo tiempo de implementar las medidas que le ordenaba, ya que pocos días después cayó muerto en combate.

Estando en Tehuacán, José María Morelos y Pavón se enteró que los realistas iban a recoger todo el ganado de las haciendas aledañas a

[8] Carlos Herrejón, *op. cit.*, pp. 83-84.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

esa ciudad para dejarlos a ellos sin alimentos, y él decidió hacer otro tanto con los mismos fines. Para llevar a cabo esas actividades comisionó al coronel Valerio Trujano y cuando preparaba al batallón de San Lorenzo para salir a cumplir su misión, se le presentó Juan Nepomuceno Rosáinz, quien apelando a su cargo de secretario de José María Morelos y Pavón se opuso a que marchara con sus tropas, ordenándole que en su lugar llevara gente de la que se había sumado al ejército independentista en los últimos días. Para extender tal orden pretextó que no se trataba de una acción militar propiamente y llevando a los nuevos miembros del ejército éstos aprenderían la disciplina militar. Dicho de otra manera, lo despojaba de su ejército, que se había formado con él en más de dos años de lucha y en cambio le daba gente inexperta a la que había que preparar para la guerra.

Esa decisión marcó su destino. El 4 de octubre de 1812, apenas tres meses después del triunfo de Huajuapan, el coronel Valerio Trujano salió de Tehuacán con su escolta disminuida, cerca de treinta hombres menos de los que siempre lo acompañaban, al frente del regimiento de Santiago de Galicia, formado por 150 hombres al mando de un coronel de apellido Sánchez, que no tenía fama de valiente. Carlos María de Bustamante dio cuenta de lo acontecido: "Previó la desgracia que le iba a ocurrir, y aunque hombre esforzado, como lo tenía acreditado en Huajuapan, lloró con sus amigos, pues conoció que aquella tropa lo iba a abandonar en el mayor peligro".[9]

Con esa tropa llegó al rancho de La Virgen, entre Tlacotepec y Tepanco, distante unos cuarenta kilómetros de Tehuacán, donde acampó sin parapetos, fosos ni otro tipo de defensa. La muerte rondaba por ese rumbo. Valerio Trujano no la presintió porque sus enemigos actuaban con cautela. El coronel realista Saturnino Samaniego, militar que el virrey Francisco Javier Venegas consideraba la vanguardia de su ejército en Puebla, se hallaba por ese tiempo en Tepeaca, donde fue informado de la proximidad de las tropas insurgentes el mismo día que éstos llegaron a ese lugar.

Tan pronto como se enteró de la ubicación de sus enemigos se preparó para atacarlos por sorpresa. En la madrugada del 5 de octubre el

[9] Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, pp. 180-181.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

militar realista se dirigió al rancho de La Virgen a la cabeza de 300 infantes de marina, el batallón de Guanajuato, lanceros de San Luis y un cañón que apuntó hacía la casa donde se encontraba el jefe insurgente. Ese mismo día llegó a su destino y de inmediato comenzó el fuego sobre ellos. Cuando los insurgentes se dieron cuenta que estaban rodeados se dispusieron a resistir. Esperando que sus compañeros se dieran cuenta de la difícil situación en que se encontraban y acudieran a brindarles ayuda, el coronel Valerio Trujano ordenó que ocuparan las azoteas del rancho, desde donde disparaban sus fusiles contra los sitiadores. Así estuvieron combatiendo todo ese día.

El 6 de octubre las tropas realistas lograron llegar hasta el rancho, parapetándose en sus paredes para evitar las balas enemigas. Para defenderse prendieron fuego a las casas, que comenzaron a incendiarse, al tiempo que colocaban un cañón apuntando hacia la puerta principal, con el fin de cazar a los insurgentes cuando intentaran salir. La trampa estaba preparada, pero los insurgentes no estaban dispuestos a quedar atrapados en ella. Como el tiempo pasaba y no se veía que les llegara el apoyo que necesitaban, Valerio Trujano ordenó que la tropa se concentrara para salir todos en estampida, de esa manera algunos de ellos seguramente caerían bajo el fuego enemigo pero otros lograrían escapar. Así lo hicieron, logrando romper el cerco militar contra ellos, aunque perdieron catorce compañeros.

Pero ese no era el día del coronel insurgente. Su hijo no logró escapar de las llamas y al darse cuenta regresó a salvarlo, pereciendo en el intento. El general Hermenegildo Galeana llegó cuando el combate estaba decidido y se limitó a levantar su cadáver junto con el de otros jefes insurgentes y los llevó hasta Tehuacán, donde fueron enterrados en la iglesia. Así terminó la vida del coronel que cambió su vida de arriero por la de libertador de su patria.[10]

Al enterarse de su muerte, conmovido por tamaña pérdida, Carlos María de Bustamante escribió:

> La muerte de Trujano privó al ejército de Morelos de uno de los mejores oficiales que pudiera merecer su confianza, y que contribuyó

[10] Herminio Chávez Guerrero, *op. cit.*, pp. 151-155.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> principalmente a su gloria. La antigua Roma jamás recordaba la memoria de Scipión, sin que correlativamente la de las grandes acciones de este General en el África, ni entre nosotros se hablará alguna vez de Trujano, sin que nos acordemos en el acto de sus triunfos en la Mixteca, y de sus laureles cortados en Huajuapan.[...] Este hombre nacido General, era de un cuerpo pequeño, y de un espíritu fogoso; pero al mismo tiempo reflexivo y prudente: valeroso hasta el último grado: combinador exacto, y astuto: poseía el sigilo y era impenetrable aun a los que le rodeaban muy de cerca; esencialmente sumiso a sus *gefes*; dulce y compasivo: ganaba el corazón del soldado sin dar lugar a que le faltase en la obediencia: amó a su patria con el mas exaltado entusiasmo [...] Jamás perdonaré al general Morelos el que mandase a esta correría a un hombre que debiera haber tenido a su derecha mano, reservándolo para empresas grandiosas. La pérdida de un buen *gefe* nunca se reemplaza.[11]

Razones tenía el insurgente para pensar y sentir lo que pensaba y sentía. Y muchas dudas quedaron sin resolver sobre el destino de Vale-

ESTATUA DE VALERIO TRUJANO EN HUAJUAPAN.

[11] Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, pp. 183-184.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

rio Trujano, un insurgente surgido del pueblo que llegó a coronel por méritos de guerra propios. ¿Por qué José María Morelos y Pavón no lo tomó en cuenta para ocupar el lugar de Leonardo Bravo cuando éste fue capturado por los realistas y ejecutado después? ¿Influyó en ello que Valerio Trujano fuera indígena y no criollo? ¿Por qué Juan Nepomuceno Rosáinz llegó a secretario del general José María Morelos y Pavón sin méritos militares? Son interrogantes sin respuestas, o con muchas, como se quiera. Lo cierto es que con la muerte de Valerio Trujano y el ascenso de Juan Nepomuceno Rosáinz terminaron los jefes mixtecos importantes y se afianzaron los criollos. Y eso tendría sus consecuencias en el futuro inmediato.

La muerte de Valerio Trujano no cambió los planes militares de José María Morelos y Pavón para la consecución de la independencia. Todavía permaneció un poco más de tiempo en Tehuacán, el suficiente para que pasara la temporada de aguas, el cual aprovechó para reorganizar sus fuerzas y continuar la lucha. La toma de Tehuacán le había permitido partir el territorio colonial en dos, al suspenderse la comunicación entre el centro y el sur del virreinato. Ahora los insurgentes contaban con un territorio liberado y podían organizarse mejor.

Rumbo a Oaxaca

Después de la ocupación de Tehuacán, el siguiente objetivo de los insurgentes fue hacerse de la capital de la intendencia de Oaxaca, donde podrían instalar un gobierno revolucionario. Para alcanzar ese objetivo José María Morelos y Pavón trazó un plan secreto que sólo comunicó a Antonio Sesma, el intendente del ejército y su consejero personal, pues no quería que se divulgara su próximo objetivo militar. En preparación de la campaña ordenó al brigadier Mariano Matamoros, que se encontraba en Izúcar, se desplazara con toda su tropa hacia el lugar donde se encontraba la suya, sin expresarle el motivo de tal decisión. Tan pronto como recibió tales órdenes el jefe insurgente dispuso lo necesario para partir, entre lo cual incluyó la destrucción de sus fortificaciones, para evitar que sirvieran a sus enemigos. Al frente de la artillería marchaba el general Manuel Mier y Terán, quien había logrado

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

imponer disciplina en esa división. La misma orden recibió Nicolás Bravo, quien tuvo que abandonar sus posiciones en Orizaba.

Como los insurgentes acababan de sufrir un revés en Acultzingo, Mariano Matamoros pensó que la movilización era para defender Tehuacán y en lugar de tomar por Huajuapan marchó rumbo a Molcajac, para salir a Tlacotepec y de ahí dirigirse a Tehuacán con riesgo de encontrarse con el enemigo, como en efecto sucedió. En Tepeaca se topó con las fuerzas realistas al mando del coronel Rafael Bracho, pero no hubo combate porque éste se dio cuenta de que sus enemigos eran alrededor de dos mil soldados bien equipados del regimiento del Carmen, al mando del coronel Mariano Ramírez, llevaban ocho cañones y un obús de siete pulgadas —incluido el que habían quitado al brigadier Ciriaco del Llano en los combates de Izúcar, librados en febrero de 1812— y los evitó para no salir derrotado.

La disciplina con que marchaba la artillería impresionó tanto a José María Morelos y Pavón que al enterarse que era un logro del general Manuel Mier y Terán, dispuso que toda la artillería del ejército insurgente quedara bajo sus órdenes.[12]

El 10 de noviembre de 1812 las tropas de José María Morelos y Pavón, en un número aproximado de 4 500 infantes y 1 300 jinetes, al mando de los generales Mariano Matamoros, Víctor Bravo, Miguel Bravo, los tres Galeana, Vicente Guerrero, Eugenio Montaño, Guadalupe Victoria y el comandante de la artillería Manuel Mier y Terán, salieron de Tehuacán rumbo a Oaxaca, llevando cuarenta cañones y suficientes víveres para la tropa. El sigilo sobre el rumbo que llevaban incluía mandar noticias falsas para despistar al enemigo; el mismo José María Morelos y Pavón escribió el día 17 de ese mismo mes desde Cuicatlán a un sacerdote de apellido Sánchez que se había quedado en Tehuacán, afirmándole, falsamente, que el fuerte calor y la escasez de víveres los obligaban a volver a Puebla. Eso decía mientras sus tropas seguían avanzando sobre Oaxaca.

Los realistas no estaban cruzados de brazos y seguían hostigando a sus enemigos. El 14 de noviembre —apenas cuatro días después que las fuerzas de José María Morelos y Pavón salieron de Tehuacán rum-

[12] *Ibidem*, pp. 208-209.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

bo a Oaxaca— una fuerza conjunta del ejército del capitán José Gabriel Armijo y el brigadier Ciriaco del Llano atacaron y desalojaron a los insurgentes de Izúcar y Tehuacán, sus dos posiciones más fuertes en la Mixteca.[13] José María Morelos y Pavón consideró que ambas acciones eran un señuelo de las autoridades españolas para que los insurgentes intentaran recuperar dichas posiciones y así desistieran de tomar Oaxaca, o al menos retrasar la toma, con lo cual ellos ganarían tiempo para protegerla. Con esa idea prefirió perder sus posiciones en la Mixteca poblana y seguir su propio plan; ordenó al coronel José *Chepito* Herrera, quien operaba en la Mixteca alta —entre Teposcolula, Tlaxiaco y Putla—, que en lugar de unirse a sus tropas para participar en la toma de Oaxaca se fortificara en la cuesta de Santa Rosa, para impedir que el capitán realista Francisco Rionda, que operaba en la Costa Chica, pudiera auxiliar al ejército que resguardaba la capital.[14]

Mientras esto sucedía en la Mixteca, las tropas de José María Morelos y Pavón seguían avanzando hacia la capital de la intendencia de Oaxaca y el día 24 de noviembre llegaron a las afueras de la codiciada ciudad. El gobierno español dispuso la defensa y ese mismo día se dio el primer combate en la hacienda de Viguera, donde los insurgentes comandados por Eugenio Montaño y el capitán Larios salieron victoriosos frente a las tropas realistas dirigidas por José María Régules de Villasante, que había dejado su cuartel de Yanhuitlán para unirse a la defensa de la capital y volvía a sentir la ira de los pueblos.

Los realistas que sobrevivieron a la batalla regresaron a la capital para poner sobre aviso a las autoridades. Al conocerse la derrota de los defensores de Oaxaca cundió el terror entre la población, por lo que podía suceder cuando los insurgentes entraran. Ahora no hablaban de la guerra como algo que sucedía en otras partes. Ellos mismos iban a vivirla y se llenaron de miedo. Desesperado, el presidente de la Junta de Seguridad, Antonio María Izquierdo, ordenó fusilar a trecientas personas que se encontraban prisioneras por sospechas de simpatizar con los insurgentes, quienes salvaron sus vidas sólo por la rapidez con que se sucedieron los hechos.

[13] Brian R. Hamnett, *op. cit.*, p. 195.

[14] Manuel Esparza (comp.), *Morelos en Oaxaca. Documentos para la historia de la independencia*, p. 129.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

La toma de Oaxaca

El día 25 por la mañana "en los campos sobre Oaxaca, con dirección a la capital" —como él mismo escribió a los realistas—, José María Morelos y Pavón solicitó la rendición de la plaza, poniendo un plazo de cuatro horas para recibir respuesta. Junto con el ultimátum envío una larga carta al obispo de Oaxaca, Antonio Bergoza y Jordán, el mismo que había elaborado y mandado publicar arengas contra ellos y conminado a los mixtecos a que se armaran en su contra bajo pena de ser condenados al infierno. Seguro de que la plaza sería suya por la razón de su lucha o la fuerza de las armas con que la defendían, le recordó la manera injusta en que los había tratado, le explicaba las causas de la rebelión, le pedía su intervención para evitar que la toma de la ciudad fuera a sangre y fuego, ofreciéndole protección para los españoles que decidieran hacerse ciudadanos americanos y defendieran la soberanía de la nación:

> Corra vuestra señoría ilustrísima el velo de tantas preocupaciones, como las que ha mantenido oficiando activamente a favor de una causa injusta, ilegítima por lo mismo y temeraria ya en las actuales circunstancias, pues muy a su pesar la experiencia habrá desengañádole de que a un corto número de hombres que forman el miserable ejército de los tiranos que tratan de sojuzgar ilegítimamente a esta grande y generosa nación, es imposible se sostenga el clamor y deseos de toda ésta.[15]

Al final, lo conminaba a colaborar para evitar un inútil derramamiento de sangre:

> Acabo de intimar a esa capital, se rinda a discreción dentro del preciso término de cuatro horas, contadas desde las cinco de este día, y que no verificada, se entrará a sangre y fuego, destruyendo y aniquilando indistintamente este valeroso ejército, acostumbrado a señorearse de enemigos, a cuanto se le oponga a la justa posesión a que aspira de esta capital.

[15] Carlos Herrejón, o*p. cit.*, p. 90.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> La investidura con que la Suprema Junta Nacional Gubernativa se ha dignado condecorarme, el convencimiento íntimo de la justicia y la precisión en que me ponen las actuales ocurrencias, me precisan presentándome con una mano la oliva y con la otra amagando terrible espada, a ofrecer a todos su seguridad individual, la conservación de sus derechos y propiedades y la opción de ciudadanos, siempre que se presten por su propio beneficio a seguir nuestras banderas e influir cuanto esté de su parte al reconocimiento de la soberanía que legítimamente nos gobierna.
>
> Esto es lo que justamente exijo de vuestra señoría ilustrísima, pues sus altos respetos tienen el debido influjo para lograrla, con beneficio de la religión, de la patria y de la humanidad misma, dignándose de recibir con agrado la sinceridad de mis expresiones y mi alta consideración de su dignidad y persona.[16]

El obispo ni se enteró de la carta, porque tan pronto como supo que los insurgentes atacarían Oaxaca huyó rumbo a Tehuantepec y no paró hasta llegar a Tabasco. José María Morelos y Pavón esperó en la ciudad de Etla la respuesta a su ofrecimiento de entrar pacíficamente a la ciudad y como se cumplió el plazo establecido y no le llegó ninguna, ordenó a su ejército marchar sobre la capital y tomarla por la fuerza. Para hacerlo dividió sus tropas en seis secciones: dos fueron a cerrar el camino rumbo a Tehuantepec; la tercera, a las órdenes de Ramón Sesma, atacó por el Fortín de la Soledad; una más, al mando de Mariano Matamoros y Hermenegildo Galeana, entró a la ciudad por el camino del Marquesado; la quinta quedó resguardando los víveres y la última, al mando del mismo José María Morelos y Pavón, dirigió el combate y desde la retaguardia estuvo lista para apoyar donde se necesitara. La artillería fue dirigida por el general Manuel Mier y Terán, su comandante. Las tropas realistas, la mayoría de ellas formadas por los comerciantes y la iglesia, pensando más en salvarse y huir que en defender la ciudad, casi no opusieron resistencia. Después de dos horas de combate la capital quedó en poder de los insurgentes.

[16] *Ibidem*, pp 88-90.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

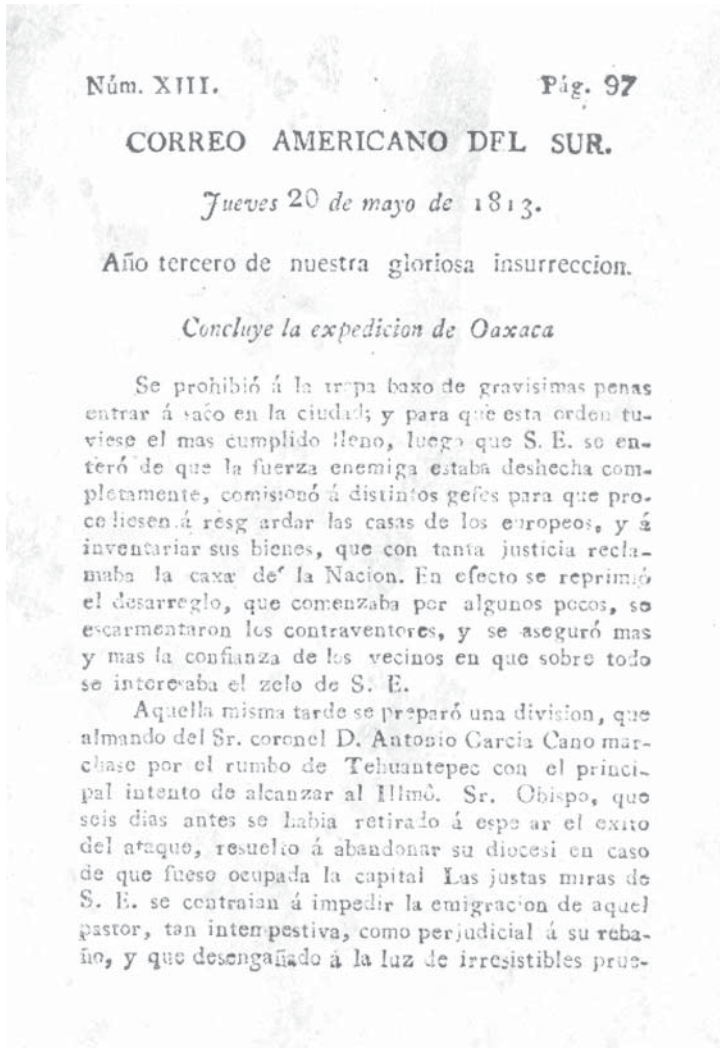
La ocupación de Oaxaca tuvo sus efectos inmediatos, favorables a la causa insurgente. Uno de ellos fue que Mariano Matamoros encontró a José María Régules de Villasante escondido en el convento del Carmen, lo apresó y después de un juicio sumario fue pasado por las armas. Como último intento para salvar su vida, el hacendado español convertido en comandante de las fuerzas realistas en la Mixteca ofreció a José María Morelos y Pavón servir de soldado raso en sus filas, pero este se negó a aceptar el ofrecimiento, recordándole los crímenes que había cometido contra los pueblos y las fuerzas a las que ofrecía servir. Junto con él se fusiló al teniente general González Sarabia, quien fue aprehendido cuando huía rumbo a Tehuantepec. A diferencia de José María Régules de Villasante, no ofreció subordinarse a sus enemigos para salvar la vida, sino entregar la cantidad de cuarenta mil pesos a los insurgentes. El ofrecimiento, realizado a través de la jerarquía católica a José María Morelos y Pavón cuando ya el tribunal militar lo había condenado a la pena capital, tuvo una respuesta digna de su destinatario y acorde con las circunstancias:

> La demasiada misericordia de que se ha usado con los culpados, que influyen contra nuestra oprimida nación, no sólo ha entorpecido los progresos de su libertad, sino que ha sacrificado millares de americanos beneméritos. La misericordia de Dios no tiene igual y, con todo, es de fe que en el infierno hay hombres malos por sentencia definitiva del mismo Dios.
>
> La existencia y torpeza del teniente general Sarabia, nos ha de costar sin duda otros millares de americanos, por lo que no se puede acceder a la súplica de vuestra ilustrísima y siento sobremanera no poderle servir respecto de los oficiales de plana mayor, y sólo me queda arbitrio en alguno de los de plana menor, aunque todos deben pasarse por las armas.[17]

Cuando González Sarabia se enteró que José María Morelos y Pavón rechazó su petición de indulto, se desesperó y comenzó a ofenderlo a él y su gente, mas cuando iba para el patíbulo, ya sereno, dijo: "¡Echen balas, que estoy acostumbrado a recibirlas!".

[17] *Ibidem*, p. 90.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.



Núm. XIII. Pág. 97

CORREO AMERICANO DEL SUR.

Jueves 20 *de mayo de* 1813.

Año tercero de nuestra gloriosa insurreccion.

Concluye la expedicion de Oaxaca

Se prohibió á la tropa baxo de gravisimas penas entrar á saco en la ciudad; y para que esta orden tuviese el mas cumplido lleno, luego que S. E. se enteró de que la fuerza enemiga estaba deshecha completamente, comisionó á distintos gefes para que procediesen á resguardar las casas de los europeos, y á inventariar sus bienes, que con tanta justicia reclamaba la caxa de la Nacion. En efecto se reprimió el desarreglo, que comenzaba por algunos pocos, se escarmentaron los contraventores, y se aseguró mas y mas la confianza de los vecinos en que sobre todo se interesaba el zelo de S. E.

Aquella misma tarde se preparó una division, que al mando del Sr. coronel D. Antonio Garcia Cano marchase por el rumbo de Tehuantepec con el principal intento de alcanzar al Illmô. Sr. Obispo, que seis dias antes se habia retirado á esperar el exito del ataque, resuelto á abandonar su diocesi en caso de que fuese ocupada la capital Las justas miras de S. E. se contraian á impedir la emigracion de aquel pastor, tan intempestiva, como perjudicial á su rebaño, y que desengañado á la luz de irresistibles prue-

EJEMPLAR DEL *CORREO AMERICANO DEL SUR.*

La sentencia se ejecutó el 2 de diciembre, en el llano de Las Canteras, donde habían muerto Miguel Armenta y Bernardo López, enviados por Miguel Hidalgo para propagar la lucha por la independencia. También fueron juzgados, condenados y pasados por las armas el comandante de las fuerzas realistas en la provincia, Bernardino Bonavía, y el

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

capitán Nicolás Aristi, quienes fueron ejecutados en la plaza de San Juan de Dios, el mismo lugar donde los realistas habían torturado a Juan Tinoco y José Catarino Palacios, dos jóvenes acusados de conspirar a favor de la independencia.[18]

El control de la ciudad de Oaxaca ofreció a las tropas insurgentes la oportunidad de contar con un territorio liberado. Con la comodidad que esta situación les ofrecía, organizaron su gobierno y diseñaron la estrategia militar para continuar la lucha con miras a la liberación de toda la Nueva España. Se integró un ayuntamiento formado por españoles americanos, desplazando a los peninsulares pero sin incluir a los indígenas, que eran los que mayoritariamente integraban la población; como intendente se nombró a José María Murguía Galardi, que había formado parte de la Junta de Policía y Buen Orden creada por los peninsulares para contener el avance insurgente. La visión criolla sobre los acontecimientos seguía pesando más que la indígena, aun cuando eran los pueblos los que más muertos y sangre aportaban a la causa.

El gobierno creado por los insurgentes reorganizó aquella junta de policía para que resguardara el orden, y sus miembros fueron casi los mismos que en la administración realista; se organizó la acuñación de moneda y se dictaron las providencias necesarias para el funcionamiento del nuevo gobierno. En Oaxaca los insurgentes decidieron crear un órgano de información que sirviera para difundir sus ideas e informar sobre el curso de los acontecimientos. Así nació *El Correo Americano del Sur,* órgano informativo de los insurgentes, que primero estuvo dirigido por José Manuel de Herrera, cura de Huamuxtitlán, y después pasó a manos de Carlos María de Bustamante.[19]

La posición de Oaxaca resultaba muy importante para el triunfo independentista en toda la Nueva España, y el dominio de la Mixteca ofrecía las mismas ventajas. Sus cordilleras, que rodeaban los valles de la capital oaxaqueña, brindaban muchos puntos importantes para la resistencia. Si a esto se le unía un ejército bien armado y dirigido, podía convertirse en un importante baluarte de resistencia a una proba-

[18] Vicente Riva Palacio, *et al.*, *México a través de los siglos*, t. V, p. 330.

[19] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ble invasión de tropas españolas. Así lo comprendía el mismo José María Morelos y Pavón. En una carta del 16 de diciembre de ese año, en la que daba cuenta a Ignacio Rayón sobre la situación que guardaba la intendencia, le sugería que pusiera más atención en Oaxaca, ya que en ella podría fundarse "la conquista de todo un reino, ya por ser la primera capital que se toma con macicez, ya por estar defendida por poca gente, y ya en fin por los recursos que encierra de hombres útiles, minas, tabacos, puertos y granas que convertiremos en fusiles".[20]

En esa misma carta le informaba que ya se preparaba para su siguiente campaña, que bien podría ser México, Puebla o alguna otra ciudad "según lo pida el caso, fondos y puntos". Le hablaba del control que tenía de Villa Alta y Tehuantepec; juzgaba que el ejército enemigo acantonado en Puebla se encontraba bobeando; mientras la toma de Izúcar por los realistas, la ciudad que Mariano Matamoros había desalojado para unirse a las fuerzas insurgentes que tomaron Oaxaca, no le parecía un revés importante frente a lo que se había alcanzado a cambio de cederla. "Sólo falta Jamiltepec y Acapulco, le dijo, anunciando el objetivo de su próxima campaña".

El 15 de enero José María Morelos y Pavón volvió a escribir a Ignacio Rayón. En esta misiva le preguntaba por los *Elementos Constitucionales*, a los que había realizado observaciones cuando estaba en la ciudad de Tehuacán y de los cuales aún no recibía respuesta. "Estoy pendiente de la última expurgación de nuestra constitución, cuyos *Elementos* devolví a V. E. con las adiciones que pudieron advertir mis cortas luces. Se pasa el tiempo y se aventura mucho (...) y para no desquiciarnos, se hace preciso que V. E. me remita a toda diligencia la que habrá que regir", le decía. Se notaba que cuando el general insurgente no estaba en campaña pensaba en la organización política del futuro país, el que sería fruto de su lucha. Pero Ignacio Rayón no tenía mucho entusiasmo para enviar los *Elementos*, porque las observaciones hechas a su texto original por José María Morelos y Pavón cambiaban sustancialmente su contenido. Algo de eso le dio a entender en la respuesta que le envío desde Puararán:

[20] Manuel Esparza (comp.), *op. cit.*, p. 6.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> V. E. insta sobre la *Constitución*, y yo cada día encuentro más embarazos para publicarla, porque la que se ha extendido está tan diminuta que advierto y expresados en ella unos artículos que omitidos se entienden más, y otros que el tocarlos es un verdadero germen de controversias ... Sin embargo, si V. E. quiere que ésta se dé a luz, se publicará en la hora misma que tenga su aviso; pero creo, repito, nada avanzamos, sino que se reirán de nosotros y confirmen el concepto que nos han querido dar los gachupines de unos meros autómatas.[21]

Las diferencias sobre la guerra y sus fines entre ambos insurgentes se mantenían. Uno quería promover reformas, otro fundar un nuevo país.

Mientras los insurgentes organizaban su gobierno en Oaxaca y deliberaban sobre el futuro de la guerra, los realistas se preocupaban por la situación en que se encontraban. Consideraban que con Oaxaca en su poder el próximo objetivo de las tropas de José María Morelos y Pavón sería regresar a Tehuacán, avanzar sobre la ciudad de Puebla y de ahí marchar sobre la ciudad de México. José Gabriel Armijo se preocupaba por esa situación y tomaba sus precauciones. En una comunicación que el 22 de diciembre envió al virrey, claramente expresaba su convicción de que el general insurgente atacaría Puebla e informaba que el brigadier Juan José Olazábal intentaría detenerlo en Tehuacán, pero si no lo lograba él ya había solicitado al gobernador de Puebla lo apoyara para cubrir nueve puntos por donde se prevía debían pasar las tropas insurgentes. El virrey, más calmado que su comandante en el sur, le contestó de forma lacónica: "Si Morelos se acerca a Tehuacán será desbaratado".[22]

Le sugería que por lo pronto suspendiera la recuperación del terreno abandonado por los insurgentes y se dedicara a organizar las tropas, con el apoyo que le diera el gobernador de Puebla. Aun con esas instrucciones José Gabriel Armijo continuó preparándose, para que en la eventualidad de que las cosas sucedieran como sospechaba y José María Morelos y Pavón decidiera iniciar un ataque sobre Puebla, no lo

[21] Ernesto Lemoine, *op. cit.*, p. 277.

[22] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 69, ff. 81 y ss.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

cogiera desprevenido. En enero de 1813, en Chiautla de la Sal se propuso formar una compañía de cincuenta elementos con habitantes de la propia comunidad; su objetivo sólo se logró a medias porque únicamente encontró 33 elementos dispuestos a participar. Pero siguió adelante y de ahí pasó a Tepeji y Tochimilco con el mismo propósito.[23]

Su preocupación estaba de más, pues el jefe insurgente tenía otros planes, que por lo pronto no involucraban la ocupación de la ciudad de Puebla. Al comenzar el año siguiente, el día 21 de enero de 1813, le volvió a escribir a Ignacio Rayón, recordándole la importancia de Oaxaca: "Tenemos en Oaxaca una provincia que vale por un reino. Custodiada de mares por Oriente y Poniente y montañas por el Sur, en la raya de Guatemala, y por el norte en las Mixtecas".[24]

Con una provincia que valía oro y la vista puesta en Jamiltepec y Acapulco, el general insurgente se dispuso a recibir el año nuevo, que sería de grandes triunfos para los insurgentes, como el que recién terminaba.

[23] *Ibidem*, vol. 70, f. 30.

[24] José Antonio Gay, *op. cit.*, p. 472.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

VI. Fuego en el centro

EN LOS PRIMEROS MESES del año de 1813 hubo en la Nueva España una serie de sucesos que cambiaron el rumbo de la guerra de independencia en la Mixteca. El 4 de marzo Félix María Calleja, hasta entonces comandante general de las tropas realistas en la Nueva España, fue nombrado virrey en sustitución de Francisco Xavier Venegas, con quien había mantenido serias diferencias sobre las formas de conducir la guerra. Su nombramiento significó un triunfo de los militares sobre los civiles y así lo demostraron sus primeros actos de gobierno: suprimió la Constitución de Cádiz promulgada en México medio año antes y restableció el Tribunal de la Inquisición. A partir de esa fecha los militares conducirían la guerra con sus propios criterios, sin ningún poder civil a quien rendirle cuentas.

Esas medidas afectaban los planes insurgentes pero no al grado de modificarlos sustancialmente. A principios de ese año José María Morelos y Pavón recibió comunicaciones desde Tlaxcala, informándole que por esos rumbos había movimientos favorables a la causa que requerían de su dirección. Era una noticia importante, sobre todo porque ahora que los insurgentes tenían una intendencia en su poder pensaban organizar la campaña definitiva para tomar la capital de la Nueva España. Tan pronto como los emisarios le dieron la noticia, despachó a Eugenio Montaño y a otro militar de apellido Arroyo, con la comisión de que se trasladaran a ese lugar a organizar el movimiento. Al mismo tiempo envió otra comisión a Tabasco, con la encomienda

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

FELIX MARÍA CALLEJA.

de propagar la lucha por esos lugares, pero principalmente para abrir una comunicación con la costa que les permitiera comunicarse con Estados Unidos y conseguir pertrechos de guerra. Su intención era controlar las ciudades de Puebla y Cuautla, aledañas a la capital, para estrangularla, rendirla o tomarla por la fuerza. Y para eso necesitaba hacerse de armas, alimentos y pertrechos para la tropa.

Su empeño central, sin embargo, lo puso en planear una campaña militar para la toma de Acapulco, una misión que traía cargando consigo como un pesado fardo por haber sido la primera orden que recibió como insurgente y todavía no lograba cumplir. A estas alturas de la lucha la toma de Acapulco era una cuestión de honor, a lo cual se unía su convicción de que antes de lanzarse sobre su nuevo objetivo debía terminar con cualquier enemigo que estuviera en la retaguardia y pudiera prestar auxilio a los atacados. Entre esos puntos se encontraba el puerto de Acapulco que todavía permanecía en poder de los realistas y hacia allá enfocó sus energías.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Mirando hacia la costa

Con esos propósitos ordenó que los hermanos Víctor y Miguel Bravo, al frente de la Cuarta Brigada del sur, marcharan a la Costa Chica para combatir a las tropas realistas que operaban por esos rumbos y abrir el camino hacia el puerto. Los insurgentes salieron de Oaxaca la última semana de diciembre y el 26 de enero ya estaban en Juquila, donde se encontraba parte de las brigadas quinta y sexta del gobierno español, comandadas por Juan Agustín Armengol, José María Añorve y Marcos Pérez. Pudieron seguir adelante como si no hubieran visto nada, pues estaban lejos del lugar que debía despejar, pero decidieron someterlas antes de seguir adelante.

Para combatir al ejército realista los insurgentes acordaron dividirse en dos frentes: con la mitad de la tropa Miguel Bravo ocupó el cerro de Tlachichilco, ubicado al sur de la ciudad, mientras su hermano Víctor lo hacía en otro cerro inmediato ubicado al norte. Los realistas se dieron cuenta y no esperaron que sus enemigos iniciaran el ataque, ellos tomaron la iniciativa de fuego y marchanron sobre las posiciones de Víctor Bravo, iniciándose una feroz batalla. Después de siete horas de combate los insurgentes salieron victoriosos, gracias a que Miguel Bravo movió sus fuerzas y fue a brindar ayuda a sus compañeros. Al final los realistas que sobrevivieron se dispersaron, dejando en manos de los insurgentes un cañón que pasó a formar parte de sus efectivos de guerra. En esta nueva etapa, la campaña insurgente por la costa marchaba por buen camino. Miguel Bravo dio cuenta a José María Morelos y Pavón del resultado de la batalla tres días después de los combates. En sus propias palabras:

> El día 27 del presente fui acometido por diversos puntos. Sobre el que estaba á cargo del coronel D. Victor Bravo vino un trozo de 400 hombres escogidos al mando de Rionda y otro de 500 á las ordenes de Armengol, quien atacó vigorosamente el cerro colorado que puse á la dirección de D. Simón Méndez, sin encargarme yo de ninguno en particular por acudir con prontitud á *qualquiera* urgencia que se presentase.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> Enpeñó tanto la acción el enemigo que llegó á ponerse á tiro de pistola, habiendo comenzado el fuego á las ocho de la mañana y terminado á las tres de la tarde, hora en que intimidados por la mortandad que les hicimos, tomaron la resolución de fugarse precipitadamente. *Dexaron* tendidos en el campo un número considerable de cadáveres, sin los que sepultaron durante el ataque; y *quarenta* y cinco que fallecieron en el camino segun el informe de todos los *sugetos* que han venido por el rumbo que tomó el enemigo. Los heridos pasaron de ciento, que con mil trabajos condujo á Tututepec; quedando bien escarmentados estos belitres; y yo con la esperanza de acabarlos luego que llegue la división del coronel Herrera en mi auxilio, pues juzgo que voy muy expuesto si los persigo con la poca tropa que tengo. Esta se ha manejado con la mayor valentía y constancia; pero D. Senon Veles con mas particularidad.[1]

Con la euforia del primer triunfo los hermanos Bravo decidieron atacar al ejército realista, que se había fortificado en la cumbre del Tlacuache. Los animó el hecho de que en ese lugar se les unieron las fuerzas del padre José Antonio Talavera que había seguido el mismo rumbo que ellos pero cruzando la Mixteca, para lo cual tuvo que combatir a los grupos de realistas que encontró a su paso, entre ellos las divisiones Antonio Reguera, a cuyas órdenes peleaban Joaquín Alemán, Juan Diego de Bejarano y Bernardo Collantes, hasta llegar a Tataltepec, donde hacía dos años se había rebelado Antonio Valdés. No tuvieron que llegar hasta ese lugar para medir sus fuerzas, porque Juan Agustín Armengol y Francisco Rionda, sus comandantes, avanzaron hasta El Portezuelo, donde los esperaron bien atrincherados. Ahí se dio el primer encuentro entre los ejércitos enemigos y los insurgentes tuvieron que dividirse, unos fueron a contener a los realistas mientras otros intentaban subir el cerro con la intención de envolverlos. Francisco Rionda se dio cuenta de la maniobra y antes de que los independentistas lograran su objetivo abandonó sus trincheras con rumbo al norte.

Dispuestos a terminar con ellos, el 8 de febrero los hermanos Bravo ordenaron a sus tropas que los persiguieran, decisión que no pasó

[1] *El Correo Americano del Sur*, núm. XIII, jueves 20 de mayo de 1813, pp. 103-104.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

desapercibida para el jefe realista que siguió avanzando hasta Zacatepec, donde se emboscó entre el pasto grande y tupido que crecía en esos lugares, esperando que sus enemigos se hicieran presentes. Cuando los tuvo a su alcance salió de su escondite con su tropa, atacándolos por sorpresa. Los insurgentes se defendieron entablándose un combate que duró todo ese día. Ya el sol comenzaba a ocultarse cuando los insurgentes, viendo que no tenían posibilidad de someter a sus enemigos, se retiraron. No iban derrotados, más bien pensaron que su objetivo de despejar la costa estaba cumplido. Los realistas, por su parte, tampoco se sentían rendidos, pues aunque fueron expulsados de sus posiciones no los acabaron. Era una especie de empate que al paso del tiempo tendría sus consecuencias.[2]

Para regresar a sus puestos iniciales Nicolás y Víctor Bravo con su gente debieron pasar el río Verde, que además estaba crecido y el caudal de sus aguas con mucha fuerza. En esa situación, Nicolás Bravo dispuso que el cura José Antonio Talavera y sus tropas, que se encontraban en Tataltepec, se uniera a ellos, y junto con el coronel Víctor Bravo hicieran un reconocimiento por el Paso de la Reyna, que consideraban era el lugar más adecuado para vadear el río. Después de hacerlo le informaron que el lugar se encontraba ocupado por el ejército enemigo, con cinco fortalezas bien construidas, además de las emboscadas colocadas río abajo, de manera que intentar cruzar por ese lugar era exponerse a una derrota segura.

En esa situación se envió otra brigada a explorar el río por el paso de la Teja, encontrando que estaba menos protegido, por lo que decidieron cruzar por ese lugar. A las nueve de la noche comenzó el movimiento de manera silenciosa y ordenada. Eran tantos que después de cinco horas todavía seguían cruzando el río. El reloj marcaba las cuatro de la mañana cuando la avanzada, dirigida por el teniente coronel Vicente Guerrero, se topó con el enemigo, dio aviso a Nicolás Bravo de la situación y éste decidió entrar en combate con la idea de someterlos definitivamente. Para ese efecto dividió a su tropa en dos grupos: uno atacó de frente bajo su mando directo y otro, a las órdenes del padre José Antonio Talavera, ocupó el cerro inmediato, dominado por el campo enemigo.

[2] Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, pp. 230-232.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Los realistas no esperaban la reacción insurgente, pero tan pronto como notaron sus movimientos también se movilizaron para contenerlos, lo cual tuvo como resultado que los insurgentes no pudieran ocupar el cerro donde se encontraban atrincherados sus enemigos, como era su propósito. Aun así, desde las faldas del cerro los soldados al mando de José Antonio Talavera contuvieron a los realistas para que no pudieran apoyar a sus compañeros, que combatían en terreno plano con el resto de las tropas insurgentes. Acosados por dos fuegos, los realistas presintieron que podían ser envueltos y destrozados, con la cual se intimidaron y emprendieron la desbandada: algunos desertaron y otros se fueron a refugiar a las fortificaciones del Paso de la Reina y las trincheras del rancho de la Teja.

Los insurgentes habían ganado dos batallas pero los realistas no estaban vencidos, todavía intentaron detener a sus enemigos y con ese fin abrieron fuego desde sus fortificaciones, el cual fue respondido de inmediato con once cañones y decenas de fusiles. Los realistas consideraron que podían avanzar y someter a los insurgentes que combatían a pecho descubierto, pero como vieron que a pesar de su embestida éstos seguían resistiendo, dudaron en hacerlo. Después de cuatro horas de combate, cuando ya el sol comenzaba a ocultarse y la penumbra de la tarde tendía su velo sobre los combatientes, los insurgentes avanzaron sobre sus fortificaciones. De estos combates Nicolás Bravo informaría después a José María Morelos y Pavón en los siguientes términos:

> La maniobra se ejecutó con tanto entusiasmo y osadía; que ni el caudaloso rio, ni el temor a los lagartos que abundaban, ni mucho menos los fuegos del enemigo fueron capaces de contenerlos, ni aun perturbarlos. Esta heroicidad y resolución nunca vista infundio en los esclavos tanto horror y cobardía, que dejando sus trincheras, se refugiaron por los bosques, y subieron á los montes.[3]

Después de derrotar a las tropas realistas los insurgentes marcharon a Jamiltepec, a donde llegaron la madrugada del 11 de febrero; entraron sin ningún problema porque dos horas antes los realistas la

[3] *El Correo Americano del Sur*, núm. 1, jueves 25 de febrero de 1813, pp. 3-8.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

NICOLÁS BRAVO.

desocuparon y se fueron a refugiar con las tropas de Francisco Paris. Antes de marcharse Francisco Rionda ordenó degollar a tres prisioneros que tenía en su poder, ante lo cual Nicolás Bravo diría: "A pesar de estas intergiversables pruebas de su irreligiosodad, quieren aun aparentar suma caridad, como lo hizo hace pocos días el gazmoño de Rionda, escribiéndome una carta con el fin de seducirme".[4]

En el balance de los insurgentes, la fuerza total del enemigo que habían derrotado era de 1 100 hombres: trescientos que guardaban la cumbre de Santa Cruz, donde se dieron los primeros combates, y como ochocientos en los dos puntos de la Teja y Paso de la Reina. El armamento no pudo ser decomisado porque el enemigo se lo llevó en su huida dejando únicamente dos cañones, aunque después recogieron

[4] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

las armas que los realistas abandonaron en el camino y las que portaban los pocos desertores que se unieron a ellos. "Juzgo que Francisco Rionda jamás volverá á ver su división reunida",[5] diría después Nicolás Bravo, con una confianza que no se ajustaba mucho a la realidad.

El triunfo insurgente sobre los realistas tuvo el efecto de que muchos pueblos acudieran a reconocerlos como nuevas autoridades. Fue el caso de Huazolotitlán, Pinotepa del Rey, San Pedro Xicayán y Tututepec. Emocionado, Miguel Bravo escribía el día 14 de diciembre de ese mismo año al general José María Morelos y Pavón:

> La victoria obtenida contra los rebeldes el día 9 y 10 del presente por las temibles armas de la nación, continúa produciendo sus buenos efectos. El día 12 se me presentaron, desengañados ya por una triste experiencia, mas de 100 hombres con algunas armas, y el día 13 noventa de los de Huazolotitlán con treinta fusiles y varios machetes; todos mozos y valientes.
>
> Hemos encontrado ahora después un cañón, un poco de pertrecho, mucho algodón, algún cacao y setenta tercios de tabaco. Se están recogiendo por la tesorería nacional otros renglones, y reconociendo los ranchos circunvecinos, de que daré aviso a V. E. oportunamente. Está para llegar la gente de Pinotepa, de S. Pedro y aún la de Tututepec, según dice su comandante D. Juan Armengol. Este ha ofrecido presentar toda la gente que mandaba, y yo sacarlo de la prisión en que lo tengo, luego que lo verifique.
>
> Por estos rumbos abunda el azufre y el salitre; y D. Miguel Rivero me avisa haberme remitido algunos en sus propias mulas; lo que si se escasea mucho, es el plomo. Con mi entrada a este pueblo y la reunión de sus vecinos, se han acobardado bastante los negros de Paris; pero más los gachupines, pues según informan, han remitido a Acapulco cuanto tenían.[6]

El control de Jamiltepec representó una conquista económica y política importante para los insurgentes. En el mes de mayo se instaló una junta de hacienda que inició la incautación de los bienes de los

[5] *Idem.*

[6] Manuel Esparza (comp.), *op. cit.*, p. 148.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

europeos, de donde se obtuvieron recursos para financiar el movimiento: telas de algodón, fanegas de sal y "otras menudencias", además de cuatro ranchos, veinte mil arrobas de algodón y todo el tabaco de Puerto Escondido quedaron en poder de los insurgentes. Miguel Bravo ordenó que se averiguara dónde se encontraba la demás mercancía que algunos españoles, apoyados por sacerdotes fieles a las autoridades, habían logrado ocultar. Paralelamente los insurgentes luchaban por mantener la calma entre la población, asegurando que sus bienes no serían afectados. Así se hizo y la calma volvió por esos días.[7]

Morelos en la Mixteca

Tan importante consideraba José María Morelos y Pavón el sometimiento del fuerte de Acapulco que él mismo, al frente de sus mejores hombres, se propuso dirigir el combate para lograrlo. Había estado siguiendo muy de cerca el comportamiento de la brigada de avanzada al mando de los hermanos Víctor y Miguel Bravo, y como veía que era favorable, preparó el traslado del grueso de su tropa hacia el puerto. Antes de partir, ordenó que Benito Rocha se hiciera cargo de la seguridad del gobierno de Oaxaca y puso mil hombres bajo su mando. Para llegar a Acapulco decidió cruzar desde la Mixteca alta hasta la Mixteca costeña, pasando por algunos pueblos de la baja. No era una decisión únicamente militar, la idea de atravesar esta región tenía como finalidad también arreglar algunos problemas políticos entre sus pueblos y las fuerzas insurgentes.

Igual que cuando salió de Tehuacán a Oaxaca, ahora que lo hacía rumbo al puerto de Acapulco difundió rumores que tenían como finalidad distraer a sus enemigos. Esta vez se dijo que una fuerte epidemia atacó a la población, incluyendo el ejército insurgente, y por lo mismo no podía movilizarse. La noticia se propagó hasta Huajuapan, que no hacía más de medio año había sido arrasada por el cerco realista a las tropas de Valerio Trujano y roto por las tropas de Morelos, situación que la volvía sensible a este tipo de acontecimientos. El cura de Chiau-

[7] Ana Carolina Ibarra, *op. cit*, p. 204.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

tla, Juan Oropeza, fiel a los realistas, se enteró del rumor y rápido lo comunicó a José Gabriel Armijo, quien a su vez lo hizo llegar al virrey, aunque con reservas:

> Pueden ser ciertas las noticias que comunica, bien que no hay mucho que fiar de las relaciones de los insurgentes que suelen ser formadas estudiosamente para inspirar temor. Si la epidemia espantosa que dicen padecer en Oaxaca fuese cierta no es muy de creer que Morelos, Galeana y demás tengan divisiones con que intentar el ataque de Puebla.[8]

Con todo arreglado, el 9 de enero de 1813 José María Morelos y Pavón comenzó su tercera campaña militar. Muchos se sorprendieron de que personalmente decidiera recorrer un territorio que le ofrecía pocas ventajas prácticas para la lucha. No se trataba sólo de llegar a Acapulco, porque de haber sido así hubiera tomado más al sureste. Pero el general no pensaba sólo en asuntos militares, sino también políticos. En ese tiempo las mixtecas alta y baja estaban envueltas en una lucha de castas, atizada por los curas y realistas que vivían en ella y pensó aprovechar para poner orden.[9] Eso se demostró con las medidas que fue tomando a su paso.

La vanguardia de la nueva expedición estuvo al mando del mariscal Hermenegildo Galeana y Vicente Guerrero, quienes salieron de Oaxaca el 6 de enero de ese mismo año, tres días antes que él. Manuel Mier y Terán no participó en la campaña por encontrarse enfermo. Se quedó en Oaxaca y cuando recuperó la salud fue enviado a Tehuacán a cubrir la frontera entre las intendencias de Puebla y Oaxaca, donde construyó uno de los bastiones insurgentes más importantes. Al día siguiente lo hizo la fuerza que iba a su mando y dos días después él en persona.[10] El día 10 llegaron al pueblo de San Francisco Huitzo —cabe-

[8] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 70, f. 50.

[9] Ernesto Lemoine, *op. cit.*, p. 72.

[10] Los detalles sobre el cruce de la Mixteca se encuentran en el diario de Morelos, escrito por su secretario Juan Nepomuceno Rosáinz, véase Carlos María de Bustamante, *Suplemento a la historia de los tres siglos de Méjico del P. Andrés Cavo*, pp. 952-966.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

cera de San Pablo Huitzo— y el 11 a la comunidad de Las Sedas; lo accidentado del camino volvió muy difícil la conducción del armamento por tierra, por lo que se recorrió un trayecto corto; el día 12 pasaron el río San Antonio, donde, al contrario del día anterior, la lentitud del camino se debió a que la artillería se perdió por lo escabroso del terreno; el 13 arribaron a Huauclilla, donde hubo abundantes víveres para los soldados y pastura para los caballos.

El día 14 los insurgentes arribaron a Nochixtlán. Fue el más largo recorrido desde que salieron de Oaxaca, sobre todo porque el camino no era tan difícil como en los pueblos anteriores. Ahí José María Morelos y Pavón escuchó de las autoridades el problema que representaba para ellos no pertenecer a ninguna subdelegación sino directamente a Oaxaca, lo que retardaba la solución de sus problemas administrativos y judiciales. Ante este reclamo, dispuso que Nochixtlán dejara de pertenecer a la capital y pasara a la subdelegación de Teposcolula, donde las fuerzas independientes tenían más adeptos y geográficamente estaban más cercanos.

El día 15 llegaron a Yanhuitlán, "curato de dominicos, de buena población y algunas casas desentes", según le pareció a Juan Nepomuceno Rosáinz, quien no hizo ninguna mención al hecho de que en ese lugar fue donde se dieron los más importantes enfrentamientos entre insurgentes y realistas en febrero de 1912. En Yanhuitlán permanecieron una semana para reponer fuerzas, evaluar la situación y hacer ajustes a la organización de la marcha. Entre otras medidas, decidieron que el mariscal Mariano Matamoros y su ejército permanecieran en la Mixteca, listos para sofocar cualquier inconformidad en la región y sus alrededores, mientras ellos avanzaban hacia la costa. Se trataba de formar una especie de muro militar entre la capital de la Nueva España y la de la intendencia de Oaxaca, sobre todo porque las ciudades de Izúcar y Tehuacán ya no era controladas por ellos.

Fue en Yanhuitlán donde José María Morelos y Pavón, en carta que dirigió al intendente de la provincia de Oaxaca, le explicaba la importancia de contar con un puerto bajo su dominio:

> Es indispensable que tengamos cuanto antes un puerto, pues de su posición obtendremos inmensas ventajas[...] Ya estamos en predica-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> mento firme: Oaxaca es el pie de la conquista del reino. Acapulco es una de sus puertas, que debemos adquirir y cuidar como segunda después de Veracruz, pues aunque la tercera es San Blas, pero adquiridas las dos primeras, ríase V. S. de la tercera.
>
> El francés ya está en Cádiz, pero tan gastado que no se repone en dos años que nos faltan, y entonces ya lo esperaremos en Veracruz. El inglés me escribe como proponiéndome que ayudará, si nos obligamos a pagarle los millones que le deben los gachupines comerciantes de México, Veracruz y Cádiz. El anglo-americano me ha escrito a favor, pero me han interceptado los pliegos, y estoy al abrir comunicación con él y será puramente de comercio, a ferie de grana y otros efectos por fusiles, pues no tenemos necesidad de obligar a la nación a pagar dependencias viejas, ilegítimamente contraídas y a favor de nuestros enemigos. Ya no estamos en aquel estado de aflicción, como cuando comisioné para los Estados Unidos al inglés David de Tavares, en cuyo apuro les cedía la provincia de Texas [...][11]

En su misiva el general insurgente se refería a la importancia estratégica de hacerse del puerto de Acapulco, lo mismo que de la situación que se vivía en España por la invasión francesa a la provincia de Cádiz, donde el pueblo también resistía y el ejército invasor se debilitaba. De igual manera hacía referencia a un apoyo interesado que le ofrecía el gobierno de Estados Unidos, quien quería participar en la contienda interna de la Nueva España con la finalidad de sacar ventaja de ella, a lo cual José Morelos y Pavón había respondido que sí al principio de la guerra, pero las relaciones que ahora le interesaba mantener eran sólo de carácter comercial. Como él mismo dice, ya no estaba en la desesperada situación de cuando comenzó la guerra y tampoco tenía interés en comprometerse a pagar deudas ajenas ilegítimas.

Por esos días los realistas se enteraron de que una semana antes —el día 17 de ese mes— las tropas insurgentes habían llegado a Huajuapan y, obsesionados por un ataque insurgente a la ciudad de Puebla, confirmaron sus sospechas. Otra vez fue el cura de Chiautla quien les informó del suceso, asegurando que al frente de las tropas se encontraban Mariano Matamoros y uno de los Galeana, dirigiendo la vanguar-

[11] Vicente Riva Palacio, *et al.*, o*p. cit.*, p. 374.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

dia del ejército insurgente comandado por el mismísimo José María Morelos y Pavón, que iba a atacar la ciudad de Tehuacán. José Gabriel Armijo, tan precavido en ocasiones anteriores, esta vez cayó en la trampa y dando por hecho lo que los rumores esparcían, pidió apoyo al gobernador de Puebla para resistir.[12]

Afortunadamente para los realistas, los rumores resultaron falsos. De eso se dieron cuenta al día siguiente de la primera comunicación porque el mismo cura que les había llevado la información les hizo llegar otra que una persona de confianza le había enviado desde Yanhuitlán, donde les informaba que Galeana y su gente iban con rumbo a Tehuitzingo, al frente de mil hombres, de los que José María Morelos y Pavón había dejado en Nochixtlán al frente de Mariano Matamoros, que también marchaba a la retaguardia con el mismo rumbo. Esta vez el cura decidió cerciorarse de la veracidad de lo dicho por su informante y se convenció de ella cuando le mostró el pasaporte insurgente para circular libremente, firmado por Mariano Matamoros; además, él mismo presenció cuando los insurgentes se estacionaron en el pueblo de Petlalcingo, muy cerca de Tehuitzingo, en el estado de Puebla.[13]

Después del descanso las tropas siguieron su camino. El día 23 avanzaron hasta Teposcolula, pasando por San Juanico, casi destruido por los realistas; el 24 llegaron a Tlaxiaco, donde permanecieron un día más. En palabras del secretario de José María Morelos y Pavón: "El lugar es hermoso, la iglesia buena, sus casas muchas y cómodas, a proporción de las familias, y riqueza procedente del cultivo de grana y azúcares que se elaboran en buenos trapiches".[14]

Tras permanecer un día en esa ciudad siguieron su camino rumbo al sur, pasando por Cuquila, Ocotepec y Atatlahuca, donde al paso de los años establecerían un importante campamento en La Muralla; avanzaron por el camino real de San Miguel y al día siguiente arribaron a Chicahuaxtla, el centro político y cultural de la región triqui alta, donde los habitantes simpatizaban con su lucha porque el espa-

[12] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 70, f. 50.

[13] *Ibidem*, f. 63.

[14] Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, 1998, pp. 952-966.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ñol Manuel Esperón los había despojado de sus tierras y había peleado al lado de los realistas antes de marcharse a vivir a la ciudad de México, después de la derrota que sufriera en Huajuapan el año anterior. Lo montañoso del terreno dificultó demasiado el traslado del armamento y tardaron 18 días para cruzar la región, con los cañones y los víveres de la tropa. El 2 de marzo salieron de la región triqui. Bajar la cuesta de Chicahuaxtla a la hacienda de San Vicente fue otra odisea que les consumió todo un día. El secretario del general insurgente plasmó en el diario de campaña su impresión del lugar y los problemas que tuvieron para cruzarlo:

> Con inexplicable trabajo anduvimos hoy cinco leguas, todas de una bajada tan pendiente, pedregosa y estrecha, que es difícil describirla; bastará decir que ni aun á pie pudimos andar muchos pedazos, por lo que cuando llegamos al trapiche de S. Vicente, nos pareció el paraíso. Hay aquí muchas suertes de caña y buenas habitaciones. El Sr. Morelos mandó componer aquella penosa cuesta para facilitar el comercio y todos los caminos del tránsito.[15]

En la hacienda de San Vicente descansaron y José María Morelos y Pavón aprovechó para comunicarse con Ignacio Rayón, explicándole la importancia de la campaña: "Si me he estado cuidando en Tehuacán, nunca hubiéramos tomado Oaxaca, y si estuviera cuidando Oaxaca nunca concluiría en Acapulco; si lo hacemos así quedará libre la espalda. Caminaremos al frente y daremos al enemigo en la cabeza". De esa manera exponía al presidente de la Suprema Junta Nacional Americana las razones para avanzar sobre el puerto de Acapulco.

De la hacienda de San Vicente se fueron a Putla, a donde llegaron el día 28. Putla era un pequeño pueblo que pertenecía a la subdelegación de Juxtlahuaca. Como era la entrada a la costa, todo el paisaje era diferente al de la Mixteca alta que acababan de dejar atrás, por eso les pareció adecuado para tomar un descanso que se prolongó por cuatro días. El 2 de marzo pernoctaron en la cuesta de Santa Rosa, una trinchera natural que había dado triunfos importantes a las armas insur-

[15] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

gentes comandadas por José *Chepito* Herrera por toda la Mixteca alta, desde Teposcolula hasta ese pueblo.

El comandante de las fuerzas insurgentes estaba en lo más intrincado de la Sierra Mixteca, pero no corría ningún problema porque hacía por lo menos dos meses que las tropas de José *Chepito* Herrera se habían encargado de limpiarla de enemigos para que pudiera pasar sin peligro. Desde que los hermanos Víctor y Miguel Bravo salieron para la costa, a él se le ordenó combatir y derrotar a los realistas. Para llevar a cabo esa misión, el 27 de enero salió de Tlaxiaco y el 31 ya estaba en Santa Rosa, a media legua de los campamentos realistas, donde armó el propio para que sus tropas descansaran mientras se organizaba el ataque. Cuando los pueblos supieron que las tropas de José María Morelos y Pavón iban en campaña, se volvieron a juntar con los independientes y unidos atacaron al enemigo. La forma en que esto sucedió la relata el mismo José *Chepito* Herrera en el parte que dirigió al general:

> Dividí la gente en dos trozos, el uno compuesto de mas de mil indios honderos, y flecheros, y 50 soldados con malas escopetas y un cañoncillo, sólo para que hiciesen demostración de acometer al punto que mas le interesaba al enemigo, á tiempo que yo con quinientos hombres los 170 de fusiles, y el resto de lanza y machete, y tres cañones acometia al primer campamento de la izquierda, del que por entonses pensé unicamente apoderarme. Asi lo conseguí con la facilidad que ciertamente no me prometia; porque amenazado el campamento principal de una fuerza al parecer superior; vinieron en su socorro otros tres, y reunidos marcharon de frente sobre los indios, quienes se retiraron con todo el ayre de una precipitada fuga, buscando, como les previne, el abrigo de mi division, que sin resistencia había ocupado el punto que me propuse. Los enemigos, que seguramente se creian victoriosos, siguieron con tezon el alcance; fueron recibidos por tres cañones á metralla, que mande dispararles quando estuvieron á proporcion. Esta salva inesperada los acobardó, obligandolos a retroceder hacia sus puestos, pero ya no era ocasión de recobrarlos, porque los cubria la mayor parte de mi division, que hice destacar oportunamente, manteniendome a todo riesgo con 50 fusileros y dos cañones, fiado en que la multitud de indios que habia

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> hecho alto conmigo, y esperaba con serenidad, impusiese al enemigo. En efecto no pensó mas en mi; sino que se dirigio al punto de en medio, y lo atacó con la mayor obstinación, puse duro el fuego cerca de 2 horas; pero al fin tuvo que sufrir la más completa y vergonzosa derrota, quedando por nuestra sus más ventajosas posiciones.[16]

Cuando las tropas de José Morelos y Pavón arribaron a Santa Rosa, las recibieron las del general José *Chepito* Herrera. Juan Nepomuceno Rosáinz describió el lugar de la siguiente manera:

> Situados los jacalones del campamento en la eminencia de un cerro, cuyo tránsito es inevitable, es preciso encumbrar por una áspera y prolongada cuesta, en la que sólo cabe un caballo. Allí están bien tiradas las líneas de la puntería hacia los pasos del tránsito forzoso, y es inaccesible por sus costados. La retaguardia está cubierta por montañas encumbradas y barrancos profundos; de modo, que custodiado aquel punto por seiscientos hombres, no cabe en la imaginación que un puñado de los nuestros pudieran haberlos derrotado.[17]

Para continuar la marcha rumbo al sur, las tropas insurgentes tuvieron que bajar por el lado opuesto de la montaña y acamparon en las faldas de un río que los realistas nombraron de Las Desgracias, por lo mal que les fue en ese lugar en un ataque de las fuerzas del padre José Antonio Talavera cuando marchaba para la costa, y que los insurgentes rebautizaron como río de La Fortuna por razones opuestas. Ahí, a orillas del río, bajo unas enramadas que le acondicionaron los mixtecos, durmió el general José María Morelos y Pavón.

Despejado el camino por esa parte, las tropas de José María Morelos y Pavón entraron a la Costa Chica. El día de 3 de marzo arribaron a Zacatepec, que en ese tiempo se componía por unas trescientas familias. En ese lugar se encontraba un campamento realista cuyos miembros emprendieron la huida al enterarse de la presencia de las tropas insurgentes. Ahí fue donde José María Morelos y Pavón decidió que

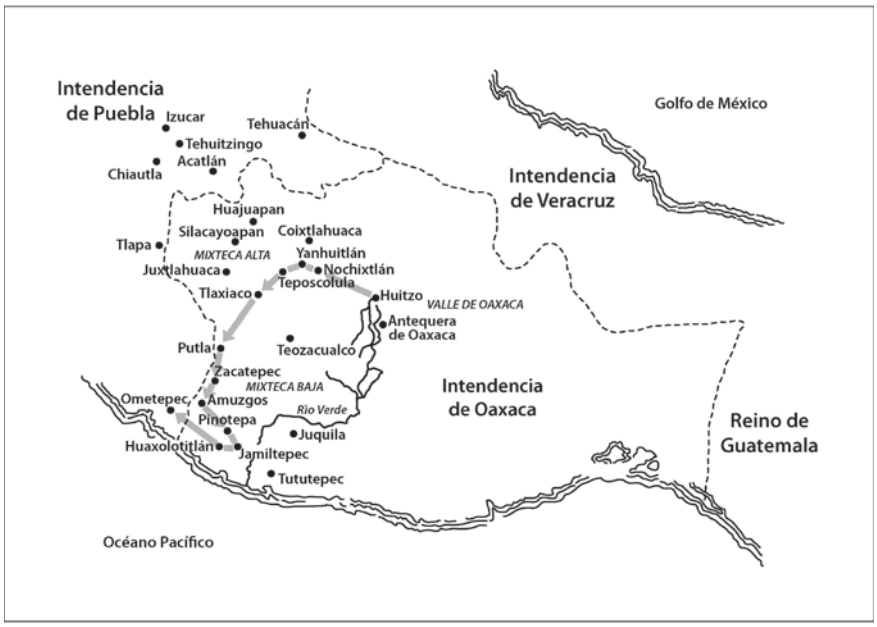
[16] *El Correo Americano del Sur*, núm. 1, jueves 25 de febrero de 1813, pp. 1-2.

[17] Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, 1998, pp. 952-966.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Hermenegildo Galeana avanzara con rumbo a Jamiltepec, para apoyar a las fuerzas de Víctor y Miguel Bravo que combatían contra las de Francisco Rionda, y después de que las dominaran se le unieran en Ometepec para marchar juntos rumbo a Acapulco. Dos días después José María Morelos y Pavón y su gente pasaron por el pueblo de los Amuzgos, compuesto por doscientas familias, el día 5 lo hicieron por el trapiche de Montalbán, el 6 por Huixtepec. En este lugar el paisaje volvía a cambiar, anunciando que estaban llegando a la costa: "Desde la cumbre se divisa el mar, cuya vista alegró mucho á los costeños, recordándoles sus primeros triunfos, y con festivos gritos y algazara presagiaron la próxima y total ruina del comandante español Paris",[18] escribió Rosáinz, tan emocionado como sus compañeros.

El día 7 fue un domingo, por eso antes de abandonar el lugar los curas insurgentes celebraron cuatro misas, en las que participó el pue-



RUTA DE LA CAMPAÑA DE JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN POR LA MIXTECA (1813).

[18] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

blo con mucho regocijo, después partieron rumbo a Ometepec, a donde llegaron ese mismo día. El general insurgente y sus soldados más cercanos se instalaron en "La casa verde", un edificio que lo mismo albergaba arrieros que servían como bodega de los diversas mercancías.

La huida realista

Su llegada a Ometepec fue de manera pacífica. No hallaron ninguna resistencia, porque desde el día 16 de febrero —cinco semanas después de que José María Morelos y Pavón había emprendido su campaña para tomar el puerto de Acapulco— Francisco Paris ordenó a sus tropas que salieran de Ometepec y se concentraran en La Palizada. No les dio ninguna explicación del movimiento, pero en el camino los soldados se enteraron que estaba preparando la evacuación antes que los insurgentes llegaran. Los rumores de que José María Morelos y Pavón se acercaba nuevamente a la costa, aunado al recuerdo de su incursión en el mes de noviembre de 1811, hizo que el miedo se apoderara de la tropa y comenzara el desorden y la deserción. Esa actitud se vio entre la tropa, lo mismo que entre los mandos medios, lo que volvió imposible su control.

Cuando llegaron a La Palizada el comandante Francisco Paris confirmó los rumores. Dirigiéndose a los jefes militares presentes, entre quienes se podía ver al capitán de la Segunda Compañía, José María Añorve; el subteniente Luis Antonio Polanco, el teniente Miguel Añorve; comandante de la compañía de caballería de Ometepec, su alférez Juan Nepomuceno Ticó, el subteniente de patriotas de Ometepec Francisco Zenón Añorve y el teniente José Antonio Reguera, comandante de la Tercera Compañía, les dijo: "Señores, nos hallamos sin recursos, Morelos viene sobre nosotros con más fuerza irresistible. Yo me embarco y vosotros pueden hacer lo mismo, para cuyo efecto está fletado el barco".[19]

Cuando comunicaba esa decisión a su tropa, se presentó un correo informando que los huehuetecos se habían insubordinado y esta-

[19] Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, pp. 76-82.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ban buscando a los *agachupinados* —los que apoyaban a los gachupines— situación que terminó de convencerlos de que no les quedaba otra alternativa que huir y el 1 de marzo se embarcaron rumbo a Acapulco. Por eso cuando las tropas de José María Morelos y Pavón llegaron a Ometepec, después de cruzar la Mixteca, no encontraron ninguna resistencia.

Casi dos meses les había tomado a los insurgentes cruzar toda la región mixteca, pero finalmente lo habían logrado. Tanto los comandantes militares como la tropa sabían que ahí terminaba el tránsito pacífico y comenzarían los combates para capturar el puerto de Acapulco, por eso se tomaron un descanso para reponerse de la travesía y preparar los planes de guerra. Una de las medidas que José María Morelos y Pavón tomó fue que las subdelegaciones de Jamiltepec y Juxtlahuaca pasaran a formar parte de la provincia de Tecpan, que él mismo había creado durante su primera campaña militar. Quería fortalecerla para que, junto con el gobierno de Oaxaca, se fueran ampliando los gobiernos insurgentes.

El 12 de marzo hubo misa y desfile militar para celebrar la jura de la Suprema Junta Nacional Americana. Como ya se ha dicho, la junta se había formado en agosto de 1811 a instancias de Ignacio Rayón, emulando las que se integraban en España para resistir a la invasión napoleónica, pero debido a la persecución realista casi había desaparecido; el 2 de enero de 1812 había sido desalojada de Zitácuaro y desde entonces anduvo errante. Cuando José María Morelos y Pavón y su ejército se encontraban en la Costa Chica se enteró que había sido reinstalada. Su alegría por el acontecimiento se demostró en el festejo, que fue en grande.

> Una salva de artillería y vísperas cantadas, anunciaron ayer la jura de la junta soberana nacional instalada en Zitácuaro, y se efectuó con la pompa posible. La tropa y oficialidad se vistió con el aseo que pudo en una marcha tan penosa y larga. Formó valla desde el cuartel general hasta la iglesia, donde se presentó el Sr. Morelos de grande uniforme: marchaba á su vanguardia en columna la division de Galeana, y á su retaguardia la escolta. Colocóse en la iglesia bajo el dosel. El cura D. Miguel Gómez exigió el juramento sobre los Santos

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> Evangelios á la oficialidad en el altar mayor, y después lo prestaron las repúblicas de indios. Enseguida comenzó la misa y predicó D. Joaquín Gutierrez, capellán de honor del Sr. Morelos.
>
> Concluida está función, formada la tropa en el átrio de la iglesia, hizo su juramento el regimiento de Tlapa con su comandante indio D. Victoriano Maldonado, al frente de sus banderas. Terminada esta ceremonia, se retiró el Sr. Morelos á su posada en el mismo orden que había venido. Todo contribuyó a dar explendor á dicha función: el aseo de la tropa, su número, su brillante armamento, obró con entusiasmo en aquella gente popular, no acostumbrada a presenciar estas escenas, y la desengañó de que aquel ejército no era formado por centauros o alimañas, como se les había hecho creer á las viejas por los españoles, principalmente por las pastorales del Sr. Bergoza, obispo de Oaxaca.[20]

La toma de Acapulco

Al día siguiente continuaron con los preparativos, y cuando estuvieron listos reanudaron su marcha. En Ometepec quedaron las fuerzas de Vicente Guerrero para resguardar la Costa Chica y reclutar gente que se incorporara al ejército insurgente, mientras José María Morelos y Pavón, con el resto del ejército independentista, avanzaban hacia Acapulco, su destino final. El 29 de marzo ocuparon el Veladero, donde habían sostenido sus primeras batallas en enero del año antepasado. Ahí tuvieron que medir sus fuerzas con las del realista Pedro Antonio Vélez, quien fue derrotado el 12 de abril, refugiándose en el Fuerte de San Diego, mientras otros compañeros suyos se dispersaban por distintos rumbos. Unos se fueron a la ciudad de México, mientras Francisco Paris y Antonio Reguera, se acuartelaron en el castillo de Acapulco. Francisco Paris, que había salido malherido de los combates sostenidos tres días antes,[21] murió el 15 de abril de 1813, con lo cual los realistas perdieron a uno de sus mejores comandantes en la Mixteca costeña. Le sobrevivió José Antonio Reguera, quien se fue a refugiar a

[20] Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, 1998, pp. 952-966.

[21] José Antonio Gay, o*p. cit.*, pp. 464-465.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Cruz Grande, donde se fortaleció y después volvió a las armas con más brío.

Los insurgentes pusieron un sitio al puerto de Acapulco que se extendió hasta el 20 de agosto, cuando finalmente los realistas capitularon. Pero no todo eran buenas noticias. Mientras las tropas de José María Morelos y Pavón asediaban el fuerte de Acapulco, en el bajío se daban acontecimientos que separarían al general insurgente de otro de sus compañeros de lucha, con quien había tenido diferencias políticas: Ignacio Rayón. Sucedió que el sacerdote Sixto Berdusco, a quien envió como representante en la Suprema Junta Nacional Americana y terminó representandose él mismo siendo vocal de esa institución, por su cuenta y riesgo reunió un ejército y recursos para la toma de Valladolid. Cuando Ignacio Rayón, presidente de la Junta, se enteró de sus planes le solicitó esperarlo para atacar juntos, a lo que aquel se negó y siguió adelante con sus planes, siendo derrotado por los realistas.

Despues de ese lamentable suceso Ignacio Rayón le quitó el mando de la tropa y decidió instruirle proceso junto con Pablo Delgado, intendente de la insurgencia en Michoacán, a quienes acusaba de la derrota. Para evitar el juicio Sixto Berdusco solicitó el apoyo del licenciado José María Liceaga, miembro de la Junta, y juntos echaron la culpa de la derrota a Ignacio Rayón; Sixto Berdusco fue más allá, comunicó su versión de los sucesos a José María Morelos y Pavón, y ante el silencio del acusado aquél creyó su versión y le brindó su apoyo. El presidente de la Junta vio en el asunto y la forma en que se manejó un desafío a su autoridad y se enemistó con ellos. Un problema que marcaría los acontecimientos por venir.[22]

A pesar de esos acontecimientos, José María Morelos y Pavón andaba entusiasmado por los resultados de su campaña por el sur de la intendencia. Tanto que antes de la capitulación del puerto de Acapulco se puso a revisar lo que seguía, como si ya el puerto se encontrara en su poder. Entre los asuntos que atendió se dio tiempo para revisar su correspondencia. Ahí encontró una carta que el 31 de mayo le había escrito el licenciado Carlos María de Bustamante, aconsejándole crear

[22] Carlos Herrejón Peredo, *Morelos*, pp. 38-39.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

un Congreso que dirigiera políticamente la lucha, ya que la Junta de Zitácuaro se hallaba presa de las intrigas de sus integrantes. La propuesta le pareció interesante, además coincidía con lo que él mismo le había propuesto a Ignacio Rayón desde septiembre de 1811, cuando se encontraba en Tehuacán. Pensaba que ya era tiempo de establecer una diferencia radical entre los que luchaban por que Fernando VII volviera al trono de España y los que, como ellos, querían la independencia de América.

El Congreso de Chilpancingo

Se decidió y el 28 de junio lanzó la convocatoria para la realización del Congreso en que venía pensado desde hace años: "Habiendo ya la divina providencia proporcionado un terreno seguro y capaz de plantar en él algún gobierno, debemos por el prometido en el plan de nuestra santa insurrección, que es el de formar un Congreso, compuesto de representantes de las provincias que promuevan sus derechos", decía en la convocatoria.[23]

La convocatoria fue acogida con entusiasmo por la mayoría de los jefes insurgentes, no así por Ignacio Rayón, a quien no gustó nada, pues distanciado por el apoyo a Sixto Berdusco y José María Liceaga en su diferendo por el fracaso de Valladolid, consideraba que el Congreso buscaba suprimir la Suprema Junta Nacional Americana para despojarlo de la dirección política del movimiento, que hasta ese momento había mantenido. Asesorado por fray Vicente de Santa María, el 5 de julio emitió un dictamen en el que concluía que, por lo menos en el territorio bajo su jurisdicción, "la convocatoria carece de autoridad, prudencia y legalidad, con otras nulidades que envuelve y de que no debe prescindirse; que se reserven para ocasión más oportuna".[24] El 7 de julio le escribió a José María Morelos y Pavón una angustiosa carta en la que buscaba disuadirlo de la realización del Congreso:

[23] José Antonio Gay, *op. cit.*, pp. 464-465.

[24] Ernesto Lemoine, *op. cit.*, p. 280.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> Le suplico, por cuantas relaciones nos unen que, separando la atención de cualquier cosa que pueda distraérsela, la dedique sólo a ver los papeles que acompaño, y en conceptos a que no desempeñan el asunto de que tratan, les quite, añada, tache, varíe, y haga cuando conduzca a mandarme unos *Elementos de Constitución* que puedan presentarse al público sin temor de ridiculizarnos y degradar la recomendable literatura de nuestros flojísimos conciudadanos.[25]

Para evitar que el Congreso se llevara a cabo, Ignacio Rayón comenzó a impulsar su proyecto de Constitución, pero ya era tarde para retroceder. El 31 de agosto José María Morelos y Pavón salió de la costa rumbo a Chilpancingo con la idea de preparar el Congreso. Antes de dirigirse a su nuevo destino ordenó a Mariano Matamoros salir de Tehuitzingo y dirigirse a Cutzamala para encargarse de la seguridad del Congreso, junto con los hermanos Miguel y Nicolás Bravo. De igual manera ordenó a Benito Rocha, hasta entonces responsable del poder político en la ciudad, que se situara en Tehuacán para cubrir el territorio que Mariano Matamoros dejaba desprotegido; pero en lugar de obedecerlo permaneció en la capital de Oaxaca y dejó al general Manuel Mier y Terán que cumpliera con esa encomienda.[26] Con la idea de asegurar la realización del Congreso se debilitaban los frentes insurgentes por varias partes, pero él quería estar seguro que iba a salir adelante. Al Congreso también acudieron dos miembros de "Los Guadalupes", que no tenían ningún cargo dentro de la lucha pero resultaban indispensables en ella, particularmente en la Mixteca: José Luis Rodríguez Alconedo y Leona Vicario, recién escapada del Tribunal de la Inquisición con el apoyo del primero.[27]

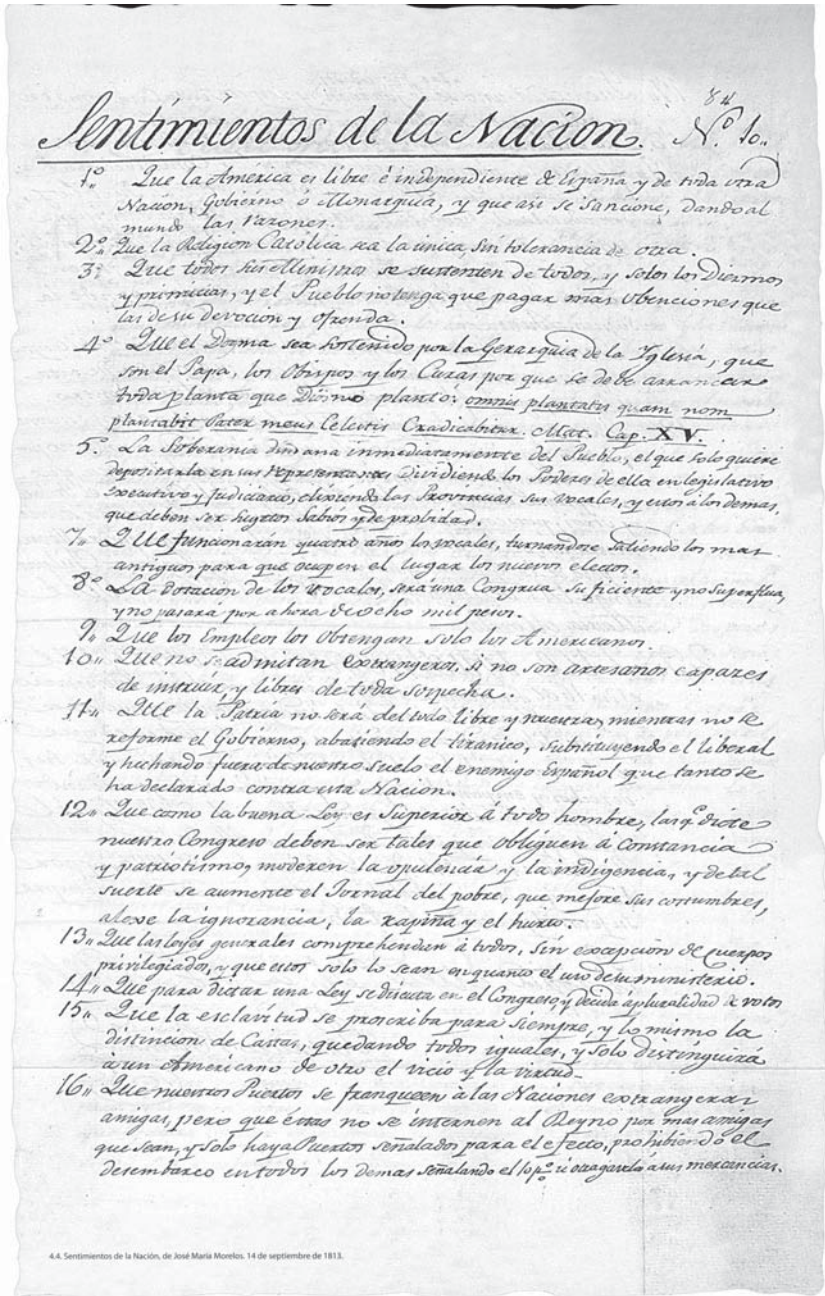
Finalmente, los mayores problemas para la integración del Congreso no vinieron de los realistas sino de sus propios compañeros de lucha. En el camino se enteró que Ignacio Rayón no estaba de acuerdo con su realización. Era natural su oposición, ya que no era partidario convencido de la independencia sino de la autonomía de la Nueva Es-

[25] *Idem.*

[26] Vicente Riva Palacio, *et al.*, o*p. cit.*, p. 21.

[27] José María Miquel y Vergés, *Diccionario de insurgentes*, México, Porrúa, 1969, pp. 505-506.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.



84

Sentimientos de la Nacion. N.º 10.

1.º Que la América es libre é independiente de España y de toda otra Nacion, Gobierno ó Monarquía, y que así se sancione, dando al mundo las razones.

2.º Que la Religion Católica sea la única, sin tolerancia de otra.

3.º Que todos sus Ministros se sustenten de todos, y solos los Diezmos y primicias, y el Pueblo no tenga que pagar mas obenciones que las de su devocion y ofrenda.

4.º Que el Dogma sea sostenido por la Gerarquía de la Iglesia, que son el Papa, los Obispos y los Curas por que se debe arrancar toda planta que Dios no plantó: omnis plantatio quam non plantabit Pater meus Celestis Cradicabitur. Mat. Cap. XV.

5.º La Soberanía dimana inmediatamente del Pueblo, el que solo quiere depositarla en sus representantes, dividiendo los Poderes de ella en legislativo executivo y judiciario, eligiendo las Provincias sus vocales, y estos á los demas, que deben ser sugetos sabios y de probidad.

7.º Que funcionarán quatro años los vocales, turnandose saliendo los mas antiguos para que ocupen el lugar los nuevos electos.

8.º La dotacion de los vocales, será una Congrua suficiente y no superflua, y no pasará por ahora de ocho mil pesos.

9.º Que los Empleos los obtengan solo los Americanos.

10.º Que no se admitan extrangeros, si no son artesanos capazes de instruir, y libres de toda sospecha.

11.º Que la Patria no será del todo libre y nuestra, mientras no se reforme el Gobierno, abatiendo el tiranico, substituyendo el liberal y hechando fuera de nuestro suelo el enemigo Español que tanto se ha declarado contra esta Nacion.

12.º Que como la buena Ley es superior á todo hombre, las q.e dicte nuestro Congreso deben ser tales que obliguen á constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia, y de tal suerte se aumente el Jornal del pobre, que mejore sus costumbres, aleje la ignorancia, la rapiña y el hurto.

13.º Que las leyes generales comprehendan á todos, sin excepcion de cuerpos privilegiados, y que estos solo lo sean en quanto el uso de su ministerio.

14.º Que para dictar una Ley se discuta en el Congreso, y decida á pluralidad de votos

15.º Que la esclavitud se proscriba para siempre, y lo mismo la distincion de Castas, quedando todos iguales, y solo distinguirá á un Americano de otro el vicio y la virtud.

16.º Que nuestros Puertos se franqueen á las Naciones extrangeras amigas, pero que éstas no se internen al Reyno por mas amigas que sean, y solo haya Puertos señalados para el efecto, prohibiendo el desembarco en todos los demas señalando el 10 p.º ú otra gavela á sus mercancias.

4.4. Sentimientos de la Nación, de José María Morelos. 14 de septiembre de 1813.

LOS SENTIMIENTOS DE LA NACIÓN.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

paña, y con el Congreso era evidente que se formaría un gobierno insurgente y se crearía una Constitución, de la cual inclusive le había enviado un esbozo José María Morelos y Pavón. Pero la mayoría de los jefes insurgentes y políticos afines a la causa estuvieron de acuerdo con José María Morelos y Pavón y el Congreso se realizó en Chilpancingo el 13 de septiembre de 1813. Fue un paso adelante en el camino rumbo a la independencia de la Nueva España. Un camino con muchos obstáculos, que terminarían por desviar el rumbo de su causa.

Vicente Guerrero en la Costa Chica

Siete días antes de que se instalara el Congreso de Chilpancingo, José María Morelos y Pavón le envío correspondencia a Vicente Guerrero, que se encontraba en Huazolotitlán resguardando la costa. Entre los mensajes que le transmitió se encontraban las capitulaciones que propuso a Pedro Veles cuando rindió el puerto de Acapulco, con la finalidad de que se la enviara al teniente José Antonio Reguera, invitándolo a que entregara las armas a cambio de salvar su vida y la de sus soldados; "pues de lo contrario cargaré la fuerza y le demoleré hasta los huesos pues yo no he de ir a gastar vidas y fondos para liberarle la vida", le decía. También lo instruía para que le informara si había rendido o no las armas, y en caso de que lo hiciera suspender la campaña rumbo a la costa que tenía preparada para el 1 de octubre de ese mismo año, por San Marcos: "A estos no se les debe prometer devolución de bienes ni otra cosa que librarles la vida si entregan las armas y últimamente que se arreglen a los artículos de la capitulación señalando lugar donde vivan los rebelados para vigilar su enmienda."[28]

El indulto que José María Morelos y Pavón enviaba para el teniente José Antonio Reguera y su gente a la letra decía:

> Por haber recaído en mí el mando universal de las armas he tenido a bien hacer la gracia de perdonar a algunos culpados escapándoles la vida y siendo de este número José Antonio Reguera con todos los

[28] Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, p. 103.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> que le siguen, desde luego y por el presente los indulto y agrego al cuerpo de la Nación del que andaban apartados por el cisma de los gachupines con la condición de que entreguen las armas quedando comprendidos en la capitulación de la fortaleza de Acapulco y con la advertencia de que han de servir a su nación en lo que fueren útiles para que llegue a su noticia en obsequio de la humanidad, mando se les remita original de este decreto de gracia el que si aceptaren les servirá de resguardo; o si no lo aceptaren les servirá de sentencia definitiva sin esperanza de revocación.[29]

El 18 de diciembre Vicente Guerrero se dirigió al teniente José Antonio Reguera para cumplir las instrucciones que había recibido. En su carta le decía que, rendido el fuerte de Acapulco, no le quedaba más salida que una rendición honrosa, "o la desesperación brutal que no deje memoria entre los hombres más que para la exacerbación y el odio por haber comprometido la vida de esos infelices acarreando el hambre y la desolación sobre esos ranchos y exprimido las lágrimas de los huérfanos y viudas tristes, y únicos restos que sobrevivirán a la pertinacia y temeridad". Le expresaba que no podía recibir apoyo del centro, pues quienes podían brindárselo se estaban retirando; que el rey que decía defender sólo existía en su imaginación y que en todo caso representaba la esclavitud de América:

> Nosotros peleamos la libertad de nuestra patria, la ilustración y engrandecimiento de nuestros descendientes, la religión santa de nuestros mayores proscrita ya en España y comenzada a proscribir en este continente. A nombre de todos estos sagrados derechos reclamo a Ud. y amonesto por última, rinda las armas con cuantos le acompañan en los mismos términos y con las mismas condiciones que lo hicieron los de Acapulco designando lugar en donde van a radicarse para vivir los que le han acompañado. De otra suerte amigo tema Ud. el desastroso fin que le amenaza. La tolerancia de nuestro Exmo. Sr. Capitán General ha llegado a su colmo; para el 1° de octubre ha de marchar contra Uds. una expedición con orden de que si no se docilitan no perdone la vida a uno sólo de los alucinados que

[29] *Ibidem*, p. 83.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> han sostenido en ese rumbo el partido de la tiranía, sus jacales y chozas serán quemados y destruidos hasta los cimientos y hasta sus hijos y mujeres se trasladarán a lugares remotísimos donde el trabajo duro y continuo arranque de su corazón los sentimientos de ingratitud al suelo de su nacimiento. Reflexione Ud. pues, estas consecuencias, no ponga su placer como el demonio en hacer a otros infelices, deje ya de afanarse porque lo manden gachupines de quienes no tendrá su recompensa ni agradecimiento y venga a unirse a sus paisanos con sus conciudadanos, con sus hermanos y con quienes ha de vivir unido mientras dure su existencia.[30]

Pero José Antonio Reguera no era hombre que rindiera su orgullo a las situaciones desastrosas. No aceptó el indulto que se le ofrecía. Por su parte, los insurgentes no pudieron llevar a cabo la campaña con que amenazaron porque otros acontecimientos más importantes para su causa ocuparon su atención.

[30] *Ibidem,* p. 104.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

VII. Apagando el fuego

La derrota de Valladolid

Después de la formación del Congreso de Chilpancingo José María Morelos y Pavón inició su campaña para capturar la ciudad de Valladolid; su idea era que ahí se instalara el Congreso y después avanzar sobre las ciudades de Guanajuato, Guadalajara y San Luis. Confiando en su vasta experiencia militar, desdeñó la de los hermanos Rayón, que eran quienes conocían más la región porque operaban en ella. Hubo otro problema: por la reserva con que elaboró el plan sólo estaba al tanto su secretario, Juan Nepomuceno Rozáins, neófito en cuestiones militares. Para la puesta en marcha del plan José María Morelos y Pavón hizo acopio de todo el material bélico que pudo, inspeccionó personalmente el paso por Mescala, mandó traer culebrinas desde Acapulco, ordenó a las autoridades de los pueblos por donde pasaría que almacenaran provisiones y reclutaran soldados, y convocó a los jefes militares para que marcharan con toda la tropa a su mando a un lugar que previamente eligió para preparar el ataque.

Con la finalidad de desorientar a sus enemigos usó la táctica que tan buenos resultados le había dado meses atrás: ordenó que el grueso de su ejército saliera de Chilpancingo mientras él, acompañado sólo de su escolta personal, lo hacía por otro lado. El ejército rebelde tomó el camino México-Acapulco, por Zumpango, Mescala y Tepecoacuilco; en este lugar los esperaba Hermenegildo Galeana y después llegaron

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Mariano Matamoros y Nicolás Bravo; sólo faltaba Ignacio Rayón, que al parecer seguía molesto porque no se le invitó a la preparación del plan de guerra, siendo que era el lugar donde operaba. Ya reunidos todos —un número aproximado de tres mil efectivos, tomaron camino, a Iguala y de ahí a Teloloapan. Ese mismo día José Morelos y Pavón abandonó Chilpancingo por otro camino pero antes de hacerlo escribió a José Gabriel Armijo "comandante de los gachupines" —como lo nombraba— asegurándole que en los próximos días pasaría por Izúcar y Puebla "sólo para hacerle conocer a Ud. y sus coinfatuados todos sus yerros".[1] También dispuso que los hermanos Miguel y Víctor Bravo protegieran a los miembros del Congreso; tomó camino a Mescala. El 10 de diciembre se entrevistó en ese lugar con Ramón Rayón, hermano de Ignacio Rayón, que acudió a sumarse a la tropa, ordenándole que no lo hiciera y se preparara para realizar otras encomiendas.[2]

Todo marchaba según lo planeado. Pero los rebeldes no contaban con que los realistas vigilaban muy de cerca sus movimientos y sabían de su destino. El mismo 7 de diciembre, José Gabriel Armijo, quien se encontraba en Taxco, ya sabía que los insurgentes se dirigían a Valladolid, con el grueso del ejército por un lado y José María Morelos y Pavón y su escolta por otro. Algo presentía el general, porque al poco tiempo volvió sobre sus pasos, bajó hasta Chichihualco y siguió por Tlacotepec, donde permaneció varios días queriendo despistar al enemigo, pero no se daba cuenta que era seguido muy de cerca.[3] De Tlacotepec avanzó a Huautla, Tetela del Río y San Miguel Totolapan, Ajuchitlán y Tlalchapa, donde lo esperaba el grueso de su ejército al mando de Mariano Matamoros.[4]

Ya reunidos todos siguieron a Cutzamala, donde se pasó revista a la tropa; después avanzaron hasta Huetamo y de ahí a Carácuaro, donde José María Morelos y Pavón ofició misa en honor de la virgen de Guadalupe. Las lluvias se convirtieron en un gran obstáculo para el

[1] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 84, f. 134 bis.

[2] Ernesto Lemoine, *op. cit.*, p. 133.

[3] AGN, *idem.*

[4] Ernesto Lemoine, *op. cit.*, p. 134.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

avance de las tropas, pues volvían intransitables los caminos. La última etapa de su marcha incluyó los poblados de Chupio, Tacámbaro, Acuitzio, Santiago Undameo y la madrugada del día 23 de diciembre acamparon en las lomas de Santa María, a orillas de Valladolid. Apenas amaneció, José María Morelos y Pavón envío dos advertencias a los realistas: una a Domingo Landázuri, jefe de la guarnición, y otra al obispo Abad y Queipo, las dos poco serias y bastante arrogantes, seguramente influenciadas por su secretario.[5]

Como no recibió respuesta, el general insurgente ordenó a Hermenegildo Galeana y Nicolás Bravo que lanzaran un primer ataque; así lo hicieron pero de inmediato fue rechazado por Domingo Landázuri, obligándolos a retroceder. El comandante realista quería hacer tiempo, pues sabía que el virrey Félix María Calleja había ordenado al grueso de su ejército acudiera a defender la plaza: a Ciriaco del Llano, quien se encontraba en Ixtlahuaca, le dio instrucciones para que se movilizara con dos mil hombres; esa misma orden extendió a Agustín de Iturbide, estacionado en Acámbaro, para que al frente de mil hombres se trasladara a brindarles apoyo. El virrey sabía de la importancia militar y política de los combates que se avecinaban y hacía una apuesta mayor para no salir derrotado.

Esa noche las tropas realistas se presentaron cuando los insurgentes pasaban revista a las suyas, a la vista de todos. Sabiendo que ese era un momento de debilidad, de inmediato se lanzaron contra ellas. Después de horas de combate, los realistas se retiraron y las tropas insurgentes, confundidas en la oscuridad, continuaron combatiendo entre sí, diezmándose ellos mismos. Fue una derrota que frustró los planes de José María Morelos y Pavón y marcó el inicio del ocaso de sus campañas. Perseguidos por las tropas de Iturbide, el resto de los insurgentes marcharon hacia Puruarán; ahí Mariano Matamoros fue designado para la defensa de la plaza, y el 5 de enero de 1814 los realistas lograron una victoria en esa plaza. Mariano Matamoros fue capturado y trasladado a Morelia, donde fue fusilado el 3 de febrero por órdenes del virrey Félix María Calleja.

[5] *Ibidem*, pp. 134-135.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Derrotado, José María Morelos y Pavón se dirigió a Coyuca y Ajuchitlán. Ahí decidió nombrar a Juan Nepomuceno Rosáinz, hasta entonces su secretario particular, para que ocupara el lugar de Mariano Matamoros. La medida causó gran disgusto, lo mismo entre sus compañeros de armas que entre los diputados del Congreso; con razón, pues además de su mal carácter no tenía ninguna experiencia militar, como sí la tenían otros de sus compañeros y por lo mismo contaban con más méritos para el cargo. Pero el general se sostuvo en su decisión y los demás obedecieron.[6] La autoridad de José María Morelos y Pavón resolvió el descontento causado por el nombramiento, pero no terminó con las causas que lo generaron.

Los realistas cambian de estrategia

Una muestra de los nuevos tiempos que comenzaban a correr fue el decreto que el día 5 de febrero de 1814 emitió el virrey de la Nueva España, cambiando la estrategia militar para combatir a los insurgentes. Lo hizo después de que las fuerzas realistas vencieran a las de José María Morelos y Pavón en la batalla de las Lomas de Santa María, Valladolid, del 23 de diciembre de 1813. El nuevo virrey de la Nueva España consideraba que después de esa batalla los insurgentes buscarían reorganizarse en otros lugares controlados por ellos y era necesario evitar que lograran su propósito. En su decreto, entre otras cosas, decía:

> [...] conviene mucho que luego que tengan noticias de que se acerca una Gavilla de Insurgentes salgan a batirlos, reuniendo o dividiendo sus fuerzas según fuere conveniente, y convocando en caso necesario a los comandantes de los Pueblos inmediatos para que con las tropas de su mando auxilie y cooperen al propio fin, sin permitir que los Bandidos se rehagan ni fijen en ningún punto.[7]

[6] Vicente Riva Palacio, *et al.*, *op. cit.*, pp. 27-28.

[7] Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, p. 178.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

El documento hacía un amplio análisis de lo que hasta entonces había sido el comportamiento de ambos ejércitos. Afirmaba que los rebeldes eran gente sin disciplina ni subordinación, criminales que actuaban en total desorden, que habían logrado algunos triunfos debido a que el ejército realista los combatía en pequeños grupos, gracias a lo cual había logrado hacerse de armamento:

> Después de aquella época han continuado los felices sucesos de nuestras Armas y han sido batidos y arrollados los facciosos en todas partes, siempre que nuestras tropas despreciando el número, gritería, e insolencia de los enemigos, los han cargado con valor, y buen orden arrojándose sobre ellos con arma blanca después de un ligero tiroteo; y si se han experimentado algunas desgracias, han provenido de haberse dado a los rebeldes mas importancia de la que merecen, perdiendo en maniobras inconducentes los preciosos momentos que debían emplearse en cargarlos vigorosamente, o ya dividiendo fuera de propósito las tropas, formando guerrillas y partidas sueltas cuando debían atacar en cuerpos reunidos[...][8]

Como muestra de que los tiempos comenzaban a cambiar, en el mismo mes de febrero el obispo Antonio Bergoza y Jordán abandonó Tabasco. De ahí se dirigió a Veracruz y el día 13 de febrero se unió a las tropas realistas encargadas de custodiar la correspondencia que llegaba de Europa. Así logró llegar a la ciudad de Puebla, donde visitó al obispo Ignacio González de Campillo, el mismo que había tratado de convencer a José María Morelos y Pavón de que abandonara la lucha. Antonio Bergoza y Jordán le contó a González del Campillo lo que sabía de la toma de Oaxaca y de otros triunfos insurgentes, lo que lo deprimió y menoscabó su ya de por sí deteriorada salud. El día 26 de febrero murió en compañía del obispo que lo había ordenado a él. Era curioso que mientras moría el obispo más conciliador en la región, los sacerdotes fueran desplazados de la conducción de la contienda para que su lugar lo ocuparan los militares de carrera.

[8] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Comienza la contrarrevolución

La nueva estrategia de los realistas ya se practicaba desde antes que el virrey la aprobara. En diciembre de 1812 las tropas de José Gabriel Armijo decidieron avanzar sobre el territorio que estuvo bajo su poder por casi dos años. El día 14 de diciembre de ese año, tropas comandadas por el teniente Antonio González entraron a Tehuitzingo, mientras bajo las órdenes del teniente José Antonio Echeverría otras hacían lo mismo en Acatlán. Su misión era liberar a cinco españoles que se encontraban en poder de los insurgentes y apoderarse del tabaco que los pueblos pagaban como diezmo a la iglesia. La acción militar resultó todo un éxito para ellos: liberaron a los prisioneros, se apoderaron del tabaco y además se llevaron seis mil pesos de la iglesia. Lo que más les sorprendió fue no encontrar ninguna resistencia de parte de las fuerzas insurgentes, hasta hacía algunos meses imposibles de derrotar.

Las incursiones realistas y su posterior retiro de los pueblos donde atacaban no era suficiente para que las simpatías con las ideas del ejército independiente y el apoyo a su lucha aminoraran. Por eso cuando los realistas atacaban los moradores se dispersaban, y tan pronto como abandonaban el pueblo se volvían a reunir. El 13 de enero de 1813, después de haber informado al virrey del ataque de diciembre sobre Acatlán, José Gabriel Armijo le volvía a escribir para informarle que un grupo de rebeldes se había vuelto a reunir en ese lugar y con el fin de dispersarlos había comisionado al teniente José Antonio Echeverría, para que al frente de un grupo de cincuenta realistas los dispersara. En su información al virrey anotó que los rebeldes eran gente de los mismos pueblos, pero "no se sabe quien los manda".[9]

Los problemas para los insurgentes no sólo estaban en la intendencia de Puebla, sino también en la de Oaxaca. Cuando José María Morelos y Pavón salió de la ciudad de Oaxaca rumbo a la costa, los ánimos de su gente se relajaron y los realistas comenzaron a movilizarse con la finalidad de recuperar la ciudad. En febrero de ese mismo año, mientras los insurgentes cruzaban la Mixteca rumbo al puerto de Acapulco, hubo una invasión de guatemaltecos a la ciudad de Oaxaca,

[9] AGN, *ibidem*, vol. 70, f. 30.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

quienes organizados por José de Bustamante y Guerra, el capitán general de aquella capitanía, y puestos a las órdenes de Manuel Dambrini, buscaban vengar a sus compañeros caídos en desgracia. Contaban para su empresa con el apoyo del arzobispo Ramón Casaus, auxiliar del obispo Antonio Bergoza y Jordán, quien a pesar de haber huido de Oaxaca mantenía comunicación con los curas que permanecieron en la intendencia, entre ellos el de Teotitlán del Camino, Zimatlán y Tamazulapan.

Benito Rocha, encargado de la seguridad en la ciudad atacada, llamó para combatirlos al mariscal Mariano Matamoros con la idea de que los enfrentara; éste acudió a cumplir la orden y el 19 de abril se dio el primer encuentro entre ambos ejércitos, muy cerca de Tonalá, en lo que hoy es el estado de Chiapas. Después de varios días de combate los realistas abandonaron sus posiciones y regresaron por el rumbo que habían llegado; Mariano Matamoros los persiguió hasta cerca de la frontera con Guatemala y después regresó triunfante a la capital de Oaxaca, a donde llegó el 28 de ese mismo mes.

Fue una victoria muy sonada: el ayuntamiento de la capital en pleno salió a recibirlo hasta Santa María del Tule, y José María Morelos y Pavón lo nombró teniente general del ejército insurgente. Portando su nuevo cargo, Mariano Matamoros permaneció en Oaxaca hasta el mes de agosto, tiempo que aprovechó para aumentar sus tropas, disciplinarlas y avituallarlas; también organizó lo necesario para que en los molinos de Llaguno se estableciera uno de pólvora. Inclusive aprovechó para bendecir las banderas del Regimiento Provincial de las Mixtecas —como ahora se llamaba su ejército, siendo padrinos el mismo acompañado por el licenciado Carlos María de Bustamante.[10]

En ese mismo mes, después de dos incursiones anteriores, los realistas ocuparon la ciudad de Acatlán. El ataque comenzó cuando una columna de aproximadamente trescientos realistas, al mando de Domingo Ortega, sorprendió en San Antonio a una ronda insurgente al mando del capitán Díaz, que no pasaba de cuatro elementos. Tan pronto como los divisaron dispararon sus arcabuces contra ellos, quienes murieron instantáneamente, dejando el paso despejado para la incur-

[10] José Antonio Gay, *op. cit.*, pp. 466-467.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

sión. Así, cuando los realistas entraron al centro de la población encontraron desprevenidos a los insurgentes, que nada hicieron para defenderse; los pocos que pudieron emprendieron la retirada dejando el pueblo en manos de los realistas, quienes en lugar de perseguirlos se dedicaron a saquear la población. De acuerdo con la visión de los insurgentes:

> [...] a manera de una manada de lobos desparramada por entre otra de mansas ovejas, sembraron por todas partes la muerte y la desolación sin el menor obstáculo, y sin distinción alguna de edad, sexo, ó carácter. Aquí descargan golpes mortales sobre el infeliz anciano agobiado de años y de enfermedades; allí acometen al indio miserable, que había ido a surtirse al mercado del pueblo; y aculla, después de abusar de la debilidad del sexo, desaparecen después á un número considerable de mujeres mescladas con sus tiernos hijos, cuyas delicadas cabezas rodaban teñidas en su propia sangre. Estuvieron renovando aquellas fieras estos sacrificios cruentos hasta que cansados ya, pero no satisfechos, pasaron a otros excesos no de menos atención y trascendencia.[11]

Los realistas andaban enfurecidos. No sólo se aprovecharon de lo que encontraron a su paso, también destrozaron las puertas de las casas y robaron cuanto encontraban en ellas. Ni la iglesia respetaron. Al cura del pueblo, que se encontraba en la puerta tratando de impedir su profanación, le dispararon un balazo, y cuando cayó herido ingresaron hasta su recámara dando gritos de que apareciera Mariano Matamoros y les diera la cara. No lo encontraron, pues no era hombre que se escondiera a la hora del combate. Cuando se retiraban tomaron varias reliquias y como el cura les pidiera que no cometieran ese sacrilegio, ofrecieron vendérselas ahí mismo.

Los pocos vecinos que presenciaban esos actos se quedaron sorprendidos al ver que entre los saqueadores se encontraba José Eugenio Mateos, el cura de Tehuitzingo, que en los tiempos que Mariano Matamoros ubicó su cuartel en Izúcar dijo comulgar con las ideas insurgentes. Los tiempos habían cambiado y ahora procuraba convencer a sus

[11] *El Correo Americano del Sur*, número XII, jueves 13 de mayo de 1813, pp. 92-95.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

antiguos compañeros, sobre todo a las mujeres, "llenándoles la cabeza de mil quimeras, que por aquellos días esparció el gobierno embustero figurando ventajas que nunca consiguieron sus tropas de esclavos: medio ordinario para alucinar a los débiles". Su esfuerzo no era vano, algunos insurgentes aceptaron el indulto que les ofrecía, pero como los realistas no les entregaran los beneficios prometidos, pasado un tiempo volvían a las filas.[12] El cura de Piaxtla, que seguía del lado de los insurgentes, fue descubierto en Acatlán cuando huía del asedio de los soldados realistas; como Gabriel Armijo se dio cuenta de que era "un gran insurgente", una vez preso decidió enviarlo al gobernador de Puebla, para que fuera él quien decidiera su suerte.[13]

La toma de esas poblaciones no implicaba la sumisión de sus pobladores. En una comunicación del 12 de marzo que los insurgentes interceptaron, el brigadier Ciriaco del Llano informaba al virrey de la Nueva España haber ordenado al capitán José Gabriel de Armijo la formación de "un cuerpo patriótico" que se encargara de la seguridad del pueblo de Tehuitzingo y sus alrededores, de manera que el ejército regular pudiera dedicarse a perseguir a los insurgentes, pero no había sido posible porque los vecinos se negaban a colaborar. Entre los que mostraban esta conducta negativa a su causa, mencionaba al administrador de la hacienda de San Nicolás, propiedad de Gabriel Joaquín del Yermo —el mismo que había encabezado el golpe contra las autoridades centrales el día 15 de septiembre de 1808, quien le había ordenado a sus trabajadores no hacer esfuerzos extraordinarios de servicios con los realistas, porque la época no era conveniente para ello. Esta situación exasperaba a José Gabriel Armijo, quien llegó a decir al virrey: "Puede V. S. creerme que si mi autoridad fuera competente declararía a estos egoístas verdaderos enemigos del Rey y de la patria".[14]

Para salvar esta situación, el capitán realista propuso a las autoridades centrales que se cobrara un impuesto forzoso a las haciendas, para lo cual recomendó clasificarlas en tres categorías de acuerdo con su tamaño, y con base en ello obligarlas a contribuir a la causa. Pensa-

[12] *Idem.*

[13] AGN, *ibidem*, vol. 69, f. 81.

[14] *El Correo Americano del Sur*, número XVIII, jueves 24 de junio de 1813, pp. 138-141.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ba que de esa manera podían cubrirse ochenta plazas militares en la cabecera y otras tantas que debía pagar el vecindario y los curatos foráneos. Eso pensaba, pero en las condiciones en que se encontraba no era fácil logarlo.

Si los realistas enfrentaban serios problemas para legitimar sus acciones, a sus enemigos no les iba mejor. La difícil situación por la que pasaba el ejército insurgente obligó al mariscal Mariano Matamoros a abandonar la ciudad de Oaxaca el 16 de agosto, para ubicar su cuartel general en Tehuitzingo, en la intendencia de Puebla. El movimiento militar tenía varios objetivos; el primero era evitar que los realistas avanzaran hacia Oaxaca o Tehuacán, dos ciudades donde los insurgentes tenían fuertes bases sociales; a la vez que presionaba para que las tropas realistas se alejaran y pudieran recuperar Izúcar para la causa insurgente.[15] Desde su nueva ubicación el comandante insurgente tuvo que salir constantemente a Coscomatepec, por el Golfo de México, en auxilio de Nicolás Bravo, quien operaba por aquella zona.

El 20 de agosto una sección de "Fieles de Potosí", integrante del ejército realista al mando del capitán de dragones Juan Bautista Miota, atacó al regimiento San Lorenzo creado por José María Morelos y Pavón después de romper el sitio de Huajuapan el cual se encontraba en Piaxtla al mando del coronel Ramón Sesma. José María Morelos y Pavón había ordenado al coronel que estableciera su campamento en Huajuapan y recorriera los puntos intermedios entre esta ciudad y la de Izúcar. Ramón Sesma confió esa tarea al teniente coronel Ojeda, que no contaba con pericia militar y esa situación tuvo como consecuencia que fueran sorprendidos por las tropas realistas y desalojados de sus posiciones, perdiendo varios efectivos militares y su armamento. No sólo eso, envalentonado por el triunfo, Juan Bautista Miota y su gente se fueron sobre Acatlán, donde por segunda ocasión en muy corto tiempo los insurgentes eran derrotados y perdían una posición militar bastante importante.[16]

[15] Vicente Riva Palacio, *et al.*, *op. cit.*, p. 12.

[16] Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, p. 348.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Rebelión contrainsurgente en Jicayán

Pero los realistas atacaban lo mismo por el norte que por el sur de la región, evitando que unos auxiliaran a otros, como era la estrategia insurgente. Casi al mismo tiempo que lanzaron su ataque sobre la población de Acatlán, lo hicieron contra las fuerzas de Vicente Guerrero, quien había recibido órdenes de José María Morelos y Pavón de proteger Ometepec, en la Mixteca costeña, tarea que llevó a cabo con mucho éxito, al grado que para esas fechas ya funcionaba como comandante de las fuerzas insurgentes en toda la Costa Chica. Con ese cargo recorría la región sin presentar batalla a sus enemigos porque el general insurgente le había ordenado atraerlos a sus filas, convenciéndolos de la inutilidad de su lucha; sabía que la mayoría de ellos eran gente pobre, que por desconocimiento o lealtad a sus patrones peleaban del lado realista.

No fue una buena estrategia, porque la propaganda que la iglesia realizaba entre los negros influía en su ánimo y los convencía de apoyar a las fuerzas realistas. En esas condiciones, el teniente José Antonio Reguera, comandante de las fuerzas realistas en la Costa Chica, aprovechó esa especie de tregua unilateral de los insurgentes para rehacer su tropa, y cuando la tuvo lista comenzó a hostigarlos utilizando la táctica de guerra de guerrillas: atacaba y se retiraba sin presentar un combate frontal. Conforme se fortalecía su táctica iba cambiando. El 6 de mayo, al mando de un ejército compuesto por gente de Cruz Grande, Ayutla, Copala, Tecuanapa y Chilapa, atacó Cuautepec, donde se encontraba el cuartel de Vicente Guerrero. No hubo combate porque los atacantes se retiraron inmediatamente después de hostigarlos, aunque ya se presentaba como un ejército regular.[17]

El 1 de julio repitieron el ataque, en una acción comandada por el mismo José Antonio Reguera, acompañado de Luis Polanco. En este segundo ataque corrieron con mayor suerte y se impusieron a las fuerzas insurgentes. Vencido, Vicente Guerrero recibió el ofrecimiento de indulto que rechazó con desprecio. José Antonio Reguera no pudo continuar combatiendo hasta someterlo, porque se le terminó el parque y

[17] Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, p. 49.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

tuvo que solicitarlo al gobernador de Acapulco, quien se lo envío con Miguel Añorve pero llegó demasiado tarde, cuando Vicente Guerrero ya había reorganizado a sus hombres hasta ponerlos nuevamente en condiciones de combatir, lo que hicieron con mucho entusiasmo y valor. Después de seis horas de combate, los realistas fueron derrotados y no tuvieron más opción que retroceder hasta Cruz Grande, donde establecieron su campamento.[18]

Cuando los insurgentes se alejaron de la costa para ir a tomar el fuerte de Acapulco, en la alcaldía de Jicayán —que comprendía Zacatepec, los Amuzgos, Pinotepa del Rey, Cuautitlán, Huazolotitlán, Jamiltepec, Tututepec y Juquila— comenzó la contrarrevolución. La adversión de la población negra de ese lugar a la guerra de independencia era conocida por los rebeldes, pero no le pusieron la atención que requería para contenerla. Desde el 26 de julio de 1813, cuando los hermanos Víctor y Miguel Bravo dejaron Jamiltepec, después de haberla sometido al poder insurgente, Gregorio José de León, designado por los rebeldes para hacerse cargo de la plaza, le escribió a José María Murguía Galardi, intendente de Oaxaca, informándole que desde el mes anterior se había iniciado una hostilidad de grupos que apoyaban a los realistas contra los ciudadanos partidarios de los insurgentes, acción en la que participaron negros llegados de Jolotepec y varios pueblos de la costa. Como nadie los detuvo, los agresores pasaron de Jamiltepec a Juquila "inquietando a la región". La agitación era tal que el enviado del intendente no pudo entrar a pacificarlos sino hasta meses más tarde.[19]

Carlos María de Bustamante, prominente insurgente de Oaxaca, estaba a punto de partir a preparar el Congreso de Chilpancingo cuando se enteró de los sucesos. Antes de hacerlo, escribió al cabildo catedralicio reprochándole su conducta, que en su concepto había dado pie a la rebelión. En concreto le reprochaba mantener comunicación con el antiguo obispo Antonio Bergoza y Jordán y haber instigado la rebelión: " ¿Cómo podrá V.S.I. ver con tranquilidad aquella sangre de infelices derramada como si fueren bestias, movidos al antojo de

[18] *Idem.*

[19] Ana Carolina Ibarra, *op. cit.*, 2000, p. 204.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

un mal párroco que abusa de la estupidez y miseria de unos desdichados que apenas saben que existe un Dios en los cielos y un Fernando en la fortaleza de Valencay?".[20]

El ideólogo insurgente tenía razón sólo en parte de su acusación. La verdad era que el obispo ya no mantenía relación con la estructura de la iglesia, pero su ejemplo seguía cundiendo y si muchos curas se habían colocado del lado de los insurgentes, había otros que seguían fieles a las autoridades españolas y actuaban para defender sus intereses. Desde el 1 de marzo de 1813, cuando las tropas comandadas por José María Morelos y Pavón se acercaban a la Costa Chica, los curas José Ignacio Astudillo, José Francisco Torreblanca y Francisco de Santiago y Grajeada, pidieron autorización a las autoridades civiles de Ayutla para que les permitieran fomentar "el valor de la negrada" y formar una avanzada que operara desde la costa hasta el río Balsas, en apoyo a las actividades de los patriotas del comandante Manuel del Cerro.[21]

José María Morelos y Pavón fue más drástico en sus juicios. En una carta que el 17 de octubre de 1813 le dirigió desde Chilpancingo a Carlos María de Bustamante, le recriminaba la falta de decisión frente al enemigo, que iba en detrimento de la causa que ambos defendían. Textualmente expresaba:

> El alma de cera de que vuestra excelencia está dotado, lo hace propender, ya a la clemencia o ya a la ira, y las más de las veces con ardor y demasía. Los negros de Jamiltepec, después de una obstinada resistencia y de mantener la guerra a sus expensas, fueron tratados por el señor Bravo con una indulgencia tal, que no cabe en conquistador: quedaron de oficiales los mismos que lo eran antes, se le desertaron más de mil, que voluntariamente se alistaron en nuestras banderas, y fueron respetadas las propiedades de todos y cada uno, y perdonados los asesinatos que muchos de ellos hicieron en nuestros soldados.
>
> Ahora suscitan la rebelión más impolítica e indigna que cabe en los ingratos; expresan sus sentimientos sediciosos en sus pape-

[20] *Ibid.*, p. 205.

[21] AGN, *idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> les, que circulan en toda la costa; nos tienen entretenida mucha tropa, que podía estar sirviendo en aumentar el país de la libertad; ha dejado a Oaxaca en un estado de debilidad, que se hace dudosa su defensa, y últimamente han enervado todos los movimientos del ejército.
>
> A mas de esto, vuestra excelencia confiesa que estos semigentiles son también semibrutos, en quien ninguna impresión el eco dulce de la razón. ¿Qué haremos, pues, para escarmentarlos, mas que lo que Alejandro con los pueblos bárbaros para solemnizar las exequias de Efusión?
>
> Y digo: ¿podrá reputarse esto a atrocidad?, ¿será cosa que escandalice al mundo, como pondera vuestra excelencia?, ¿se descubre en esto un hecho nuevo que no haya sido practicado por muchos reyes y generales religiosos y aun por el mismo justo y piadosísimo David, o están acaso reñidas con las virtudes de la piedad y a la justicia.
>
> No sólo en la América toda, sino aun las potencias extranjeras están bien persuadidas de que mis mayores glorias han consistido en ser con mis enemigos generoso, no por mera política e hipocresía, como César, sino por inclinación y carácter.
>
> Mas, permitamos que la orden de que se habla esté revestida de todo el atavío de la dureza y la crueldad: los términos en que se reclama son poco propios de la moderación, e insolente la carta de Terán; y si como la escribió a vuestra excelencia confidencialmente creído de que jamás llegaría a mis manos, se descubriese que lo había hecho con otro objeto, sería menester enseñarle a obedecer y a representar a su General.[22]

La carta mostraba el activismo de los sacerdotes católicos que apoyaban a los realistas y azuzaban a los pueblos a luchar contra los insurgentes, pero también las diferencias entre los insurgentes, debido a las visiones de los políticos que querían dirigir la lucha y de los militares en el campo de batalla y que resultaban distintas a las de aquéllos. Estas posiciones configuraron un desencuentro que sería una constante durante mucho tiempo. Pero razón no le faltaba al general para hacer tales recriminaciones a sus compañeros de lucha.

[22] Carlos Herrejón, o*p. cit.*, pp. 137-138.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Aunque la rebelión fue controlada en Juquila por el coronel Bernardo Portas, también es cierto que el descontento contra los insurgentes continuaba.

El único que hacía frente a los alzamientos contra los insurgentes era Juan Diego de Bejarano, un criollo que había militado en el ejército realista y combatió contra las fuerzas de Nicolás Bravo en Tlachichilco cuando limpiaba el camino rumbo a Acapulco, quien había decidido pasarse a las fuerzas insurgentes. Esta situación preocupó al virrey, al grado de que le escribió una carta personal donde lo llamaba a entrar en razón y volver a las filas realistas, prometiéndole el indulto si lo hacía.[23] El 11 de octubre de 1813 Antonio Reguera entregó el mensaje real al rebelde, acompañado de una carta suya donde le explicaba la conveniencia de volver con los realistas. Juan Diego de Bejarano estaba en Ometepec cuando recibió los mensajes, después de leerlos los contestó con la misma persona que se los envío, burlándose de la medida: "Reguera quiere con sus amenazas *ceducirme* a que yo haga otro tanto de lo que hicieron los de este pueblo en la vez pasado como el sentimiento mío, será como el de ellos, lo que de ninguna manera consentiré en ello, pues soy cristiano."[24]

La contrarrevolución iniciada por los negros de la región todavía no era suficiente para minar el ánimo del realista transformado en insurgente.

Rebelión contrainsurgente en Ometepec

La rebelión de Jamiltepec fue sólo el principio. El día 9 de noviembre los negros de Ometepec se rebelaron contra los insurgentes, en una acción donde los curas que seguían las instrucciones del anterior obispo Antonio Bergoza y Jordán continuaban desempeñando un papel importante. Tan era así que cuando Manuel Castro, cura de Cruz Grande —donde se ubicaba el campamento realista—, se enteró de la rebelión, marchó hacia ese lugar con el propósito de participar en el

[23] Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, p. 109.

[24] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 72.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

levantamiento.[25] Para empeorar la situación de los insurgentes, el 10 de noviembre Vicente Guerrero recibió órdenes de José María Morelos y Pavón de abandonar sus posiciones en esa región y trasladarse al río Mezcala, colindante con Valladolid, para brindar protección al Congreso, que era perseguido por las tropas realistas. Ese movimiento fue bien aprovechado por el teniente José Antonio Reguera, comandante de la Quinta División del ejército realista, que ese mismo día se trasladó de Cruz Grande a Ometepec a ponerse al frente de la rebelión, como los contrainsurgentes se lo pedían.

Tan pronto como lo divisaron los negros alzados mostraron su regocijo, pues con su presencia, desaparecía el peligro de ser atacados por los insurgentes. Los trescientos negros simpatizantes de los realistas inmediatamente pasaron a formar parte del ejército, llevándose las ochenta armas de fuego que tenían, con lo cual las fuerzas realistas se fortalecieron bastante llegando a 1 200 hombres y cuatrocientas armas de fuego, según se vanagloriaba el comandante realista en la carta que el día 30 de ese mismo mes escribió al virrey, informándole de su nueva situación: "Cuento á mis órdenes 1,200 hombres con 400 armas de fuego, fuerza suficiente para cualquiera expedición que me presente; pero me hacen falta municiones."[26]

La falta de municiones fue una de las razones que esgrimió para no quedarse en Ometepec y regresar a su cuartel principal de Cruz Grande, llevándose a todos los rebeldes y sus familias, con el fin de resistir de mejor manera cualquier ataque. Pensando en la falta de municiones, volvió a escribirle al virrey diciéndole que "si no fuera por esto, esta sería la fecha que yo marchara sobre Oaxaca, pues tengo noticas que en Jamiltepec hay un grueso repuesto de municiones, y lo mismo en Tututepec y con esta ayuda sería segura la victoria."[27]

El 14 de enero de 1814 el virrey de la Nueva España daba contestación a la carta de José Antonio Reguera, informándole de los acontecimientos de Ometepec. En ella se notaba todavía un tono de desconfianza por haber desalojado la plaza sin combatir cuando José

[25] Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, p. 105.

[26] *Ibidem.* p. 89.

[27] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Morelos y Pavón se presentó en ella. Parecía que el virrey seguía pensando que debido a esa retirada los insurgentes tomaron el fuerte de Acapulco. Tal vez por eso no le envío ni una felicitación por el triunfo que le había anunciado, limitándose a dar respuesta a sus peticiones de apoyo, acompañada de las órdenes sobre cómo actuar en determinados casos. Sobre la falta de municiones, sólo le dijo que ya había dado órdenes al comandante de la división de Taxco, José Gabriel Armijo, y al brigadier Juan José Moreno Davis "para que por todos los medios que estén a su alcance procuren enviar las municiones que les fuere posible".

Lo demás eran instrucciones de rutina: confirmaba los cargos que tenían los mandos medios de la división, así como los que había otorgado a los rebeldes que se unieron al ejército realista; aprobaba la utilización de las finanzas insurgentes decomisadas para financiar la guerra "con resello y en los términos que crea conveniente". También le aclaraba que no era necesario que insistiera en mantener la comunicación directa con el gobierno central si lo podía hacer a través de la división de Taxco; pero sobre todo le advertía sobre la necesidad de mantener la fidelidad a las fuerzas reales:

> Espero que la acreditada fidelidad y constancia de usted y de los valientes costeños que le acompañan que adelantarán sus operaciones y sacarán el fruto de las victorias, atrayendo a todos los alucinados al partido justo, ya por la persuasión y convencimiento, o bien por la fuerza de las armas a cuyo efecto circulará órdenes para la costa reanimando el patriotismo y fidelidad de sus habitantes.[28]

La desconfianza del virrey no tenía razón de ser. La situación política de la costa había cambiado considerablemente y de ser favorable a los insurgentes ahora les resultaba adversa. No haber sometido o disuelto las tropas realistas cuando se firmaron las capitulaciones de Acapulco, además de haberse movilizado las tropas de Vicente Guerrero para custodiar el Congreso y descuidando el control de la Mixteca costeña, estaba costando caro a los insurgentes. Las tropas realistas se

[28] *Ibidem*, p. 110.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

habían recuperado de la derrota de febrero de 1813 y los curas habían logrado generar un consenso hacia ellos, el cual brindaba cierta legitimidad a su lucha mientras se lo quitaba a la causa insurgente.

Eso fue el principio del fin de la influencia de las tropas independientes en la costa. El año siguiente sus enemigos se posicionaron de tal forma que ya no les fue posible derrotarlos. En esta nueva configuración de las fuerzas realistas influía la nueva estrategia militar decretada por el virrey Félix María Calleja, pero también el esfuerzo que José Antonio Reguera hacía para granjearse las confianzas del virrey. Para enero de 1814 el teniente realista ya había reorganizado sus tropas y estaba listo para emprender campañas contra sus enemigos por donde se necesitara, como el mismo decía.

La Quinta División del ejército realista, que operaba bajo sus órdenes, se componía de la segunda compañía de Copala, al mando del teniente Luis Polanco; la tercera de Cruz Grande, al mando del propio José Antonio Reguera y el teniente José María Espinoza; la cuarta, de Ayutla, bajo las órdenes del subteniente Pedro Zamora; la caballería de Ometepec, comandada por el capitán Miguel Añorve y el teniente Juan Frío; los patriotas de Ometepec —integrada por quienes habían participado en la rebelión de noviembre pasado— dirigidos por el teniente José Mariano Salinas y el subteniente Lorenzo Zamora; los patriotas voluntarios de Ometepec —que no habían participado en la rebelión pero se unieron al ejército realista— bajo la dirección del capitán Francisco Antonio de Oliva y el subteniente Francisco Valenzuela—, y una compañía suelta de San Marcos, dirigida por el teniente Matías Baños y el subteniente Rafael Ibarra.[29]

Aun con esos avances en la reorganización militar, o quizás debido a ello, muchos de sus compañeros no colaboraban con él, porque pensaban que podía voltear banderas o tenían temor que los rebasara. En el mes siguiente José Antonio Reguera se dirigió al virrey para informarle que el comandante Manuel Martínez del Cerro, aprovechándose de las confianzas que el mismo virrey le había otorgado, entorpecía las comunicaciones entre la comandancia de la costa y el gobierno central, lo cual le impedía contar con los auxilios que necesitaba, sobre

[29] *Ibidem*, p. 119.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

todo armas y municiones. A pesar de eso —decía— él seguiría fiel a la causa realista, sin esperar nada a cambio: "Sólo tener la satisfacción de no ser incluso en el maldito partido de la insurrección y que triunfando, como espero en dios de los enemigos, me vea residiendo con tranquilidad a mi pobre choza en amparo de mi desgraciada familia."[30]

Campaña contrainsurgente en la costa

Aun sin apoyo, José Antonio Reguera inició una campaña por toda la costa para batir a los insurgentes. En el mes de enero de ese año volvió a atacar Ayutla y Cuautepec, donde acampaban las fuerzas de Vicente Guerrero, y como las suyas eran mayoría, las derrotó.[31] Quince días después recibió del teniente José Gabriel de Armijo el apoyo que tanto necesitaba: seis cajones de municiones, algún plomo en plancha, piedra de chispas —fulminante para bombas y mechas de cañones— y dos mil pesos en reales. Refaccionado militarmente decidió levantar el campo de Cruz Grande y acercarse a Ometepec, con la finalidad de que las familias que en el pasado mes de noviembre se habían marchado con él al campamento realista volvieran a sus hogares y su tropa pudiera moverse con más libertad.[32]

El 25 de febrero de 1814 el ejército realista reinició su campaña para limpiar la costa de insurgentes. Antes de entrar a Ometepec, que era uno de sus objetivos centrales por hallarse ahí un fuerte destacamento al mando del Juan Diego de Bejarano, decidió atacar Azoyú y Juchitán, fuera de la región mixteca, con el fin de que los insurgentes de esos lugares no pudieran brindar apoyo a sus compañeros. Para hacerlo dividió sus tropas en tres secciones. La primera, al mando del capitán Miguel Añorve, atacó Azoyú; la segunda, bajo las órdenes del capitán José Alemán, lo hizo sobre Juchitán; la última, a su cargo, quedó lista para intervenir donde más se necesitara. En ambos frentes la victoria les sonrió porque operó en su favor el factor sorpresa; en Ju-

[30] *Ibidem*, p. 107.

[31] *Ibidem*, p. 116.

[32] *Ibidem*, p. 118.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

chitán los insurgentes intentaron defenderse, pero al final huyeron dejando tres muertos, un cañón de a cuatro y algunas lanzas.[33]

El triunfo desató un efecto dominó en la región y otros pueblos fueron cayendo. El día 1 de marzo sometieron Ometepec. Juan Diego de Bejarano, el realista que había abrazado la causa insurgente, se encontraba con toda su gente en Cuajinicuilapan y al saber de la caída de esta ciudad mandó decir que se rendía y las tropas realistas podían entrar sin ninguna preocupación, cosa que hicieron tres días después.[34] Los continuos indultos ofrecidos por el virrey para él y su gente, así como la caída de varias ciudades importantes, lo decidieron a tomar esa determinación. Siendo el único comandante insurgente que quedaba en la región, con su rendición no sólo caía la ciudad de Ometepec, sino que también Jamiltepec. Los bastiones insurgentes más importantes de años anteriores, quedaron en poder de los realistas.

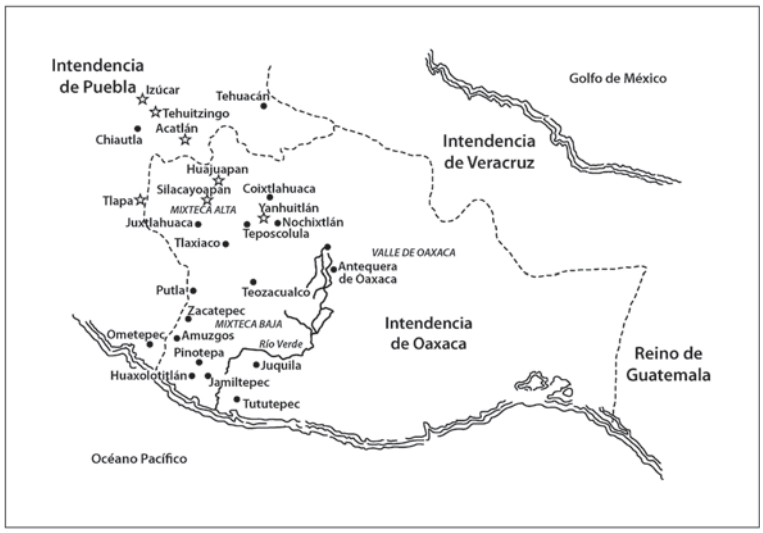
Tututepec, el pueblo que en 1813 había mostrado un fuerte apoyo a la causa de la insurgencia cuando los hermanos Bravo pasaron por ese lugar, también quedó en poder de los realistas ese mismo día. La acción contrainsurgente estuvo dirigida por el capitán Agustín Arrazola, *Zapotillo*, donde además de los efectivos del ejército realista participaron los habitantes del pueblo, azuzados por el cura Francisco José Herrera. En la acción los realistas capturaron cincuenta fusiles y cuatro cajones de pólvora. Fue el mismo sacerdote quien comunicó el suceso al teniente José Antonio Reguera. En su mensaje le decía:

> A la una de la mañana de este día, los fidelísimos soldados y demás vecinos de Tututepeque protegidos por la guerrilla del Capitán D. Agustín Arrazola (alias zapotillo) después de haber tremolado en dicho pueblo las banderas de nuestro apreciabilisimo Monarca el Sr. D. Fernando 7º, han sorprendido con el mayor acierto (con el auxilio de los soldados y vecinos fieles de esta cabecera) el cuartel que en ella tenía el enemigo insurgente apoderándose de todas las municiones y armamento que aunque no son de consideración ni aquellas ni este, se le ha quitado sin embargo este punto de apoyo con

[33] AGN, Operaciones de guerra (81), vol. 72, ff. 33 y ss; Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, p. 122.

[34] AGN, *idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.



CIUDADES RECUPERADAS POR LOS REALISTAS.

> que contaba: todo fue obra de pocos momentos y se ha logrado la satisfacción de que no se haya derramado ni una gota de sangre.
> Bajo tales principios no debo dudar que usted con la mayor violencia protegerá como es justo un movimiento tan interesante, acelerando sus marchas, o destacando a este punto un trozo auxiliar respetable de manera que aprovechándonos de esta coyuntura y la favorable que en el día presenta Oaxaca, se aseguren los progresos y honor de las armas del rey.[35]

Ignacio Rayón, nombrado en por el Congreso insurgente comandante de las intendencias de Oaxaca, Puebla y Veracruz, había establecido su base de operaciones en Tehuacán, y desde ahí hacía lo que estaba a su alcance ante el desastre total de las fuerzas insurgentes en la región. Lo primero fue ordenar a todos sus partidarios, con algún poder, que tomaran las providencias necesarias para evitar que el desastre entre la tropa insurgente de la costa se extendiera a otras partes de la región. El 5 de marzo ordenó al cura de Ometepec fiel a la causa, José

[35] AGN, *idem*; Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, p. 121.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Domingo Pascual, pusiera a las órdenes de un comisionado suyo de apellido Alfaro el dinero de la venta del algodón, con la idea de controlar las finanzas insurgentes; al día siguiente ordenó al subdelegado de Juxtlahuaca, Ventura Torre, alentara y armara a los pueblos de su jurisdicción "para defenderse de los enemigos de la costa";[36] en esa misma fecha envió un exhorto al coronel Mariano Jacinto Aguirre, subdelegado de Acatlán, para que auxiliara a las tropas de José *Chepito* Herrera en la defensa que hacía de las cumbres de Santa Rosa; a éste le aconsejaba invitar a los pueblos de la costa para que "se unan y contengan a los revoltosos, hasta que pueda enviarse una división que los tranquilice", al mismo tiempo disponía que el teniente coronel Montes de Oca avanzara desde Oaxaca para ese rumbo, con la finalidad de apoyar la defensa.[37] La orden fue cumplida de inmediato y al día siguiente el coronel José *Chepito* Herrera le informaba que ya se tomaban las providencias para ello.

La caída de las principales ciudades costeñas en manos de los realistas marcó el fin de poder insurgente en esa parte de la región mixteca. Para que esto sucediera se mezclaron varios factores. Uno de ellos fue que después de la capitulación del puerto de Acapulco los insurgentes sobrevaloraron su control de la región y no sometieron a José Antonio Reguera cuando se negó a aceptar el indulto, permitiéndole que se refugiara en Cruz Grande, muy lejos de la Mixteca, donde finalmente recompuso su ejército hasta ponerlo en condiciones de volver a la lucha; de igual manera se descuidó el trabajo de la iglesia influenciada por las enseñanzas de Antonio Bergoza y Jordán, quien no sólo llamó a defender al rey sino en varias ocasiones se puso al frente de los pueblos para oponerse a los rebeldes. Además de que Vicente Guerrero salió de la región para brindar protección al Congreso, el 15 de febrero Bernardo Portas, comandante insurgente de Tututepec, fue llamado por Ignacio Rayón para que cubriera la ciudad de Huajuapan, porque en esos días ya se sabía que los realistas intentaban recuperar Oaxaca.

[36] Carlos Herrejón, *La independencia según Ignacio Rayón. Ignacio Rayón hijo y otros*, 1985, p. 154.

[37] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Contraataque insurgente

Los insurgentes todavía intentaron un contragolpe que resultó fallido. El 3 de marzo los pueblos de Pinotepa del Rey y Huazolotitlán, donde sus habitantes permanecieron fieles en la lucha por la independencia, se lanzaron contra los realistas. De manera sigilosa, para que los realistas no descubrieran sus planes, comenzaron a organizarse y resistir desde que supieron de los primeros actos contrainsurgentes, y cuando estuvieron preparados tomaron Jamiltepec, donde se encontraban las tropas del cura José Herrera y el capitán Agustín Arrazola, *Zapotillo*. El inesperado ataque tomó por sorpresa a los realistas y 27 de sus efectivos fueron hechos prisioneros.

El 12 de marzo, enterado de la victoria de las tropas insurgentes, Ignacio Rayón instruyó al capitán Matías Cesáreo de las Cabadas, que operaba por los rumbos de Putla y Zacatepec, para que a su nombre "diera las gracias a los vecinos" de Huazolotitlán por haber derrotado a las huestes de Agustín Arrazola, *Zapotillo;* también le ordenó que los 27 presos realistas que se hicieron durante los combates fueran remitidos de inmediato a Huajuapan, para que en ese lugar se les juzgara. No se quedó en eso, él mismo le dio las gracias al subdelegado de Juxtlahuaca, por el apoyo que tan oportunamente había brindado para someter la rebelión de Ometepec, previniéndole que siguiera manteniendo las providencias de seguridad necesarias para no ser sorprendidos.[38]

Cuando el teniente José Antonio Reguera se enteró de la derrota de sus tropas preparó una acción política para convencer a los insurgentes que capitularan, y otra militar por si no lo hacían. La primera fue un decreto del 10 de marzo dirigido a los pueblos de los rebeldes, donde expresaba que su lucha era por que la libertad y la paz volvieran a la Nueva España, lo mismo que por defender al rey Fernando VII, injustamente aprisionado por los franceses. Les explicaba que la causa de la insurgencia no tenía futuro y que la mejor muestra de ello era que en los combates recientes habían perdido todas sus posiciones. Al final los amenazaba con la destrucción de sus vidas y su patrimonio si

[38] *Ibidem*, p. 158.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

persistían en su posición de apoyar a los insurgentes.[39] Al parecer el decreto no tuvo ninguna respuesta positiva, porque dos días después se preparaba para poner en marcha una campaña militar contra los rebeldes y en la que participaba activamente Juan Diego de Bejarano, quien inclusive ya había sometido a Cortijos.[40]

Para someter a los rebeldes José Antonio Reguera envío doscientos infantes al mando del capitán José Alemán y cien hombres a caballo a las órdenes del alférez Juan Nepomuceno Ticó. Los primeros combates entre ambas fuerzas sucedieron en Jamiltepec, pero cuando los insurgentes se dieron cuenta de su desventaja militar salieron rumbo al pueblo de los Amuzgos, en cuyas montañas pensaban hacerse fuertes. El capitán Agustín Arrazola *Zapotillo* los siguió con la intención de no dejarlos atrincherarse, pero la rapidez con que lo hizo le impidió tomar las precauciones que el caso requería y en una cumbre ubicada antes de llegar a los Amuzgos los insurgentes se atrincheraron y cuando los realistas los alcanzaron comenzó una balacera que los obligó a buscar refugio.

El capitán José Antonio Alemán ordenó al alférez Juan Nepomuceno Ticó que al frente de la compañía de caballería de Jamiltepec, reforzada por otros treinta elementos de Cuajinicuilapan, marchara a brindar auxilio a sus compañeros de armas. Con ese fin, el día 28 salió de Jamiltepec rumbo al pueblo de los Amuzgos. En el camino se encontró dos soldados de su bando que llevaban información de la situación a Jamiltepec, quienes les avisaron que más adelante el tiroteo entre las dos tropas continuaba; al darse cuenta que sus compañeros requerían apoyo urgente, Juan Nepomuceno Ticó exhortó a sus soldados para apretar la marcha o, como diría después el alférez: "decir esto y echar a correr fue todo uno."[41]

No habían avanzado más de un cuarto de legua cuando se dieron cuenta que a todo galope venía en sentido contrario el capitán Agustín Arrazola *Zapotillo,* a quien venían a auxiliar. Luego que se encontraron y reconocieron, el capitán informó al alférez que venía huyendo de

[39] Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, pp. 126-127.

[40] *Ibidem*, p. 125.

[41] *Ibidem*, pp. 128-131.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

unos insurgentes que lo perseguían. En esas estaban cuando el sargento Marcos Díaz se acercó a informarles que en la Cuesta Grande, legua y media antes de Sayultepec, los insurgentes venían en un gran número, tanto de caballería como de infantería. Juan Nepomuceno Ticó subió a una cuesta a enterarse por él mismo de la situación dándose cuenta de que en el lugar al que su informante se refería se encontraban como quinientos insurgentes; hizo una rápida evaluación y concluyó que enfrentarlos en inferioridad numérica como se encontraba hubiera sido un desastre, así que ordenó a su tropa atrincherarse donde no los vieran. Quería esperar que la caballería de Cuajunicuilapan se les uniera y juntos entrar en acción.

Los insurgentes se dieron cuenta que los realistas habían decidido enfrentarlos cuando escucharon las notas de su corneta tocando diana, acompañada del redoblar de dos tambores, al mismo tiempo que su bandera revoleaba en el aire. Con esta simbólica maniobra, realizada en medio de montañas donde nadie más que ellos podía verla, el capitán Juan Nepomuceno Ticó buscaba reanimar su débil fuerza, compuesta de 61 infantes que sólo contaban con 45 armas de fuego entre fusiles y escopetas, y veinte elementos de caballería. Cuando las cornetas cesaron sus lúgubres notas, los realistas se dirigieron contra sus enemigos, envueltos en los acordes de los tambores que no cesaban de sonar; no iban en son de ataque, sino sólo a inspeccionar el terreno para decidir si les convenía atacar o no.

Eso era lo que ellos buscaban, pero cuando los insurgentes vieron que se acercaban a sus trincheras mostraron también sus fuerzas. Los dos ejércitos quedaron frente a frente, aunque a una distancia donde era difícil que las balas dieran en el blanco. En esa situación, el comandante realista intuyó que el combate cuerpo a cuerpo era inminente y se preparó para él: ordenó que la mitad de la infantería pasara a la vanguardia y las siete mulas donde transportaban los víveres a la retaguardia. Sabía que las posiciones enemigas les daban una gran ventaja sobre ellos y atacarlos de frente era lo mismo que entregarse, por eso buscó la forma de hacerlo por los costados. Para ello ordenó al capitán Agustín Arrazola *Zapotillo* y al sacerdote José Herrera alejarse de su tropa para reconocer las barrancas próximas a su campo y evaluar la posibilidad de un ataque por los flancos. Los tres jefes militares se die-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ron cuenta de que el terreno no los favorecía pero aún así intentaron un movimiento de distracción.

Estaban preparando la maniobra cuando escucharon el redoblar de los tambores del ejército insurgente llamando a la guerra y vieron que su infantería avanzaba sobre ellos. Como no tenían tiempo que perder, el capitán Juan Nepomuceno Ticó ordenó que sus cornetas y tambores respondieran el desafío. Pero en lugar de poner a su avanzada en posición de guerra el capitán realista ordenó que se sentaran a esperarlos, lo que desconcertó a los insurgentes, quienes siguieron avanzando en dirección de sus enemigos, aunque sin asumir una postura de combate. Cuando ambos ejércitos estuvieron muy cerca, Juan Nepomuceno Ticó les marcó el alto:

> —¡Quien vive!, se escuchó su voz.
> —¡España! Somos compañeros,[42] respondieron los insurgentes

Con esta actitud, los insurgentes querían sorprender a los realistas pero estos no atendían sus voces sino sus movimientos, así se dieron cuenta que mientras la infantería trataba de distraerlos, una columna de caballería intentaba envolverlos por el lado izquierdo, justo por donde los realistas pensaban distraerlos. Con su maniobra descubierta, los realistas se replegaron a su retaguardia para atrincherarse entre el monte. Los insurgentes también notaron el movimiento pero pensaron que se retiraban y se lanzaron contra ellos a todo galope, en medio de un nutrido fuego de cañones y fusilería. Fue un error porque los realistas los recibieron de igual manera, pero ahora ellos tenían el terreno a su favor. Así comenzó un combate que duró más de una hora; los realistas dejaron que los insurgentes se acercaran bastante y cuando los tuvieron a su alcance lanzaron la caballería por los costados para que les cerrara la retirada mientras la infantería atacaba de frente, protegida por un nutrido fuego de fusilería.

Cuando los insurgentes se dieron cuenta de que los habían envuelto intentaron la retirada pero ya era tarde. Entonces la tropa emprendió una desbandada, dejando en el campo 38 muertos y muchos

[42] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

heridos que murieron en el bosque, entre ellos un teniente y tres oficiales, incluido el abanderado. También perdieron un cañón, 32 cartuchos, cuarenta balas de su calibre, 183 estopines, trece buscapiés, 55 piedras de chispa, tres cajones de pertrechos con 989 cartuchos de fusil y escopeta, la bandera que los identificaba como independentistas, cerca de 130 caballos, una petaca con algunas balas sueltas y "otras frioleras". Los realistas no tuvieron ninguna baja. Lo que permitió a su comandante afirmar: "Se reconoce claramente la protección que nos dispensa el señor Dios de los Ejércitos."[43]

La mayoría de los insurgentes que escaparon con vida se dirigieron al pueblo de Zacatepec, a doce leguas de donde fue el reñido ataque. Los realistas los persiguieron hasta los Amuzgos y en el camino asesinaron a todos los que encontraron y consideraron enemigos. Juan Nepomuceno Ticó se justificaría diciendo que era "para escarmiento de insurgentes costeños".[44]

La buena suerte seguía del lado realista. Y ya no iba a cambiar de bando.

[43] *Idem.*

[44] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

VIII. Recuperando terreno

DESPUÉS DE LA DERROTA de las tropas insurgentes en la ciudad de Valladolid y la hacienda de Puruarán, el Congreso de Chilpancingo decidió quitar el ejercicio del Poder Ejecutivo al general José María Morelos y Pavón, ejercerlo él mismo y que sus miembros se separaran para que cada uno actuara en diferente región de la Nueva España. A Ignacio Rayón lo nombraron comandante de las intendencias de Oaxaca, Puebla y Veracruz.

Ignacio Rayón en la Mixteca

Esa determinación sorprendió hasta al beneficiaro, pues entendió que con ella el Congreso despojaba a José María Morelos y Pavón de toda influencia política en una región que años atrás había capturado y mantenido bajo su poder, donde inclusive había formado un gobierno insurgente; al tiempo que lo alejaban del territorio donde siempre actuó con sus hermanos. Sabía de esas implicaciones y, hasta donde pudo, trató de evitarlas, sin evidenciar que no coincidía con ellas. Para el 6 de diciembre ya sabía de esa determinación del Congreso y se dirigió a ellos pidiéndoles que no la llevaran a cabo; su petición fue escuchada pero no atendida: el día 19 el Congreso ratificó su determinación de moverlo de lugar; entonces pidió una prórroga para no marchar hacia su nuevo destino sin antes comunicarse y ponerse de acuerdo con

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

José María Morelos y Pavón. En principio el Congreso estuvo de acuerdo y él aprovechó el tiempo para intentar revertir esa determinación.

Como parte de esas actividades, el día 15 escribió a José María Morelos y Pavón. Le comunicaba la determinación del Congreso de enviarlo a hacerse cargo de la rebelión en las intendencias de Oaxaca, Puebla y Veracruz, que se opuso a ella y como no logró evadirla tenía que obedecer, pero no quería hacerlo sin antes comunicarse con él para "remover todo motivo de resentimiento". Cuando escribió esto seguro pensaba en su decisión de no responder a su llamado de unirse a sus tropas para la toma de la ciudad de Valladolid. Lamentaba que hasta ese momento no hubiera tenido comunicación, porque lo privaba de conocer su opinión sobre la forma de proceder, pero sobre todo de ponerse a sus órdenes.[1]

Tampoco de esta carta recibió respuesta. En esas circunstancias, no le quedó más camino que preparar su partida "trabajando en reunir partiditas, desenterrar armas y arreglar tropas", según le escribió a su hermano Ramón. Pero lo que más le preocupaba eran los efectos que iba a tener el nombramiento hecho por el Congreso que a él le tocaba obedecer. En la carta que envío a su hermano le hacía partícipe de sus congojas:

> Soy consecuente y no quiero dar el menor motivo de sentimiento de mi benemérito jefe. Especialmente en ocasión que un revés de la fortuna lo pone en disposición de sufrir algunos desaires aun de sus más inmediatos aduladores. Si no fuera por este miramiento no tendría embarazo para proceder en una entera libertad sin necesidad de consultarle caso alguno.[2]

Ignacio Rayón salió el 18 de enero de 1814 —cuando la contrainsurgencia en la Mixteca costeña estaba en su mayor apogeo— acompañado por su escolta compuesta de doce soldados, el canónigo José de San Martín —el discípulo del obispo Antonio Bergoza y Jordán que había organizado las milicias para la defensa de Oaxaca y ahora mili-

[1] AGN, *ibidem*, ff. 33 y ss.

[2] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

taba en el bando insurgente con el cargo de vicario general del ejército—, y el pintor y grabador José Luis Rodríguez Alconedo, quien había decidido acompañarlo porque conocía la región y podía ayudarlo a organizar las finanzas insurgentes. Ese mismo día llegaron a Tixtla, donde lo recibió José Rafael Viveros, capitán segundo de la compañía del primer batallón de San Lorenzo; ahí descansó con su escasa tropa y aprovechó para ordenar que se organizara una columna urbana de cincuenta hombres que se encargara de la seguridad de ese pueblo. Al día siguiente continuó su camino rumbo a Chilapa y de ahí pasó a Tlapa, a donde llegó el día 20 de enero.

En esta ciudad se dio tiempo para organizar sus actividades. Escribió al Congreso exponiéndole la conveniencia de que sus miembros se trasladaran a la ciudad de Oaxaca, lugar donde corrían menos peligro que en Chilpancingo,[3] pero sus integrantes no tomaron muy en serio la sugerencia dado que su prioridad era mantenerlo alejado de ellos; junto con ese ofrecimiento les pidió información sobre los lugares a donde lo enviaban a dirigir la política y la guerra.

> Necesito anticipadamente saber la fuerza que tiene V. S. a su disposición, los puntos que ocupan, quienes y con qué, las divisiones que haya inmediatamente así de la nación como enemigos, el estado de la guerra, los planes que estén trazados para la precaución de este y resguardo de las fincas, con todo lo demás que pueda ilustrarme en las providencias con descontento a un fin tan interesante.[4]

Desde ese lugar giró instrucciones a todos los comandantes de la tropa que operaban por la región para que le rindieran informes de la situación en que se encontraban, entre ellos los tenientes coroneles Pascual Machorro, Manuel Mier y Terán y Benito Rocha, que operaban por Tepeaca, Huajuapan y Tehuacán. A Manuel Mier y Terán inclusive le avisó de su próxima llegada al territorio bajo su mando, con el fin de que lo esperara. De todos ellos sólo contestó Benito Rocha, quien en su carta del 29 de ese mes le informaba que los realistas se movían entre

[3] AGN, *ibidem*, f. 11.

[4] AGN, *ibidem*, f. 33.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Veracruz y Puebla, pero ya se ponía de acuerdo con José Joaquín Aguilar, el intendente de la primera provincia, y teniente coronel Ignacio Luna para hacerles frente.

También le informó que el 26 de enero, a las 8 de la mañana, se incorporó a su tropa una partida compuesta de cuarenta jinetes, y que a esa misma hora se descubrió una partida enemiga de 700 soldados que fue atacada por sus tropas y destruida después de un rudo combate; los sobrevivientes se dirigieron hacia Ixtapa, hasta donde fueron perseguidos y sometidos por los insurgentes. El resultado de la acción militar fue de 17 realistas muertos, entre ellos el coronel Justo Berdeja; se puso en prisión a varios combatientes, incluido el ayudante del comandante de la tropa, de apellido Ablanedo, tres gachupines y otros soldados, que fueron remitidos a Huajuapan para que se decidiera su suerte. El mando militar de esa ciudad, con la aprobación de Ignacio Rayón, decidieron fusilarlos para vengar los agravios cometidos por los realistas contra los insurgentes después de la batalla de Valladolid.[5]

De Tlapa Ignacio Rayón se siguió por Nejapa, "pueblo de indios pero bien provisto", según su propio dicho; de ahí agarró camino a Igualtepec y Tacachi, de donde pasó a Ayuquila para llegar a San Jerónimo, donde lo esperaba el teniente coronel Manuel Mier para acompañarlo en su camino a Huajuapan.

Ignacio Rayón en Huajuapan

Tan pronto como se encontraron marcharon rumbo a Huajuapan, a donde llegaron el 29 de febrero. Las tropas insurgentes recibieron al nuevo capitán general de la intendencia de Oaxaca con salvas de artillería y formación de todos los efectivos para que lo saludaran. Ignacio Rayón prestó atención al recibimiento que sus compañeros le brindaban, pero eso no le impidió darse cuenta de las ruinas en que se encontraba la ciudad por los efectos del sitio más largo de la historia vivido hacía dos años. Tampoco le pasó inadvertido el recelo con que el te-

[5] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

niente coronel Manuel Mier y Terán lo recibía, convencido, igual que varios de sus compañeros de armas, de que llegaba a usurpar el lugar que correspondía a José María Morelos y Pavón.[6]

En lugar de continuar su camino a la capital de la intendencia como el Congreso le había ordenado, Ignacio Rayón estableció su cuartel general en Huajuapan. Los motivos de esa decisión los expuso días después en una comunicación que envió al Congreso: "Salí de Chilpancingo con sólo diez hombres y llegué a Huajuapan el siguiente mes de febrero, en donde hice alto, sin atreverme a continuar la marcha, por saber que se preparaba la expedición enemiga que llegó a ese punto el día 14 de marzo."[7]

Sabedor de los planes realistas de recuperar la ciudad de Oaxaca, giró instrucciones a todos los comandantes con tropa a su mando para que se unieran y prepararan la defensa, pero nadie respondió al llamado porque no lo reconocían como comandante; lo miraban como un advenedizo que venía a destruir la obra de José María Morelos y Pavón. En esas circunstancias, sus actividades fueron más de tipo administrativo que militar, actuaciones que a muchos les resultaban, por lo menos, ilógicas si ya sabía que los realistas tenían planes para recuperar la intendencia de la cual él era el capitán general. Dado que nadie confiaba en él, y él no confiaba en nadie, tenía que comenzar de cero, como si nada del gobierno y el ejército existentes sirviera para detener a los enemigos y conservar Oaxaca.

Desde este lugar volvió a escribirle a José María Morelos y Pavón. Previendo que no hubiera recibido las anteriores comunicaciones le daba un pormenor de todas ellas. No le expresaba abiertamente que las tropas que peleaban en la región, particularmente las de los hermanos Nicolás y Migue Bravo y las de Juan Nepomuceno Rosáinz, se negaban a reconocerlo como jefe, pero lo dejaba entrever al informarle que no tenía ninguna intención de moverlos de los lugares donde operaban, "por ser a mi modo ver, necesarísimas", y terminaba poniéndose a sus órdenes: "Suplico a V. A. me comunique sus órdenes."[8]

[6] Carlos Herrejón, *op. cit.*, 1985, pp. 137-140.

[7] *Ibidem*, p. 164.

[8] AGN, *ibidem*, vol. 72, f. 33 y ss.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Su carta quedó sin contestación. El 4 de febrero escribió nuevamente a Miguel Bravo, solicitándole apoyo para cubrir algunas partes del estado de Puebla. El militar tampoco le contestó porque andaba molesto con él y decidió mejor dirigir su comunicación a José María Morelos y Pavón. En la carta que desde Olinalá envío al general el 11 de febrero, le decía que la determinación del Congreso de enviar a Ignacio Rayón a dirigir la guerra por esos rumbos, lejos de apoyar la lucha por la independencia, la entorpecía. Lo acusaba de quitarle gente pagándole doble a los oficiales y soldados; de debilitar sus defensas ordenando a sus soldados se movieran de los lugares que cubrían y de intentar sacarlo de los lugares donde operaba.[9] Las desavenencias entre ambos dirigentes seguían causando estragos en las filas insurgentes.

Dentro de las pocas actividades militares de más relevancia que pudo realizar decidió concentrar la mayor parte de las tropas en la frontera entre las intendencias de Puebla y Oaxaca, en el norte de la Mixteca baja, donde operaba Benito Rocha, quien sí lo reconoció como su superior. El 1 de marzo, antes de abandonar Huajuapan,

IGNACIO RAYÓN.

[9] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ordenó al teniente coronel Manuel Mier y Terán formar un cuerpo de infantería para cubrir la frontera de la provincia. Para sostenerlo comisionó al canónigo José de San Martín que marchara rumbo a la ciudad de Oaxaca, recogiese "las armas que allí hubiese ocultas" y las mandara a Huajuapan a la brevedad posible; también repitió la orden que ya había dado José María Morelos y Pavón para que Benito Rocha marchara rumbo a Tehuacán, a quien no le quedó más remedio que obedecer, dejando como responsable del poder político en la ciudad al brigadier Juan Moctezuma, cura de Songolica.[10] Fue un error, porque en lugar de organizar a la sociedad para mantener la lucha, se dedicó a disfrutar de su posición de poder como si ya hubieran triunfado, inclusive permitió que se disolviera el regimiento que Carlos María de Bustamante había creado después de la toma de la ciudad.[11]

Ese mismo día dispuso que Mariano Aguilar, subdelegado de Acatlán, le remitiera tres cañones que tenía en su poder y doscientas lanzas que estaban repartidas en los pueblos de los alrededores; la orden se cumplió el 17 de ese mismo mes y entonces pidió se le remitieran los otros dos cañones que había colocado el subdelegado de Juxtlahuaca, pero que no recogiera las lanzas. Al dar contestación de recibido aprovechó para escribir al gobernador de indios de Tehuitzingo, ordenándole que redoblaran los esfuerzos en defensa de la nación. El 15 de febrero dispuso que las tropas de Bernardo Portas, quien operaba por la Costa Chica, se concentrara en Huajuapan; hizo otro tanto con los coroneles J. Manuel de Herrera y otro de apellido Peredo, que se encontraban en la capital de la intendencia resguardando las instalaciones del convento de Santo Domingo. La misma orden giró el día 27 de ese mes al capitán Anselmo Aparicio, quien seguramente andaba renuente a obedecer porque la orden iba acompañada con la amenaza de ser castigado severamente si no obedecía.[12]

Dentro de sus medidas administrativas las había de diversa índole, entre ellas económicas. El 14 de febrero Ignacio Rayón instruyó a Marcial de Leiva, administrador de las haciendas de las mixtecas oaxa-

[10] Carlos Herrejón, *op. cit.*, 1985, p. 164.

[11] José Antonio Gay, *op. cit.*, p. 483.

[12] Carlos Herrejón, *ibidem*, pp. 140-148.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

queña y poblana, para que recogiera los productos del trabajo de esas fincas, cuidara que siguieran produciendo y le rindiera cuentas de los resultados directamente. El 26 se dirigió a Francisco Diego de Ajá, interventor del ejército insurgente en Petlalcingo, expresándole su extrañeza por no recibir informes sobre los resultados de la venta del sebo ni la existencia de esta mercancía en su poder. Ese mismo día escribió al subdelegado de Tlapa ordenándole vendiera el cebo que tuvieran "a seis pesos el cordón lo menos" y si no hubiera condiciones para su venta a ese precio lo pusiera a disposición de don J. Antonio Amador, "a quien se le han dado las órdenes convenientes sobre el particular".[13]

También hubo disposiciones de otro tipo. El 18 de febrero se dirigió a José Luis Rodríguez Alconedo, quien actuaba como administrador de las alcabalas de Huajuapan, ordenándole que los dependientes de hacienda quedaran exentos del servicio de las armas. El 19 escribía a José Antonio de la Parra y López, encargado de la justicia en Tlapa, pidiéndole informes sobre los últimos acontecimientos militares en la región; en la misma fecha solicitó a Mariano Aguirre le informara de la situación en que se encontraba el pueblo de Tehuitzingo después de la entrada de las tropas realistas, petición que extendió al encargado de la justicia en Chila. También se dirigió al subdelegado de Acatlán aceptando se concediera permiso a los indios del pueblo para colocar badajos a sus campanas. El día 20 escribió al sacerdote Carlos Franco, agradeciéndole la información que le envío sobre los puntos fortificados en Coixtlahuaca; y al comandante de Tepeji de las Sedas solicitó su intervención ante el cura de San Vicente para que dejara continuar para Huajuapan a cuatro reos que se habían acogido a la protección de la iglesia.

El día 25 se comunicó con el encargado de justicia del partido de Acatlán, Bruno Benavides, agradeciéndole la información sobre los movimientos del enemigo en el pueblo de Tejalpa; el 28 volvió a escribirle para agradecerle que le informara del retiro de la partida realista de Izúcar, llevándose cinco cañones; otro tanto hizo con Félix Cásares, administrador de las alcabalas en Izúcar, agradeciéndole el plano geográfico que le remitió de aquel pueblo. Ese mismo día volvió a escribir

[13] *ibidem*, pp. 142 y 149.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

al subdelegado de Tlapa, esta vez para ordenarle remitiera para Huajuapan todo el sebo que tuviera, y al gobernador de la república de Tamazulapan, agradeciéndoles los bizcochos y el pan que le envío;[14] a Pedro Elias Bean le encargó que activara y perfeccionara la producción de salitre, y a José Luis Rodríguez Alconedo le encomendó la formación de un cuño para fabricar monedas de cobre.

En marzo de ese mismo año, cuando las tropas realistas emprendieron la campaña para recuperar Oaxaca, Ignacio Rayón salió de Huajuapan y se marchó rumbo a Zacatlán, pueblo de la intendencia poblana dominado por los insurgentes. Salió de la intendencia de Oaxaca pero no renunció a su influencia en ella, ni a los recursos económicos que podía proporcionales. Antes de emprender el camino a su nuevo destino, ordenó al coronel José *Chepito* Herrera que siguiera recolectando los diezmos de la Mixteca y se los remitiera, vigilando que nada fuera hacia la capital, dominada por los realistas. A Benito Rocha y al brigadier Juan Moctezuma les ordenó sacar de la capital la grana y cuanta mercancía hubiera en ella, antes que los realistas la ocuparan.[15]

Para ese momento era claro que tenía más dotes de administrador que de militar, que era lo que en ese momento se necesitaba y para ello lo había comisionado el Congreso de Chilpancingo. Ninguna campaña militar preparó para la defensa de la intendencia en ese primer mes del gobierno, su capacidad y conocimiento para desempeñarse como intendente y capitán general de la intendencia de Oaxaca no se vio por ningún lado, y la situación política y militar de la intendencia empeoró. Aunque no todo era culpa de él, porque también fue víctima de las circunstancias y problemas internos entre los insurgentes. José Luis Rodríguez Alconedo cayó prisionero el día 25 de septiembre en la ciudad de Zacatlán, junto con el Dr. Manuel Sabino Crespo, de ahí fueron conducidos a la ciudad de Apam y pasados por las armas.[16] Ignacio Rayón marchó entonces a la ciudad de Tehuacán, donde operaba Manuel Mier y Terán.

[14] *Ibidem*, pp. 142-150.

[15] José Antonio Gay, *op. cit.*, pp. 447-448.

[16] José María Miquel y Vergés, *op. cit.*, p. 506.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Los realistas recuperan Oaxaca

Como consecuencia de esta situación, las cosas en la Mixteca se siguieron agravando, al grado que sus problemas con el Congreso aumentaron. Al enterarse de la situación, José María Morelos y Pavón, que ya andaba por Coyuca, muy lejos de la Mixteca, se mostraba preocupado por esta situación y no lo ocultaba: "Valía más que volviese donde lo conocen que a donde vaya a seducir a los soldados que yo he creado y perder un día el fruto de mis fatigas".[17]

Mientras tanto las tropas realistas se reorganizaban para seguir avanzando. El 17 de marzo de 1813 el nuevo virrey nombró al señor Conde de Castro y Terreño comandante general del ejército del sur, y como tal le correspondió elaborar la estrategia para terminar con la insurgencia.[18] Félix María Calleja consideraba que una vez derrotadas las fuerzas insurgentes en Valladolid, los esfuerzos debían enfocarse a recuperar la ciudad de Oaxaca, que era otro de los baluartes insurgentes. Para ello se elaboró un complejo plan de acción que incluía la concentración de diversas fuerzas bajo un sólo mando, con suficientes pertrechos y alimentos para el camino, apoyos colaterales para evitar ser atacado por los insurgentes que operaban en la intendencia de Puebla, medidas para infundir temor entre los pueblos, formas de tratar a los soldados, y qué hacer al llegar a Oaxaca, entre otras cosas.

Al frente del ejército que marcharía sobre Oaxaca se puso al coronel Melchor Álvarez. La campaña comenzó el 10 de marzo de 1814, en la ciudad de Tepeaca. En ese lugar se reunieron el batallón de Lobera, compuesto de 600 elementos; el de Castilla con 400; y un tercero, que comandaba el propio Melchor Álvarez, compuesto por otros 439 soldados. También participaba el Escuadrón de Dragones de México, con 150 integrantes; y el de San Carlos con 140. En suma, 1800 soldados para someter Oaxaca, armados de dos obuses de 7 pulgadas, dos cañones de ocho, y dos de cuatro con sus correspondientes carros y municiones, así como 180 mil cartuchos, sin contar los que llevaban los soldados. Como parte de sus pertrechos llevaban 40 tiendas de campaña,

[17] José Antonio Gay, *op. cit.*, p. 473.

[18] AGN, *idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

un hospital con dos galeras atendidas por tres médicos y dos practicantes, la tesorería para el pago del personal, 45 mil raciones de alimentos, cinco cajones de herraduras para los caballos, mil camisas y pantalones y tres mil pares de zapatos.[19]

Su destino inmediato era ocupar la ciudad de Huajuapan, donde suponían se encontraba el gobierno de Ignacio Rayón, pero también centro estratégico para controlar el resto de la Mixteca. Con la finalidad de evitar que los insurgentes que operaban entre Izúcar y Huajuapan intentaran impedir su avance, se ordenó al coronel José Gabriel Armijo y al comandante Félix Lamadrid se movieran por Tlapa, para llamar su atención hacia esos puntos. Dos días antes de que las tropas realistas emprendieran su marcha, los jefes militares a su mando recibieron la siguiente orden:

> El 11 del actual emprende su marcha desde Tepeaca por Huajuapan una fuerte División mandada por el Señor Coronel Don Melchor Álvarez con destino a Oaxaca y siendo muy útil y conveniente la dispersión de las gavillas situadas entre Chilapa, Izúcar y aquel punto de Huajuapan, prevengo a usted que si otras atenciones mayores no se lo impiden, haga con algunos de su tropa un movimiento sobre Tlapa, en el concepto de que encargo al capitán comandante Félix de la Madrid, verifique con la fuerza disponible de la guarnición de Izúcar dejando esta plaza en seguridad, otro movimiento sobre el mismo punto de Tlapa, teniendo entendido que el día 20 ó 21 estará en Huajuapan la expresada fuerte división para seguir su marcha a Oaxaca.[20]

Con todas esas prevenciones la fuerza expedicionaria llegó a Huajuapan sin ningún contratiempo. Luego que tomó posesión de la ciudad, Melchor Álvarez dispuso que las tropas al mando del coronel Francisco Hevia permanecieran vigilando los movimientos de los insurgentes por esa parte de la región, como era la orden que había recibido: "Llegando a Huajuapan dejará en aquel punto todo lo que exceda de 1000 hombres siempre que no haya motivo que lo impida, los cuales

[19] Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, p. 183.

[20] *Ibidem*, p. 180.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

permanecerán situados allí y bajarán a Tehuacán, Valle de San Andrés o en derechura de esta capital, según las circunstancias."[21]

Dispuesto lo anterior, el ejército realista tomó camino a la capital de Oaxaca, para lo cual tuvo necesidad de cruzar toda la Mixteca alta, lugar donde se habían dado los combates más importantes en los dos años anteriores. Pasó por Tamazulapan, Tejupan, Yanhuitlán, Nochixtlán y finalmente Huitzo. Por todos esos pueblos fue mostrando su potencial militar y capacidad de fuego, con la idea de infundir temor entre sus habitantes, como era la orden que llevaba: "Hará vuestra señoría alarde de las fuerzas de su división, tomando todas aquellas medidas militares que le parezcan necesarias".[22]

El 29 de marzo de 1814 los realistas entraron a Oaxaca de manera pacífica, porque nadie les opuso resistencia. No sólo eso, el canónigo José de San Martín, quien había llegado a la región con el comandante Ignacio Rayón, junto con José María Murguía Galardi, nombrado intendente por las fuerzas de José María Morelos y Pavón dos años antes y miembro del Congreso de Chilpancingo, salieron a recibirlos como si fueran compañeros que hacía tiempo no se habían visto.[23] Los insurgentes perdían uno de sus bastiones más importantes en el sur de la Nueva España.

Lo primero que hizo el coronel Melchor Álvarez como comandante del ejército de ocupación fue reorganizar el gobierno de la intendencia y las fuerzas armadas que lo sostuvieran. Contra lo que muchos esperaban, no impuso el orden colonial que añoraban los realistas, sino mantuvo el liberal con algunas modificaciones. No es que estuviera de acuerdo con los independentistas, sino que buscara ganarse las bases de los insurgentes y para hacerlo necesitaba darles juego, abrirles espacios o mantener los que tenían, después ya habría oportunidad de mostrar sus verdaderas intenciones. Cuando convocó a elecciones asumió la misma actitud, dejando claro que podrían participar "todas aquellos españoles que por ambas líneas traen su origen de los dominios españoles de ambos hemisferios".

[21] *Ibidem*, p. 183.

[22] *Idem.*

[23] Vicente Riva Palacio, *et al.*, *op. cit.*, pp. 31-32.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Era una forma de decir que podrían participar todos los oaxaqueños, incluidos los indígenas. Este asunto fue enfatizado por el comandante realista, anotando en la convocatoria que podrían votar y ser votados para algún cargo "todo español e yndio puro todo castizo o mestizo".[24] Sólo quedaban fuera los negros, una omisión injusta porque eran los que más apoyaban a los realistas para mantener a raya a los insurgentes. Con todo era una medida importante, que ni los insurgentes habían implementado cuando se hicieron del poder en noviembre de 1813, pues en la elección de las nuevas autoridades sólo convocaron a los españoles. Estaban por verse los resultados y éstos favorecieron la participación de españoles, inclusive se ratificó a José María Murguía y Galardi en su cargo de intendente. Cambiaban las formas, no la sustancia de las cosas, mas para quienes dirigían la lucha eso era importante.

Después abrió comunicación con los negros fieles al orden virreinal que operaban en la costa, lo mismo que con las tropas de Veracruz y Guatemala. Ahora que habían recuperado la intendencia que los insurgentes habían tenido en su poder iban a hacer lo que ellos no hicieron: tender redes de comunicación y apoyo con toda la región, para seguir minando el débil poder de los rebeldes. La benevolencia con que se trató a los habitantes de la ciudad duró muy poco, el tiempo que los ocupantes necesitaban para tomar las riendas de ella y la intendencia. Los cambios económicos y sociales que los comerciantes y demás simpatizantes de la causa realista esperaban no llegaron; la situación empeoró y hubo varias acusaciones contra Melchor Álvarez, pero mientras Félix María Calleja estuvo en el puesto de virrey lo protegió y ninguna prosperó.

Lo anterior sucedió al paso del tiempo. Por lo pronto, la recuperación de Oaxaca por los realistas abrió otra grieta entre las filas insurgentes. Juan Nepomuceno Rosáinz intentó disputarle a Ignacio Rayón el mando de la intendencia de Oaxaca, amparado en un nombramiento que el Congreso le había entregado a él para hacerse cargo de las in-

[24] Peter Guardino, "'No se nos debe desigualar': movilización realista, ideario insurgente y liberalismo español en Oaxaca, México", en Daniela Traffano (coord.), *Reconociendo al pasado: miradas históricas sobre Oaxaca*, 2005, p. 180.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

tendencias de Veracruz, Puebla y el norte de México. Después de que las tropas realistas ocuparon Oaxaca, acusó abiertamente a Ignacio Rayón de ser responsable de esa pérdida. Ignacio Rayón le respondió en el informe al Congreso:

> El verdadero motivo de haberse perdido aquella provincia, fue el haberse quedado sin tropas ni armas. [....] No se defendió Oaxaca, porque después de haberse puesto el mayor empeño en desarmarla, quedaron seriamente notificadas las rateras partidas de los Sres. Bravo, de no obedecer otras órdenes que las del Sr. Morelos, como con encogimiento contestó el brigadier don Miguel cuando le oficié para que se me reuniera [...]. Se perdió Oaxaca porque residiendo allí el mariscal Anaya, el canónico y mariscal Velasco y otros dignos émulos de Rosáinz, persuadieron y aun instaron al intendente, tribunales y oficinas, que no debía obedecerse al congreso, a mi ni a otro alguno que no fuera el Sr. Morelos, con lo cual carecía de los auxilios que podía franquear para su defensa aquella desgraciada capital.[25]

La unidad insurgente de los primeros años de lucha se iba resquebrajando.

Derrotas insurgentes en la Mixteca alta

Con la recuperación de la ciudad de Oaxaca los realistas iniciaron la recuperación del territorio mixteco en poder de los insurgentes, que era la parte de la intendencia donde con más fuerza se mostraban. Sabían de la falta de coordinación entre ellos, lo mismo que de las diversas facciones en sus filas, y pensaban aprovecharlas. Seguramente el clérigo José de San Martín y José María Murguía y Galardi, prominentes independentistas que ahora estaban con ellos, les brindaron toda la información que conocían para organizar la mejor forma de llevar a cabo esta empresa.

La elaboración de la estrategia para recuperar la Mixteca no les tomó mucho tiempo. Para la segunda quincena de abril de ese año el

[25] Carlos Herrejón, *op. cit.*, 1985, pp. 164-165.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

teniente Manuel Obeso, comandante de la infantería de Saboya, reforzado por la caballería de San Carlos recibió la orden de marchar hacia la región y someter a los rebeldes. Éste enfiló hacia la ciudad de Tlaxiaco, donde varios jefes insurgentes se habían concentrado en el cerro del Coyote y San Esteban, desde donde controlaban gran parte de la Mixteca alta lidereados por José *Chepito* Herrera.

El 24 de abril Manuel Obeso y su gente llegaron a la ciudad de Tlaxiaco, entre las ocho y nueve de la mañana, cuando el sol apenas comenzaba a calentar la montaña y el vapor de la tierra mojada por las torrenciales lluvias se elevaba sobre las escasas construcciones de adobe que existían en ella. Los realistas llegaron con todas las precauciones del caso porque tenían noticias de que en ese lugar se concentraban los insurgentes; pero aunque sus informes era ciertos no encontraron a nadie, pues también los espías insurgentes se enteraron de su llegada y lo comunicaron a sus compañeros, quienes un día antes desalojaron la plaza y agarraron camino al suroeste para posicionarse en los cerros cercanos, donde contaban con las ventajas que la geografía les brindaba.

Las tropas realistas se preparaban para descansar un rato antes de iniciar la incursión en la sierra, cuando su comandante fue avisado que una partida de insurgentes, al mando de Anselmo Aparicio, se encontraban en las orillas del pueblo. Inmediatamente dio orden que una partida de la caballería de San Carlos y otra de infantería de Saboya fueran a perseguirlos, orden que cumplieron en el acto. O los insurgentes andaban descuidados, cosa que no es creíble sabiendo que el enemigo se encontraba cerca de ellos, o estaban provocando a los realistas para que los siguieran hasta donde sus compañeros se encontraban atrincherados; lo cierto es que los realistas los persiguieron cerca de dos leguas al sur, donde hubo un enfrentamiento con resultados favorables a éstos. No les hicieron ninguna baja humana pero les quitaron un caballo, cuatro mulas, un trabuco, unas pistolas y alguna correspondencia.[26]

Todo el resto del día el comandante realista lo ocupó para informarse sobre el rumbo que tomaron los insurgentes cuando desaloja-

[26] José Antonio Gay, *op. cit.*, pp. 488-489.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ron la plaza, con la idea de salir al día siguiente sobre ellos. Eso pensaba pero el destino disponía otra cosa. Como a las cinco de la tarde de ese mismo día un informante le avisó que en el cerro del Coyote se encontraba un buen contingente de ellos. Lo que sucedió después lo narró el mismo Manuel Obeso en el informe que rindió al teniente Melchor Álvarez, comandante general de la Tercera División del Sur:

> En el momento sali a hacer el reconocimiento y certificado que fui de ello, y que se hallaban en toda su fuerza que serian de unos cuatrocientos o quinientos hombres de caballeria y infanteria con una pieza de a dos situada en el centro de la batalla que tenian formada en dicha loma con todo el cuerpo de ellos extendiendose por su derecha un grueso de caballeria manifestándome querer cargarme por mi izquierda al parecer, en estas circunstancias mande salir la valerosa compañía de San Carlos al mando de su capitan Dn. Domingo Varte, para que vatiendolos auxiliados al efecto con una mitad de granaderos de Savoya los iciese replegar sobre la izquierda de ellos y unirse con toda la demás fuerza que se hallaba en la referida loma, mientras yo con la compañía de cazadores y parte de granaderos y de la 3ª del Regimiento de Savoya les llamaba por el frente la atención aguardando que mi caballería verificase el replegar y cargar aquellos sobre la izquierda como deseaba, para en este momento atraerlos yo por el frente y derecha como lo verifique.[27]

Después de un rudo combate los realistas se impusieron y al caer la noche los insurgentes se dispersaron, tomando la mayoría de ellos rumbo al cerro de San Esteban, donde construyeron un fuerte que sería de los últimos en caer en poder de los realistas. En el campo de batalla quedaron 93 insurgentes muertos, más trece prisioneros que fueron pasados por las armas al día siguiente; también dejaron 22 caballos y 19 mulas "de carga y silla", 32 fusiles, y un número igual de carabinas. Cinco escopetas, un trabuco, 46 machetes, tres tambores de guerra, una bandera y tres banderines; un cañón y dos mulas que lo trasportaban, 39 cartucheras, un cajón de cartuchos de cañón de dos y varias lanzas.

[27] AGN, *ibidem*, vol. 1, ff. 71-74.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Los curas seguían teniendo un papel importante en la guerra. En el informe rendido, el comandante realista así lo reconocía:

> Recomiendo a Ud. *mui* en particular M.R.R. Jr. Bernardo Fernandez, religioso dominico, quien no tan solamente no nos ha *avandonado* en toda nuestra marcha, sino que en el dia del ataque con su machete en la mano avanzaba al enemigo de la tropa y lo hizo sobre el cañon, es digno de publicarlo para que sirva de estimulo a los demas de su clase.[28]

La unión de los poderes militar, religioso y civil seguía causando estragos en las filas insurgentes.

Al saber de la derrota de las fuerzas de José *Chepito* Herrera, Juan Nepomuceno Rosáinz, que se encontraba en Tehuacán, comisionó a Ramón Sesma, quien operaba por el rumbo de Silacayoapan, para que entrara a la Mixteca alta y promoviera la rebelión. No lo decía, pero en los hechos estaba retirando a José *Chepito* Herrera la responsabilidad que Ignacio Rayón le había delegado para conducir la guerra en la región. La disputa que hacía meses sostenían Ignacio Rayón y Juan Nepomuceno Rosáinz por el liderazgo de la guerra estaba afectando su conducción en la Mixteca. Ramón Sesma llegó a Tlaxiaco pocos días después de la derrota de José *Chepito* Herrera, reunió a los soldados que andaban dispersos después de la derrota del cerro del Coyote y con ellos se atrincheró en otro cerro ubicado al oriente de Tlaxiaco, de poca altura pero de difícil y áspera subida. Manuel Obeso se apresuró a atacarlo en esa posición, para evitar que las fuerzas insurgentes se repusieran. Era una empresa que consideraba fácil, ya que se habían unido a sus fuerzas las del batallón de Lobera y los patriotas que se habían organizado en Teposcolula.

Seguro de su triunfo, ordenó a su caballería tenderse en la llanura para evitar que los insurgentes, en su fuga, tomaran camino rumbo a Magdalena, llegaran a Chalcatongo y de ahí se refugiaran en la montaña. Para el ataque dividió a su tropa en cuatro columnas, que marcharon al redoble de los tambores de guerra. Los insurgentes se dieron

[28] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

cuenta de las maniobras preparatorias del ataque en su contra pero no se movieron de sus posiciones, parecía que serenamente miraran cómo las tropas enemigas escalaban las encumbradas lomas para llegar a donde ellos se encontraban. Parecía, porque sus rivales ya les tenían preparado su recibimiento: cuando los confiados soldados realistas estaban a punto de llegar a la cima, los insurgentes comenzaron a rodar sobre ellos grandes piedras que habían juntado para defenderse. Imposibilitados para cubrirse o echar mano de sus armas, los realistas eran arrastrados por piedras que les causaban grandes bajas, y al final los derrotaron. Los pocos que lograron escapar huyeron en desorden y no pararon hasta llegar a Teposcolula. La gente de la región dice que por esa derrota los españoles pusieron a ese lugar el nombre de cerro Encantado.[29]

Después del triunfo insurgente surgió una fuerte rivalidad entre Ramón Sesma y José *Chepito* Herrera, el insurgente triunfador en el cerro Encantado y su compañero derrotado en el cerro del Coyote. Ambos tenían la misma comisión, pero Ramón Sesma, a diferencia de José *Chepito* Herrera, había resultado vencedor; por eso el primero se consideró con una autoridad más legítima que la de su compañero de armas, y en lugar de incorporarlo a su tropa decidió ponerlo en prisión y remitirlo con Juan Nepomuceno Rosáinz a Tehuacán, para que lo juzgara por sus derrotas. Así lo hizo, pero su deseo no se cumplió porque la gente que lo conducía se topó en el camino con las tropas de Manuel Mier y Terán, que se había apartado de Ignacio Rayón y se dirigía a la Mixteca; les advirtió de lo peligroso que era realizar el traslado por las emboscadas de las tropas enemigas ubicadas en todos los caminos y los invitó a que se unieran todos en defensa de la común causa, pues así serían más fuertes. Los convenció y todos juntos enfilaron para Silacayoapan.

En ese lugar entraron en contacto con Ramón Sesma, quien no comulgaba con Vicente Guerrero y hasta había conspirado contra él. Lo que los motivó para olvidar sus diferencias y acercarse mutuamente fue saber que, después del sometimiento de los más importantes fuertes en la Mixteca alta, los realistas irían sobre ellos y la unidad

[29] José Antonio Gay, *op. cit.*, p. 489.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

para la defensa resultaba necesaria. Ponerse de acuerdo, aunque fuese coyunturalmente, fue importante porque unieron sus esfuerzos y presentaron una resistencia más enérgica: se fortificaron en los cerros aledaños, fundieron cañones y fabricaron balas usando las flautas del órgano de la iglesia, se proveyeron de todo lo indispensable para la defensa. Los resultados se verían muy pronto.[30]

Recuperación de la costa

Después de la batalla del cerro del Coyote, la guerra insurgente en esa parte de la región mixteca fue reducida a pequeñas bandas que pelearon en una guerra de guerrillas, pero ya no representaron el peligro que antes fueron para el poder realista. Los contingentes más importantes abandonaron la Mixteca alta y se internaron en la parte costeña, donde sus compañeros ya habían derrotado a sus enemigos. Conscientes de esa situación, los realistas dejaron las fuerzas suficientes para evitar que crecieran y dirigieron sus esfuerzos hacia la Mixteca de la costa con los mismos fines. Miguel Álvarez, el comandante de las fuerzas realistas en Oaxaca, aprovechó para posicionar a un ejército del que el virrey no tuviera duda sobre su lealtad, desplazando del poder a las fuerzas del teniente José Antonio Reguera, quien después de sus anteriores triunfos había instalado su cuartel de operaciones en Ometepec, desde donde pensaba organizar la campaña para recuperar el puerto de Acapulco.

Para los habitantes de la Mixteca costeña era claro que el héroe de las batallas contra los insurgentes era él y eso generaba envidias. El coronel José Gabriel Armijo, quien operaba por los rumbos de Tlapa, y le había regateado todo tipo de apoyo en su campaña para desalojar a los realistas de la costa, era el que más lo mostraba. Llegó inclusive a decir al virrey que José Antonio Reguera combatía a los insurgentes por la intendencia de Oaxaca para no brindarle apoyo para recuperar el puerto de Acapulco. El diferendo lo resolvió el propio virrey, extendiendo el nombramiento a José Gabriel Armijo para que operara desde

[30] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

la montaña hasta la costa, desde Mezcala hasta Acapulco. Cuando se le comunicó esa decisión, a José Antonio Reguera no le quedó más remedio que aceptar, a riesgo de ser considerado traidor, como muchos sospechaban, a pesar de sus recientes triunfos: "Quedo impuesto de esta orden y cumpliré con ella en toda su expansión",[31] dijo al virrey.

La aceptación implicaba quedar bajo las órdenes de José Gabriel Armijo, quien comenzó a enviarlo a campañas fuera de la Costa Chica con la finalidad de desarraigarlo, al tiempo que introducía funcionarios de otras latitudes en la administración regional. El 2 de abril una parte de sus fuerzas se localizaban a orillas del río Quetzala, combatiendo a los insurgentes que operaban en ese lugar. Con el apoyo de las fuerzas realistas de Tlapa y la Mixteca, los insurgentes fueron derrotados en esa batalla. El subteniente Miguel Illesca llegó tarde al combate, pero todavía alcanzó a perseguir a los insurgentes que huían después de ser vencidos. Como no encontraron a los combatientes agredieron a las mujeres que se encontraban indefensas. A varias de ellas las mataron ahí mismo y a otras las enviaron prisioneras a Ometepec. Para justificar tal acción, José Antonio Reguera diría en su informe al virrey: "Para que los infames carezcan de todo auxilio".[32]

El 16 de abril José Antonio Reguera daba por pacificada totalmente la Costa Chica, y entre ella la Mixteca costeña. En una comunicación que ese día envío al virrey, le informaba: "Tengo la satisfacción de decir a V. Excelencia que he concluido la reconquista de las dos provincias de Ometepec y Jamiltepec abriendo las comunicaciones con Chilapa, Tlapa y Oaxaca, no quedando mas que partidillas de ladrones dispersadas por los montes que jamás levantarán la cabeza, ni estos ni los de fuera, en el suelo de la costa."[33]

Más tardó en esperar una respuesta satisfactoria a tan feliz noticia que en encontrarse con una situación bastante diferente. El 24 de ese mismo mes llegaron a Ometepec los señores Francisco Gómez y el anterior subdelegado, un español de nombre Francisco Zavala, con la misión de hacerse cargo de las provincias de Ometepec y Jamiltepec,

[31] Rosalba Montiel (comp.), *op. cit.*, p. 132.

[32] *Ibidem*, p. 135.

[33] *Ibidem*, p. 136.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

respectivamente, destituyendo a los funcionarios que José Antonio Reguera había nombrado para esos puestos, lo que consideró una ofensa. En carta del día 29 de abril, bastante molesto, le escribía al virrey:

> Mañana 30 del que acaba, se despojará al que estaba por mi D. Manuel de León, y se le dará el bastón al comisionado Zavala, consecutivamente se hará lo mismo con Labastida de Jamiltepec, para que ambas provincias queden sujetas al referido Zavala como me ordena el Sr. Armijo, ambos quedan desairados y yo con la facultad que V. E. se había dignado conferirme aprobándome todo cuanto yo hiciera concerniente al buen éxito militar y tranquilidad de la patria.[34]

En ese mes de abril todavía se dio un encuentro entre las tropas realistas y las insurgentes. Todo comenzó cuando las primeras se dieron cuenta de que las segundas, que controlaban la parte de la Mixteca entre Putla y Tlaxiaco, intentaban abarcar más territorio moviéndose hacia el sur, llegando hasta el pueblo de Amuzgos, donde habían tenido lugar las últimas batallas. Desde Jamiltepec José Antonio Reguera organizó una batida para dispersarlos. El 10 de abril ambos bandos se encontraron en Monte Albán, donde los insurgentes se habían fortificado. Fue un combate ligero porque, contra lo que el jefe realista supuso, los insurgentes se retiraron al cerro de Santa Rosa, dejando franco el paso por los Amuzgos y Zacatepec, con la intención de que avanzaran hacia el norte, donde ellos dominaban y ahí dar el combate. Pero también los insurgentes fallaron en sus suposiciones, ya que el jefe realista no siguió rumbo a la capital, ni siquiera juzgó prudente llegar a Santa Rosa, regresó sobre sus pasos para retornar a Jamiltepec; antes de hacerlo dejó vigilantes para que le informaran de los movimientos de los insurgentes. Durante su regreso se topó con unos correos que llevaban información de los insurgentes a Pinotepa y Huazolotitlán, fusilándolos en el acto.

Diez días después unos espías le informaban que sus enemigos, en número de 1500 soldados de caballería y 500 de infantería, armados de cuatro cañones, al mando de Adame, Cabada, Mentado y Morales,

[34] *Ibidem*, p. 138-139.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

nuevamente se habían fortificado en la cuesta de Amuzgos. Inmediatamente reunió a 400 infantes de las compañías de Ometepec, Copala y San Marcos reforzados por 80 soldados de caballería de Jamiltepec, comandados por Agustín Arrazola *Zapotillo*, para hacerles frente. El día 21 se puso en marcha rumbo a su destino y en Cacahuatepec instaló su cuartel, desde donde provocaba constantemente a sus enemigos con la idea de que abandonaran sus trincheras y salieran a pelear a campo abierto, pero éstos no cayeron en la trampa.

No teniendo otra mejor opción, José Antonio Reguera tomó la iniciativa. Se había dado cuenta de que numéricamente su ejército era inferior al de sus enemigos y ordenó al teniente Juan Nepomuceno Ticó, que se había quedado en Jamiltepec, le enviara 300 hombres y éste le envío 250 al mando de Juan Diego de Bejarano y 50 de infantería a las órdenes del subteniente Lorenzo Zamora. Con esas fuerzas comenzó el combate. Ese mismo día las tropas de Juan Diego de Bejarano enfrentaron y derrotaron a los rebeldes de Huehuetlan acaudillados por Juan del Carmen, lugarteniente de Vicente Guerrero, quienes perdieron 35 hombres en acción, otros huyeron heridos, dejando cuatro armas de fuego que sus enemigos recuperaron. Juan del Carmen escapó gracias a la velocidad de su caballo, que lo puso fuera del alcance realista.

El 23 de abril las fuerzas de Juan Diego de Bejarano llegaron al campamento de Cacahuatepec y con ellas se planeó el ataque. Para comenzar simularon una retirada con la finalidad de forzar a los insurgentes a que salieran de sus trincheras de la cuesta de Amuzgos y enfrentarlos en campo abierto. Pero los insurgentes presintieron la maniobra y no se movieron de sus posiciones. Sin otra opción, por la noche José Antonio Reguera levantó el campo de Cacahuatepec para marchar al día siguiente sobre sus enemigos. Fueron 480 hombres que se movieron en la oscuridad y se colocaron donde los contrarios pudieran verlos, con la idea de provocarlos a la lucha. A las ocho de la mañana del día siguientes los realistas iniciaron el ataque. Quien primero entró en acción fue el capitán Agustín Arrazola *Zapotillo*, al frente de 80 soldados de caballería; no lo hizo directamente, sólo montó una escaramuza para probar la potencia de su artillería y murallas que los protegían.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Esta vez los insurgentes mordieron el anzuelo y descubrieron el armamento y los pertrechos con que contaban. Con estos conocimientos José Antonio Reguera formalizó el ataque definitivo. Para llevarlo a cabo dividió sus fuerzas en cuatro columnas que atacarían simultáneamente igual número de objetivos. Al frente mandó a Agustín Arrazola *Zapotillo* con su caballería; por el flanco izquierdo al teniente de la 3ª infantería, con 60 fusiles y 40 caballos, estos últimos mandados por Francisco Santa María con el objetivo de evitar cualquier retirada; por la retaguardia se envió al teniente Juan Nepomuceno Ticó, con 40 fusiles de la 1ª compañía y veinte de la 3ª, de Cruz Grande, además de cien caballos al mando de Juan Diego de Bejarano. El cuarto grupo quedó de reserva, para auxiliar a los combatientes donde las circunstancias lo pidiesen.

A las diez y media de la mañana las tres columnas marcharon con la orden de abrir fuego al mismo tiempo, cada una en sus respectivos objetivos. El combate entre ambos ejércitos comenzó y conforme el tiempo pasaba se fue tornando más feroz. El ánimo de los realistas estaba más en alto por los triunfos logrados con anterioridad, y eso —junto con su armamento— pesó finalmente en el resultado de la contienda. A pesar de que los insurgentes contaban con más efectivos y estaban mejor posicionados en el terreno, al final fueron derrotados y abandonaron el campo de batalla. Ahí quedaron como prueba de su derrota 185 insurgentes muertos, entre ellos los capitanes, Mentado Simón Morales, y otro de igual grado del que no se supo su nombre; el teniente Pedro Silva *Chulita* y el alférez Manuel Ambrosio; un buen número de heridos; tres cañones, uno de ellos inservible; 60 armas de fuego, la mayor parte escopetas, un cajón de pólvora en grano, seis de taquetes de la artillería, 320 violentos, 570 estopines, 215 arboletas, tres armadas, tres barriles de aguardiente de Castilla, cuatro baúles de ropa, una carga de azúcar y dos cajones de jabón".

En su informe, el teniente José Antonio Reguera, afirmaba:

> Esta acción ha sido de gran interés para esta costa porque de la decisión de este choque dependía la tranquilidad, o nueva convulsión de ella, a causa de que muchos que hasta hora se han mantenido vacilantes verán que las triunfantes armas de S.M. saben y sabrán escar-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> mentar a cualquier gavilla en que ellos puedan fundar sus esperanzas, también es de alguna consideración porque el designio de los rebeldes según he sido informado era el de volver a tomar la costa para engrosar con toda esta gente su trozo, y pasar a Acapulco a auxiliar a su aspirante Corifeo Morelos; pero gracias al señor Dios de los ejércitos que protegiéndose ha trastornado sus ínfimos planes.[35]

Sus palabras resultaron proféticas. Esa fue una de las últimas batallas decisivas de las que se dieron en la Mixteca costeña y la ganaron los realistas. En los años por venir ya sólo se verían pequeñas escaramuzas que no pondrían en peligro el dominio de las fuerzas fieles a España. Tan era así que Hermenegildo Galeana, Vicente Guerrero y Juan del Carmen, incursionaron por esa época en la frontera entre la intendencia de Oaxaca y la de Puebla, pero no sostuvieron batallas importantes. De los combates en campo abiertos entre ejércitos, habían pasado a una guerra de guerrillas que golpeaba evitando el combate frontal, por eso cuando el enemigo se acercaba ellos se retiraban.[36]

Los insurgentes pierden terreno

Para complicar más la situación de los insurgentes, José Gabriel Armijo emprendió una intensa campaña contrainsurgente que lo llevó a recuperar varias ciudades importantes de la intendencia de Puebla, que hasta entonces estaban en poder de sus enemigos. Una de ellas era el puerto de Acapulco. José María Morelos y Pavón se dio cuenta de sus pretensiones, pero las últimas derrotas le impedían defenderlo; así que ordenó su destrucción y abandono; el 12 de abril el comandante realista entró en el puerto sin disparar un tiro. Desde ahí lanzó una campaña por toda la Costa Grande para limpiarla de rebeldes, con la intención de que los pocos que existieran se recorrieran rumbo a Zacatula, donde podrían combatirlos con ventaja.[37] Cuando el virrey de la

[35] *Ibidem*, p. 143.

[36] José Antonio Gay, *op. cit.*, p. 487.

[37] Ernesto Lemoine, *op. cit.*, 1991, p. 1984.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Nueva España se enteró del triunfo de sus armas dijo que con ella "recobraron y volvieron al Estado aquella importante fortaleza, dejando abatido y castigado el orgullo del enemigo".[38] En el mes de mayo los realistas recuperaron Tecpan y Zacatula, la dos ciudades que fueran los bastiones más importantes capturados por las tropas de José María Morelos y Pavón en su primera campaña.

Buscando remontar la difícil situación que atravesaban las tropas independientes, Miguel Bravo, con la tropa a su mando, se ubicó al sur de Izúcar hasta donde lo persiguió una columna realista al mando de Félix de Lamadrid, que desde febrero le seguía los pasos. En los combates se impusieron las tropas fieles a España y el comandante insurgente tuvo que abandonar el lugar tomando rumbo a Tlapa. El 15 de marzo de 1814 Félix Lamadrid salió de Izúcar en su persecución al frente de 200 hombres; el capitán José Gabriel Armijo, que se encontraba en Chilapa, también marchó con ese rumbo: querían encerrarlo a dos fuegos. Pero no fue necesario que lo hicieran porque las dos tropas enemigas se encontraron antes que los insurgentes llegaran a Tlapa, en el paraje de Los Azuchiles, como a una legua de Chiautla, donde trabaron el primer combate de ese día, del cual finalmente los insurgentes salieron huyendo.

Félix Lamadrid se dio cuenta de que Miguel Bravo ya no estaba en posibilidad de resistir y lo siguió persiguiendo, cosa que hizo hasta San Juan del Río, entre el río Atoyac y el Mixteco. Para escapar de la derrota total el comandante insurgente dividió a sus tropas en varios grupos que tomaron por diversos rumbos. El que iba bajo su mando se dirigió al sur, pasó por Huamuxtitlán, se dirigió rumbo a Acatlán y llegó a Chila internándose en la casa del cura, donde se atrincheró para resistir. Así lo hizo durante largas horas y, aunque no tenía posibilidades de salir triunfante, se entregó sólo después de que Félix Lamadrid ofreció respetar su vida y la de sus soldados. Pero los realistas no honraron su palabra. Apenas los insurgentes entregaron las armas, fusilaron al coronel Zenón Velez —el héroe de las campañas de Miguel Bravo por la Mixteca costeña—, al sargento mayor Herrera y al cura de Ocuituco, José Antonio Valdivieso. Miguel Bravo fue conduci-

[38] AGN, *ibidem*, vol. 73, f. 14.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

do a la ciudad de Puebla, la capital de la intendencia en la cual operaba, donde se le sometió a consejo de guerra y se le condenó a muerte. Fue ejecutado el 15 de abril de 1814. En menos de dos meses el ejército insurgente perdía a dos generales importantes.[39]

En tres años de guerra los realistas habían aprendido cómo actuar para imponerse a sus enemigos y lo estaban logrando.

[39] Vicente Riva Palacio, *et al.*, *op. cit.*, pp. 34-35; Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, 1985, pp. 97-99.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

IX. Vientos y nubarrones

con la toma de Oaxaca por los realistas, y la recuperación del territorio de la Mixteca alta y costeña, terminó una etapa de la lucha por la independencia en estas partes de la región, trasladándose a los pueblos de lo que ahora se conoce como región de La Montaña, en la frontera entre las intendencias de Oaxaca y Puebla. Si la primera estuvo marcada por grandes acciones bélicas, con amplia participación popular, la que le siguió fue una lucha donde el eje de la rebeldía estuvo en el ejército independiente y la participación de los pueblos que lo apoyaron. Puede decirse que la resistencia militar se profesionalizó pero también se dividió debido a la ausencia de un liderazgo que centralizara las acciones de guerra y le diera dirección. Vicente Guerrero trató de jugar ese papel, pero se lo impidió la necesidad de coordinar la lucha en otras regiones de la Nueva España.

Guerra de guerrillas

La dispersión con que los insurgentes actuaban no dejaba de ser un peligro para los realistas y los grupos que los apoyaban; al contrario, al atacar por diversos frentes se convirtieron en un enemigo difícil de ubicar y contener. Tan grande era el problema social que generaban, que el 6 de junio de 1814 José Gabriel Armijo, comandante de las tropas poblanas que operaban por Tlapa, se vio obligado a emitir un decreto

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

prohibiendo a los comerciantes circular sin la seguridad debida, porque no sólo ponían en peligro su vida y su patrimonio, sino aumentaban los recursos que los insurgentes necesitaban para continuar su lucha, al mismo tiempo que con sus triunfos aumentaban el ánimo de los pueblos que los apoyaban.[1]

Junto con esas medidas tomó otras. En ese mismo mes dispuso que una patrulla, compuesta de 200 elementos, recorriera toda la sierra: desde Tlapa, en la Montaña, hasta Tlacotepec —en Tierra Caliente—, para limpiarla de insurgentes; esa acción quirúrgica se apoyó con una fuerte guarnición que se estableció en Chilpancingo; al virrey todo esto no le pareció suficiente para los propósitos buscados, y ordenó que la seguridad de Tlapa se confiara a un cuerpo de voluntarios que pudiera defenderla para que el ejército se dedicara exclusivamente a perseguir insurgentes. Estas medidas pusieron en poder de los realistas la iniciativa de fuego y a los insurgentes los colocaba en desventaja, por lo cual decidieron trasladarse para Alcozauca. El 16 de agosto el coronel realista informaba al virrey que más de 300 insurgentes, la mayoría de ellos negros, se fueron para ese lugar y contaban con dos cañones y cien armas de fuego,[2] es decir, muy pocas armas.

El peligro, sin embargo, no era sólo para los comerciantes que se aventuraban a transitar por los caminos de la Mixteca para continuar sus negocios, sino también para los militares que perseguían a los insurgentes. El 18 de junio de ese mismo año el capitán Arturo Montes, comandante de las tropas realistas en Tlapa, murió en una emboscada que un grupo de insurgentes le tendió en el pueblo de Tonalá, por la Mixteca baja. El militar había salido desde Tlapa al mando de 190 soldados de infantería, para combatir a un grupo de rebeldes comandados por Ramón Sesma, Pascual Machorro, uno de apellido Velez —hermano de Zenón Velez, asesinado en Chila— y otro de apellido Chavaría, que saliendo desde Silacayoapan habían logrado sublevar a los habitantes de ese pueblo y sus alrededores. El militar murió en una emboscada junto con 63 de sus hombres —una tercera parte de la columna realista—, perdiendo además 76 armas de fuego, dos cajo-

[1] AGN, *ibidem*, vol. 73, f. 11.

[2] Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, pp. 58-59.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

nes de cartuchos de fusil y el equipaje de los soldados que les acompañaban.[3]

Enterado de los sucesos, José Gabriel Armijo montó en cólera por la derrota infligida a su gente, porque mostraba a los pueblos de la región que a pesar de los golpes recibidos la insurgencia continuaba tan fuerte como en meses anteriores; pero también porque había advertido a todos los mandos militares que no entraran en combate con el enemigo si no estaban seguros de triunfar. Las bajas sufridas por el capitán Montes le indicaban que había desobedecido sus órdenes y eso lo exasperaba. Con pena tuvo que informar al virrey sobre el suceso, al mismo tiempo que giraba instrucciones al brigadier Ramón Díaz Ortega, comandante de las tropas realistas en Izúcar, para que a su vez ordenara al de Huajuapan explorar el territorio donde los insurgentes habían derrotado a sus tropas y tomara informes de la situación.[4]

Después de esa derrota José Gabriel Armijo realizó varios ajustes a la estructura del ejército a su mando. Para sustituir al militar caído nombró al capitán Carlos Moya, a quien le ordenó hostilizar o batir a los insurgentes según la oportunidad que se le presentara, pero sin arriesgarse demasiado; dispuso que el capitán Francisco Rionda, encargado de las tropas de Ometepec y Jamiltepec, en la Mixteca costeña, se trasladara a Tecpan para hacerse cargo de las tropas en esa ciudad y las de Zacatula, rescatadas del poder insurgente; Francisco Avilés fue enviado a resguardar el puerto de Acapulco, y José Antonio Reguera quedó provisionalmente como responsable de las fuerzas de Ometepec y Jamiltepec, hasta en tanto Melchor Álvarez, el comandante de las fuerzas realistas en Oaxaca, nombraba sucesor de Francisco Rionda.[5] Los comandantes de las fuerzas de Izúcar y Huajuapan fueron ratificados en sus puestos, ordenándoles reforzar las medidas de seguridad, a lo que contestaron muy ufanos: "En Izúcar y Huajuapan sobran tropas para destruir a los rebeldes y pacificar al país".[6]

[3] AGN, *ibidem*, vol. 73, f. 37.

[4] *Idem.*

[5] AGN, *ibidem*, f. 46.

[6] *Ibidem*, f. 40.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Los ajustes al engranaje militar realista anunciaban que se preparaban para golpes más fuertes de los que hasta entonces habían instrumentado contra sus enemigos. Tal vez no lo sabían, pero tenían a su favor la división entre los propios insurgentes.

Precaria unidad insurgente

Las victorias de Vicente Guerrero representaron un peligro no sólo para los realistas sino para sus propios compañeros de lucha, que ya miraban para diversos lados en busca de otros horizontes, pues incluso hubo ocasiones en que las desavenencias entre Vicente Guerrero y Ramón Sesma, a pesar de las coordinaciones coyunturales entre ellos, llegaron casi al extremo de entrar en combate entre sí cuando sus fuerzas se encontraban. Juan Nepomuceno Rosáinz se dio cuenta del peligro que esto significaba para su futuro y pensó en la unificación como una forma de no perder presencia entre los independentistas. Con la idea de volver a unificarlos viajó de Tehuacán a Silacayoapan acompañado del canónigo Velasco, quien había sido capturado y puesto en prisión en Jalapa, pero logró fugarse y volvió a las filas insurgentes.

Apenas llegó a Silacayoapan envío un mensaje a Vicente Guerrero hasta Atlamajalcingo del Monte, invitándolo a conferenciar para ponerse de acuerdo y atacar juntos a las tropas de Saturnino Samaniego. A Vicente Guerrero no le pareció mal la propuesta, pero andaba desconfiado por las actitudes anteriores de su compañero y no la aceptó. Juan Nepomuceno Rosáinz se dio cuenta de ello, y con el fin de inspirarle confianza se acercó hasta el campamento de Vicente Guerrero acompañado sólo de seis hombres, que lo llevaron en hombros por hallarse enfermo; ya estando cerca, el cura Velasco subió al cerro a informar a Vicente Guerrero de su presencia, quien siguió negándose a conferenciar; no sólo eso, en la noche de ese día el coronel José *Chepito* Herrera le llevó un mensaje donde le advertía que sus vidas corrían peligro si no se retiraban del lugar.[7]

[7] José Antonio Gay, *op. cit.*, pp. 490-491.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Juan Nepomuceno Rosáinz entendió el mensaje y dio por terminado su intento de reconciliación entre ellos. Al retirarse del lugar se dirigió a donde se encontraba Ramón Sesma y con unos dragones que habían llegado de Tehuacán, se puso al frente de ellos y regresó a Atlamajalcingo del Monte con el objetivo de someter por la fuerza al jefe rebelde y sus tropas. Antes de atacarlo le hizo cuatro amenazas a las que éste no respondió; comprendiendo que no lo haría, ordenó cortar el agua a los atrincherados, puso a sus soldados en posición de ataque y se preparó para el combate. Cuando el fuego iba a dar inicio Vicente Guerrero cedió: envió otro mensaje permitiéndole acercarse a su campamento con sólo dos soldados. Lo hizo porque quería demostrarle que con él no iba a jugar y tampoco estaba dispuesto a subordinarse incondicionalmente, cosa que ya había logrado y no veía el caso de seguir tensando la situación.

Ambos comandantes comprendieron que había condiciones para llegar a un acuerdo y Juan Nepomuceno Rosáinz aceptó la proposición. Cuando éste subió al campamento el propio Vicente Guerrero salió a recibirlo llevando su espada desenvainada, actitud que Juan Nepomuceno Rosáinz le reclamó en el acto; en respuesta Vicente Guerrero arrojó el arma a sus pies, reconociéndolo como jefe. Acto seguido puso a toda su gente a sus órdenes y permitió que sus ejércitos se juntaran. Ahí se pusieron de acuerdo sobre los terrenos donde actuarían: Vicente Guerrero lo haría en el territorio mixteco de la intendencia poblana —incluyendo el territorio que ahora forma parte del estado de Guerrero— y ciudades del sur, entre ellas Acapulco; Ramón Sesma en la Mixteca de Oaxaca y Juan Nepomuceno Rosáinz en Tehuacán. José *Chepito* Herrera permanecería en el cerro de Santa Rosa, dominando Putla y los pueblos inmediatos; además del cerro Encantado, en Tlaxiaco, que se encontraba en poder de los insurgentes.[8]

La unidad insurgente tendría sus resultados cuando los realistas intentaran desalojarlos de su campamento de Silacayoapan.

[8] *Ibidem*, p. 491.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Resistencia en Silacayoapan, ataque sobre Tlapa

Las derrotas realistas llevaron a sus comandantes a planear un golpe en el fuerte de Silacayoapan, que en ese tiempo era el corazón de la rebelión, aunque Ramón Sesma, comandante del fuerte, ya había roto con la línea de Juan Nepomuceno Rosáinz. El general Melchor Álvarez, en cuyo territorio estaba ubicado el fuerte, pensaba en un golpe espectacular que vengara su orgullo herido por las derrotas pasadas. De acuerdo con sus planes, debía ser un golpe que doliera a sus enemigos tanto como a él le dolía los que le habían dado. Para lograrlo necesitaba golpear un lugar importante para ellos. Después de pensarlo mucho, decidió que ese era el fuerte de Silacayoapan, donde se concentraban Ramón Sesma, Anselmo Aparicio y Montes de Oca, Mariano Jacinto, Delgado, Ferreira y hasta el francés Ricardo Roc, lo más destacado de los jefes insurgentes. Para dar el golpe se puso a la cabeza de una división compuesta de los batallones de Saboya, Lobera, Guanajuato, Dragones de México, San Carlos, y las milicias de Teposcolula, robustecida con seis piezas de artillería de menor calibre, una de a ocho y un obús.

A mediados de julio salió de Oaxaca, cruzó la Mixteca alta y el 27 de ese mes se situó con su ejército en una loma contigua a la iglesia del pueblo, al oriente de la población, paralela a otra en que se encontraban fortificados los insurgentes. La capacidad de fuego de su armamento daba a los realistas una confianza desmedida, que al final sería su ruina. Iniciaron el ataque sobre las trincheras enemigas de manera poco consistente, por lo cual no lograron afectarlas. Tratando de enmendar la falta cometieron otra: en lugar de apretar el fuego Melchor Álvarez ordenó a sus soldados sitiar el fuerte. Ya con el terreno dominado el jefe realista mandó al mayor Travesí que asaltara las filas enemigas, pero no logró su objetivo; al contrario, fue derrotado y se retiró con su tropa bastante diezmada.

Fue hasta entonces que el general Melchor Álvarez decidió dar un asalto con más fuerza. Para hacerlo escogió las sombras de la noche y entre la oscuridad avanzó con su gente, cargando dos cañones de corto calibre. Cuando consideró que tenía a su alcance a sus enemigos, ordenó abrir fuego sobre ellos. Para su desgracia, sus descargas no daban en

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

el blanco. Más certero fue el contraataque de los insurgentes conducidos por Manuel Mier y Terán, que organizaron una audaz y arriesgada maniobra. Esa misma noche el general salió de sus trincheras para atacar a sus sitiadores en sus propios parapetos, con tan buen éxito que se apoderó de dos cañones colocados a la mitad del cerro y custodiados por el capitán Pérez, con cien hombres de Lobera y Guanajuato.

Cuando el general Melchor Álvarez se enteró del suceso no podía creerlo, pero se convenció al día siguiente, porque los insurgentes usaron las piezas capturadas en su contra. No le quedó más camino que levantar el sitio y marchar hacia Huajuapan, donde se fortificó; de ahí distribuyó a su gente entre Teposcolula, Yanhuitlán y Tlaxiaco con los mismos fines. Enterado del triunfo, Juan Nepomuceno Rosáinz propuso a José María Morelos y Pavón que el Congreso de Apatzingán otorgara a Manuel Mier y Terán el grado de coronel, propuesta que se aprobó. También se le entregó un escudo en donde se podía leer: "Álvarez y Saturnino Samaniego cedieron á mi valor".[9]

Cuando los insurgentes se dieron cuenta de que los realistas se habían retirado, ordenaron a sus compañeros que habían acudido en su auxilio regresar a sus lugares de origen: por ahí se vio pasar a los de Atlamajalcingo del Monte y Alcozauca. Cuando los insurgentes que mantenían el fuerte de Silacayoapan quedaron solos —unos 1 500 efectivos—, analizaron lo que podría suceder después de la derrota realista y, previendo que intentaran un nuevo ataque, prendieron fuego al pueblo y destruyeron el cementerio, los dos lugares donde podían atrincherarse en caso de intentarlo, para después partir al cerro de San Miguel.

El triunfo insurgente sobre los realistas revivió el ánimo de mucha gente, amainado por los golpes recibidos con anterioridad, lo que modificó la correlación de fuerzas. Silacayoapan se consolidó como centro de la resistencia en esa parte de la región. Ahí se coordinaban los centros de Atlamajalcingo del Monte y Alcozauca, pero también los de Acatlán y Huajuapan, a pesar de que los realistas reforzaron sus retenes para impedirles la comunicación.[10] La importancia de Silacayoa-

[9] *Ibidem*, pp. 489-490.

[10] AGN, *ibidem*, f. 211.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

pan para la causa insurgente era tal que hasta allá llegaban los emisarios de "Los Guadalupes" con la correspondencia dirigida a José María Morelos y Pavón. El mismo licenciado Francisco de la Llave, un prominente miembro de esa organización, se presentó por esos días a entrevistarse con Ramón Sesma, con lo cual la presencia de éste crecía.[11]

Por esos días se difundió entre los pueblos el rumor de que los insurgentes pensaban atacar la ciudad de Tlapa para devolverla al control independentista, pero algunos realistas no lo creían posible por pensar que sus fuerzas eran muy pocas para tamaña empresa. Otros, en cambio, opinaban que la fuga de dos prisioneros insurgentes, originarios de Chiautla, durante el ataque de los rebeldes a Silacayoapan, era muestra de la debilidad del ejército realista.[12] Las diferencias de opiniones también contaban a la hora de las decisiones, y en este caso pronto se verían sus consecuencias.

Mientras los insurgentes disfrutaban los frutos de su triunfo, los realistas evaluaban las causas de la derrota. El 18 de agosto, veinte días después de ella, José Gabriel Armijo, le informaba al virrey que, de acuerdo con las informaciones que él había obtenido, el ataque sobre Silacayoapan no se había llevado a cabo; que en realidad el 9 de julio las tropas de Oaxaca y Tlaxiaco llegaron hasta las orillas del pueblo, donde encontraron unos rebeldes a los que persiguieron sin alcanzar y después se retiraron. De acuerdo con sus informes, lo hicieron porque no pudieron cruzar el río que se encontraba crecido por las lluvias, aunque él no lo creía, porque si los insurgentes lo cruzaron ellos también pudieron hacerlo.

Al anterior señalamiento se agregó que las fuerzas de José Antonio Reguera, que debían marchar desde la costa para apoyar el ataque, no lo hicieron porque las de Victoriano Maldonado y Juan del Carmen se apostaron en las cercanías de Huajuapan para impedírselo.[13] Era una acusación grave, tanto por quien acusaba como por quien resultaba acusado: los dos comandantes de las fuerzas realistas de dos intendencias colindantes. Parecía que José Gabriel Armijo quería apro-

[11] Virginia Guedea, *op. cit.*, p. 326.

[12] AGN, *idem.*

[13] *Ibidem*, f. 218.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

vechar la desgracia de su compañero de armas para ganar posiciones frente al virrey.

En esas circunstancias los dos bandos preparaban sus próximos golpes contra sus enemigos. Los insurgentes seguían pensando en Tlapa como su objetivo próximo y los realistas lo sabían, por eso ponían sus esfuerzos en fortalecer su defensa. Por esos días el virrey escribió a Victoriano Maldonado, el insurgente tlapaneco, ofreciéndole el indulto a cambio de que abandonara la lucha,[14] lo que fue un real desatino. Primero porque era un indígena y en su pensamiento no estaba cambiar de bando tan fácilmente, menos cuando actuaba a nombre de su pueblo, pero también porque en los últimos meses los insurgentes habían obtenido importantes triunfos y aceptar un indulto en esas condiciones resultaba incongruente. Eso fue lo que Victoriano Maldonado contestó al virrey por conducto de José Antonio Reguera, el mismo que le había llevado su mensaje, poniendo como ejemplo el triunfo de los insurgentes en Silacayoapan.[15]

Conforme los días pasaban, los rumores de que los insurgentes estaban planeando un ataque sobre la ciudad de Tlapa era un secreto a voces. En prevención de alguna maniobra inesperada los realistas fortalecieron su vigilancia sobre la región, inclusive el capitán Vicente Robles realizó incursiones desde Tixtla para alertar a sus compañeros, por si necesitaban movilizarse.[16] Los insurgentes hacían otro tanto. El capitán tlapaneco Victoriano Maldonado se trasladó al valle de Huamuxtitlán, con el encargo de recorrer los pueblos y convencerlos de unirse a ellos para atacar la ciudad más importante de la región.[17] Los realistas se dieron cuenta, y previendo que lograra sus propósitos comenzaron a perseguirlo, por lo que tuvo que marchar para Tlapa, donde había mejores condiciones para resistir.[18]

Para llevar adelante sus planes reunieron en Silacayoapan a las tropas de Ramón Sesma, Adame, Mentado, Victoriano Maldonado y

[14] *Ibidem*, f. 233.

[15] *Ibidem*, f. 250.

[16] *Ibidem*, f. 296.

[17] *Ibidem*, f. 180.

[18] *Ibidem*, f. 199.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Juan del Carmen, al frente de las cuales pusieron a Manuel Mier y Terán, quien tenía más conocimientos militares por ser soldado de carrera, además de que ya había encabezado un ataque anterior sobre la ciudad. Decidido el plan y organizado el ejército acordaron atacar la plaza de Tlapa. Era un objetivo que venían acariciando hacía meses, desde el descalabro que le dieron a las fuerzas realistas de Oaxaca en Silacayoapan. Tan pronto como esto sucedió, la mayor parte de las fuerzas comenzaron a coordinarse para afinar el golpe.

El 9 de septiembre de 1814, aproximadamente 400 insurgentes ocuparon el cerro de San Antonio, desde donde se dominaba la plaza de la ciudad defendida por el capitán realista José Vicente Robles, al frente de 170 hombres de Lobera, milicias de Puebla y dragones de Izúcar. A las ocho de la mañana de ese día los insurgentes abrieron fuego sobre su objetivo con tal ímpetu que, a pie o nadando, los soldados salvaban los fosos, llegaban al asiento de las trincheras y se enfrascaban en una lucha cuerpo a cuerpo. Pedro Pantoja, el alférez realista, contestó de igual manera con su gente y evitó que el templo fuese escalado por los insurgentes. Al día siguiente éstos lanzaron un ataque más numeroso que abarcó lugares importantes, incluyendo los parapetos colocados en la iglesia y el camino rumbo a Chilapa, pero otra vez fueron rechazados.

El combate se mantuvo hasta el día 11 de ese mes, cuando los insurgentes penetraron las fortificaciones realistas usando unas escaleras que llevaban para tal empresa. Ya la balanza final de la lucha estaba del lado insurgente cuando apareció en el horizonte un grupo de soldados realistas que el capitán José Gabriel Armijo envió desde Huajuapan para auxiliar a sus compañeros. Manuel Mier y Terán valoró que seguir dando la batalla —con sus tropas cansadas después de tres días de combate— frente a un enemigo fresco era muy riesgoso, y decidió levantar el campo y regresar a Silacayoapan.[19]

Fue una victoria importante para los realistas. Los insurgentes perdieron más de 150 elementos, entre ellos varios oficiales. Uno fue el capitán Victoriano Maldonado, el líder tlapaneco que se había incorporado al ejército insurgente cuando José María Morelos y Pavón se

[19] José Antonio Gay, *op. cit.*, p. 492; Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, p. 59.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

presentó por primera vez en ese lugar, después de la primera campaña por la Costa Chica con el fin de capturar el puerto de Acapulco. La muerte de Victoriano Maldonado representó para los insurgentes una pérdida importante, ya que se había enrolado en la lucha por decisión de su pueblo, al que representaba en la guerra. Heridos quedaron un coronel de apellido Herrera y Juan del Carmen, que al paso de los días llegaría a ser el segundo al mando de Vicente Guerrero.

Juan del Carmen había nacido en el poblado de Coananchinicha, perteneciente a Tlacoachixtlahuaca, distrito de Ometepec, en la intendencia de Puebla. Descendía de negros cimarrones que habitaban en las montañas de la sierra sur, donde se protegían de sus perseguidores por haber huido de las plantaciones de la Costa Chica, donde vivían en calidad de esclavos. Ahí sobrevivían como podían, pues sólo producían sus alimentos cuando tenían algún reposo. Su lucha de resistencia a la esclavitud tomó un camino distinto cuando se encontraron con las tropas de Vicente Guerrero, pues comprendieron que uniéndose a ellas podrían resolver sus problemas de fondo.[20] Convencidos de ello, Juan del Carmen y sus compañeros pasaron a engrosar las filas insurgentes. Con ellos llevaron su conocimiento de la región y su experiencia en la lucha, con la cual escribieron páginas de gloria para el movimiento.

Cuando el virrey se enteró del ataque y la derrota de los insurgentes sobre Tlapa, no cabía en sí de alegría. Su estado de ánimo quedó plasmado en una carta que le escribió a José Gabriel Armijo, el comandante de las armas realistas en esa región:

> [...] me he enterado con satisfacción de la gloriosa defensa que sostuvo la pequeña guarnición de Tlapa al mando del capitán D. José Vicente Robles contra la reunión de rebeldes de Silacayoapan que atacaron aquel punto los días 9, 10 y 11 y fueron rechazados con gran perdida, lo que he dispuesto se publique desde luego en la gaceta de este gobierno sin perjuicio de hacerlo igualmente con el parte circunstanciado *quando* V.S me lo remita, y entre tanto que por el me impongo del merito q haya contraído aquella oficialidad y tropa, les *dara* V.S gracias en mi nombre. Son de mi aprobación todas las dis-

[20] Herminio Chávez Guerrero, G*eneral Vicente Guerrero: atrincheramientos militares y algunos combates*, 2000, pp. 13-15.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> posiciones de V.S. para el castigo de aquellos facciosos, y espero que por ella se consiga reducirlos a un extremo de debilidad, *quando* no se logre su exterminio.[21]

La derrota insurgente no aminoró su lucha. Organizados en guerrillas de pequeños grupos y protegidos por los pueblos, siguieron hostilizando a los realistas sin que éstos pudieran hacer gran cosa por detenerlos. Para aminorar los efectos que este tipo de lucha estaba teniendo entre los pueblos y contando con el apoyo del virrey, quien lo autorizaba a tomar todas las disposiciones que considerara necesarias para combatir a los insurgentes, el 3 de octubre de ese año José Gabriel Armijo publicó un decreto convirtiendo en enemigos del gobierno a todos los que supieran de ellos y no los denunciaran. En su parte medular, el decreto establecía:

> 1º El *yndibiduo* que teniendo noticias de alguna reunión de estos malvados insurgentes, no diere pronto aviso al comandante de tropas que se halle mas inmediato de donde tuviesen dicha noticia den razón, de no hallarse próximo alguno de estos al soldado mas cercano o gobernador de naturales de quien tenga confianza, lo comunicara a los referidos comandantes, si se averiguase será pasado por las armas.
>
> 2º Los *governadores*, alcaldes y oficiales de las republicas de los pueblos de esta demarcación de mi mando donde llegaren gavillas de insurgentes y no dieren parte con prontitud a dichos comandantes militares mas próximos se les *ympondra* la pena a que den lugar las circunstancias pero, si les auxiliasen de *qualesquiera* forma que se les justifique, con *jente, viveres* y demás subsistencias serán pasados por las armas y si los vecinos los hiciesen con conocimiento y *adecion* serán diezmados para sufrir la misma pena.[22]

Un mes después del ataque sobre Tlapa, y ya enterado de los pormenores del mismo, el virrey volvió a felicitar al comandante de sus tropas en esa parte de la Mixteca:

[21] AGN, *ibidem*, f. 284.

[22] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> Fueron muy oportunas las medidas que tomo V. S. para el auxilio de Tlapa quando tubo los primeros avisos de que podía ser atacado, haciendo marcha desde Chilapa con cien hombres al teniente D. Salvador Reyna de que me impone el oficio de V. S, N° 376 de 23 de Septiembre, y no son menos recomendables los esfuerzos de la guarnición de aquel pueblo que resistio vigorosamente los ataques de un numero muy superior de enemigos en los días 9, 10 y 11 del mismo mes de que me he enterado por el detalle que paso a V. S el capitán D. José Vicente Robles.[23]

Los realistas se estaban recuperando de los golpes recibidos. Los insurgentes, concientes de esta situación, tomaron medidas para impedirlo.

Intento de recuperar Silacayoapan

En el mes de noviembre José Gabriel Armijo envío un mensaje reservado al virrey, exponiéndole la posibilidad de organizar desde la intendencia poblana una campaña para recuperar Silacayoapan. Aunque más que querer recuperar esa plaza la propuesta parecía buscar la reparación del error del comandante de las fuerzas de la intendencia de Oaxaca, derrotado cuatro meses atrás; el virrey se interesó y mandó pedir informes sobre los elementos con que contaba para ejecutar el plan. En su contestación, José Gabriel Armijo le expresaba que pensaba armar un ejército tomando elementos de los contingentes de Chilapa, Tixtla y Chilpancingo, el cual se reforzaría con unos 500 elementos de civiles que se reclutarían en la región. No ocultaba lo peligroso de sustraer militares de esos lugares para atacar Silacayoapan, acción que podría animar a los pueblos que simpatizaban con los insurgentes a rebelarse, lo cual complicaría el problema. De hecho, expresaba que de la costa no sacaría ningún militar por esas razones.[24]

[23] *Ibidem*, f. 297.

[24] *Ibidem*, f. 219.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

En el mismo mensaje reservado al virrey detallaba su idea: José Antonio Reguera podría cooperar con 500 hombres y otro tanto salir del ejército de Oaxaca que había sido derrotado en julio pasado, formando entre todos una fuerza capaz de derrotar a los rebeldes atrincherados en el fuerte de esa población. De igual manera señalaba la imposibilidad de saber cuántos insurgentes se encontraban en ese lugar, porque sus informantes no se ponían de acuerdo en ello.[25] Formar un ejército debilitando los puntos defendidos por el mismo, incorporando gente de los pueblos que podrían aprovechar su salida de la región para atacarlos y, finalmente, atacar sin tener idea de la fuerza del enemigo parecía un plan bastante arriesgado.

Y sin embargo lo pusieron en práctica. El 1 de diciembre José Antonio Reguera, al frente de 1200 hombres, salió desde Ometepec rumbo a Silacayoapan, a donde nunca llegó porque los subordinados de José Gabriel Armijo hicieron todo lo que pudieron para evitar que llegara a su destino. Cuando avisó de su marcha al capitán Vicente Robles, comandante de las tropas en Tlapa, éste le pidió que desviara su marcha y atacara Alcozauca, donde los insurgentes tenían un fuerte, con el argumento de no dejar atrás enemigos que pudieran apoyar a los rebeldes durante el ataque; así lo hizo, logrando que éstos desalojaran sus trincheras. Después retomó el rumbo y el día 5, estando a unos kilómetros de su objetivo, el mismo militar le ordenó atacar el pueblo de Coicoyán donde se encontraba José *Chepito* Herrera, aduciendo los mismos motivos que en el ataque sobre Alcozauca. Obedeció la orden pero no encontró a nadie, y cuando iba a retomar el camino recibió orden de marchar hacia Tixta.[26]

El día 17 de diciembre llegó a su nuevo destino donde también se encontraba otro contingente de Huajuapan, y uno más al mando de Saturnino Samaniego. Ahí José Gabriel Armijo, el militar que había propuesto al virrey organizar el ataque sobre Silacayoapan, decidió que no se llevara a cabo, alegando que el teniente José Antonio Reguera le había comentado que en el camino se había encontrado con un contingente de insurgentes: "yo creo que era un grupo de indios"

[25] *Idem.*

[26] *Ibidem*, f. 254.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

—dijo en su mensaje al virrey— y que Ramón Sesma, alertado por el avance de José Antonio Reguera, llevando 700 hombres se había marchado para la costa, lo mismo que Juan del Carmen, seguramente con la intención de invadirla. Con esa determinación las tropas descansaron esa noche en Tixtla y al día siguiente cada contingente regresó a su destino.[27] Parecía que el comandante de las fuerzas realistas en la intendencia de Puebla había preferido abortar la operación a quedarse sin la gloria de ser él quien rindiera el fuerte insurgente más importante de la región.

El mismo virrey se sorprendió al enterarse de esa determinación. Así se lo dijo el 4 de enero a José Gabriel Armijo, pidiéndole no tomara ninguna represalia contra los soldados.

> Me han sorprendido las noticias comunicadas por el comandante militar de Tlapa que V.S. me traslada en oficio N° 528 de 20 de diciembre ultimo, del desorden de las tropas que el capitán Reguera envió al auxilio de la expedición de Silacayoapan y de la asombrosa deserción de 340 soldados que tubo en su marcha; pero considerando que esto no puede ser efecto de infidelidad en unos agentes que cercados de enemigos y sin apoyo se mantuvieron adictos al soberano y si de la impericia militar que subsiste en algunos cuerpos por el trastorno general que causo las insurrección en este reyno y teniendo a la vista por otra parte que acaso los que han cometido tan detestables crimen pueden no estar instruidos en sus obligaciones respectivas ni en sus leyes penales de la milicia en cuyo caso se les aminora su delito cuando en mi natural piedad he resuelto que por esta vez todos los que de dichos desertores se aprendiesen pues estaren en *qualquiera* parte sea sin otro castigo remitidos a disposición del expresado Reguera. Avisólo a V.S para su inteligencia y cumplimiento.[28]

Abortado el plan para la recuperación de Silacayoapan, ni la comandancia de Tlapa, ni alguna de Oaxaca volvieron a tratar el asunto, lo que permitió a los insurgentes fortalecerse.[29] En ello también

[27] *Ibidem*, f. 261.

[28] *Ibidem*, f. 287.

[29] *Ibidem*, f. 301.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

influyó que pudiendo haber intentado recuperarla no lo hicieron por las desavenencias entre las comandancias de las dos intendencias en que se dividía la Mixteca, pero sobre todo porque los insurgentes ya habían abierto otros frentes de guerra en la intendencia poblana, tan importantes o más que Silacayoapan.

Lo que sí hizo Melchor Álvarez fue asegurarse que los insurgentes no intentarían recuperar la ciudad de Oaxaca. Para ello dispuso que se constituyera un fuerte alrededor del convento de Yanhuitlán, al que denominó fortificación de San Fernando. La edificación del fuerte en ese lugar, además de su función material tenía otra simbólica: era el lugar donde los realistas resistieron los ataques insurgentes en 1812 y donde Mariano Matamoros se ubicó a principios del año siguiente para pacificar esa parte de la Mixteca. Además de disuadir a las tropas de Manuel Mier y Terán que continuamente asediaban a la capital de Oaxaca, el fuerte buscaba brindar seguridad a los comerciantes que transitaban de la intendencia oaxaqueña a la poblana, para no caer en poder de los insurgentes.

La fortificación tenía todas las características de un edificio militar: aberturas para que los francotiradores dispararan desde el interior sin exponerse, un foso adosado al muro que, lleno de agua, dificultaba el acceso de la artillería e inundaba los túneles que pudieran hacer los "tuceros" para penetrar por debajo de la guarnición. En las esquinas del edificio, que tenían forma de punta de flecha, se colocaban las baterías para atacar frontalmente y cubrir el foso de las agresiones del enemigo. En el eje de la portada oeste del templo y de la portería del convento estaba el baluarte de San Rafael, desde donde se defendían las cortinas de la izquierda para impedir acercarse al pueblo por el frente, al tiempo que permitía custodiar el camino rumbo a Teposcolula. El baluarte de San Miguel flanqueaba los muros de la derecha y la izquierda, y el de Casa de Zeballos el de atrás. El lado sureste del fuerte contaba con un puente levadizo que se abría o cerraba según las necesidades y otro que se encontraba en el centro de la cortina sur permitía entrar o salir según se necesitara.[30]

[30] AGN, *ibidem*, vol. 13, f. 121; Alejandra González Leyva (coord.) *El convento de Yanhuitlán y sus capillas de visita. Construcción y arte en el país de las nubes*, 2009, pp. 208-212.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Vicente Guerrero, comandante de las mixtecas

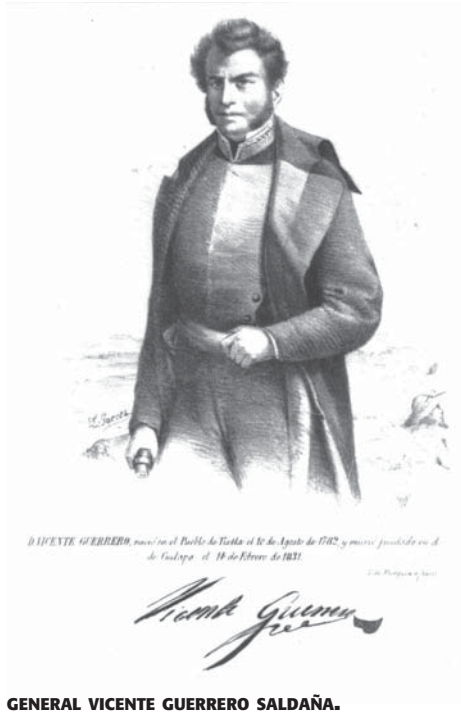
Antes de las pretensiones de José Gabriel Armijo de someter el fuerte de Silacayoapan, los insurgentes ya habían realizado acciones que harían más difícil cumplir esa meta. Preocupados por los resultados de las últimas acciones de armas, analizaron su situación y adoptaron medidas que les ayudaran a remontar sus problemas. Ocupado en brindar protección al Congreso, José María Morelos y Pavón no podía dirigir la guerra en esa parte de la Nueva España, necesitaba de alguien que lo hiciera en su lugar y volver a tener la importancia de años anteriores.

Convencido de que esto era necesario, en la comunidad de Coahuayutla, muy lejos de la Mixteca, el 15 de septiembre otorgó a Vicente Guerrero el grado de coronel, y lo instruyó para que levantara otra vez las fuerzas insurgentes en la Costa Chica y en la parte de la provincia de Oaxaca que colindaba con la de Puebla, es decir en toda la región Mixteca. Pensaba que si la insurgencia se reactivaba en ese territorio, desde ahí se podía impulsar en otras regiones. Pero había un problema, de modo consciente o no, el titular del poder ejecutivo insurgente le estaba dando la misma orden que había dado anteriormente a José *Chepito* Herrera para la Mixteca alta, en Oaxaca, y a Juan Nepomuceno Rosáinz para la Mixteca baja poblana. Ese hecho generó una situación que al paso de los días sembró el encono entre los insurgentes.

Vicente Guerrero inició su nueva encomienda sin tropa a su mando, únicamente acompañado de su asistente y, además, herido. Para cumplirla tenía que formar un ejército con gente de los pueblos que todavía creían en el triunfo de la causa y reunir a los antiguos soldados que andaban dispersos. Ese mismo día marchó para Ajuchitlán donde se encontró con el coronel José María Sánchez, que había peleado a sus órdenes en Izúcar, quien de inmediato aceptó unírsele para reactivar la guerra. Como se dieron cuenta de que la parte de la intendencia de Puebla donde años atrás se habían movido se encontraba ocupada por los realistas, decidieron marchar a territorio oaxaqueño, y pensaron que lo mejor era hacerlo por donde había contingentes insurgentes.

Con ese propósito atravesaron más de 80 leguas para llegar a Silacayoapan donde operaba Ramón Sesma, todavía a las órdenes de Juan

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.



GENERAL VICENTE GUERRERO SALDAÑA.

Nepomuceno Rosáinz. En lugar de alegrar al jefe de esa guarnición, la llegada del nuevo comandante, lo preocupó bastante, sobre todo cuando se dio cuenta que entre su tropa había soldados —muchos de ellos negros— que habían peleado bajo las órdenes de Vicente Guerrero, y al verlo llegar no ocultaron su alegría: lo saludaron efusivamente, la mayoría echándoseles al cuello para abrazarlo y mostrarle su entusiasmo por volver a encontrarse. Temiendo perder el mando, lo primero que pensó fue alejarlo de esa región y para hacerlo le ordenó que fuera a Tehuacán para reunirse con Juan Nepomuceno Rosáinz, porque éste lo necesitaba. Para asegurar que se marchara le proporcionó 50 hombres a caballo pero desarmados, arguyendo que no contaba con armas y prometiéndole que llegando a su destino le serían proporcionadas. También le entregó unos pliegos cerrados dirigidos a Juan Nepomuceno Rosáinz, donde supuestamente le exponía las necesidades de apoyo para su portador.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Antes de que Vicente Guerrero ejecutara la orden, Ramón Sesma envió a Francisco Leal por delante con unas cartas para el mismo Juan Nepomuceno Rosáinz, recomendándole que no le diera mando de tropa y lo nombrara comandante de su escolta para tenerlo controlado. Cuando Vicente Guerrero partió a su destino, Ramón Sesma envió un grupo de soldados a vigilar que en verdad tomara rumbo a Tehuacán y no fuera a desviar el camino. Ese fue su error, porque Antonio Galván, el comandante del grupo que envió a vigilarlo era leal a Vicente Guerrero, y cuando lo alcanzó le contó los planes de su jefe. Enterado de esto, abrió los pliegos que portaba y se dio cuenta de la treta. En el pueblo de Tacache alcanzó a Francisco Leal, le contó lo que pasaba y lo convenció de que abrieran la correspondencia que llevaba, corroborando que su contenido coincidía con el que acababa de descubrir.

Enfurecido, consultó con los pocos hombres que le seguían sobre lo que se debían hacer y juntos decidieron desconocer la autoridad de Ramón Sesma y Juan Nepomuceno Rosáinz, comenzando a actuar por su propia cuenta, haciendo valer el nombramiento de comandante de las mixtecas que le había extendido José María Morelos y Pavón. Con esa determinación cambiaron de ruta y fueron a acampar en el cerro de Papalutla. Como armamento sólo contaban con dos escopetas y un fusil inservible. A los ocho días de estar acampando en ese lugar descubrieron que muy cerca de ahí, separados sólo por un río, acampó una división enemiga compuesta por unos 700 soldados, al mando del realista José de la Peña, reforzada por una caballería que dirigía José María Martínez, otro realista de Chilapa, bien conocido por su crueldad con los insurgentes y sus aliados en los pueblos. Vicente Guerrero y su gente se vieron en el dilema de alejarse, lo cual les parecía riesgoso, además de ser una afrenta militar, o enfrentarlos sin armas, en una misión que parecía imposible de cumplir.

Finalmente se decidieron por esto último. Prepararon garrotes como armas y esperaron que cayera la noche. El 1 de enero de 1815, envueltos en el silencio y la obscuridad de la noche iniciaron su movimiento: cruzaron el río, penetraron el campo enemigo y los atacaron a garrotazos. Cuando los realistas se dieron cuenta de lo que sucedía ya muchos de sus compañeros estaban muertos, otros habían logrado

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

huir en la confusión y los demás no hallaban qué hacer.[31] Al poco rato Vicente Guerrero y su gente eran dueños de la situación, evaluaron el resultado del ataque y vieron que no pudo ser mejor: habían capturado 300 rifles con sus respectivas municiones. Ahora ya podían decir que eran un ejército.[32]

Después de esta victoria se dirigieron al rancho de Olomatlán, para reorganizar su ejército con las armas que habían arrebatado a sus enemigos. Aunque desconoció la autoridad de Juan Nepomuceno Rosáinz, Vicente Guerrero sabía que éste era el segundo al mando de José María Morelos y Pavón y le comunicó los resultados de su hazaña de guerra. Junto con la noticia de su triunfo le envío una solicitud para que lo auxiliara con fierro para componer los fusiles. Como respuesta sólo recibió una carta en la cual Rosáinz le ordenaba cumpliera las órdenes de Ramón Sesma y marchara a Tehuacán a reunirse con él. Los dos jefes militares temían el crecimiento de la figura de Vicente Guerrero, tanto entre la tropa como entre los pueblos, pues si eso sucedía, ambos podían ser desplazados de sus mandos.

Sin embargo, lo que los soldados realistas no lograban lo hacía la fatalidad. En Olomatlán los agarró una peste de fiebres de viruela que les mató muchos hombres. Para evitarla movieron a los enfermos a la cañada de los Ahuehuetes, ahí les pusieron una pequeña escolta que los resguardara y les brindara medicinas y primeros auxilios. Después de asegurarse de que los enfermos quedaban resguardados, Vicente Guerrero marchó con 500 hombres al cerro de Cuacalco, entre Tecomatlán y Atlamajalcingo. Luego que se instalaron sus soldados bajaron al pueblo con la intención de adquirir lo necesario para su campaña. No contaban con que los realistas al mando de Félix de Lamadrid los habían descubierto y de inmediato se lanzaron en su persecución.

Vicente Guerrero se dio cuenta de la situación y con los pocos centinelas que quedaron en el campo bajó a auxiliar a sus soldados. Su intrépida acción despertó la simpatía de los habitantes del pueblo que se unieron para rechazar a los realistas. Soldados y pueblo los persiguieron hasta obligarlos a huir, dejando en el camino cerca de 20

[31] Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, pp. 60-61.

[32] Herminio Chávez Guerrero, *op. cit.*, pp. 47-48.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

muertos y un cañón. Los insurgentes llegaron hasta Piaxtla y Tecomatlán, de donde también desalojaron a los realistas. Con el armamento que había recuperado de sus enemigos en los dos combates anteriores Vicente Guerrero se encontró en posibilidades de armar a los mixtecos que se le habían unido, y de esa manera organizar un ejército con el cual emprender una nueva campaña por todos los pueblos de la región, dando origen a la época de los fuertes cercanos a los pueblos. Tal vez ni él lo sabía, pero estaba inaugurando otra forma de lucha por la emancipación de los pueblos.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

X. La lumbre prende otra vez

MIENTRAS LOS REALISTAS CONCENTRABAN sus esfuerzos en someter el fuerte de Silacayoapan, los insurgentes enfocaban los suyos en abrir otros frentes. Para febrero de 1815 se sabía que en Huazolotitlán, entre Putla y Jamiltepec, los rebeldes estaban creando nuevas bases que les permitieran tender puentes entre las tropas de José *Chepito* Herrera, con la intención de volver a incursionar en la costa. Tal vez porque no era su jurisdicción, sino la de Melchor Álvarez, o porque, como dijo, necesitaba cubrir el puerto de Acapulco, el caso es que el 28 de febrero José Gabriel Armijo solicitó al virrey que la compañía de San Marcos ubicada en Ometepec se trasladara al pueblo de San Marcos —de donde tomaba su nombre— para cubrir tanto la Costa Chica como la grande.[1] Su petición no fue atendida de inmediato, y para el mes de marzo seguía solicitando lo mismo.[2]

Por esos mismos días el congreso insurgente hacía esfuerzos por volver a controlar la Costa Chica. El 25 de marzo comisionó al coronel Francisco Monroy para que reuniera a todos los soldados insurgentes dispersos por esa región, especialmente los que pelearon a las órdenes del mariscal Juan Ávila —originario de Tepecoacuilco, como Valerio Trujano— y las pusiera en condiciones de combate. La orden incluía a los jefes militares que operaran por esos rumbos, intendentes y subde-

[1] AGN, *ibidem*, vol. 75, f. 148.

[2] *Ibidem*, f. 149.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

legados, quienes deberían acatar sus órdenes, "guardándole, y haciéndole guardar todos los fueros, privilegios y execuciones consideradas a los militares de su clase".[3] Fue una decisión política, de buenas intenciones, pero sin efecto, porque no tomaba en cuenta a quienes operaban por ese rumbo y lo conocían, entre ellos Vicente Guerrero y su gente.

La campaña en las mixtecas

Mientras eso sucedía en la Mixteca costeña, Vicente Guerrero comenzó una intensa campaña para fortalecer la lucha por la parte que hoy se conoce como la Montaña. A principios de marzo de 1815 atacó Piaxtla, de donde desalojó a los realistas, atrincherándose en el cerro del Chiquihuite. Los realistas se dieron cuenta que estaba construyendo un fuerte, y tan pronto como lo ocupó, Félix de Lamadrid se puso al frente de mil hombres e intentó desalojarlo, sin ningún éxito. Cuando el peligro pasó y las defensas estuvieron listas, Vicente Guerrero puso a un coronel de apellido Sánchez, con 300 hombres a su mando, al frente de ese fuerte, el primero de muchos que construiría ese año; y él marchó rumbo a Xonacatlán —*Ticumi canu* (cebolla grande, en mixteco)—, donde construiría una de sus más importantes fortalezas en lo alto del cerro de La Concepción.[4]

El entusiasmo que los pueblos de esa parte de la región mostraban por la guerra de independencia, así como lo abrupto de la geografía, convencieron a Vicente Guerrero de que ese era un lugar estratégico para construir una base militar desde donde pudiera moverse a distintos puntos de la Mixteca, y otros lugares de la Nueva España si fuera necesario. No se equivocó, pues al paso de los años quedó claro que fue uno de sus principales campamentos. Para protegerlo, en las laderas bajas del cerro se cavaron profundas zanjas, se dispusieron cercos de lanzas cuyas puntas miraban hacia el cielo y se construyeron amplios parapetos con agujeros, por donde los vigilantes podían divisar a los enemigos. De esa manera, si los realistas sorteaban las zanjas, podían

[3] *Idem.*

[4] Vicente Riva Palacio, *et al.*, *idem*, pp. 34-35; Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, 1985, p. 268.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

quedar ensartados y, si no, los insurgentes se encargarían de acabar con ellos.

Una de las razones para que Vicente Guerrero decidiera que el campamento se construyera en la cima del cerro de La Concepción fue que por sus faldas corría un manantial que nacía en una cueva ubicada en el mismo cerro; justo en el nacimiento del afluente se construyó un tanque para almacenar el vital líquido y poder saciar la sed de los insurgentes atrincherados. La abundante vegetación también funcionaba como trinchera natural donde los insurgentes podían cubrirse de los ataques enemigos, al tiempo que ocultaban las entradas que se habían dejado para comunicarse con los pueblos, o con sus aliados.[5] Los lugareños de Xonacatlán todavía recuerdan:

> El campamento estaba establecido en el cerro, conocido como cerro Guerrero y antes cerro de la Concepción. Tenía sólo dos entradas, una al oriente y otra al occidente, lo demás eran voladeros, así que no había modo de subir. Los insurgentes hicieron trampas, zanjones con varas duras, como lanzas, para que los caballos no pasaran. Todos los soldados de Vicente Guerrero tenían muy buenos caballos que saltaban los zanjones, [mientras] los desconocidos que intentaban cruzar esa zanja se iban para abajo.[6]

Pero no sólo eso. Tanto este cerro como el de La Purísima, en Atlamajalcingo del Monte, o el de La Muralla en Atatlahuca, lo mismo que en la mayoría de lugares donde se construyeron fuertes insurgentes, habían sido adoratorios prehispánicos mixtecos, lugares sagrados donde los pueblos comulgaban con sus dioses y les ofrecían sacrificios. De esta manera, a la ubicación estratégica de cada uno de ellos, —que les permitía dominar un amplio territorio— se unía el valor espiritual, lo que seguramente infuía ánimos a los insurgentes a la hora de la lucha.

Estando en Xonacatlán sus espías le informaron que un batallón de infantería procedente de Tlapa, al mando del español Joaquín

[5] Herminio Chávez Guerrero, *op. cit.*, pp. 18-19.

[6] Mario O. Martínez Rescalvo, *op. cit.*, p. 106.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Combé, apoyado por la caballería comandada por el capitán José Vicente Robles, se disponía a combatirlo. Consideró que en ese momento no era conveniente sostener un combate y a las tres de la mañana marchó con su tropa para Alcozauca, con la finalidad de eludirlos. El cura del lugar funcionaba como espía realista, y tan pronto como los independientes llegaron simuló tener un gran temor por lo que pudiera suceder, aconsejándoles pasaran todos a escuchar misa. Quería concentrarlos en la iglesia y avisar a los realistas para que los atacaran estando indefensos. Pero también Vicente Guerrero tenía su gente y uno de ellos escuchó cuando el sacerdote habló en náhuatl a otro de sus compañeros, indicándole que avisara a los realistas sobre su ubicación. Con esa información, antes de que iniciara la misa a la que habían sido invitados, Vicente Guerrero encaró al clérigo reprochándole su proceder: "Es usted un mal hombre, pues viniendo de donde está el enemigo, nada me ha dicho: no lo ejecuto ahora por no dar un escándalo".[7]

Cuando Vicente Guerrero y su gente salían de Alcozauca se enteraron de que las fuerzas realistas ya se encontraban en la hacienda —hoy pueblo— de Tlalixtaquilla, distante cinco leguas de ese lugar; sus informantes también le dijeron que se integraban por las divisiones de Lobera, Cataluña, Santo Domingo y Dragones de la Reina Isabel. Saber que lo perseguían españoles de los más experimentados en el ejército realista tal vez encendió sus ánimos y decidió darles una lección. El 15 de marzo, en una acción relámpago que nadie esperaba, ordenó a sus tropas contramarchar y a las once de la noche cayó de sorpresa sobre sus enemigos, derrotándolos completamente. La mayor parte del ejército realista murió durante el combate, pero también hubo prisioneros que fueron fusilados a la mañana siguiente. Al comandante Joaquín Combé le ofrecieron el indulto a cambio de voltear banderas y como no aceptó, también fue fusilado.[8] De estos combates, los habitantes de Atlamajalcingo todavía guardan los relatos de sus abuelos:

> Vicente Guerrero levantó aquí fortificaciones en la altura inmediata a la población, porque aquí libró un reñido combate. Perseguido por

[7] Vicente Riva Palacio, *et al.*, *op. cit.*, pp. 34-35; Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, 1985, p. 268.

[8] Vicente Riva Palacio, *et al.*, *idem*; Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, p. 269.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> Robles con gran cantidad de gente bien armada, se situó en la altura, habiendo tenido antes la astucia de vestir algunos palos como combatientes que les daban el aspecto de manejar un batallón. Volvió a serle favorable la suerte y destruido Robles otra vez, le mató un gran número de realistas.[9]

Después de ese triunfo, Vicente Guerrero marchó rumbo a Atlamajalcingo del Monte, fortificándose en el cerro de La Purísima, que junto al de La Concepción, en Xonacatlán, llegaría a ser de los fuertes más importantes en esa intendencia. El lugar debía su nombre a la costumbre de los habitantes del pueblo de acudir ahí los últimos días del mes de octubre de cada año, encabezados por sus autoridades y acompañados de la banda de música, para recibir el alma de sus muertos y conducirlas a sus domicilios, donde celebraban el día de los difuntos. El fuerte incluía una cárcel para encerrar a los prisioneros, una fundidora de cañones y una fábrica de pólvora para suplir la falta de armamento.

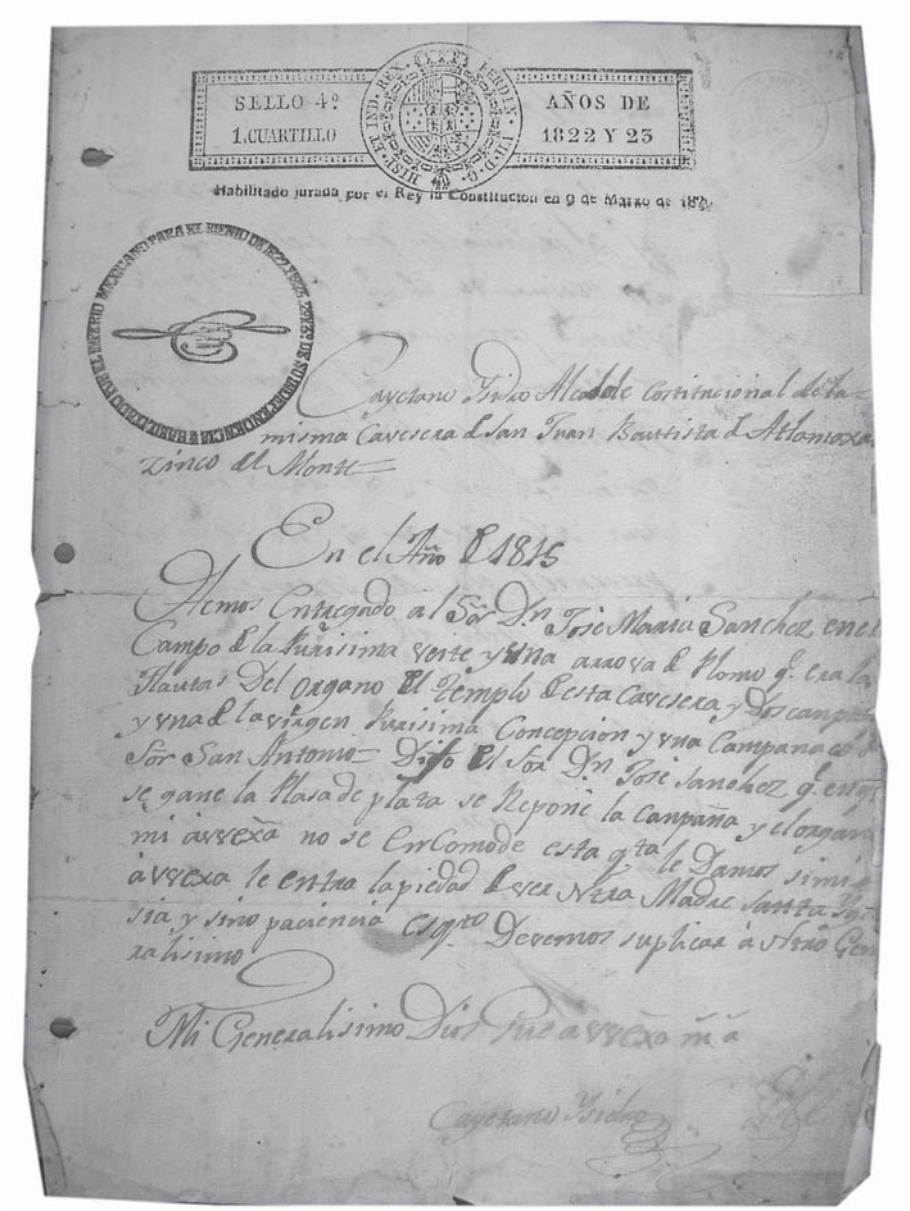
Para que la fundidora de armas funcionara solicitó al pueblo metales viejos pero los que reunieron eran pocos y pidió las campanas de la iglesia para fabricar cañones. Después de una amplia deliberación sus habitantes aceptaron entregárselas, para lo cual una comisión de vecinos subió al campamento a dialogar directamente con Vicente Guerrero. No pudieron hacerlo, pues cuando llegaron el jefe militar había salido a campaña. En su lugar los recibió el señor José María Sánchez —uno de sus principales lugartenientes— y en su presencia se levantó un acta para constancia, en la cual se leía:

> Hemos entregado al señor José María Sánchez en el campo de La Purísima veinte y una arroba de plomo que eran las flautas del Organo del templo de esta cabecera y dos campanas y una de la virgen Purísima Concepción y una campana es del señor San Antonio. Y dijo el señor Dn. José Sánchez que en que se gane la plaza de Tlapa se repone la campana y el órgano[...][10]

[9] Mario O. Martínez Rescalvo, *op. cit.*, p. 100.

[10] Archivo del municipio de Atlamajalcingo del Monte.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.


SELLO 4º
1.CUARTILLO
AÑOS DE
1822 Y 23
Habilitado jurada por el Rey la Constitucion en 9 de Marzo de 182

EVIDENCIA DE LA DEUDA.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

El 21 de noviembre de 1823, dos años después de proclamada la independencia, una comisión de vecinos de Atlamajalcingo del Monte viajó a la ciudad de México para reclamar al gobierno independiente el pago de los bienes entregados para apoyar la causa; como prueba de la deuda exhibieron el documento firmado el día que se entregaron dichos bienes. Vicente Guerrero refrendó la deuda estampando su firma al reverso del acta, con la siguiente leyenda:

> Es efectivo y cierto el crédito que se reclama en esta exposición. Los vecinos del pueblo que representa franquearon sus campanas y Organo para que se construyesen municiones que sirvieron a la División de mi mando. Esta es una de las deudas que he tenido presentes en las exposiciones que he hecho al Soberano Congreso para el reconocimiento y satisfacción de las que causé en la defensa de mi patria: en cuya virtud pueden los suplicantes hacer los ocursos que crean convenientes.[11]

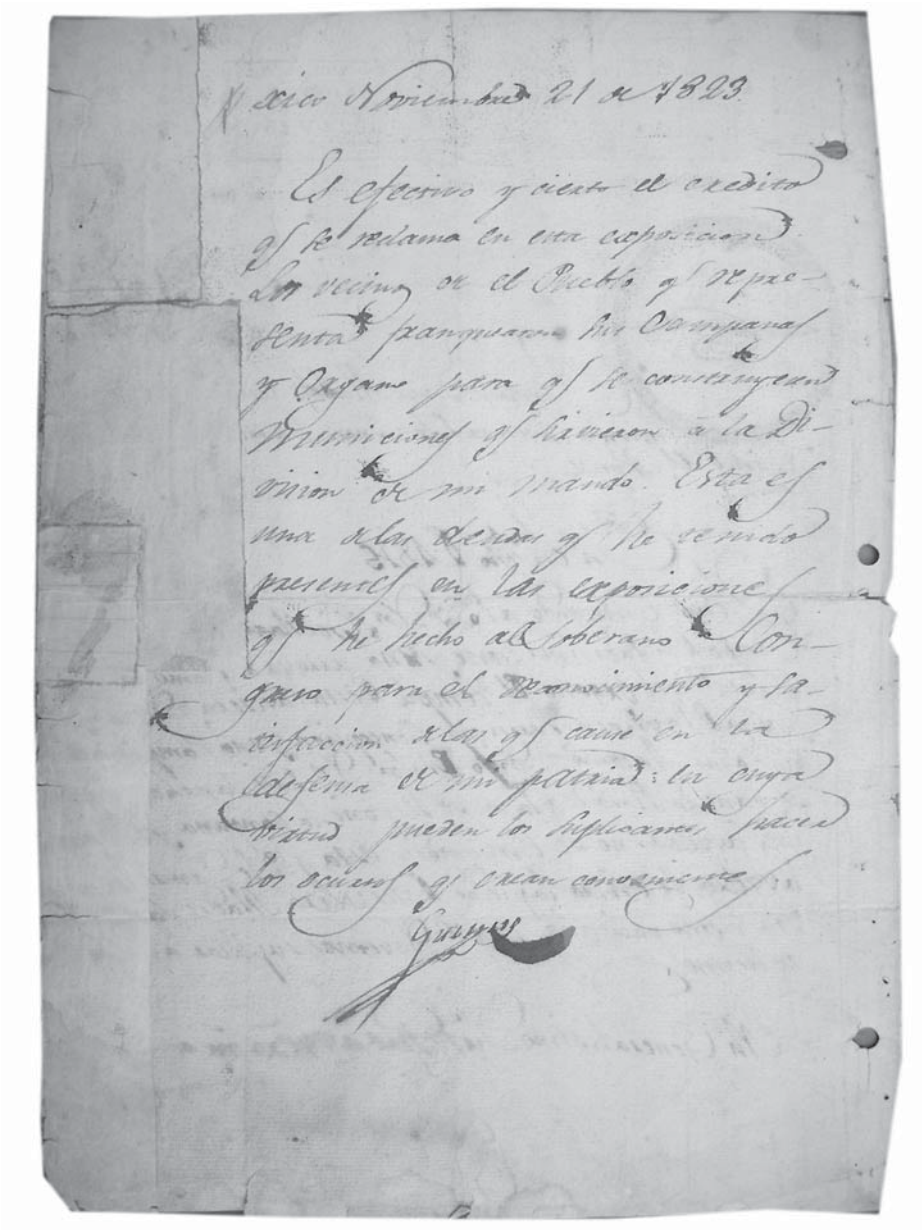
En el campamento de La Purísima también se impartió instrucción militar a los reclutas. Vicente Guerrero había aprendido mucho de las artes militares durante el tiempo que militó a las órdenes del general Mariano Matamoros, y ahora que éste faltaba ponía en práctica los conocimientos adquiridos. El pueblo de Atlamajalcingo del Monte apoyó bastante a los insurgentes, o al menos eso recuerdan sus descendientes casi 200 años después:

> Cuando el general se dio cuenta de que tenía muchos enemigos ya cerca, bajó y habló con el Isidro Cayetano, que era el presidente municipal, entonces mataba res y sacaba la carne y la encostalaba, las mujeres hacían totopos y con una señal del ayuntamiento y si contestaban allá con un balazo, entonces podían subir, pero no por el caminito sino que subían por las barrancas.[12]

[11] *Ibidem.*

[12] Mario O. Martínez Rescalvo, *op. cit.*, p. 101.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.



VICENTE GUERRERO RECONOCE LA DEUDA.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Atlamajalcingo del Monte, como muchos otros pueblos mixtecos, no sólo proporcionó alimentos y pertrechos a los alzados, sino también engrosó sus filas con sus mejores hijos: jóvenes fuertes para la lucha y mujeres para preparar alimentos para los combatientes y, en caso necesario, cargar las armas que los atrincherados usaban. Los testimonios actuales recuerdan a "250 muchachas que fueron a luchar con él y ya nunca regresaron".

Un mes después de los combates de Tlalixtaquilla José Gabriel Armijo informaba al virrey que la plaza de Tlapa se encontraba "en muy mal estado", que en su lenguaje significaba que no las llevaba todas consigo en la guerra; se lamentaba de la derrota del capitán José Vicente Robles y la fortificación en el cerro de La Purísima, en el pueblo de Atlamajalcingo del Monte, desde donde dominaba la comunicación con Ometepec, en la Costa Chica. En su carta también le decía que carecía de fuerzas para someterlo pero que ya se preparaba para hacerlo antes de que llegaran los tiempos de las aguas y Vicente Guerrero se resguardara de tal manera que ya no pudieran romper el fuerte.

En su plan para abatir a los insurgentes contemplaba el apoyo de las fuerzas del capitán Francisco Rionda, quien operaba por la Costa Chica, y debía avanzar hacia la Montaña con 200 hombres armados con machetes. Para convencerlo de que lo apoyara le dijo que la posición de Vicente Guerrero también afectaba los terreno donde él se movía. Le recomendaba que antes de movilizar sus tropas cuidara de formar columnas volantes que resguardaran los puntos que éstas ocupaban, pues existían considerables grupos de insurgentes que podían tomarlas si se daban cuenta de que no tendrían resistencia. [13]

El capitán Francisco Rionda le ofreció el apoyo que solicitaba para el ataque, y con esa seguridad José Gabriel Armijo se esforzó por juntar soldados suficientes para enfrentar las tropas de Vicente Guerrero y derrotarlas. Desgraciadamente las cosas no le salieron como esperaba. De los mil soldados que esperaba reunir sólo pudo armar a 300, mismos que puso a las órdenes del capitán Juan Bautista Miota, y se les ordenó avanzar cautelosamente sobre el fuerte enemigo y, antes de

[13] AGN, *ibidem*, vol. 70, f. 68.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

atacar, valorar si podían derrotarlo o no. Sólo que el capitán Francisco Rionda no movió su tropa como había prometido y sus compañeros se quedaron sin el apoyo que necesitaban para enfrentar a los insurgentes. En esas circunstancias, el capitán Juan Bautista Miota se limitó a una incursión exploratoria, concluyendo que la posición insurgente era inexpugnable por la geografía donde se ubicaba, militarmente estaba bien parapetada y reunía una gran cantidad de rebeldes. "Nada permite atacarles",[14] afirmaría.

La presencia de Vicente Guerrero en la región levantó el ánimo insurgente y varios líderes indígenas se hicieron presentes. Entre ellos se encontraba José Luna, un mixteco que peleaba acompañado por gente de esos mismos lugares. Fue el primero con quien el capitán Juan Bautista Miota se topó durante su incursión, y como no llevaba mucha gente con él, ordenó que una columna de infantería lo persiguiera; José Luna se dio cuenta de la maniobra y emprendió la retirada hacia las barrancas, dejando en el camino dos mulas de carga, caballos de montar ensillados, algunas reses y una escopeta. En uno de los caballos encontraron la correspondencia que el cabecilla mantenía con Vicente Guerrero. Por ella se dieron cuenta de que en el fuerte de La Purísima se encontraba Ramón Sesma, Juan Nepomuceno Rozáins y la mayor parte de los jefes del fuerte de Silacayoapan. El panorama no era muy halagador para los realistas. En su informe al virrey, José Gabriel Armijo tuvo que reconocer que más de 60 pueblos les seguían en sus filas, mientras otros les facilitaban comida y recursos: "Ha sido una maravilla del señor liberarnos de una desgracia".[15] concluía.

El incumplimiento de la palabra del capitán Francisco Rionda, para brindar apoyo a las tropas de José Gabriel Armijo no era una simple desobediencia militar, atrás de ella estaba la decisión del capitán Melchor Álvarez —a las órdenes de quien se encontraba—, responsable de la seguridad en la provincia de Oaxaca, de que se respetara su autoridad. En esas circunstancias, no le pareció correcto que un comandante responsable de la seguridad de la provincia de Puebla diera órdenes a gente bajo su mando, por más necesitado que estuviera. Así

[14] *Idem.*

[15] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

se lo hizo saber él mismo a José Gabriel Armijo, indicándole que el apoyo que necesitaba no debió pedirlo a un subordinado sino a él mismo, pues de esa manera habría podido explicarle las razones de la negativa y tal vez acordar otras salidas.

Para justificar las razones por las cuales se negó el apoyo solicitado le dijo que debía combatir contra las tropas de Ramón Sesma, José Nepomuceno Rosáinz y José Luna que se encontraban atrincherados en los cerros de Silacayoapan, así como a las que operaban por el rumbo de Yosotiche y Santa Rosa —en la intendencia oaxaqueña— lidereadas por José *Chepito* Herrera, quienes sólo esperaban que las tropas realistas se movieran para avanzar sobre la costa y recuperar Jamiltepec. También le informó de la orden que había girado al capitán Francisco Rionda para que batiera las tropas insurgentes que se movían por Yosotiche, y una vez que lo lograra avanzara sobre Tlapa —en la jurisdicción de José Gabriel Armijo—, para tomarla y desde ahí organizar una batida sobre los rebeldes atrincherados en los cerros de Silacayoapan. Concretamente le decía: "No quiero jamás tener que responder de mis operaciones ante mis superiores jefes donde pudieran hacerme cargos temibles, por mi morosidad o falta de hablar con la superioridad de esta provincia".[16]

Cuando José Gabriel Armijo recibió la carta la envió al virrey para enterarlo de su contenido y él mismo resolviera lo procedente. Por esos mismos días, el coronel Melchor Álvarez le informaba desde la ciudad de Oaxaca sobre la imposibilidad de someter a los independientes del fuerte de Silacayoapan:

> El enemigo queda bien posicionado y me es difícil desalojarlo si no varían las circunstancias o desmembra su fuerza. Yo estimo la necesidad se haga un movimiento general sobre Silacayoapan para exterminarlos, o reducirlos a lo menos, pues de lo contrario a la salida del agua ya serán respetables, y sus efectos sobre la provincia de Oaxaca, y sur serán funestos: en tan estrechas circunstancias he dado ordenes muy duras para contener ese fuego en los pueblos, y trato de cubrir la línea desde Huamuxtitlán, Tlapa y Soyatlán, que

[16] *Ibidem*, f. 72.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> corren de Norte a Sur, y resguardar las fronteras de Chilapa, Tixtla y Acapulco, interin se toma providencia general.[17]

Comenzando el mes de mayo de ese año, José Gabriel Armijo decidió encomendar la seguridad de la plaza de Tlapa a 250 hombres al mando del capitán Juan Bautista Miota, mientras él marchaba rumbo a Tixtla para analizar la situación y decidir qué medidas tomar para destruir el fuerte insurgente de Atlamajalcingo del Monte, que en muy poco tiempo se había convertido en un dolor de cabeza para los realistas, pues al encontrarse los insurgentes coordinados con el fuerte de Silacayoapan y los pueblos vecinos, amenazaban con hacerse del poder en toda la región. Después de recorrer la zona cerca de una semana, durante la cual procuró reunir gente fiel a la corona que engrosara su ejército, el jefe realista concluyó que era necesario un movimiento general para atacar todos los fuertes insurgentes al mismo tiempo, de tal manera que no pudieran auxiliarse entre ellos. Era consciente de que una maniobra de ese tipo necesitaba tiempo para prepararse con cuidado y gente para llevarla a cabo; por eso, mientras se reunían esas condiciones procuró impedir que los insurgentes siguieran creciendo y tomando otras plazas, para lo cual debían tomarlas primero ellos.[18]

Mientras los realistas encontraban la forma de someter a sus enemigos, éstos continuaban adelante con su lucha. Como parte de su campaña para levantar las mixtecas, Vicente Guerrero dispuso que el coronel Juan del Carmen realizara una expedición a Ometepec, con propósito de enterarse de cuál era el ambiente en la Costa Chica después de las derrotas sufridas por los insurgentes el año pasado, pues andaba buscando la mejor manera de prender nuevamente la llama de la insurgencia en esos pueblos. Cuando Juan del Carmen cumplía esa misión se topó en Cumbre de la Piedra con un piquete de soldados realistas, a los que enfrentó y derrotó después de una fiera batalla. Después del combate envío a Vicente Guerrero un informe de sus resultados, y en ese mismo lugar esperó indicaciones sobre la forma de proceder; Vicente Guerrero lo felicitó por el triunfo y le ordenó que si-

[17] *Ibidem*, f. 68.

[18] *Ibidem*, f. 76.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

guiera hasta Ometepec sin dar batalla, pues el propósito de la campaña no era posicionarse del terreno sino tratar de rehacer el ejército insurgente derrotado años atrás. Aún así, parece que en esa incursión organizó un campamento en el cerro el Cantón, en la cima de la comunidad de Buenavista, con el fin de establecer una base entre la costa y la Montaña.

El coronel Juan del Carmen siguió su incursión por la Costa Chica, y después de unas semanas ya había logrado atraerse a varios grupos de gente para su causa; algunos de ellos eran antiguos insurgentes, gente del pueblo y realistas que fueron convencidos de estar luchando del lado equivocado. Entre los que se sumaron a la insurgencia figuraban los capitanes Juan Bueno, los hermanos Panuncio y Juan Zurita, de Coacoyotitlán; un buen contingente de Juchitán y José Germán de Arroyos, un realista que se pasó al bando insurgente con todo su batallón y las armas que portaban. También logró convencer al mismo Agustín Arrazola *Zapotillo*, que tantos dolores de cabeza les había dado en batallas anteriores. El coronel Juan del Carmen regresó a la sierra con el entusiasmo más alto de como había salido. Sabía que los pueblos estaban con ellos y lo que faltaba era un buen dirigente que los aglutinara y guiara en la lucha.

Su arribo a Atlamajalcingo del Monte causó sorpresa entre sus compañeros porque regresaron más insurgentes de los que habían partido, pero también porque lo hicieron uniformados como todo un ejército, pues el coronel Juan del Carmen tuvo el tino de conseguir tela y mandar confeccionar uniformes para que se vistieran como la división militar que eran. Su triunfo dio ánimo a todos los insurgentes y Vicente Guerrero decidió enviarlo a otra misión, no a la costa sino a Putla, en la intendencia de Oaxaca, donde operaban las tropas de José *Chepito* Herrera, que la mayor parte de la guerra había estado a la defensiva. El objetivo aquí no era fortalecer el ejército insurgente, porque había uno y era bastante grande, sino tomar determinaciones que les permitieran pasar a la ofensiva. Más tardó en llegar Juan del Carmen que entrar en acción, porque en el camino se topó con las tropas de Francisco Rionda, que desde Jamiltepec se dirigían a Oaxaca para participar de las campañas contra los insurgentes por esos lugares, según las órdenes de Melchor Álvarez. La batalla se decidió por el lado de los

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

insurgentes y representó otro triunfo importante, tanto que a su regreso a Atlamajalcingo del Monte Vicente Guerrero nombró a Juan del Carmen su segundo y lo dejó en el campamento, mientras él —con una división de infantería, a la que bautizó como de San Fernando y otra de caballería—, salió a realizar una campaña por la parte norte de la región.

El 25 de abril de 1815 Vicente Guerrero salió de Atlamajalcingo del Monte con dirección a Xonacatlán. Hacía tres días que había llegado cuando sus informantes se enteraron de que Félix de Lamadrid y José Gabriel Armijo, el primero desde Izúcar y el otro desde Chilapa, avanzaban coordinadamente en una especie de pinza, con el propósito de tenderle un cerco y derrotarlo. Enterado de ese movimiento contramarchó y se estacionó en Tlapa, donde decidió esperar a sus enemigos. Para ello ocupó los cerros de alrededor de la ciudad, hasta donde fue perseguido por las tropas realistas que resultaron derrotadas. Después de ese combate se atrincheró con su tropa en el cerro de La Lumbre o del Tecoyo, para resistir nuevos ataques; ahí construyó otro fuerte y nombró al sargento mayor Miguel de Almanza para que encabezara la defensa mientras él, con parte del ejército, se dirigió a continuar la campaña.

Lo primero que hizo fue dirigirse hacia el poblado de Los Naranjos, porque se había enterado de que el realista Saturnino Samaniego, al mando de una fuerte escolta, custodiaba un convoy que conducía mercancía de Oaxaca hacia Izúcar y quería apoderarse de ella para ponerla al servicio de la insurgencia. Ignorante de los planes insurgentes, Samaniego no tomó ninguna precaución, ya que en ocasiones anteriores no había tenido ningún contratiempo y consideraba que se trataba de un viaje de rutina. Con esa percepción salió tranquilamente de Acatlán, pero ya no llegó a su destino porque los insurgentes los enfrentaron y derrotaron en Los Naranjos. Los que lograron escapar se fueron con Samaniego a refugiar a Izúcar, donde los acogió Félix Lamadrid, que ya se encontraba en ese lugar.

Coincidentemente, tanto Lamadrid como Samaniego eran dos comandantes de las fuerzas realistas que habían sido derrotados por las fuerzas de Vicente Guerrero en los últimos meses, lo que en el fondo hería también su orgullo. Conscientes de esa situación decidieron

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

vengarse, y para hacerlo solicitaron al gobierno poblano refuerzos militares para enfrentar a sus enemigos. Cuando se los dieron marcharon sobre su objetivo, pero Vicente Guerrero retrocedió y se atrincheró en Chinantla, muy cerca de Piaxtla, donde se preparó para esperarlos. Ahí se encontraron los dos ejércitos y se enfrascaron en un combate que duró todo un día. La victoria otra vez fue para los insurgentes y los realistas se vieron obligados a retroceder hasta Izúcar, de donde habían salido.[19]

Con el fin de evitar situaciones similares en el futuro, el coronel Félix Lamadrid advirtió a quienes transportaban mercancías procedentes del sur de la Nueva España y tuvieran necesidad de pasar por Tehuitzingo o Piaxtla, que no se detuvieran en esos lugares por ningún motivo, y en caso de sufrir un ataque podrían brindarle protección las fuerzas al mando de los comandantes Flon y Biategui, hijos del conde de la Cadena, quienes al frente de cien dragones fueron acuartelados en Acatlán para ese fin específico.[20] Con su accionar, las fuerzas insurgentes se estaban convirtiendo en un problema para la economía de la región y el tráfico de mercancías entre las intendencias de Oaxaca y Puebla.

Después de los combates de Chinantla, Vicente Guerrero marchó a Xonacatlán, desde donde ordenó al comandante del escuadrón de San Pedro, Mariano Molinos, que avanzara hasta el valle de Huamuxtitlán para resguardarlo y extender la influencia de los independentistas. El 21 de junio de 1815, apenas unos días después de su llegada, fueron atacados por las fuerzas del capitán realista José Gabriel Armijo, quien aprovechó la superioridad numérica de su ejército y los derrotó después de una resistencia heroica de los insurgentes. El comandante insurgente cayó prisionero y fue fusilado, junto con un buen número de mixtecos que no participaban de ningún bando.[21]

[19] Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, p. 64.

[20] *Ibidem*, p. 67.

[21] *Ibidem*, pp. 64-65.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

El manifiesto de Alcozauca

Enterado de la derrota de sus fuerzas en Huamuxtitlán, Vicente Guerrero se retiró para Alcozauca. Cuando ya se había instalado ordenó a Juan del Carmen, su segundo al mando, que acudiera a ese lugar para tomar acuerdos sobre nuevas acciones militares que les permitieran continuar con su campaña de manera exitosa. En la primera quincena de julio, Juan del Carmen se presentó con 200 hombres a su mando y ahí decidieron el ataque sobre Tlapa, para lo cual se le nombró como vanguardia. El 20 de julio la vanguardia insurgente chocó con los realistas en el pueblo de Oztocingo y comenzó el fuego cruzado. Los realistas informaron al virrey de la situación y éste ordenó que tanto las tropas del capitán José Gabriel Armijo, que se encontraban en Chilapa, como las de Saturnino Samaniego, acantonadas en Izúcar, y las de Francisco Rionda, estacionadas en Ometepec, se trasladaran a ese lugar para reforzar a sus compañeros y terminar con sus enemigos.

Juan del Carmen comunicó a Vicente Guerrero lo complicado que se había tornado la situación, solicitándole apoyo para no ser derrotado. Al enterarse del peligro que corrían sus tropas al ser atacadas por tres frentes con todo lo grueso del ejército realista, Vicente Guerrero comenzó a prepararse para brindarles el apoyo que necesitaban. Sabía que en la batalla de Tlapa se jugaba gran parte del futuro de su causa. Por eso, para animar a los pueblos a unirse a la causa y brindarles apoyo a los combatientes, el 30 de septiembre, antes de salir de Alcozauca, emitió un manifiesto donde exponía las razones de su lucha. El texto completo del documento es el siguiente:

> Tengo la gloria de haber prestado el juramento a la sabia Constitución del verdadero Supremo Gobierno Americano, y esto mismo me pone en la obligación de poner en las tablas del teatro universal de mi patria este papel, que sólo se reduce a que los pueblos que tengo el honor de mandar; sepan que en mi persona ni tienen jefe, ni superior ni autoridad ninguna, sino sólo un hermano, un siervo y un compañero y un amigo en quien seguramente deben depositar sus sentimientos, sus quejas y sus representaciones, las que veré con interés y las que elevare a la Majestad (del Supremo Gobierno) a fin de que se

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

atiendan, como lo requiere la justicia y la libertad jurada por los ciudadanos de esta distinguida Nación. Y, por lo tanto, mando que oigan, escuchen y atiendan como mías las palabras e instrucciones que les comunique a mi nombre el comandante don José Sánchez.

Mando que a su voz en los pueblos se presenten todos los que quieran demarcarse con el glorioso renombre de ciudadanos, que formen sus asambleas y que con franqueza apliquen los (procedimientos) que les parezcan mas convenientes, no a la libertad mía, no a las de sus propias personas o a la de los intereses particulares, sino a la libertad grabal (sic.), bien de vuestros hijos, de vuestras honradas esposas, de vuestros ancianos padres y de vuestros hermanos, y del beneficio común al honor de este nobilísimo pueblo, tanto mas distinguido por el Altísimo, cuanto ha querido ultrajarlo el despotismo, la soberbia y la malicia de la tiranía europana.

Seguirán en sus posesiones todos los que se distingan con el nombre de americanos; y los que no, se marcharan luego a reunirse con los tiranos, tomaran su guarda en la iniquidad y se sepultaran en la ignorancia, entendidos de que hoy mismo protesto a mi amada patria el no perdonar la vida a persona alguna que siquiera mire a los pueblos ingratos que sirven al enemigo. Yo soy el que me comprometo a sostener a costa de mi propia sangre a cuantos se nombren ciudadanos; y yo soy el que tomare gustoso la plaza de tirano contra todo el que se desentienda de mis hermanos.

Y para que persona alguna alegue ignorancia alguna, mando también (que) esta protesta se publique por Bando, para que, inteligenciados todos, se distingan todos los que quieran seguir mis banderas, y los que no, se retiren, en obsequio de que las armas que mando no los cojan, porque desde este mismo instante se contaran con que los valientes soldados de mi División se sostienen y aseguran sus vidas seguramente con la de los traidores.

Dado en el Cuartel Provisional de Alcosauca, a los 30 días de septiembre (de 1815), año sexto de la Libertad.
Vicente Guerrero.[22]

Cuatro ideas resaltan en el documento. La primera es el apego a los principios constitucionales establecidos en la Constitución de Apa-

[22] AGN, *ibidem*, vol. 89, f. 224.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

tzingán, con lo cual apuesta por la defensa de las instituciones insurgentes, a las que hay que consolidar; la segunda, que él no asume ser el jefe de nadie, con lo cual se aleja de la idea de un ejército convencional, separado del pueblo, acercándose más a la idea de un responsable de un ejército del pueblo, compuesto por sus integrantes y confundido entre ellos, pues de hecho, el manifiesto lo firma sólo con su nombre, sin grado militar alguno; la tercera es que la autoridad que hay que obedecer no es la de su persona sino la del pueblo, la cual puede estar delegada en cualquiera que se haga responsable de ella; ahí mismo les informa que quien lleva en esos momentos la dirección militar de la guerra es el comandante José María Sánchez, a quien los habitantes de Atlamajalcingo del Monte entregaron las campanas de su iglesia para fundirlas y fabricar cañones, y la última que la guerra no admite medias tintas, los que estén con los insurgentes deberán asumirlo y apoyarlos quienes estén contra ellos tienen la posibilidad de marcharse del lugar para no sufrir la guerra.

El ataque sobre Tlapa

Después de firmado el manifiesto, Vicente Guerrero se puso al frente de su ejército y se fue a apoyar a Juan del Carmen para fortalecer el ataque sobre Tlapa. Su movimiento lo hizo de noche, para evitar que sus enemigos lo notaran, y obtuvo buen resultado, porque cuando aquéllos se dieron cuenta de la maniobra los insurgentes ya tenían sitiada la plaza. Al día siguiente los realistas intentaron romper el cerco por el lado de San Antonio, pero fueron rechazados y obligados a concentrarse en la plaza central, comenzando un sitio que duró más de 20 días.

Para el 3 de octubre los insurgentes ya se dejaban ver por las alturas de Xalpatlahuac y Xalaxata, salían en columnas de 25 y 50 hombres; salían y luego se retiraban, como para mostrar su presencia. Así estuvieron actuando los días siguientes, a veces se aventuraban y bajaban por las llanuras y las barrancas. El día 7 el capitán realista Juan Bautista Miota llegó a la plaza al mando de 300 elementos, para abastecer de víveres a quienes la resguardaban; pensando que iban en apoyo

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

de los sitiados para que rompieran el sitio, los insurgentes que se encontraban en Alcozauca se movieran para reforzar a sus compañeros. Al día siguiente Juan Bautista Miota salió rumbo para Olinalá y fue atacado por los insurgentes que ocupaban el cerro del Tecoyo, pero logró salir; previendo alguna maniobra, insurgentes de Atlamajac reforzaron el cerco con su caballería, pero se retiraron porque no sucedió nada anormal.

Las fuerzas que mantuvieron el cerco se organizaron en tres puntos, formando un triángulo en torno a la plaza para cubrir sus tres salidas importantes: Xalaxata, Atlamajac y Colotlipa. El mismo Vicente Guerrero se situó al oriente de ellas, al mando de 400 hombres armados; atrás de ellos se colocaron pelotones de indígenas de los pueblos, armados con lanzas y arcos de flechas, cubriendo todos los cerros circunvecinos. Daba la impresión de que en cualquier momento iban a atacar a los sitiados. Y efectivamente, abrieron fuego sobre la plaza por el lado del río, con lo cual los realistas quedaron inmovilizados. El subteniente Miguel Calderón, con veinticinco hombres bajo su mando, intentó llegar a las casas ubicadas cerca del río para repeler el fuego, pero el enemigo se lo impidió. Como a las doce del día se retiraron, y tras la intentona de los realistas para salir, volvieron a atacar; inclusive prendieron fuego al barrio de Xantitlán, donde respondían el fuego con más fuerza. Por la tarde el subteniente Miguel Rodríguez intentó abrirse paso para proteger a la caballería y pudiera salir a tomar agua del arroyo de Xalatlaco, cosa que no fue posible por el fuego que llovió sobre él y su gente.

Los tres días siguientes transcurrieron entre escaramuzas de un lado y otro. Parecía que los insurgentes esperaban que el tiempo, la falta de agua y víveres obligaran a los realistas a rendirse, por eso no entraban en combate abiertamente, sólo vigilaban que el cerco no fuera roto. Inclusive llevaron sus bandas de viento para alegrar su estancia y hostigar al enemigo. Por las noches encendían grandes fogatas y provocaban una algarabía que desconcertaba a los realistas. Es probable que la diversión formara parte de la estrategia insurgente para mantener en alto el ánimo de la tropa, lo que no les impedía fortalecer el cerco. El día 13 una columna realista que merodeaba por la zona descubrió que en la cañada de Iguala se encontraba la caballería insur-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

gente y otro pelotón en el cerro de San Antonio; al día siguiente se dieron cuenta de que habían construido varias trincheras en el cerro de La Cruz y para el 18 ya habían hecho lo mismo en el cerro de San Antonio. Los realistas intentaron desalojarlos pero volvieron a fracasar.

José Gabriel Armijo se enteró de la peligrosa situación de la plaza de Tlapa pero no hallaba la manera de apoyarlos. A mediados del mes envío una comunicación al comandante de la plaza, preguntándole por la ubicación de las tropas de Vicente Guerrero para poder atacarlo directamente: le informaba además que él y su gente aparecerían por el cerro de La Caballería, desde donde prepararían la defensa. Para su mala suerte, el correo fue interceptado y sus enemigos se enteraron de sus planes. Con esa información Vicente Guerrero decidió que el cerco sobre Tlapa quedara bajo la responsabilidad de 400 hombres al mando del capitán José María Sánchez, mientras él y el resto de la gente marchaban a tomar el cerro de La Caballería. Buscaba posicionarse en ese lugar para ganar la delantera a los realistas y así fue: llegó primero al cerro y dispuso la defensa construyendo parapetos de piedra; inclusive ocupó el camino de la Cruz para evitar que las tropas realistas tomaran por ese camino para eludir el peligro. Cuando los realistas se dieron cuenta de la situación montaron en cólera. Como venganza José Gabriel Armijo mandó ejecutar a 24 mujeres que encontró en su camino. Los espantosos gritos que daban al morir pusieron en alerta a los insurgentes, pero nada pudieron hacer por salvarlas de la furia enemiga.

Los realistas se lanzaron contra ellos con la intención de vencer sus trincheras, dando como resultado cinco insurgentes muertos; no obstante, mantuvieron sus posiciones. Lo que no pudieron evitar fue que sus enemigos llegaran hasta ellas y entraran en un combate cuerpo a cuerpo. Cuando Vicente Guerrero se acercó a prender fuego a la mecha de un cañón un realista arremetió contra él a bayoneta calada, con la intención de matarlo; no lo logró gracias a que lo descubrió a tiempo, se movió para evitar la embestida y la estocada sólo le perforó el sombrero; otro le disparó a quemarropa y la bala le lastimó el labio. Aún en ese aprieto arengó a sus soldados para que sacaran machetes y cuchillos y se defendiera. Finalmente, los realistas fueron derrotados y huyeron para Olinalá. En su informe al virrey sobre esta batalla José

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Gabriel Armijo aseguró que perdió 20 soldados, 25 resultaron heridos y otros tantos se extraviaron.

Comenzando el mes de noviembre los insurgentes levantaron el cerco. Lo hicieron porque recibieron la orden de José María Morelos y Pavón de acudir a proteger la marcha del Congreso, que ante el asedio realista había decidido trasladarse a Tehuacán. Como en muchas ocasiones anteriores, las decisiones políticas tomadas en otras latitudes impedían el triunfo de las acciones insurgentes.[23]

Por esos mismos días los insurgentes de la Mixteca alta sufrían otro revés en Tlaxiaco. El 9 de octubre de ese año fue tomado el cerro Encantado por el sargento mayor de Lobera, José Urbano, donde el inglés Guillermo Danlit había levantado una fortaleza. El comandante realista intentó apoderarse por sorpresa del cerro; para hacerlo caminó de noche desde Teposcolula, pero no conocía bien el camino y se extravió; entonces ideó un señuelo que distrajera a los insurgentes y mandó a Felipe Lili con parte de su tropa para atacar el centro de Tlaxiaco mientras él ocupaba el cerro Encantado. A la postre las cosas le salieron de manera distinta, pues los vigías insurgentes descubrieron sus movimientos y abandonaron su trinchera antes que él llegara a su objetivo y lo ocupara.

Desde esa posición pudo observar cómo las tropas de Felipe Lili atacaban a unos indefensos ciudadanos que sin posibilidad de defenderse huían en todas direcciones, perseguidos por unos soldados dispuestos a acabar con ellos. Algunas de las víctimas, indignadas, se organizaron y durante la noche atacaron por el cementerio a los soldados realistas cuando descansaban. De Tlaxiaco, José Urbano avanzó con su tropa hacia la comunidad de Magdalena, donde sabía que tenía su casa el capitán insurgente Nicolás Vásquez, a quien pensaba capturar; como no lo encontró se siguió a Chalcatongo y sólo halló al cura, porque al enterarse que se acercaba los habitantes huyeron al monte.

[23] Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, pp. 66-73.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Los pueblos sufren la guerra

Los pueblos mixtecos que hasta entonces se mostraban pacíficos, porque apoyaban la causa insurgente o porque temían ser considerados sus enemigos, comenzaron a moverse al sentir que ambos bandos abusaban de ellos. En Teposcolula, por la Mixteca alta, que hasta el año pasado había mostrado simpatías por la guerra de independencia, sus habitantes comenzaron a protestar porque se les cobraba una contribución de real y medio a los hombres casados, y un real a los solteros, para sostener la guerra; cuando Ignacio Rayón se enteró de esa situación reclamó su proceder a las autoridades locales, pero éstas, en voz de Manuel Mejía, le respondieron que se trataba de un impuesto ordenado por el coronel Mariano Jacinto Aguirre, lo que desembocó en acusaciones entre las autoridades indígenas y las militares.[24]

En estas circunstancias, los mixtecos ya no mostraron el mismo entusiasmo de años anteriores por dejar de ser súbditos del rey español para formar una nueva nación, con un gobierno integrado en su mayoría por quienes eran sus explotadores. Hubo casos en que los insurgentes tenían más simpatías entre la población mestiza que entre los pueblos indígenas, como sucedió entre los habitantes de las cabeceras de Silacayoapan, Tlaxiaco y Juxtlahuaca, en la Mixteca baja, lugares donde los acogían cuando huían de los realistas. La simpatía seguramente obedecía a que los dirigentes de la rebelión eran de su clase social, aunque también porque esperaban obtener algún beneficio cuando la guerra terminara y la calma volviera a la región.

Los pueblos indígenas, en cambio, vieron a los dos bandos con recelo y en consecuencia fueron hostilizados por ambos. Dos ejemplos ilustran esta aseveración: cuando el pueblo de Yodocono, en la Mixteca alta, se negó a proporcionar 25 pesos, cuatro arrobas de totopos y una ración de zacate que le exigía el coronel independentista Anselmo Aparicio, sufrió un brutal ataque donde participó tanto la caballería como la infantería, quienes quemaron las casas de sus habitantes y se llevaron presos a todos los hombres que lograron atrapar. Para dejarlos en libertad, el coronel los extorsionó con mil pesos, cantidad muy alta

[24] José Antonio Gay, *op. cit.*, p. 477.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

para un pueblo indígena en esa época y mayor a la que en principio se les pidió como contribución. Finalmente hubo un arreglo y los independentistas abandonaron el pueblo; cuando lo hicieron sus habitantes organizaron una procesión llevando al frente el retrato de Fernando VII, rey de España contra el que luchaban los del bando independiente y de quien el pueblo seguramente no tenía más información.

Otro pueblo que sufrió la furia insurgente fue San Miguel el Grande, también en la Mixteca alta. Algunos de sus habitantes denunciaron la presencia de insurgentes a los soldados realistas acampados en Chalcatongo, y en represalia el pueblo entero fue quemado. A esto hay que agregar la brutalidad con que trataban a los miembros de las tropas enemigas cuando llegaban a caer en sus manos, sin tomar en cuenta que muchas veces habían sido enlistados por la fuerza. El cuadro se agrava al añadir que los colaboradores locales de los rebeldes se dedicaban a la rapiña y el saqueo, confiscando bestias, robando a los viajeros y exigiendo servicios gratuitos a los pueblos en que operaban.[25]

En el bando realista no se portaban de mejor manera con los pueblos. A la brutalidad con que actuaban en la guerra, como los mencionados casos de Yanhuitlán y Teposcolula al inicio del conflicto, se puede agregar que obligaban a los indígenas a cavar trincheras y construir jacales para la tropa, además de robarles sus escasos víveres. Tanto el coronel Manuel Obeso como Saturnino Samaniego, los dos comandantes de las tropas realistas en la Mixteca baja, se ganaron a pulso el odio de los pueblos donde operaban, pues mientras el primero los extorsionaba con "pensiones para la tropa", el segundo utilizaba su control del camino real para detener el azúcar que subía de la costa rumbo a Puebla con el fin de encarecerla y después venderla. No en balde era comerciante.

Rosáinz se indulta

Por esos mismos días, el virrey de la Nueva España ordenó que las tropas realistas ocuparan por asalto el cerro Colorado, en Tehuacán, que

[25] Rodolfo Pastor, *op. cit.*, p. 87.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

se había convertido en la fortaleza de Juan Nepomuceno Rosáinz, desde donde dominaba las inmediaciones. El plan fue cumplido cabalmente, pero no atacaron directamente sino en los lugares donde tenía apoyo, para aislarlo poco a poco. Fue una decisión correcta porque, como el pez sin agua, el ejército insurgente que actuaba por esa parte se fue quedando sin recursos para resistir y ante una posible derrota muchos de sus integrantes se rindieron a cambio del indulto, entre ellos Juan Nepomuceno Rosáinz, que entregó las armas la primera quincena de octubre de 1815.

Después de indultarse Juan Nepomuceno Rosáinz entregó al virrey un amplio y pormenorizado informe de la situación de las tropas insurgentes en las mixtecas, en el cual incluyó la situación económica y militar de los insurgentes. Sobre la primera dijo que: "(...) quitando a las Mixtecas los esquilmos de las haciendas de ganado menor, se privarán de su único erario(...) dos ligeras expediciones, una de Tlapa y otra de Teposcolula en el mes que el ganado viene de la montaña (junio o julio), puede conseguirlo".[26]

Y sobre la situación militar, enunciaba:

> El fuerte de Silacayoapan situado en un cerro, tiene al oriente una loma paralela, desde donde lo atacó el señor Álvarez... hacia el sur está una loma donde hay una batería[...] la loma domina tiro de cañón de a 6, y por allí se puede cortar la retirada e impedir el agua[...] una operación combinada con Tlapa, la Costa, la División del señor Álvarez y Huajuapan será un golpe mortal. Las provincias de Puebla, Veracruz y Mixtecas se proveen de azufre de Zacatlán y cerro del Gallego: si pudiera evitarse su extracción, carecerían para siempre de pertrechos.[27]

El indulto del jefe insurgente, así como los informes que proporcionó a sus antiguos enemigos representaron un duro golpe a la insurgencia pero no fue definitivo. Su lugar lo ocupó Manuel Mier y Terán, que había mostrado inteligencia y conocimiento del campo en

[26] Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, pp. 69-70.

[27] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

batallas anteriores. Las autoridades españolas de Oaxaca repitieron la orden que desde principios de 1815 habían dado al general Melchor Álvarez, que se encontraba en Oaxaca, para acabar con sus fuerzas, más ahora que coordinaba todas las tropas del sur de la Nueva España. El 12 de octubre de 1815 ambos ejércitos tuvieron un enfrentamiento en Teotitlán del Camino con un saldo desfavorable para los realistas, quienes al huir dejaron parte de su armamento en Yanhuitlán.[28]

Manuel Mier y Terán puso todo su esfuerzo en mantener ardiendo la llama de la insurgencia en la Mixteca. El 18 de noviembre de ese año Ramón Sesma ocupó el pueblo de Santiago Yolomécatl, en la Mixteca alta, lo que encolerizó al propio virrey, pues demostraba que los insurgentes todavía no estaban acabados. La derrota estuvo a punto de costarle el mando al general Melchor Álvarez, a quien sus jefes consideraron incapaz de recuperar el terreno perdido. Manuel Mier y Terán, por su parte, ocupó el cerro de Santa Gertrudis, entre Tehuacán y Huajuapan, y para defenderlo comisionó al mayor Francisco Miranda. A principios de 1816 Saturnino Samaniego, comandante de las fuerzas realistas en Huajuapan, intentó desalojarlos de ese lugar, pero desistió al darse cuenta de que estaba más resguardado de lo que pensaba.

Los insurgentes se fortalecían y su causa seguía adelante. Lejos estaban de conocer los rumbos que en los días por venir tomaría la guerra.

[28] Vicente Riva Palacio, *et al.*, *op. cit.*, p. 91.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

XI. Humo

La muerte de Morelos

A FINALES DEL AÑO DE 1815 tuvo lugar un suceso que marcó el futuro de la guerra de independencia en toda la Nueva España y, por lógica, también en la Mixteca. Ante la persecución que el ejército realista desató en su contra, el Congreso insurgente decidió moverse a la ciudad de Tehuacán, en la intendencia de Puebla, donde consideraban que tenían más seguridad que en el Bajío. Se designó al general José María Morelos y Pavón para que lo custodiara y éste montó un operativo militar para hacerlo, pero no funcionó como se esperaba debido a que no todos los jefes insurgentes acudieron al llamado: algunos porque la información no les llegó a tiempo, y otros porque no comulgaban con el comportamiento de los congresistas. Como ya se dijo, a Vicente Guerrero se le ordenó levantar el sitio sobre Tlapa y situarse con su tropa en Temalaca, pero la comunicación tardó en llegar porque los caminos se encontraban ocupados por los realistas; los hermanos Ramón y Manuel Mier y Terán recibieron la orden de ocupar Mezcala pero no lo hicieron. y al comandante Vargas se le envío a Taxco como señuelo para distraer las tropas realistas, pero tampoco recibió la orden oportunamente.

Sin saber lo que sucedía entre la tropa que debía protegerlo, el Congreso continuó con los preparativos de la movilización. El 6 de septiembre de ese año, antes de partir a su nuevo destino, nombró una Junta Subalterna Gubernativa Provisional, con la intención de que

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

en tierras michoacanas quedara algún organismo que pudiera desempeñar las funciones administrativas, políticas y judiciales que desempeñaba ese cuerpo colegiado.[1] Al principio la junta se estableció en Taretán, pero luego se trasladó a Jaujilla, donde ocupó un fuerte rodeado de tierras pantanosas, muy cerca del lago de Pátzcuaro.

Contrario a lo que sucedía en las filas insurgentes, Félix María Calleja, el virrey de la Nueva España, se enteró a tiempo de los planes insurgentes y ordenó al teniente Manuel de la Concha que al frente de 600 hombres marchara rumbo a Teloloapan, donde se le uniría el coronel Eugenio Villasana para que juntos ganaran la delantera a las tropas insurgentes. En apoyo a esa medida militar se comisionó al comandan-

GENERAL JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN.

[1] Ernesto Lemoine, *op. cit.*, 1985, p. 572.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

te Claverino para que al frente de 500 hombres hostigara a la retaguardia insurgente; además de eso, el comandante Aguirre ocuparía San Felipe del Obraje y José Gabriel Armijo avanzaría hasta Tixtla; las tropas de Cuautla, Cuernavaca y Toluca marcharían hacia el sur, mientras la División de Monday, que operaban por el rumbo de Apam, se moverían a Cuautla. Se trataba de cercar al comandante general de las tropas insurgentes y no dejarlo escapar.

El 3 de noviembre el general José María Morelos y Pavón llegó a Temalaca. Como desconocía que sus compañeros no habían logrado cumplir sus órdenes y sus enemigos lo estaban cercando, decidió dar un descanso a sus tropas; los realistas se dieron cuenta y prepararon el ataque para el día siguiente. Cuando el general se dio cuenta que se encontraba en una trampa, se dispuso a salir de ella peleando. Distribuyó sus fuerzas en tres columnas. Una, al mando de Nicolás Bravo, se colocó en el filo de una loma, frente a una angosta cañada; a la derecha ubicó las que iban al mando del comandante Lobato, y en medio las que quedaron directamente bajo su mando. Era la lucha de David contra Goliat y los insurgentes lo sabían. Todos se dieron cuenta de lo difícil que sería salir victoriosos y muchos pensaron en la forma de salvarse ellos, aunque la causa que defendían se perdiera. Uno de éstos fue el comandante Lobato, que a la primera arremetida realista abandonó su trinchera presa de pánico, con lo cual otros miembros del ejército insurgente emprendieron la retirada. Las defensas insurgentes fueron rotas por su propia gente y ya no fue posible resistir.

Ante el rumbo que tomaron los acontecimientos Nicolás Bravo propuso a José María Morelos y Pavón que escapara, mientras él cubría su retirada. Era una posibilidad que no estaba en los planes del general insurgente, que pensaba en salvar al Congreso aun a costa de su propia vida. Por eso cuando escuchó la propuesta de inmediato la desechó; por el contrario, ordenó a Nicolás Bravo que salvara a los diputados constituyentes mientras él detenía al ejército realista. Así se hizo y cuando ya el Congreso había abandonado el lugar José María Morelos y Pavón se internó en el bosque con unos cuantos hombres para intentar escapar del cerco.

Como era difícil ir a caballo desmontaron y comenzaron a caminar a pie. No habían avanzado mucho cuando el general insurgente

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

desmontó para despojarse de las espuelas que le estorbaban bastante y le dificultaban avanzar. Fue entonces cuando los realistas cayeron sobre ellos y se liaron en una lucha cuerpo a cuerpo, armados de machetes y espadas. Finalmente los insurgentes fueron sometidos y José María Morelos y Pavón conducido a San Cristóbal Ecatepec, donde fue juzgado, sentenciado a muerte y fusilado el 22 de diciembre de 1815. Así perdió la insurgencia a su principal dirigente militar.

Ironías de la vida. El obispo Antonio Bergoza y Jordán, el que llamó a los mixtecos a oponerse a los insurgentes, al que José María Morelos y Pavón pidió intervenir para que los realistas entregaran la ciudad de Oaxaca y se evitara el derramamiento de sangre cuando se hizo presente con su ejército, era el mismo que, en virtud de ser el único obispo consagrado en México, participó en la degradación eclesial del general antes de ser juzgado y sentenciado a muerte. Parecía que al final el religioso ganaría la partida, pero no. El obispo dejó de intervenir en los asuntos del virreinato porque en marzo del año siguiente las autoridades ordenaron su traslado a España y ahí se le dio posesión del obispado de Tarragona, el cual ocupó hasta su muerte.[2]

Disolución del Congreso

En los días que siguieron a la captura de José María Morelos y Pavón el Congreso insurgente anduvo errante. Para continuar su marcha varios de sus miembros tuvieron que pasar a nado el río Mixteco. Afortunadamente, para ellos, se encontraron con las fuerzas de Vicente Guerrero y las de Nicolás Bravo, quienes los llevaron a descansar a la hacienda de Santa Ana, y después los escoltaron hasta Tehuacán, a donde llegaron el 16 de noviembre; ahí los entregaron al coronel Manuel Mier y Terán, comandante de las fuerzas insurgentes en esa zona. Su llegada fue saludada con truenos de artillería y repiques de campanas de las iglesias. Los insurgentes estaban alegres de que el Congreso se hubiera salvado y no corriera la misma suerte que el general José María Morelos y Pavón. Cumplida su misión, Vicente Guerrero

[2] Ana Carolina Ibarra, *op. cit.*, 2000, pp. 236-237.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

regresó a su campamento de Xonacatlán, acompañado de 400 hombres a su mando.

La alegría con que se recibió la llegada de los congresistas duró poco. El coronel Manuel Mier y Terán consideraba que en lugar de apoyar la lucha de resistencia, debido a las intrigas entre ellos y con los jefes militares, el Congreso se había convertido en un obstáculo para avanzar y decidió disolverlo. Como no quería aparecer como un contrainsurgente a la vista de sus compañeros, urdió una conspiración en la que una parte de su ejército simulara una rebelión contra él mismo por proteger al órgano colegiado, lo destituyeran del mando, disolvieran el Congreso y después se formara un gobierno donde se le invitaría a participar. El plan se ejecutó el día 14 de diciembre, Manuel Mier y Terán fue arrestado junto con los miembros del Congreso por sus propios compañeros y después se formó el gobierno provisional compuesto

GENERAL MANUEL MIER Y TERÁN.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

por tres personas: Manuel Mier y Terán como presidente y los señores Ignacio de Alas y Antonio Cumplido.[3]

La disolución del Congreso representó un fuerte golpe a la institucionalidad que desde el principio de la lucha habían venido construyendo los insurgentes y terminó separándolos más. El día 25 de diciembre llegó hasta Xonacatlán el mariscal Juan de Otal, sobrino de Manuel Mier y Terán, llevando a Vicente Guerrero una comunicación oficial de éste. En ella le exponía su versión sobre la disolución del Congreso y la forma en que se había integrado el nuevo gobierno, al tiempo que le solicitaba obediencia. Vicente Guerrero se negó a reconocerlo como presidente porque consideraba que no tenía ninguna legitimidad para actuar como lo hizo, considerando que había cometido una arbitrariedad; días después el mismo mensajero, a nombre del general Manuel Mier y Terán, propuso a Vicente Guerrero participar en una campaña por Oaxaca preparada por él mismo con el fin de atacar a las tropas realistas, pero éste no aceptó la propuesta porque supo que el fin era someter a quienes proporcionaban apoyo a Guadalupe Victoria, el general insurgente que operaba por Veracruz, quien tampoco estuvo de acuerdo con la disolución del Congreso.

Días después el jefe suriano escribió a la junta subalterna de Jaujilla, informándole sobre su actitud. En su mensaje, entre otras cosas, le decía:

> Desde los extraordinarios acontecimientos sucedidos en Tehuacán la madrugada del día 14 de diciembre último, en que aquellos militares cometieron el atentado de sorprender a los representantes de las Supremas Corporaciones disolviendo de este modo el gobierno republicano que con aplauso general se había adoptado, me propuse consultar a V. E. sobre esto, para que se sirviera comunicarme las medidas mas convenientes que sobre la reforma de gobierno haya dictado y como estoy instruido que el Supremo Mando dejó depositadas sus facultades soberanas en V. E., es regular sea como me he propuesto. Luego que estuvieron disueltas las corporaciones, trató el señor Terán de convocar una nueva forma de gobierno nada adap-

[3] Lorenzo de Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, México, Instituto Cultural Helénico/FCE, 2010, pp. 75-76.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> table, para lo que me persuadió a que me pusiera a sus órdenes y admitiese las propuestas que había sobre esto. Yo, que después de habérseme hecho sensible la disolución del Congreso, nada quise admitir sobre este particular, sino que con contestaciones dilatorias mantuve la correspondencia hasta que abiertamente me decidí a no admitir aquella forma de gobierno sino que solamente la que eligiese la nación general o V. E. adoptase por mas conveniente: y si pudieran reinstalarse las Corporaciones que antes nos regían fuera a mi entender lo mas conveniente.[4]

No se sabe qué respuesta dio la junta al requerimiento, pero cualquiera que haya sido, no logró unificar a los insurgentes.

Continúan las divisiones

Marcada su distancia con Manuel Mier y Terán, Vicente Guerrero continuó la guerra por su lado. A finales de diciembre de 1815 se encontraba a orillas del río Xiputla, donde fue atacado por las fuerzas de Félix Lamadrid, que tras un duro combate salieron derrotadas; días después, las tropas realistas que operaban por Chilapa brindaron apoyo a los derrotados para volver contra el enemigo. Los insurgentes los esperaron en el pueblo de Acaxtlahuacan y entonces los realistas marcharon a refugiarse en Huamuxtitlán, hasta donde aquéllos los persiguieron y derrotaron. Triunfantes, las tropas insurgentes volvieron a Xonacatlán, uno de sus fuertes más importantes.

Para su mala suerte, el 8 de enero de 1816 el cura de Ahuaquaucingo, que había estado prisionero de las fuerzas insurgentes por colaborar con los realistas, escapó y logró llegar hasta el campamento de Félix Lamadrid; donde rindió un informe pormenorizado de los lugares donde se encontraban Juan del Carmen, Vicente Guerrero y otros jefes insurgentes de la Mixteca, así como la situación militar de cada uno de ellos. Les dijo, por ejemplo, que el teniente Juan del Carmen tenía una fortificación con trincheras y estacas en Oztocingo, arriba de

[4] Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, p. 80.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

la cual había construido un castillo de madera y piedra, colocándole un cañón encima; que la fortificación estaba resguardada por 150 negros a su mando, 100 con armas de fuego y 50 con machetes; que contaba con una puerta por el rumbo de Ocuapa, por donde se comunicaban con el pueblo de Atlamajalcingo del Monte, misma que les servía para surtirse de agua, víveres y todo lo necesario para resistir. De acuerdo con su testimonio, en este último pueblo había diez hombres armados encargados de hacerse de víveres, para que en caso de una retirada no les faltara comida.

El cura también les informó que en Alcozauca se encontraba otra guarnición protegida por cien insurgentes, la mitad de caballería y el resto de infantería, todos armados con fusil; que sus trincheras resultaban inexpugnables por contar con parapetos y estacadas, además de dos cañones. La guarnición tenía dos entradas: una rumbo al oriente, por donde se comunicaba con Silacayoapan, y otra por el camino que conducía a Tlapa. Las disposiciones del teniente Juan Carmen eran resistir y en caso necesario retirarse a Atlamajalcingo. En este lugar también tenían una fábrica de cañones y pólvora.

De Vicente Guerrero les dijo que se encontraba por el lugar llamado Aguada de Machorro, esperando un refuerzo de 400 hombres que Guadalupe Victoria había prometido enviar desde Tehuacán, y que tan pronto como llegaran atacarían Tlapa, Chilapa y Tixtla; que en Silacayoapan estaba Joaquín Terán, aunque desconocía la fuerza con la que contaba; que los pueblos los apoyaban porque creían que las fuerzas realistas estaban diezmadas y sólo contaban con 600 hombres; que esperaban 600 fusiles que sus compañeros les enviarían del Punto de Piedras, además de tener una fábrica de pólvora en Ocuapa, con salitre, azufre y plomo; inclusive en este último lugar fundían cañones que les quedaban muy bien.

Finalmente les informó que diariamente llegaban comerciantes de todos rumbos con harina y víveres, y habían impulsado diversos oficios para sostenerse. Terminó su informe afirmando que a Vicente Guerrero sólo se le podía atacar por el rumbo de Tlapa, pues por otros lados era impenetrable; aunque tenían un punto débil: sólo contaba con una fuente de agua y estaba a una distancia de dos leguas rumbo a Silacayoapan, en la barranca de Alcozauca.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Con esa información en su poder, el 9 de enero Félix Lamadrid, acompañado del capitán Codallos, salió rumbo a Xonacatlán para atacar la guarnición insurgente. Caminaron todo el día y por la tarde decidieron acampar en la hacienda de Tlalixtaquilla, distante un cuarto de legua del lugar donde se encontraba el fuerte enemigo. Mientras la mayoría de la tropa descansaba, una pequeña columna fue comisionada para realizar un reconocimiento del terreno. Hecho esto prepararon el ataque por tres puntos simultáneamente; confiaban en que alguno de ellos se rompiera y pudieran así introducirse al fortín. Pero como el cura de Ahuaquaucingo les había advertido, el fuerte era inexpugnable. Ni siquiera les valió que el capitán Codallos intentara ocupar el cerro cercano y desde ahí someterlos a un nutrido fuego, porque los insurgentes descubrieron la maniobra y ocuparon el lugar antes que ellos llegaran, y cuando lo hicieron los insurgentes ya los esperaban. En esas condiciones no les quedó más camino que reconocer su derrota y retirarse del lugar.[5] Los insurgentes se estaban reponiendo de los duros golpes sufridos a finales del año pasado. Si los realistas pensaron que su sometimiento era cosa de días, se equivocaron.

Ajuste de estrategias

Los resultados de los combates de ese año que comenzaba mostraron que los insurgentes se habían ido posicionando y sus enemigos no podrían vencerlos fácilmente, como hasta entonces creían. Los realistas también se dieron cuenta y tomaron otras medidas para ajustar su estrategia. El 13 de enero el coronel Eugenio Villasana, después de estudiar el terreno, propuso al virrey de la Nueva España que la guarnición de Chiautla operara de acuerdo con la de Tlapa para formar una línea defensiva entre ambas y dividir el territorio dominado por los insurgentes. El virrey hizo algo más que eso. Al día siguiente de recibir y estudiar la propuesta, ordenó que los tenientes coroneles Félix Lamadrid y Saturnino Samaniego quedaran bajo las órdenes del coronel

[5] *Ibidem*, pp. 76-77.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

José Gabriel Armijo; éste, a su vez, tomó medidas para que la guarnición de Tlapa aumentara a 350 los efectivos que la custodiaban "para librarla del asedio otra vez", según dijo.

Para completar los ajustes de su estrategia, el 27 de febrero el virrey nombró al brigadier Ciriaco del Llano comandante general del Ejército del Sur; también dispuso que los tenientes Félix Lamadrid, que operaba en Izúcar, en la intendencia poblana, y Saturnino Samaniego, que lo hacía desde Huajuapan, en la intendencia oaxaqueña, combinaran sus movimientos con el coronel José Gabriel Armijo por el norte de la región, y con Francisco Rionda por la Costa Chica, para cercar a las fuerzas de Vicente Guerrero, Ramón Sesma y Manuel Mier y Terán, que eran las más visibles dentro de la insurgencia regional. A todos les ordenó que buscaran la manera de obtener recursos para funcionar en los mismos lugares donde operaban, para lo cual recomendaba:

> [...] obrar con la libertad que exigen las circunstancias, organizar campañas urbanas en los pueblos, sosteniendo en su mayor vigor la disciplina militar, no permitiendo que se cause extorsión a los pueblos fieles, prohibiendo que los militares se mezclen en los negocios mercantiles y consignando a los que lo hagan para conservar la tranquilidad, confianza y buen orden en los pueblos.[6]

Paralelamente, los insurgentes también tomaban medidas para avanzar en su lucha. El 20 de marzo Vicente Guerrero fue nombrado comandante general del sur por las diversas fuerzas insurgentes que operaban en la región. El suceso tuvo lugar en Silacayoapan, territorio dominado por las tropas de Ramón Sesma, y fue él quien se encargó de comunicar la determinación a todos los grupos que operaban en la región mixteca en los siguientes términos:

> El día 20 de este mes fue electo en este campo por Comandante General del Sur, el señor coronel don Vicente Guerrero, y los cuerpos eclesiástico, militar y político que asistieron a la asamblea, lo reco-

[6] *Ibidem*, p. 78.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> nocieron con aplauso común. Supongo que Usted hará lo mismo y que si tiene algo que exponer me lo comunique.[7]

En la misma comunicación se informaba que el nuevo comandante estaba amenazado por 1600 "esclavos" al mando de José Gabriel Armijo, razón por la cual llamaba a los jefes de grupo para que acudieran a Silacayoapan, donde se estaba preparando la estrategia para someterlos. Tal vez había algunos inconformes con el nombramiento porque la comunicación cerraba haciendo un llamado a desterrar desconfianzas y recelos, seguros de que no había ningún ánimo de venganza contra nadie y lo que importaba era unir fuerzas para hacerse fuertes. La decisión, así como la forma en que se llevó a cabo —en territorio controlado por fuerzas poco afines al nuevo general y teniendo a su comandante como anfitrión— debió despejar dudas de que la unidad iba en serio.

Las capacidades de ataque y defensa de cada bando las iban definiendo cada uno por su lado. Los espacios ocupados por los insurgentes en ese tiempo abarcaban casi todo el territorio de la región, aunque se concentraban en algunas zonas que se consideraban estratégicas. De acuerdo con los informes que circulaban entre las autoridades españolas:

> Todo el territorio que media entre Huajuapan e Izúcar hasta Ometepec. En esta extensión tienen fortificados los puntos siguientes: cañada de Los Naranjos ocupada por Guerrero o Terán, aunque no permanecen en ella, sino cuando saben que van o vienen tropas o convoyes, entre Izúcar y Huajuapan. Cerro de Xonacatlán, ocupado por 400 hombres al mando de Juan del Carmen y pronto a ser auxiliado por Guerrero, que trae otros 400 hombres. Toda la región le es adicta. Cerro de Silacayoapan ocupado por Ramón Sesma con 120 hombres. Cerro Colorado ocupado por Manuel Mier y Terán con mil hombres y partidas en Cañada de Los Naranjos, Tepeji y Teotitlán.[8]

[7] *Ibidem*, p. 79.

[8] *Ibidem*, pp. 78-79.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Por su parte los realistas tenían fuerzas en Izúcar y Huajuapan. Las primeras, al mando de Félix Lamadrid, se integraban por 345 soldados de línea de los cuerpos de Saboya Asturias, Puebla y Potosí; siete compañías realistas y urbanas con 401 elementos de tropa y 308 fusiles; las segundas abarcaban 390 hombres de línea de los cuerpos de Lobera, Guanajuato y San Carlos.[9] Eran menos que los insurgentes y estaban más concentrados, pero también más preparados militarmente.

Quitando el agua al pez

Como parte de su nueva estrategia, en los meses que siguieron los realistas dejaron de combatir frontalmente a los insurgentes y se dedicaron a recorrer la región para preparar otros ataques; sus correrías tenían el propósito de mostrar su fuerza e infundir miedo a los pueblos, así como destruir la propaganda insurgente de que estaban acabados; también aprovechaban para recoger alimentos, que concentraban en Tlapa, y obtenían información sobre las trincheras enemigas. Para el mes de abril, José Gabriel Armijo informaba al virrey que había desalojado cuatro destacamentos insurgentes y sabía que sus mayores contingentes se encontraban en Xonacatlán y Oztocingo, al mando de Vicente Guerrero y Juan del Carmen, respectivamente, además del de Silacayoapan, en la intendencia de Oaxaca, sostenido por Ramón Sesma.

Con esa información el virrey ordenó ataques simultáneos en todos esos frentes, para que los insurgentes no pudieran auxiliarse entre ellos. Sus planes no resultaron como esperaba, porque la situación de la región impidió una buena comunicación entre las tropas realistas. Sólo el teniente coronel José Gabriel Armijo destacó un pelotón de 50 dragones sobre el río Mixteco, con la finalidad de sorprender a las tropas de Vicente Guerrero. Como resultado de este movimiento, el 21 de abril capturaron a un capitán de apellido Loyola, primo del capitán Antonio de León, quien fue conducido a Huajuapan y fusilado.

[9] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Para finales de abril la información de los realistas sobre la situación de los insurgentes era más precisa. El día 24 de abril, el brigadier Ciriaco del Llano, comandante general del Ejército del Sur, informaba al virrey que Vicente Guerrero se encontraba en Xonacatlán y tenía un brazo roto; que como su segundo actuaba un militar de apellido Galván; que "el Manco" Sesma seguía en Silacayoapan, y Molina en Huamuxtitlán, donde contaba con un cañón; que Juan del Carmen estaba en Atlamajalcingo, al frente de 500 hombres; José María Sánchez en Oztocingo, y Nicolás Bravo en la hacienda de Santa Ana, cerca de Tehuacán.[10] Si se juzga por esta información, la resistencia estaba por la parte norte de la región, concentrada en la intendencia de Puebla.

Los realistas conocían las posiciones de los insurgentes, lo mismo que el terreno y el comportamiento de los pueblos. Sabían, por ejemplo, que por su ubicación geográfica y los ríos que la circundaban, Chiautla era el centro desde donde se comunicaban con Huajuapan, Silacayoapan, Huamuxtitlán, Tlapa, Acatlán e Izúcar; que por ahí pasaban la información, y ahí se refugiaban los insurgentes cuando sufrían algún percance en otros lados; estaban enterados de que obtenían los recursos económicos que les permitían financiarse de las haciendas volantes dedicadas al pastoreo de chivos en Huajuapan y Silacayoapan. De igual manera, tenían conocimiento de que los pueblos ya estaban resintiendo los efectos de la guerra, pues 16 de ellos se presentaron con información sobre su ubicación y movimientos, brindando apoyo a los realistas para combatirlos. Era una información valiosísima, ya que les permitía decidir con mucha más precisión a dónde debían dirigir sus ataques y con qué propósitos específicos.

Pero no era tan fácil, pues los insurgentes también actuaban. El 10 de junio José Gabriel Armijo daba al virrey un balance de los últimos acontecimientos, en el que mostraba los desastres de las derrotas recientes de sus tropas:

> [...] una partida de Lobera fue rechazada al atacar Silacayoapan; enseguida lo fue el Teniente Coronel Samaniego; corre el señor Álvarez con mayor fuerza y peor suerte, y los rebeldes ponen sus miras

[10] *Ibidem*, pp. 80-81.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> en extenderse y aumentar sus establecimientos; Vicente Guerrero se sitúa en Sepistla, donde es acometido por el Teniente Coronel Lamadrid y el resultado no es mejor que los anteriores. Después de esto se coloca Juan del Carmen en Oztocingo; sale a batirlo de Tlapa el Teniente Coronel Antonio Fuentes y perece este oficial y ciento treinta hombres que mandaba. Esta grande ventaja los anima a asediar aquella plaza en octubre último[...] El día 30 del mismo mes en que a costa de algunas pérdidas, experimentan un golpe que les impide la continuación de asedio. A continuación se fortifica Guerrero en Xonacatlán, lo ataca Lamadrid quien pierde hombres y armas, y este encadenamiento de sucesos pone en completa sublevación todo el territorio. El feliz éxito logrado el primero de mayo último sobre el atrincheramiento de Huamuxtitlán intimida algo a los rebeldes que inmediatamente se reconcentran en Xonacatlán, abandonando la insuperable posición de Oztocingo y el sistema de visitar los pueblos y avistarse en la plaza de Tlapa las Gavillas.[11]

Conociendo la situación, el militar sacaba sus conclusiones para cambiar la estrategia de combate:

> De estos fundamentos deduzco que el lograr el exterminio de estos rebeldes consiste en que dos divisiones, sin otra atención y compuestas ambas de seiscientos hombres, y en alternativa, se dediquen en sus establecimientos mientras la otra, recorriendo en circunferencia, les extrae todo recurso de subsistencias [...] lográndose al mismo tiempo sujetar a los pueblos, sin cuyos brazos los rebeldes se verán en la necesidad de presentarse unos, perecer otros y fugarse los mejor escapados, con abandono de sus establecimientos, cañones y demás que encierran aquellos, y que no es fácil transportar. Las circunstancias del terreno y las pocas fuerzas no permiten un útil sitio, con el agregado de lo gravoso que sería al erario aprestar el tren necesario para el objeto: atacarlos en sus trincheras es disminuir nuestro Ejército; luego no hay duda que el mejor medio es el propuesto para destruir estos establecimientos que pueden llamarse antiguos con respeto al tiempo que cuenta la rebelión[...][12]

[11] *Ibidem*, pp. 81-82.

[12] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Lo que el militar proponía era un cambio total en la táctica militar usada hasta entonces para combatir a los independientes: en lugar de atacarlos de frente, buscaba cercarlos en sus propias trincheras para que el transcurrir del tiempo los dejara sin los elementos necesarios para seguir resistiendo. La clave estaba en lograr mantener el cerco más tiempo que el necesitado por los insurgentes para resistir.

Mientras los realistas evaluaban la situación y buscaban la mejor manera de acabar con sus enemigos, los insurgentes hacían lo propio para someterlos. En junio de 1816 Vicente Guerrero atacó la ciudad de Acatlán, Puebla, defendida por los hermanos Antonio y Miguel Flon, quienes tenían la encomienda de proteger el tránsito de mercancías de Oaxaca a Puebla. El ataque se realizó el día 28 de ese mes, con una fuerza compuesta de 600 soldados de caballería e infantería, bien uniformados y disciplinados, 400 de ellos armados, con flechas y lanzas, además de un cañón. Al primer ataque los insurgentes se hicieron de la caballería enemiga, el panteón y la mayoría de los edificios públicos, menos la iglesia, desde donde los realistas resistieron, iniciándose un cerco sobre la ciudad.

Ramón Sesma, primo de los hermanos Flon acudió en auxilio de Vicente Guerrero, lo mismo que Manuel Mier y Terán, por lo que parecía un triunfo seguro. Para el 1 de julio los realistas solicitaron pláticas para entregar la plaza y los insurgentes aceptaron. Durante ellas Ramón Sesma propuso que siendo los responsables de la plaza familiares suyos, no se les pusiera presos y, por el contrario, se les permitiera regresar a sus trincheras por sus armas. En eso andaban cuando los sitiados se enteraron que Félix Lamadrid y Saturnino Samaniego iban en su auxilio y volvieron a atrincherarse. La caballería de Vicente Guerrero enfrentó en la barranca de Los Naranjos, a los que llegaban en auxilio de los realistas con lo que el cerco se debilitó y al final tuvo que ser levantado.[13]

Mientras Vicente Guerrero operaba por la parte baja de la Mixteca poblana, Juan del Carmen lo hacía por la parte alta y costeña de la región. Con el fin de combatirlo, el capitán realista Isidro Marrón organizó una campaña de cuatro días —del 8 al 11 de julio de 1816— por

[13] *Ibidem*, p. 83.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

varios pueblos de la región. El día 8 estuvo en Ayotzinapa, de ahí pasó a Huaxolotitlán, Atlatlahuiquitepec y Cacahuatepec; el 9 marchó para Aquilpa, donde decomisó diez reses, pasando después a Copanatepec; el 11 entró a Atlamajalcingo del Monte, Ocuapa y Totomixtlahuaca, de donde contramarchó a Tlaquesalapa, regresando después a Tlapa.[14]

Con este tipo de incursiones lo único que lograban los realistas fue que los insurgentes se refugiaran en lo más intrincado de la Montaña y después bajaran a la costa. Ellos mismos lo sabían. En los informes enviados al virrey afirmaban que el día 9 de ese mes Juan del Carmen y su gente andaban por Zapotitlán e Huizalapa, por lo que fueron en su búsqueda, pero no los alcanzaron porque regresaron a su campamento en Atlamajalcingo del Monte. Tampoco ahí los encontraron, pero a cambio la gente les obsequió comida fresca, producto de las primeras cosechas del año. Los pueblos se mostraban colaboradores con los realistas para no sufrir las consecuencias de proteger a sus contrarios.

Pero el regreso de Juan del Carmen sólo fue un señuelo para distraer a los realistas mientras incursionaba por la costa. La madrugada del día 23 de julio atacó en Zacatepec a un destacamento que estaba al mando de Francisco Rionda. La sorpresa del inesperado ataque inmovilizó a los realistas, que nada pudieron hacer en su defensa. Los que reaccionaron a tiempo y pudieron, huyeron del lugar, pero otros quedaron en el campo de batalla, entre ellos el teniente Gabino Baños y cinco soldados, además de 12 heridos. Al medio día los atacantes se retiraron a la montaña, llevándose las armas y municiones que pudieron; pero antes de hacerlo Juan del Carmen dijo con todas sus fuerzas, para que escucharan todos, que José Gabriel Armijo se cuidara en Tlapa, porque iba a ir por él.[15]

José Gabriel Armijo se puso nervioso con la amenaza, pues confirmaba los rumores que se extendían por los pueblos. Pidió que la fuerza que había enviado a Zacatepec, en apoyo de sus fuerzas atacadas, regresara inmediatamente y que José Antonio Reguera devolviera las que le había proporcionado para cubrir la Costa Chica, pues era la única manera de contener a los insurgentes si se decidían a cumplir su

[14] AGN, *ibidem*, vol. 76, f. 22.

[15] *Ibidem*, f. 63.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

amenaza.[16] El virrey estuvo de acuerdo, pero también pidió se realizara una investigación que aclarara por qué las tropas de Francisco Rionda fueron sorprendidas en un lugar donde aparentemente no había bases insurgentes.[17]

Mientras los realistas de Puebla intentaban contener a los insurgentes, el teniente coronel Manuel Obeso, comandante militar de Oaxaca y sustituto de Melchor Álvarez, quien se encontraba en la capital del virreinato atendiendo acusaciones en su contra, envió el 31 de agosto de 1816 al brigadier Ciriaco del Llano, comandante del Ejército del Sur, unas "Reflexiones Militares" sobre la provincia a su mando, que tenían importancia para su actuación en la Mixteca:

> Los fuertes de cerro Colorado y Silacayoapan abrazan horizontalmente de este a oeste toda la provincia, franquean al enemigo sus operaciones en ella y le proporciona casi impunemente la comunicación con los otros dos fuertes de Teotitlán y Santa Lucía, en Dirección a la ciudad de Oaxaca, a veinticinco leguas de Silacayoapan y hacia la izquierda, en terreno montañoso, ha facilitado a los rebeldes la posesión de la mayor parte de los pueblos de la Mixteca, obstruyendo la comunicación con la Costa.[18]

El 20 de septiembre el virrey de la Nueva España, Félix María Calleja, entregó el poder a Juan Ruiz de Apodaca, que llegó desde España para sucederlo en el puesto. En octubre el nuevo virrey ordenó al brigadier Ciriaco del Llano que aumentara la fuerza urbana que cuidaba la ciudad de Oaxaca, a modo de que la tropa de línea quedara libre para realizar operaciones de campaña contra los insurgentes. Otro tanto hizo con José Gabriel Armijo, a quien le ordenó formar una columna volante de 300 hombres, caballería e infantería, que recorrieran toda la región persiguiendo insurgentes con el apoyo de las fuerzas de diversas plazas. Su mensaje mostraba desesperación por la incapacidad de su ejército para someter a sus rivales:

[16] *Idem.*

[17] AGN, *ibidem*, f. 65.

[18] Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, p. 84.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> Espero de lo acreditado de V. S. que en la campaña entrante desaparezcan las gavillas de rebeldes que de un tiempo a esta parte utilizan aquel sitio con notable perjuicio de la pacificación del país por tener que ocuparse en él tropas que con utilidad destinaría V.S. en otros puntos.[19]

Eran palabras duras, porque indirectamente lo acusaba de ineptitud. Pero el virrey así lo creía. Por eso en el mismo documento instruyó al brigadier Ciriaco del Llano que los coroneles Saturnino Samaniego y Félix La Madrid se unieran al plan contrainsurgente, movilizándose para el lugar donde más se necesitara su presencia, aprovechando su conocimiento del terreno, su honorable comportamiento y sentido de servicio al rey.[20] Eso decía el virrey, pero el brigadier Ciriaco del Llano era de una opinión distinta, pues a mediados del mes siguiente todavía no autorizaba el movimiento, lo que obligó al virrey a repetir la orden, señalando que deberían marchar contra los campamentos rebeldes de Silacayoapan y Xonacatlán.[21]

Las medidas tomadas dieron sus resultados. El 30 de octubre José Gabriel Armijo informó al virrey que sus tropas cubrían desde Cuernavaca hasta Tecpan y desde ambas ciudades hasta Ometepec, logrando que los comerciantes circularan sin necesidad de llevar escolta, brindándoles protección especial sólo cuando se consideraba que podían correr peligro.[22] Una de esas ocasiones se presentó el 7 de noviembre de 1816, cuando las tropas de Vicente Guerrero y Antonio de León se vieron las caras. En esa fecha Saturnino Samaniego, al mando de 20 infantes del batallón de Guanajuato y 40 realistas de Huajuapan, custodiaba un convoy que salió de esta ciudad con rumbo a la de Izúcar. La cañada de los Naranjos, por donde tenían que pasar, se encontraba obstruida para que no cruzaran, pero Saturnino Samaniego sabía de las consecuencias de no hacerlo y decidió romper el cerco. Para lograrlo

[19] AGN, *ibidem*, f. 157.

[20] *Idem.*

[21] *Ibidem*, f. 254.

[22] *Ibidem*, f. 214.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

distribuyó su fuerza en ambos costados, ordenándoles marchar y atacar al enemigo al mismo tiempo. Por el lado derecho las tropas de Vicente Guerrero fueron atacadas por las de Antonio de León, que iba a la vanguardia.

A las tres de la mañana de ese mismo día prosiguió su marcha, y hora y media después se encontraba en las inmediaciones de Los Naranjos. La avanzada de su tropa avisó de las huellas que sobre el terreno habían dejado la infantería y caballería insurgente. Con esa información el comandante realista se dio cuenta de que sus presentimientos iban a cumplirse y ordenó que la retaguardia pasara a la vanguardia, al tiempo que ponía en alerta a 20 cazadores; cuando observó las laderas pudo divisar a varios individuos haciendo señas con sus cotones y dio la orden de disparar sobre ellos, acción que fue contestada de inmediato por sus enemigos.

Eso no era todo. Enseguida recibió un aviso de que el paso estaba cerrado y custodiado por hombres atrincherados. Con la intención de abrir el camino y poder llegar a su destino, ordenó a la infantería que escalara la loma de la derecha y desde ahí atacara a los atrincherados; al teniente Antonio de León le ordenó que con su gente ocupara la loma derecha. Minutos después él mismo subió al lugar donde se encontraban las tropas de Antonio de León y se dio cuenta que el parapeto que impedía el paso todavía estaba en su lugar, pero ya nadie lo defendía. El retén era sólo un señuelo para que el realista mostrara su capacidad militar, por lo que ordenó despejar el camino y proseguir la marcha.[23]

Así lograron pasar, pero a su regreso —nueve días después— eso ya no resultó fácil, pues Vicente Guerrero derrotó a las fuerzas de Félix de Lamadrid que habían acudido en auxilio de Saturnino Samaniego, a quien no le quedó más camino que retroceder hasta Izúcar, donde también obtuvo refuerzos para esquivar el retén insurgente. El día 22 volvió sobre sus pasos y, tomando otros caminos, dos días después pudo llegar a Santa Inés, donde se enteró que Manuel Mier y Terán se aproximaba con 500 hombres y un cañón, con el propósito de detenerlo. Pensando evitar el combate siguió su marcha, pero el día 25, en el rancho de La Noria, se topó con otra fuerza de Manuel Mier y Terán

[23] Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, pp. 86-87.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

que le impedía el paso. La avanzada que envió Félix de Lamadrid, para hacer un reconocimiento del terreno, se encontró con que Mier y Terán había repartido sus fuerzas con la idea de envolverlo. El cerco parecía seguro, pero algunos insurgentes abrieron fuego antes de que sus compañeros estuvieran en posibilidades de entrar en combate, por lo que el retén fue roto. Los insurgentes ya no tenían la ventaja consigo.

Manuel Mier y Terán consideró que las tropas realistas estacionadas en Huajuapan, a la orden de Saturnino Samaniego, no tardarían en atacarlo y ordenó al mayor Francisco Miranda que con su gente se fortificara en el cerro de Santa Gertrudis. Sus previsiones resultaron certeras. Saturnino Samaniego intentó desalojarlo de esa posición, pero no lo logró y regresó a Huajuapan. El combate dejó un saldo negativo para el ejército insurgente, no por efecto del ataque realista sino por su propia indisciplina. Sucedió que cuando el general Manuel Mier y Terán se enteró que Saturnino Samaniego atacaría a Francisco Miranda, envío refuerzos que iban bajo las órdenes de su hermano Juan Mier y Terán, y del capitán Evaristo Fiallo como segundo.

Al pasar por el pueblo de Tepejillo, Evaristo Fiallo se enteró que sus habitantes habían brindado apoyo a los realistas y como venganza dio licencia a su tropa que cometiera abusos contra ellos; cuando esto se supo el militar fue arrestado y puesto en prisión. Para evitar el juicio fraguó una conspiración, cuyo objeto era asesinar al general Manuel Mier y Terán y después entregar la plaza a los realistas. Pero la conspiración fue descubierta el 6 de marzo de 1816, los involucrados en ella arrestados, el capitán Evaristo Fiallo sometido a juicio y sentenciado a la pena capital, mientras sus compañeros salieron libres. De todos modos, la inconformidad quedó latente entre la tropa.[24]

Estaba visto que la muerte del principal líder político y militar del movimiento insurgente y el ajuste de la estrategia militar de los realistas para combatirlos los había puesto en apuros. No sólo no habían podido lograr la unidad bajo un mando militar único, sino cada día que pasaba se dividían más. Conscientes de que la situación les era bastante favorable, al año siguiente los realistas lanzaron la campaña definitiva en su contra.

[24] Vicente Riva Palacio, *et al.*, *op. cit.*, p. 116.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Las medidas que los realistas tomaban por la Montaña también se implentaron en otras partes de la Mixteca. El 30 de octubre el capitán Miguel Añorve intentó tomar un campamento que los insurgentes, al mando de Juan del Carmen, habían construido muy cerca de Ometepec, pero cuando los realistas se hicieron presentes los insurgentes ya los estaban esperando, y después de varias escaramuzas los realistas se retiraron. Al enterarse del suceso las autoridades virreinales volvieron a montar en cólera, no sólo porque sus tropas hubieran salido derrotadas, sino por el hecho de que los insurgentes se hubieran atrincherado en un terreno que supuestamente controlaban y en sus propias narices. Tal vez para sacarse la espina José Gabriel Armijo ordenó que sus tropas lo persiguieran hasta Atlamajalcingo del Monte, para no dejar que siguiera construyendo bases sociales.[25] Después de su fracaso los realistas decidieron que el capitán Juan Bautista Miota regresara a hacerse cargo de la 5ª División de Ometepec, además de reforzarlas con cien fusiles, "para expedicionar con más desahogo"[26] y evitar la proliferación de los insurgentes.

Fue un error que los insurgentes aprovecharon muy bien. Cuando se enteraron de ese movimiento dispusieron que Agustín Arrazola *Zapotillo*, el realista que se había pasado a las filas insurgentes cuando Juan del Carmen incursionó en la Costa Chica y lo derrotó, ahora se trasladara nuevamente a esa región a tratar de reconquistarla. Conocedor de ella, llegó el 23 de noviembre hasta las inmediaciones de Jamiltepec sin que nadie notara su presencia. Esa misma noche atacaron a las tropas reales de esa plaza, poniéndolas en desbandada y quedándose con su armamento. La limpieza con que la acción se llevó a cabo sembró la sospecha de que los realistas entregaron la plaza, un golpe que el mismo José Gabriel Armijo calificó de extraordinario.[27]

Para perseguir al insurgente se comisionó a los oficiales José Alemán y Eutimio Rionda, que se encontraban en Zacatepec, a ellos se unieron cuantas partidas realistas se encontraban en la región, pero no tuvieron ningún éxito porque Agustín Arrazola *Zapotillo* regresó

[25] AGN, *ibidem*, f. 254.

[26] AGN, *ibidem*, vol. 79, f. 5.

[27] AGN, *ibidem*, vol. 76, f. 283.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

con su gente hasta el fuerte de Silacayoapan.[28] Tan pronto como la calma volvió a la región, se ordenó una investigación para determinar si en realidad los insurgentes sorprendieron a los realistas o si éstos ya sabían del ataque y no hicieron nada para defenderse. En cualquier caso, el golpe recibido mostraba que en el ejército realista tampoco existía unidad en torno a la lucha.

Mientras los insurgentes golpeaban por la costa, Juan del Carmen intentaba fortalecer los fuertes por la Montaña. El 5 de diciembre los realistas descubrieron que se estaba fortaleciendo en Oztocingo, y el día 10 hacía lo mismo en el cerro del Tecoyo. Al día siguiente el teniente Cristóbal Hubert salió de Tlapa en su persecución, llevando 170 hombres. El militar llegó hasta el cerro y se acercó al campamento, pero no entró en combate porque se dio cuenta de que sus enemigos eran más que ellos y tenían mejores posiciones. Regresó a Tlapa, y después de informar sobre la situación, José Gabriel Armijo ordenó que fuera Miguel Torres quien encabezara la expedición contra los insurgentes, en coordinación con el capitán Juan Bautista Miota.[29] El virrey volvió a reprenderlos por su descuido, que permitía a los insurgentes fortalecerse sin que se dieran cuenta.[30]

Las campañas se llevaban a cabo, pero los rebeldes no presentaban batalla porque no era ese su objetivo, sino fortalecerse para después pasar a la ofensiva. Era una táctica que les dio buenos resultados. Comenzando el año siguiente ya controlaban gran parte de la cañada desde Tlapa hasta Puebla; el fortalecimiento de los insurgentes era tan visible que el virrey giró órdenes para que los sometieran.[31] Era una misión difícil de cumplir porque otros jefes militares no cooperaban: la orden del virrey de que Saturnino Samaniego y Felix La Madrid se incorporaran a las campañas todavía no se atendía. Los celos militares también se daban entre los realistas, pero pronto cambiaría la situación.

[28] *Ibidem*, f. 378.

[29] *Ibidem*, f. 350.

[30] *Ibidem*, f. 353.

[31] *Ibidem*, f. 334.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

XII. Ventarrones

Cerro Colorado

El año de 1817 fue un desastre para las armas independentistas en la Mixteca. Los comandantes que operaban o tenían alguna influencia en ella sucumbieron indultándose o rindiendo las armas, como consecuencia de las derrotas que también iban teniendo lugar en varias partes de la Nueva España. Una de las batallas más importantes que anunció lo que venía se libró el 1 de septiembre de ese año en Cóporo, Michoacán, muy lejos de la región, donde los independentistas salieron derrotados. Como consecuencia Ignacio Rayón firmó las capitulaciones y el 31 de diciembre de 1816 entregó la plaza. Después de ese triunfo realista el virrey de la Nueva España puso todos sus esfuerzos en someter el fuerte insurgente del cerro Colorado, ubicado en Tehuacán, al mando del general Manuel Mier y Terán, y era uno de los más importantes. Su plan era que una vez sometido se avanzara sobre la Mixteca oaxaqueña y poblana, donde se encontraban los otros puntos de resistencia insurgente más fuertes.

Como parte de ese plan, el virrey Juan Ruiz de Apodaca ordenó que el grueso del ejército de las intendencias de Puebla y Oaxaca se movieran para ese punto, cosa que comenzó a hacerse desde diciembre de 1816. Las fuerzas de Oaxaca, al mando de Manuel Obeso, salieron con rumbo a Teotitlán; mientras las de Félix Lamadrid y Saturnino Samaniego salían de Huajuapan y Tlaxiaco y avanzaban hacia el mis-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

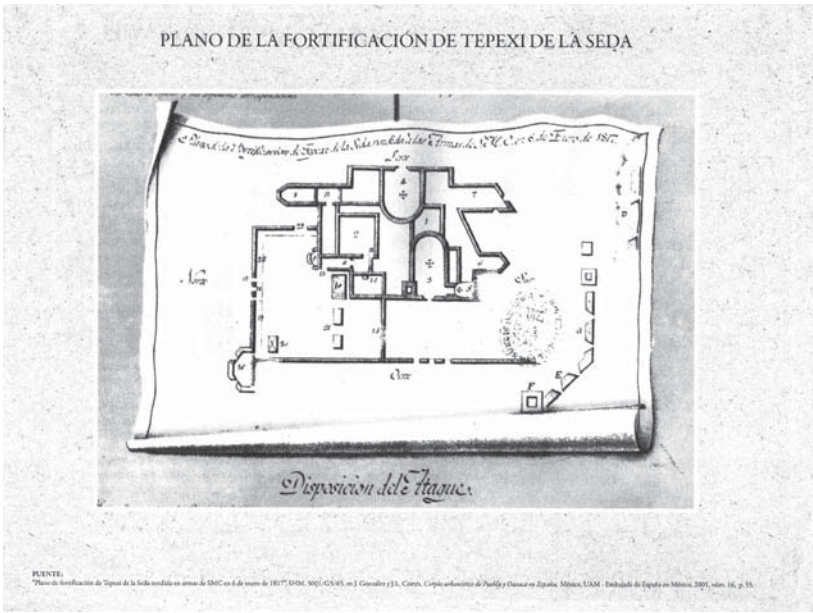
mo objetivo. De la capital poblana salió otro contingente militar al mando de Francisco Hevia con rumbo a Tepeji de la Seda —entre Tehuacán y la capital oaxaqueña— donde se encontraban atrincherados 250 insurgentes al mando de Juan Mier y Terán, con tres cañones pequeños. El cerco sobre el cerro Colorado se iba tejiendo poco a poco pero de manera firme. Cuando estos puntos estuvieron bien resguardados, desde Puebla avanzó otra columna de militares realistas a las órdenes del coronel Rafael Bracho, con el propósito de ocupar los pueblos de Tepeaca, Tecamachalco, Tlacotepec y Tenango y, de ahí avanzar sobre Tehuacán, específicamente el cerro Colorado, que era el bastión independiente.

El 30 de diciembre 1816 llegaron a Tepeji de la Seda las fuerzas de Francisco Hevia, y al día siguiente comenzó el fuego contra sus enemigos. Los insurgentes se defendieron con valor, pero se necesitaba más que eso para mantener la plaza, y como estaban en desventaja, tanto en efectivos militares como en armamento, después de una semana de duros combates comenzaron a evacuarla el 6 de enero de 1817. Mientras los insurgentes al mando de Juan Mier y Terán se batían con los realistas, sus compañeros de armas, a las órdenes de su hermano Manuel Mier y Terán se colocaban muy cerca del campo de batalla con el propósito de apoyarlos; Francisco Hevia se enteró del movimiento y ordenó a las tropas de Félix Lamadrid y Saturnino Samaniego hacerles frente. Después de tres horas de combate los realistas llevaron la peor parte, lo que animó a Manuel Mier y Terán a lanzarse en apoyo de su hermano. El comandante realista se dio cuenta de sus intenciones y se preparó para esperarlo a golpe de cañones, con lo cual logró dispersarlos y ponerlos en desbandada.[1]

Manuel Mier y Terán fue a refugiarse a Tenango, en donde ya se encontraba su hermano. Sabía que después de esta derrota el siguiente objetivo de los realistas era el cerro Colorado, por ser uno de los fuertes más importantes en esa parte de la región y funcionar como bisagra para proteger los fuertes mixtecos en Puebla y en Oaxaca. Con la finalidad de protegerlo ordenó a sus fuerzas ubicadas en Teotitlán, a la salida de la ciudad de Oaxaca, marcharan hacia Tehuacán. Fue un error

[1] Vicente Riva Palacio *et al.*, *op. cit.*, pp. 156-157.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.



PLANO DE LA TOMA DE TEPEJI DE LA SEDA.

táctico que permitió a los realistas abrir el camino entre Oaxaca y Huajuapan. Así, el 10 de enero de 1817, Manuel Obeso llegó a ese lugar y lo ocupó sin ninguna resistencia. Manuel Mier y Terán comprendió que su decisión había sido equivocada y quiso enmendarla; para hacerlo él mismo se puso al frente de las tropas para contener las de sus enemigos que venían desde la capital de Oaxaca.

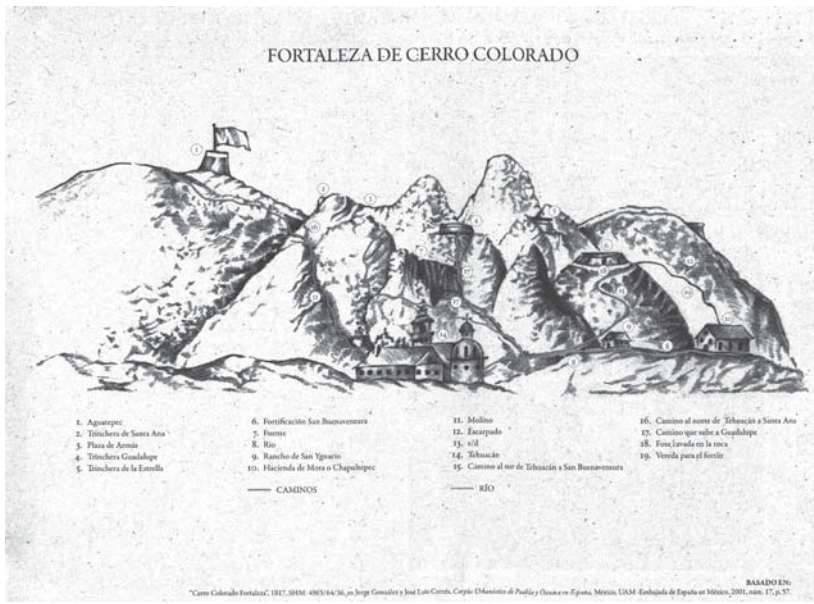
Tal vez por su orgullo herido al descuidar un punto tan importante puso todo su empeño en recuperar el punto abandonado y al final tuvo buenos resultados. No atacó por el frente a las fuerzas realistas comandadas por Manuel Obeso, sino por la retaguardia, atrincherándose en el trapiche de Ayotla, lo que sorprendió a sus enemigos, que al no esperarlo por el rumbo de la capital descuidaron ese flanco y fueron derrotados. Después de esa batalla, Manuel Mier y Terán pudo haber marchado sobre la capital de Oaxaca y recuperarla, pero pensó que si lo hacía corría el riesgo de perder su fortaleza del cerro Colorado y quedar encerrado a varios fuegos, por lo que decidió regresar a defender esa trinchera, lo cual permitió que los realistas derrotados se reor-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ganizaran, apoyados por las fuerzas de Saturnino Samaniego que se encontraban en Huajuapan.[2]

Su esfuerzo por mantener las posiciones insurgentes no fue minado por el enemigo, sino desde el interior de sus tropas. Mientras él combatía en Teotitlán hubo un motín en el campamento del cerro Colorado para desconocerlo como comandante, lo que finalmente contribuyó a que, después de rudos combates, el 19 de enero el coronel realista Rafael Bracho ocupara la posición insurgente y estos tuvieran que capitular, hecho que tuvo lugar el 20 de enero de 1817. Después de rendirse Manuel Mier y Terán se fue a vivir a la capital de la intendencia de Puebla, desde donde participó en una campaña de desprestigio contra sus antiguos compañeros, a quienes incitó a dejar las armas. La campaña tuvo resultados positivos para los realistas.

Después de la caída de cerro Colorado el futuro de la insurgencia en la Mixteca quedó marcado con el signo de la derrota. El virrey de la Nueva España lo sabía y ordenó a sus tropas seguir adelante con su



EL FUERTE DEL CERRO COLORADO.

[2] *Ibidem*, p. 158.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

plan para someter los demás fuertes insurgentes, que eran los de la Mixteca. El plan contrainsurgente se compuso de dos campañas que se lanzaron al mismo tiempo para aislar a los enemigos y evitar se apoyaran mutuamente: Félix Lamadrid, a las órdenes del capitán José Gabriel Armijo, se encargaría de los fuertes ubicados en la intendencia poblana, mientras Saturnino Samaniego, bajo el mando de Melchor Álvarez —que había vuelto a tomar el mando del ejército realista en Oaxaca— haría lo propio con los de la intendencia oaxaqueña.

Tan importantes eran los fuertes de la Mixteca que después de la rendición de Manuel Mier y Terán, Vicente Guerrero intentó hacer de ellos el centro de la resistencia. En noviembre de ese año el general andaba por Metlatonoc y después de la caída del cerro Colorado incursionó en la intendencia de Oaxaca: entró por Coicoyán, de ahí se siguió a Juxtlahuaca, llegando finalmente a Tlaxiaco,[3] donde Ramón Sesma mantenía una fortificación en el cerro de San Esteban. No se supo de qué hablaron, pero seguro trataron el tema de la defensa frente a la embestida realista. Después abandonó la región acompañado únicamente de su guardia personal y se dirigió a Xonacatlán, a preparar su propia defensa.

San Esteban

Decidido el plan, el ejército realista emprendió una campaña por toda la Mixteca para llevarlo a cabo. Al mismo tiempo que Félix Lamadrid y José Antonio Armijo luchaban por someter los fuertes insurgentes ubicados en la intendencia poblana, Saturnino Samaniego y Melchor Álvarez hacían lo mismo en la de Oaxaca. El principal objetivo de éstos era el fuerte de San Esteban, ubicado en un alto cerro de la comunidad de Atatlauca, en las intrincadas sierras de la Mixteca alta, muy cerca de la ciudad de Tlaxiaco. Se trataba de un fuerte construido desde finales de abril de 1814, cuando las fuerzas realistas al mando de Manuel Obeso los desalojaron del cerro del Coyote, en las orillas de Tlaxiaco, después que Melchor Álvarez recuperara la ciudad de Oaxaca.

[3] Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, pp. 88.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

La toma del fuerte de San Esteban tenía tiempo preparándose. Siguiendo la misma estrategia que en los otros fuertes, antes de atacar a sus ocupantes los realistas los aislaban de los pueblos que les servían como base para que no pudieran recibir ningún apoyo. Con ese propósito, hacía seis meses que se había ordenado al teniente coronel Patricio López —cuyo padre había sido alcalde mayor de Teotitlán del Camino en 1780, y su madre provenía de los Iturribarría, es decir, de una clase acomodada—, [4] quien pasó a comandante de las tropas realistas mixtecas, preparara el terreno, quien a su vez comisionó al capitán de caballería Antonio Aldeco para que peinara la sierra entre los pueblos de Chalcatongo y Santa Lucía, evitando que los insurgentes las dominaran y abrieran comunicación con la Costa Chica; durante sus recorridos el militar tuvo varios encuentros con los insurgentes, a quienes quitó cuarenta fusiles y carabinas. El comandante realista también ordenó al capitán Pedro Marín que mantuviera el control en los alrededores de Tlaxiaco, y al sargento Fernando Milla que con sus fuerzas hiciera recorridos por toda la montaña.

A finales de 1816 los realistas ya contaban con información suficiente para elaborar su plan de ataque. Sabían que existían cinco frentes donde los insurgentes concentraban sus fuerzas, además de los que quedaban en el centro, cubiertos por una muralla "que semejaba un rombo imperfecto", contaban con ocho piezas de artillería montadas en lugares estratégicos, una compañía de caballería armada de machetes y carabinas, portando buenos caballos y mejores monturas, con la que se comunicaban con las fuerzas de Silacoayapan. Con toda esa información elaboraron su plan y decidieron emprender el asalto el día 6 de enero. Sus pretensiones se frustraron porque el general Melchor Álvarez ordenó al teniente coronel Patricio López apoyar a las fuerzas de Teotitlán cuando fueron atacadas por Manuel Mier y Terán, antes de la toma del cerro Colorado, y tuvo que suspender sus planes.

La suspensión del ataque tuvo su lado positivo para los realistas, bueno porque después de la toma del fuerte del Colorado parte de sus compañeros se dirigieron a apoyarlos en la toma del cerro de San Esteban; no sólo eso, cuando regresaban a Tlaxiaco el teniente coronel

[4] Brian Hamnett, *op. cit.*, 1976, p. 208.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Patricio López se detuvo en Teposcolula para reunir víveres y artillería que les servirían en su próxima misión; además dispuso que el comandante de la división volante que operaba en la región se dirigiera al cerro de San Esteban y ocupara su parte oriente. El día 31 las tropas realistas se reunieron en Tlaxiaco para revisar los pormenores del plan y ultimar sus detalles. Ese mismo día el capitán Antonio Aldeco, junto con una partida de la Sexta División del Sur, proveniente de la costa, se acercó al cerro para ir tomando posiciones.

Al día siguiente el capitán Pedro Marín ocupó el pueblo de Santo Tomás, con el fin de cortar a los insurgentes la comunicación con Silacayoapan; también cerraron los caminos de Nuyoó y Chicahuaxtla, en la región triqui alta, para evitar que pudieran huir por ahí. Ese mismo día el teniente coronel Patricio López, al frente de la división principal y llevando un obús, se introdujo en las montañas y estableció su campamento en el cerro aledaño al de San Esteban, para desde ahí dirigir la operación. Lo primero que hizo fue ordenar la formación de dos guerrillas, una para ocupar las barrancas de donde los insurgentes se surtían de agua y evitar que lo siguieran haciendo, mientras otra se internaba entre el bosque para inspeccionar el terreno.

Los días que siguieron los realistas los utilizaron para ocupar los pequeños ranchos donde pensaban que podían brindar apoyo a los sitiados. Para ese momento las fuerzas insurgentes ya se habían dado cuenta de su presencia, y también se movilizaban para conocer su ubicación y disponerse al combate. El 5 de febrero el comandante realista Patricio López formó otras dos guerrillas, con una marchó de frente dispuesto a entrar en combate, y la otra, al frente del capitán Pedro Zepeda, inspeccionó el lado izquierdo del cerro para evitar emboscadas; al teniente Patricio Texedor se le encomendó colocar el obús en un lugar estratégico, y tan pronto como estuvo listo comenzó a disparar contra la fortificación insurgente.

Fue como la señal que todos esperaban para entrar en combate. El fuego realista fue contestado por los insurgentes, que se encontraban atrincherados y listos para responder a la menor provocación. Sus cañones comenzaron a vomitar fuego sobre las filas realistas, igual que la fusilería; lo mismo atacaban a las fuerzas del comandante Patricio López que a las de la parte opuesta, o las de Antonio Aldeco, que se

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

aproximaban para reforzar a sus compañeros. Los realistas no retrocedieron, se mantuvieron en sus posiciones respondiendo el fuego. Así estuvieron todo el día. Al caer la noche los disparos aminoraron por ambos lados. Entonces el jefe realista hizo una evaluación de los acontecimientos, dándose cuenta de que el grueso de los disparos de fusilería de los insurgentes salía de lo más hondo de la montaña y que por ahí tomaban agua para ellos y para sus caballos. Para evitarlo dispuso cerrar el cerco por ese lugar mediante pequeñas emboscadas.

Al día siguiente, muy de mañana, se reanudaron los combates que, como lo imaginó el comandante realista, se concentraron por el rumbo de la barranca, por donde los insurgentes necesitaban bajar para tomar agua. Entonces entraron a escena las tropas del teniente Antonio Aldeco, que junto con las partidas de negros provenientes de la costa apretaron el cerco, haciendo todo lo que estuvo a su alcance para que los insurgentes no lo rompieran. Los rebeldes pelearon con mucho arrojo para lograr su empresa, sabían que era su única posibilidad de sobrevivencia y en eso se jugaron la vida. Al caer la tarde ambos ejércitos volvieron a sus posiciones, y el sonido de los disparos de cañones y fusilería cedió su paso a un silencio que no auguraba nada bueno.

Para ese momento el comandante realista consideraba que los insurgentes habían perdido las esperanzas de salir victoriosos y decidió ofrecerles el indulto. Para hacerlo se valió de dos niños mixtecos que había capturado durante los combates; con ellos le mandó decir a Ramón Sesma y demás jefes rebeldes que si entregaban las armas les perdonaría la vida, pero si no lo hacían sólo les quedaba morir, pues aunque cayeran prisioneros serían pasados por las armas. Ramón Sesma contestó con muy poco honor, pidió que un oficial realista se acercara hasta los parapetos donde se encontraba para darle su respuesta. Al comandante Patricio López le pareció buena señal y ordenó a su ayudante Juan Altamira que lo hiciera. Cuando éste pudo hacerlo Ramón Sesma le dijo que él estaba dispuesto a entregar las armas pero los otros jefes no, y si se rendía él solo temía que hubiera una insubordinación y lo asesinaran. En otras palabras, pedía seguridades para protegerse de sus compañeros.

No era la respuesta que el comandante realista esperaba y cuando la escuchó pensó que se trataba de una maniobra de distracción, con la

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

cual el jefe insurgente buscaba ganar tiempo para ver si recibía alguna ayuda. Convencido de eso ordenó que sus fuerzas mantuvieran sus posiciones, repitió sus órdenes al capitán Antonio Aldeco y a la compañía de la costa para que siguieran avanzando sobre el fuerte. Con las primeras luces del amanecer del día 7, los realistas vieron que en el campo insurgente revoloteaba la bandera blanca de la rendición. La alegría por el triunfo obtenido no era mayor que la desconfianza del comandante realista por aquello que el mismo Ramón Sesma le había comunicado, en el sentido de que muchos jefes no aceptaban rendirse. Para evitar cualquier sorpresa ordenó al capitán Antonio Aldeco que parte de su columna ocupara las fuentes de agua y que con el resto avanzara sobre el pueblo.

Su precaución no estuvo de más, porque al acercarse a las barrancas un grupo de insurgentes los recibieron a tiros. El comandante Patricio López ordenó que el obús siguiera disparando sobre el fuerte mientras la compañía de la costa alcanzaba lo alto del cerro. También ordenó que desde Tlaxiaco se trasladara el cañón que había quedado en ese lugar, para apretar el fuego sobre el enemigo y destruir sus trincheras. La densa niebla que cubría las montañas impedía la visibilidad a mediana distancia, aún así las tropas realistas fueron avanzando hasta obligar a las insurgentes a concentrarse en sus trincheras, sin poder surtirse de agua ni salir a darla a sus caballos.

El hostigamiento por ambos bandos continuó todo el día 8, y el 9 los realistas apretaron más el cerco y obstruyeron los caminos, encerrando a los insurgentes dentro de su propio fuerte. Seguro de que no tenían más camino que rendirse o pelear hasta morir, al caer la noche el comandante Patricio López, en lugar de ordenar aminorar el fuego sobre ellos, dispuso que arreciara; quería infundirles pavor para que se rindieran, o al menos se desconcentraran y esto le permitiera llevar a cabo el asalto al fuerte. Su táctica dio resultado, pues muchos insurgentes salieron de sus trincheras y agarraron con rumbo a las barrancas y fueron acribillados por sus enemigos, que se encontraban emboscados para lo que pudiera ofrecerse.

El fin de la batalla comenzó a verse cuando el comandante Patricio López recibió una carta que le enviaba el comandante Ramón Sesma, ofreciendo rendir las armas insurgentes a la corona española. Esta

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

vez no había duda de que así sería, porque casi al mismo tiempo el comandante de la artillería insurgente saltó su propia muralla y corriendo hacia el campo enemigo no cesaba de gritar ¡Viva España! para que no fueran a dispararle. Una vez entre ellos ratificó el mensaje de rendición. El comandante de las fuerzas realistas ordenó a sus cornetas tocar alto al fuego, y cuando las armas cesaron de disparar los enviados de Ramón Sesma regresaron a su campo acompañados del ayudante del comandante realista, para que éste se cerciorara de la certeza de la rendición. El jefe insurgente la ratificó y el enviado hizo señas a su jefe de que era cierta. Cuando la luz del nuevo día comenzaba a clarear, las tropas realistas ocuparon el fuerte, ya sin ninguna resistencia.

Inmediatamente reunieron a los insurgentes rendidos y los pusieron bajo resguardo, recogieron la artillería —ocho cañones, 140 fusiles, escopetas y municiones para ellos, así como pólvora en grano—, los caballos y sus monturas. También mandaron comisiones de mixtecos por toda la región a recoger alimentación para la tropa, los prisioneros y los caballos. Al último se destruyeron las trincheras, el pozo de agua fue rellenado con escombros y las piedras que se encontraban dispuestas para rodarlas sobre los atacantes fueron demolidas o rodadas. El día 11 el ejército realista volvió a su cuartel en Tlaxiaco, llevando con ellos 140 prisioneros, dos europeos entre ellos, que fueron metidos a la iglesia convertida en cárcel, así como su botín de guerra.[5]

En los días que siguieron los realistas de Oaxaca descansaron en Tlaxiaco. Sabían que la próxima campaña sería para tomar el cerro de San Miguel Buenavista, en Silacayoapan, y se preparaban para ello. Algo que no esperaban, y les facilitaría la empresa, fue que mientras estuvieron en Tlaxiaco Ramón Sesma, sus oficiales más cercanos y un grupo importante de mixtecos se acercaron al comandante Patricio López rogándole los incorporara a las fuerzas realistas, prometiéndole que si lo hacía le ayudarían a combatir a sus antiguos compañeros, además de darle información sobre ellos y el terreno donde se movían.

El comandante realista creyó que su ayuda podía ser importante en las batallas que se avecinaban y los incorporó, pero sin ningún re-

[5] Para detalles de la toma del cerro de San Esteban ver AGN, *ibidem*, vol.. 1, ff. 136-147, y vol. 53, ff. 11-12, 20, 30 y 39.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

conocimiento. La medida no satisfizo a los prisioneros, pues más que una incorporación al ejército contra el que tantos años pelearon y ahora habían rendido las armas, parecía que sólo querían usarlos y después volverlos a su condición de prisioneros. Ramón Sesma insistió en ser incorporados formalmente al ejército y, como no lo logró, pidió se le incorporara a él en calidad de aventurero, es decir, extraño que combatía a su lado. En una comunicación que el comandante Melchor Álvarez escribió al virrey, sobre el comportamiento del antiguo jefe insurgente, le decía:

> El brigadier D. Ramón Sesma me ha manifestado los arrepentimientos mas sinceros de su pasada vida y los justos deseos de acreditarlos con la enmienda, derramando su sangre en obsequio de nuestro soberano, para lo que me ha pedido permanecer en la división en clase de aventurero, a efecto de ministrar conocimientos sobre Cilacayoapan, y de escrivir a varios cabecillas, como lo ha hecho para que se presenten, y van surtiendo estos sus cartas.[6]

El antiguo insurgente buscaba salvar su persona aun a costa de hundir la causa por la que había luchado los últimos seis años.

Silacayoapan

Con el fuerte de San Esteban destruido, los realistas se prepararon para la toma del de San Miguel Buenavista, en Silacayoapan. Todo indicaba que la acción estaría a cargo del coronel Patricio López, el héroe de la toma de San Esteban; él mismo lo pensaba así, pues si bien no alentó la cooperación de los insurgentes que cayeron prisioneros en San Esteban, tampoco se opuso a las ofertas de éstos para proporcionar información sobre el campo, la situación de sus compañeros y sus dirigentes, a cambio de obtener beneficios para sus personas. Sabía que en una empresa como la que se avecinaba esa colaboración le podría ser de mucha ayuda.

[6] AGN, *ibidem*, vol. 53, f. 13.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Para su sorpresa, el general Melchor Álvarez, comandante general de la Tercera División del Sur del ejército realista, encargado de la seguridad en toda la intendencia de Oaxaca, decidió ser él mismo quien encabezara la toma de Silacayoapan. Sabía que era el último punto de resistencia insurgente en el territorio que tenía orden de resguardar y decidió llevarse los laureles de haberla rescatado del influjo insurgente. Para la recuperación de Silacayoapan montó una operación que abarcó gran parte de la región, una exageración si se toma en cuenta que los jefes importantes ya se encontraban indultados o prisioneros, y eso disminuía su capacidad de resistencia.

Como parte del operativo para tomar el fuerte de San Miguel Buenavista, el día 14 de febrero salió de Oaxaca al frente de las fuerzas que iban a participar en la acción. Ese mismo día cruzó Huitzo, Nochixtlán y Yanhuitlán. Ahí se detuvo un tiempo para disponer la forma en que debían actuar las fuerzas que resguardarían la región durante su ausencia; cuando terminó reanudó su marcha agarrando rumbo a Teposcolula, acompañado de cien hombres que conducían los pertrechos de guerra y víveres para los soldados que participarían en la campaña. El día 18 de ese mes llegó a Tlaxiaco, ahí lo recibió el coronel Patricio López, quien le explicó la situación de la región después de la toma del cerro de San Esteban, resaltando el hecho de que varios insurgentes no aceptaron el indulto y merodeaban por las comunidades en busca de apoyo para su causa.

Con relación a la campaña que estaba por iniciar, le informó que había decidido incorporar al ejército realista a los prisioneros del cerro de San Esteban, pensando en lo útil que podría resultar la información que tenían sobre el terreno y la manera de actuar de sus compañeros. Como para corroborar lo acertado del proceder de su subordinado, por la noche se presentó un enviado del coronel Saturnino Samaniego, procedente del pueblo de Tonalá, quien le informó que los rebeldes de Silacayoapan estaban sacando la artillería del fuerte y trasladándola a otros lugares para ir a reunirse con Vicente Guerrero. El comandante aprobó la incorporación de los insurgentes en las filas realistas y dispuso que la columna volante, al mando del capitán Antonio Aldeco, que operaba por el rumbo de Chalcatongo, se incorporara a la expedición, dejando los elementos necesarios para

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

reguardar la región y no fueran a recibir una sorpresa de los insurgentes que andaban dispersos.

El día 20 de ese mes los realistas salieron rumbo a Silacayoapan. Pasaron por Cuquila, San José, Xochixtlán, y al atardecer llegaron a Yucunicoco, una distancia muy corta para todo un día de camino, sólo explicable por lo áspero de la geografía y la necesidad de ir abriendo camino para trasportar los pertrechos de guerra. El día 22, por la mañana arribaron a Juxtlahuaca, donde Vicente Pimentel, cura de ese lugar, acompañado de algunos lugareños, le informó que no era cierto que los insurgentes estuvieran retirando las armas del fuerte de San Miguel Buenavista, como días antes le había informado la gente de Saturnino Samaniego, sino que se preparaban para esperarlos; reforzando las posiciones de su caballería e infantería. Confundido por lo contradictorio de las noticias que recibía, envío espías a enterarse sobre lo que realmente sucedía, y a su regreso éstos le informaron que, efectivamente, los insurgentes se preparaban para resistir.

Con esa información él también decidió reforzar sus filas. Ordenó al comandante militar de Tlaxiaco que sin demora le enviara un obús, un cañón de ocho y otro de cuatro pulgadas con sus correspondientes pertrechos, además de parque para los fusiles; a los subdelegados de Teposcolula y Nochixtlán les ordenó le enviasen doscientos indios, cada uno para apoyar a la tropa, los cuales debían llevar consigo la herramienta necesaria para arreglar los caminos y facilitar el tránsito de la artillería por las cumbres de la sierra. Cuando recibieron los refuerzos solicitados, emprendieron la marcha rumbo a su destino, a donde llegaron el 23 de ese mismo mes.

La vanguardia del ejército realista, compuesta de fuerzas de caballería e infantería, entró sin demora en el pueblo de San Miguel sorprendiendo a varios insurgentes, que fueron sometidos dentro de sus propias fortificaciones. Ahí hicieron un prisionero, al que después se sumaron otros dos mixtecos que al parecer nada tenían que ver con los rebeldes. Cuando los realistas comprobaron que en el pueblo no había resistencia alguna, el comandante Melchor Álvarez ordenó que una columna de sus fuerzas, compuesta de 150 efectivos, ocupara las alturas del flanco izquierdo de la fortificación, mientras la columna volante del capitán Antonio Aldeco realizaba rondines y el resto de la

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

tropa tomaba posición del pueblo y descansaba, preparándose para entrar en acción.

Al día siguiente el capitán Antonio Aldeco informó al comandante de las fuerzas realistas que no había rastro del lugar donde se encontraban las fuerzas del coronel Saturnino Samaniego, y temiendo que algo le hubiera sucedido le ordenó posicionarse en el pueblo de Calihualá, y evitar que Vicente Guerrero intentara entrar por ese lugar para apoyar a sus compañeros sitiados. Con todas esas previsiones resultaba improbable que los insurgentes pudieran salir del cerco militar tendido sobre ellos o que recibieran algún tipo de ayuda desde el exterior. Consciente de lo inexpugnable del sitio, el comandante realista decidió seguir adelante con su plan.

Lo que seguía era propiciar la rendición de los sitiados. Para hacerlo; Melchor Álvarez decidió utilizar al mixteco hecho prisionero cuando sus tropas entraron al pueblo. Se lo propuso y este aceptó gustoso, pues era también su oportunidad de recobrar su libertad y unirse a sus compañeros. El comandante realista elaboró la carta que debía entregar al responsable de las fuerzas insurgentes y cuando estuvo lista se la entregó junto con su caballo y sus armas, pues quería demostrar que actuaba de buena voluntad. Antes que el emisario saliera del campo realista éstos enarbolaron una bandera blanca tan alto que pudiera ser vista por sus enemigos y dispusieron que lo acompañaran veinte soldados hasta las orillas del campo enemigo. Miguel Martínez, el comandante de los insurgentes sitiados, recibió la carta, reunió a sus fuerzas y se las dio a conocer. Todos los reunidos escucharon el mensaje del realista:

> Las invencibles armas del soberano mas amable y benéfico, el Señor Dn. Fernando 7° Rey de ambas Españas que tengo el honor de mandar, se hayan sobre el campo vuestro; siempre generoso este amable, siempre dulce y venefico Monarca, no desea mas que la reconciliación de los enemigos y el que no se derrame sangre humana. Yo en su nombre hos ofrezco el perdón de vuestras vidas, y el que hos retireis a vuestras casas siempre que rindáis el punto con sus artillerías, armas, pertrechos de boca y guerra. Aguardo vuestra respuesta esperando con ansia pues mis deberes no son otros que la paz, la tranquilidad.— Viva V. persuadido que guardare toda consi-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> deración y respetare a quien la conduzca; pero si desatendiendo mi justo llamamiento, y esta generosidad permite V. que rompa mi fuego crealo seguramente que no admitiré ningún cambio, a menos que en contestación de esta me proponga algunos artículos seguro que estoy dispuesto a favorecer al V., y a esos yndividuos de Cilacayoapan.[7]

Después que escucharon la oferta muchos opinaron sobre ella. Entre los insurgentes cundía el ánimo de que la batalla estaba perdida, lo que les preocupaba era si el jefe realista estaba en posibilidades y tenía la voluntad de cumplir sus ofrecimientos. Al final el comandante Miguel Martínez escribió la respuesta a Melchor Álvarez. En ella pedía que Ramón Sesma, el antiguo comandante que por mucho tiempo estuvo al frente de ese fuerte y ahora colaboraba con sus antiguos enemigos, se presentara para conferenciar con él antes de tomar determinaciones. Para que esto fuera posible, solicitaba tiempo antes de dar una respuesta definitiva:

> ¿Cómo podré yo rendir esta fortaleza si no viene el señor brigadier D. Ramón Sesma? Le suplico que lo mande a conferenciar con nosotros, pues sólo de este modo podemos quedar satisfechos, no porque dudemos de la verdad de usted, sino porque ya conocemos el carácter de este señor y que nos estima, podemos prever los ánimos.[8]

Era probable que Ramón Sesma ya les hubiera escrito antes recomendándoles rendir el fuerte, porque al final de la carta sugerían la posibilidad de pasarse al ejército enemigo: "Sólo aspiro que en el caso de seguir ese partido sea a las órdenes de dicho señor D. Ramón y quien me confió sus armas, y el mando de este campo".[9]

Cuando el comandante realista recibió la contestación a su mensaje pensó que lo que sus enemigos le proponían era una maniobra para ganar tiempo, hacerse fuertes y romper el cerco, por lo cual no

[7] *Ibidem*, f. 39.

[8] *Ibidem*, f. 38.

[9] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

aceptó ninguna de sus condiciones; les envío otros mensajes solicitando la entrega inmediata e incondicional de la plaza, a la que ya no respondieron. Melchor Álvarez tomó esta actitud como un rechazo al indulto, levantó la bandera de paz y ordenó al capitán Antonio Aldeco que con su división se apoderara de los fortines insurgentes que estaban por la retaguardia. En cumplimiento de esta orden, el capitán se movilizó por la noche avanzando por caminos inaccesibles, y para el día siguiente se encontraba atrincherado muy cerca de los parapetos insurgentes.

Cuando le comunicaron que su orden estaba cumplida, Melchor Álvarez, con dos compañías de infantería, practicó un reconocimiento del terreno por el flanco derecho del fuerte, descubriendo que por ese lugar había un camino oculto entre matorrales que conducía a una profunda barranca, de donde los sitiados se estaban surtiendo de agua; inmediatamente ordenó que un pelotón de treinta negros de Guatemala se emboscara cerca de ella para evitar que lo siguieran haciendo. Cuando el cerco sobre los insurgentes estuvo completamente cerrado, ordenó al capitán Antonio Aldeco iniciar un nutrido fuego sobre ellos, mismo que inició la mañana del 25 de febrero y continuó hasta las tres de la tarde, sin que fuera contestado.

Al siguiente día el fuego sobre los insurgentes continuó. Como éstos seguían sin contestar se iniciaron los preparativos para que entraran en acción el obús y los cañones. Para su colocación se utilizó el trabajo de los habitantes de los pueblos cercanos, que al saber de la rendición de Ramón Sesma en Tlaxiaco acudieron a solicitar el indulto. También se inició la construcción de zanjas alrededor del fuerte, para hacerlo más infranqueable. Frente a esta nueva ofensiva, por la noche una columna insurgente intentó romper el cerco por el rumbo de San Jerónimo, pero una rápida respuesta de la infantería realista, apoyada por la caballería, impidió que lograra su propósito y regresara a sus trincheras.

Ya no hubo más intentos de resistencia. Al parecer la comandancia insurgente entró en una indecisión y fue rebasada porque varios grupos de soldados comenzaron a buscar salidas adecuadas para remontar su situación por ellos mismos. Desde el día 23 muchos rebeldes se habían presentado a solicitar indulto y, según informó Melchor

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Álvarez al virrey, para el 28 de febrero llegaban a 106 los solicitantes de la gracia entre "rebeldes y naturales de este pueblo que se hallaban fuera de la fortificación dispersos por los montes, con dieciocho Repúblicas de los de la comarca".[10]

Pero las deserciones no sólo eran entre la gente de fuera del fuerte, sino también de las de dentro. El 27 de febrero el teniente Toribio Tello se rindió con toda las fuerza a su mando. Una vez rendido declaró que la resistencia corría a cargo de Miguel Narváez y Rafael Alarcón, quienes contaban con cerca de doscientos efectivos con sus respectivas armas, además de las piezas de artillería, cien fusiles y 66 carabinas; aparte de un gran número de mixtecos con sus familias. Que por comida no se preocupaban, pues tenían suficiente maíz y carne, pero el agua se les estaba escaseando y la poca que tenían la guardaban en ollas y cántaros, los que procuraban llenar por las noches burlando la vigilancia enemiga.

Las deserciones continuaron conforme avanzaban los días. En la tarde del 1 de marzo el coronel Mariano Jacinto Aguirre, cura de Totolcingo, en la Chinantla, abandonó sus posiciones y acudió con los realistas a solicitar indulto. Debido a su condición de sacerdote se lo concedieron, ordenándole que se presentara a Oaxaca con sus superiores para arreglar su situación. Esa misma tarde también apresaron a cuatro mixtecos y los obligaron a darles información, confirmando la que había proporcionado Toribio Tello cuando entregó las armas.

Otra de las deserciones importantes fue la de Agustín Arrazola *Zapotillo*, el mismo que combatió duramente a los insurgentes en la costa en el año de 1814, cuando lanzaron la ofensiva para recuperar los pueblos liberados un año antes, uniéndose a las filas insurgentes cuando el coronel Juan del Carmen incursionó en la región, con la idea de recomponer las fuerzas rebeldes trasladándose hacia la parte de la Mixteca baja, donde quedó a las órdenes de Ramón Sesma. Ahora que los vientos soplaban a favor de sus antiguos compañeros de armas, intentaba volver otra vez con ellos.

Para hacerlo no buscó ningún intermediario, sino él mismo, saliendo de las trincheras que cubría, el 1 de marzo se acercó al pelotón

[10] *Ibidem*, f. 43.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

realista más cercano y le comunicó su deseo de separarse de las filas insurgentes, abandonando el campo de batalla si le perdonaban sus "errores" pues, según dijo, "ni él ni quienes le acompañaban eran, ni podían ser insurgentes".[11] Melchor Álvarez lo identificó de inmediato y recordando los servicios que había prestado en años anteriores a la causa realista no dudó en aceptar el ofrecimiento de rendición; sólo puso una condición: que se llevara a cabo en el término de 24 horas y se hiciera con toda la tropa bajo su mando.

Las condiciones para la rendición las recibió el jefe insurgente el día siguiente de boca del mismo soldado con el que había hecho el primer contacto, y estuvo de acuerdo con ellas; por eso aseguró al mensajero que ese mismo día reuniría a su gente y la noche del siguiente abandonaría el campo de batalla. Por su parte, pidió las señas que debía hacer para que los soldados realistas no lo confundieran y fueran a atacarlo al abandonar sus trincheras, lo mismo que el lugar donde debía concentrarse. Como lo prometió, a las doce de la noche del 3 de marzo se presentó en las filas enemigas acompañado de dos oficiales y 18 soldados a su mando con sus respectivas armas. Su llegada fue recibida por los oficiales realistas con muestras de regocijo y aplausos de la tropa.

Ese mismo día Melchor Álvarez escribió al virrey para comunicarle el acontecimiento. En dicho informe describía la manera en que se pactó la rendición, resaltando el hecho de que no hubo combate previo, además de los servicios que en años anteriores había prestado en la Costa Chica, donde según afirmaba el comandante realista, formó una compañía a sus expensas y fue de los primeros que levantó el grito a favor del rey, aun estando los rebeldes dominando la provincia; de la misma manera le decía que al haberse rendido voluntariamente demostraba su fidelidad a la causa realista y, por lo mismo, le había encomendado algunas tareas para la toma del fuerte; en otras palabras no sólo no lo había puesto en prisión, sino que lo había incorporado a su ejército.

El virrey no era de la misma opinión que el comandante Álvarez, por eso en la contestación a la carta donde este le informaba de la ren-

[11] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

dición de Agustín Arrazola *Zapotillo* le dijo que su actitud no compensaba el grave crimen de rebelión contra la corona, por lo que debía despojársele de inmediato de las armas que portaba y separarlo de su gente.[12] Los puntos de vista divergentes entre el virrey y su comandante apuntaban hacia lo mismo, asegurar que el indultado no volviera las armas contra ellos, sólo que el primero no conocía al rendido y por eso tomaba más precauciones.

Pero no todo eran bajas en las filas insurgentes. Los espías que desde el 26 de febrero se habían colocado en el camino entre Silacayoapan y Xonacatlán, para evitar un ataque sorpresa de las fuerzas de Juan del Carmen o del mismo Vicente Guerrero, avisaron que desde el primer pueblo, el fuerte mixteco más importante por la intendencia poblana, igual que por Calihualá, en la intendencia oaxaqueña, se escuchaban disparos de cañón; lo que obligó a los capitanes Antonio Aldeco y Pedro Marín a reforzar las emboscadas por donde podría llegar apoyo a los sitiados. Pero los rumores de movimientos insurgentes aumentaban. Desde Juxtlahuaca llegó el capitán José Padrino, con noticias de que en el pueblo de Copala los triquis estaban realizando reuniones para planear ataques a los realistas, con el fin de que distrajeran a las fuerzas que mantenían el cerco en Silacayoapan; Melchor Álvarez comisionó al mismo mensajero, para que al frente de 200 soldados de infantería y otro tanto de caballería fuera a batirlos. Así lo hicieron, pero llegaron tarde porque los insurrectos ya se había retirado con rumbo al barrio de Yoxoyuxi, de donde también salieron hacia la Sierra Mixteca.

La posibilidad de que los insurgentes recibieran apoyo de fuera, como el hecho de que las zanjas alrededor del cerco insurgente estaban terminadas el 2 de marzo, convenció al comandante realista de lanzar el ataque definitivo sobre los sitiados. El día 3 la infantería arreció el ataque sobre el fuerte y lo mantuvo durante todo el día, apoyado por disparos de cañones. Al amanecer del 4 de marzo se presentaron ante los realistas un capitán, un corneta y seis hombres que, como varios de sus compañeros, querían acogerse al indulto ofrecido. Por ellos supo el comandante realista que la situación al interior del fuerte era de total

[12] *Ibidem*, f. 20.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

desánimo y que si durante el día los jefes no se rendían, los soldados seguirían desertando. Con esa información, ordenó que el acoso contra ellos siguiera.

Su táctica tuvo sus efectos. Al medio día los insurgentes sitiados izaron la bandera blanca para que cesara el fuego y pudieran dialogar, señal que fue aceptada por los responsables del sitio y de inmediato ordenaron suspender el fuego sobre ellos. El mismo Melchor Álvarez, acompañado de un corneta, salió a campo abierto a parlamentar con los insurgentes; cuando estuvo visible a todos ordenó tocar llamada y acto seguido un soldado insurgente salió de su trinchera llevando un mensaje del comandante Miguel Martínez. En él le decía que estaba dispuesto a rendirse si se mantenía el indulto ofrecido, siempre que se le permitiera comunicarse con Ramón Sesma, que al fin de cuentas era su comandante, además de solicitar 48 horas para entregar las armas.

El comandante realista fue inflexible. Le recordó que días antes le ofreció el indulto y fue despreciado, por lo que no podía sostenerlo; además lo amenazó con tomar el fuerte a sangre y fuego y pasar a todos sus ocupantes a degüello si en una hora no entregaban las armas. Para que les quedara claro que la amenaza iba en serio, Melchor Álvarez ordenó a Ramón Sesma que llevara el mensaje. Cuando los insurgentes se enteraron de la negativa a su petición decidieron que el mismo Rafael Alarcón, acompañado de otro jefe de apellido Reyes, saliera a negociar con el comandante realista y pedirle cuatro horas para la entrega del fuerte, a lo que tampoco accedió. El comandante sabía que estaban acabados y no estaba dispuesto a hacer ninguna concesión.

Sin otra alternativa, los insurgentes comenzaron a abandonar sus trincheras y a concentrarse en la plaza pública de Silacayoapan. Lleno de júbilo, el comandante de las fuerzas realistas le comunicó ese mismo día al virrey:

> Gracias al dios de los éxitos las invencibles armas de S. M. y yo como su *Gefe* inmediato, acaban de tomar posesión ahora que serán las $4^{1}/_{2}$ de la tarde del fuerte de S. Miguel Buenavista Cilacayoapan, habiéndose entregado prisioneros de guerra a discreción su guarnición en número de mas de 200 hombres, cuatro piezas de artillería entre ellas una de a 12, una bandera, armamento y demás que había aden-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> tro, cuyos estados remitiré a V. E. Tan pronto como pueda formarlos. A los prisioneros les he concedido la vida en nombre de S. M. y de V. E. como su inmediato Gefe, esperando sea de su superior aprobación como lo creo.
>
> Anuncio a V. E. que no hemos tenido ninguna desgracia a pesar del vivísimo fuego de fusiles durante once días y de artillería dos y medio.
>
> No puedo menos que recomendar a V. E. los grandes méritos contraídos para las tropas gefes y oficiales, que han asistido a este sitio, pues todos han contribuido con su trabajo a la elaboración de salchichones, construcción de productos y colocación de trincheras y artillería en unas montañas asperísimas, y barrancas intransitables. También recomiendo a V. E. a D. Ramón Sesma, que como ya he manifestado me ha acompañado en clase de aventurero y por la ascendencia que ha logrado sobre estos pueblos y sus conocimientos del terreno ha hecho servicios muy particulares.[13]

Otro fuerte insurgente caía en poder de los realistas.

Contrainsurgencia en la Montaña

Al mismo tiempo que el ejército realista lanzó la campaña para someter los fuertes de San Esteban y San Miguel, en la intendencia de Oaxaca, el de la intendencia poblana hizo lo propio. El capitán del batallón de Guanajuato, Ignacio Urbina, de la división de Saturnino Samaniego, se ocupó de capturar el fuerte de Santa Gertrudis, con tal suerte que Manuel Pérez, el comandante que lo defendía, lo abandonó; esta conducta no lo libró de su suerte y fue perseguido, puesto preso y fusilado. Al enterarse de esa derrota, Patricio López, el insurgente que se encontraba atrincherado en el cerro de Piaxtla, también lo abandonó.

En los días que siguieron los realistas ocuparon los principales campamentos insurgentes, donde murió mucha gente junto con sus comandantes, mientras otros se indultaron, y los que pudieron se dispersaron entre los pueblos. El 13 de enero los realistas ya sabían que

[13] Los detalles de la caída del fuerte de San Miguel pueden encontrarse en AGN, *ibidem*, ff. 43 y ss.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

los rebeldes de Xonacatlán estaban ampliando el territorio que hasta entonces controlaban, creando otro fuerte en el cerro del Tecoyo, también llamado de La Lumbre, distante dos leguas de Tlapa; un lugar que José Gabriel Armijo calificaba de:

> [...] verdaderamente ventajoso, tanto por su elevada altura como lo árido y descombroso del terreno, y que a pesar de carecer de agua y proveerse de un ojuelo que está en su falda, no se proporciona cómoda y seguramente su toma, a menos de obrar en combinación con otras fuerzas; respecto a las mías son muy cortas y no alcanzan para batirlos de un modo útil y provechoso.[14]

En ese mismo mes los realistas prepararon una fuerte campaña que los llevó a ocupar los principales campamentos insurgentes. Como en los casos anteriores, la campaña consistió en lanzar ataques simultáneos a todos los campamentos para que no pudieran brindarse apoyo entre ellos, y aislándolos de cualquier otro apoyo externo. El 17 de enero el virrey insistía en la necesidad de lanzar una intensa campaña para someter a los insurgentes: "Reitero a V.S. que tanto el oficial como todo comandante de demarcación persiga con constancia a los reveldes de su distrito hasta obligarles a que se acojan al yndulto o perezcan en su obcecación".[15]

La presión que los militares recibían desde el centro del virreinato los obligaba a redoblar sus esfuerzos y éstos daban sus frutos. El 20 de enero las fuerzas realistas detuvieron a un capitán insurgente, al parecer sobreviviente del ataque al cerro Colorado, que portaba las órdenes de Vicente Guerrero de que hicieran todo lo posible para establecer un atrincheramiento en Chiautla, que sustituyera aquel y les permitiera conectar los de la Mixteca baja con los de La Montaña; con esa información los realistas de inmediato giraron instrucción al comandante de Izúcar para que lo impidiera.[16] En esa misma fecha los realistas ocuparon el cuartel de Oztocingo sin ninguna resisten-

[14] AGN, *ibidem*, vol. 79, f. 2.

[15] *Ibidem*, f. 2.

[16] *Ibidem*, f. 80.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

cia, porque Juan del Carmen, que lo había ocupado algún tiempo, ya no se encontraba ahí. Cuatro días después se hicieron de los atrincheramientos de Tototepec, donde se encontraba Juan del Carmen y su gente, quienes tomaron rumbo a Atlamajalcingo y Xonacatlán, sus dos trincheras más importantes. La madrugada del 29 de enero el capitán realista José María Martínez, un antiguo insurgente que se había indultado y ahora peleaba contra sus antiguos compañeros, tomó el cerro de Ocotluey, sus ocupantes huyeron, abandonando muchas armas.

Los golpes habían sido contundentes y continuaron al correr de los días. El 3 de febrero fuerzas combinadas de Félix Lamadrid y Saturnino Samaniego entraron a Piaxtla, donde tampoco encontraron resistencia porque los insurgentes se enteraron de que iban sobre ellos y dos días antes de que llegaran desalojaron el pueblo. Los primeros realistas que entraron a Piaxtla fueron los "Fieles de Huajuapan", quienes se extrañaron por la paz en que se encontraba el pueblo, rota sólo por el ladrar de los perros. El mismo capitán José María Martínez se propuso para inspeccionar el lugar y saber qué pasaba; montando su caballo llegó hasta la iglesia, subió a las torres y repicó las campanas. Su maniobra no obtuvo ninguna respuesta, síntoma claro de que no había gente en el pueblo.

La caballería realista se echó a buscarlos por el rumbo del cerro del Piquín, Tecomatlán y Tecuatitlán. La infantería, mientras tanto, inspeccionó el lugar. Así fue como se topó con los fortines hechos de tierra, reforzados con tablones y estacas, lo que los volvía infranqueables en un ataque frontal. Si los insurgentes lo desocuparon fue porque se quedaron sin agua y víveres para resistir. Así lo reconoció el mismo comandante realista en su informe al virrey, en el cual asentó:

> Los fortines hechos de tierra, con tablones y estacas, fueron ocupados. Su espesor y altura los hacían por otro lado intomables y era necesario el cerco que se les puso para que no disfrutasen del agua, a fin de que se rindiesen por sed y hambre; pero prefirieron la fuga al indulto con que se les convidó.[17]

[17] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Ante la imposibilidad de someter a los insurgentes, los realistas exhibieron como trofeo de guerra un cañón que abandonaron cuando salieron del pueblo. Sus enemigos sospechaban que tenían más, pues la importancia del fuerte eso denotaba, pero seguramente los destruyeron antes de salir del pueblo, los enterraron o se los llevaron con ellos. Esto último no era muy seguro, pues también dejaron unos caballos que no pudieron llevar porque la falta de agua y alimentos los había dejado hambrientos y en estado famélico, condición que los volvía inservibles. Al final los fuertes fueron destruidos, algunos a cañonazos, pues su buena construcción impedía hacerlo a mano. Parecía que los realistas no querían dejar ninguna huella de la resistencia insurgente.

Otro fuerte insurgente que se tomó ese mismo día fue el del Tecoyo o cerro de La Lumbre, muy cerca de Tlapa. A diferencia del anterior, en éste el comandante insurgente Miguel Álvarez de Almanza rindió las armas a sus enemigos. Se trataba de un fuerte ubicado en un elevado cerro, y además de las fortificaciones construidas alrededor de él, contaba con la protección que le brindaban los despeñaderos que lo rodeaban, obligando a quien quisiera llegar a él lo hiciera por su entrada, resguardada por una trinchera y tres piezas de artillería. Esto lo sabía el comandante de las fuerzas realistas, por eso en lugar de atacar directamente decidió sitiarlo y esperar que sus ocupantes, al verse rodeados, tomaran las determinaciones sobre lo que se tenía que hacer.

Como parte del cerco ordenó colocar una guardia de observación en el cerro contiguo. Asimismo colocó en el camino a Xonacatlán veinte jinetes para que detuvieran a la fuerzas de Vicente Guerrero si intentaba brindar ayuda a sus compañeros; envió otra columna de cincuenta soldados por la derecha del fuerte del Tecoyo, para que ubicara posibles puntos por donde pudieran atrincherarse y hostigar a sus enemigos; encomendándoles que trataran de ubicar los atrincheramientos insurgentes para atacarlos con precisión. Finalmente, situó cincuenta hombres en el plano del río, para que evitaran cualquier salida insurgente.

Esas maniobras les llevaron toda la noche. Al día siguiente comenzaron a hostilizar a los sitiados, pero fueron rechazados por un nutrido fuego. Entonces subieron su artillería hasta el cerro que antes habían ocupado y desde ahí bombardearon el fuerte. Los insurgentes

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

se defendían pero su movilidad estaba reducida al interior del fuerte, a merced del fuego enemigo. Los realistas reforzaron su trinchera en el río para evitar una salida por sorpresa. Ahí interceptaron un correo dirigido a Vicente Guerrero donde le pedían auxilio para romper el cerco, pues carecían de agua y de municiones. Con esa información, José Gabriel Armijo supo que la rendición era cosa de tiempo y les ofreció el indulto a quienes lo hicieran.

Al término de dos horas el comandante Miguel Álvarez de Almanza, español natural de las Islas Canarias, aceptó el ofrecimiento realista y acompañado de unos 270 rebeldes entregó las armas. En la noche, 112 rebeldes indultados se fugaron y otros once fueron muertos al intentarlo. Cuando en la región se supo de la rendición del fuerte se presentaron varios pueblos a ponerse a las órdenes de los realistas. Con la situación bajo su control éstos pusieron a la gente a desmantelar el fuerte, tarea en la que participaron todos, y aún así les llevó todo el día y la noche. En estas labores se distinguieron los indios flecheros de Chilapa, que condujeron la artillería por senderos escabrosos. El saldo final fue que los realistas se hicieron de tres cañones, 34 fusiles, 39 escopetas, 600 cartuchos de fusil, 44 tiros de cañón, y seis machetes.[18]

En los informes que rindió a sus captores Miguel Álvarez de Almanza expresó que Vicente Guerrero andaba recolectando entre los pueblos doce mil pesos que tenía que enviar a Guadalupe Victoria hasta Veracruz para la compra de armas en Estados Unidos, en una transacción que debía celebrarse a más tardar en tres semanas, para lo cual Vicente Guerrero tenía planeado ir por ellas hasta el puerto de Nautla con trescientos insurgentes, cien caballos y otras gentes de los pueblos.[19] No sólo eso, también proporcionó la información que poseía sobre el fuerte de Silacayoapan y la manera en que podía rendirse a sus ocupantes, aunque para cuando llegó dicha información el fuerte ya había sido rendido.

El cerco realista sobre los insurgentes de la Montaña se estaba cerrando, y al parecer lo único que impedía que se consumara eran las desavenencias entre los jefes militares. Aunque los fuertes insurgen-

[18] *Ibid.*, p. 95.

[19] AGN, *ibidem*, vo. 79, f. 125.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

tes más importantes en esa parte de la región continuaban intocados, otros ya habían caído. Los pueblos presentían que cambios profundos se avecinaban y los más indecisos se apresuraban a solicitar el indulto real. El 10 de febrero José Gabriel Armijo ordenó al coronel Eugenio Villasana que ocupara el pueblo de Tlachapa, para irlos dejando sin apoyos populares.[20] Después de esta orden él salió de la región y se fue a Tixtla, con el pretexto de preparar una incursión por Jaliaca. Fue hasta entonces que el virrey ordenó a Ciriaco del Llano: "Que los tenientes coroneles Félix de la Madrid y Saturnino Samaniego persigan al cabecilla Guerrero".[21]

Con esa orden se inició la campaña para desmantelar los fuertes insurgentes que todavía se mantenían en pie.

Xonacatlán

A finales de febrero de 1818 comenzó a cerrarse el cerco sobre Xonacatlán, que era de los pocos que quedaban. En la campaña participaron conjuntamente las fuerzas de Félix Lamadrid y Saturnino Samaniego, con un ejército de aproximadamente dos mil soldados de los cuerpos de Saboya, Santo Domingo, Guanajuato y agrupamientos de dragones de varios regimientos, armados de tres cañones y un obús. El 25 de febrero realistas al mando del sargento Miguel Torres se concentraron en el rancho de Tecoyame, al día siguiente avanzaron hasta Tlalixtaquilla donde esperaron al coronel Saturnino Samaniego, quien se presentó el día 27 procedente de Tamazola, Oaxaca. Entre su tropa marchaba el teniente Antonio de León, quien despés de la toma del fuerte fue ascendido a capitán. Ahí decidieron que el comandante para esa misión fuera el militar recién llegado, aduciendo que era el más antiguo en el ejército y conocía mejor la región; también acordaron los pormenores de la campaña y dispusieron todo lo necesario para llevarla a cabo.

Cuando los insurgentes se enteraron de la magnitud de las fuerzas que los atacaban prepararon una defensa digna de ella. Para llevarla a

[20] AGN, *ibidem*, f. 130.

[21] AGN, *ibidem*, f. 224.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

cabo decidieron que el general Mariano Galván se responsabilizara de la defensa de las primeras trincheras y de la entrada al campamento; al coronel Juan del Carmen le correspondió defender los segundos atrincheramientos, incluido el tanque de agua construido en el nacimiento del manantial, del cual dependía la resistencia. Vicente Guerrero se encargaría de dirigir la defensa y proporcionar apoyo por donde se necesitara. Se prohibió terminantemente que nadie se expusiera combatiendo fuera de las trincheras. Si los realistas querían tomar el fuerte, tendrían que acercarse a él.[22]

Y lo hicieron. El sargento Miguel Torres ocupó el cerro Amarillo, ubicado al lado del de La Concepción, donde se encontraba el fuerte insurgente que buscaban someter. Como se le había ordenado, tan pronto como llegó colocó una columna de cuarenta infantes a una altura que les permitiera disparar sobre los insurgentes el cañón que llevaban con ellos; otra columna cubrió la entrada principal de la trinchera y el manantial de agua que pasaba por una pequeña barranca, de donde se surtían los insurgentes; el resto de la tropa quedó al pie del fuerte, para evitar un posible desalojo. Estaban usando la misma táctica que tan buenos resultados les dio en el cerro del Tecoyo: rodearlos y dejar que tomaran la delantera para ubicar sus parapetos y sobre ellos dirigir sus ataques. El cerco realista sobre el fuerte insurgente prácticamente cubrió toda la parte baja del cerro de La Concepción.

Los dos primeros días fueron de pequeñas escaramuzas entre ambas fuerzas, pero al tercero los realistas abrieron fuego sobre las trincheras insurgentes, como retándolos a un duelo de artillería; éstos no respondieron, pues no lo consideraron necesario y querían economizar municiones. Así estuvieron casi tres semanas; al cabo de ellas, desesperados porque los insurgentes no caían en su juego, los realistas iniciaron un ataque general. La artillería realista continuó lanzando fuego sobre las trincheras insurgentes y protegidas por él, sus vanguardias buscaban traspasarlas y entrar en un combate cuerpo a cuerpo. Esa audaz acción tuvo frutos y algunos soldados realistas llegaron hasta ellas, pero tuvieron que retroceder ante el fuego enemigo que los recibió a discreción. En el camino dejaron muchos

[22] Herminio Chávez Guerrero, *op. cit.*, p. 21.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

muertos pero no fue inútil, pues probaron que era posible romper el cerco insurgente.

Los realistas se tomaron el tiempo suficiente para preparar una segunda embestida y luego que se repusieron de los estragos de la primera volvieron a la carga. Lo hicieron con tal brío que los insurgentes tuvieron necesidad de replegarse y el manantial donde se abastecían quedó en poder de los realistas. Frente a esta situación Vicente Guerrero tomó el mando de las fuerzas que comandaba el general Mariano Galván, mientras los soldados de reserva recibían órdenes de entrar en combate para reforzar el frente por donde combatía Juan del Carmen. Los realistas también reforzaron su ataque suicida y los combates siguieron su curso. Para su desgracia los insurgentes comenzaron a resentir la falta de agua y la escasez de municiones; desesperados, las arrebataban a sus enemigos, mientras otros se esmeraban en improvisar cuchillos con el alambre y la lámina que tenían a su alcance, mismos que usaban para someter a los realistas cuando entraban en una lucha cuerpo a cuerpo.

En esa situación, el coronel Juan del Carmen desatendió la orden de no luchar fuera de las trincheras, y machete en mano arengó a sus compañeros para que saliera a enfrentar a los realistas a campo abierto. Pensó que si se hacía de las armas y el agua de sus enemigos podría presentar combate en mejores condiciones. No contó con que además de su gente lo siguieron otros contingentes y pronto la mayoría de ellos luchaban fuera del territorio que controlaban. Los realistas no esperaban esa situación y comenzaron a huir, convencidos de que los insurgentes no iban sobre sus armas y el agua que llevaban para consumo, sino sobre ellos y también entraron en desbandada. Los que no pudieron huir buscaron refugio entre la arboleda y los arbustos.

Pronto la ventaja que les dio tal audacia se convirtió en fatalidad. Un soldado realista que se encontraba oculto tras unos matorrales vio pasar al capitán Sabino —el mismo que había dado muerte al capitán realista Juan Antonio Caldelas en el sitio de Huajuapan—, y pensando que si lo descubría lo mataba, disparó sobre él, con tal tino que este murió inmediatamente. Asustado como se encontraba, todavía alcanzó a observar cuando el capitán Juan del Carmen volteó hacia donde había sonado el disparo y sin esperar que se lanzara sobre él volvió a

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

accionar su arma. El teniente Juan del Carmen cayó gravemente herido, sus compañeros acudieron a brindarle ayuda y al darse cuenta del estado en que se encontraba lo condujeron hacia el campamento para tratar de salvarlo; cuando recobró el sentido todavía pudo hablar y ordenar a sus compañeros que resguardaran los documentos del ejército que Vicente Guerrero le había encargado en custodia y, tan pronto como pudieran, se los entregaran. Tres días después perdía la vida.[23]

Los insurgentes siguieron resistiendo. Los realistas se dieron cuenta de que el fuerte era imposible de tomar y la única forma de rendirlos era dejarlos sin agua para beber. Para quitarles su fuente de abastecimiento del vital líquido se ordenó al capitán Codallos que tomara el aguaje y colocara un cañón en él para evitar que se acercaran. El militar obedeció la orden y para desgracia de los insurgentes lo consiguió. En el informe que el virrey recibió sobre los acontecimientos, el comandante responsable de esa acción anotó:

> Los rebeldes están padeciendo una sed terrible que les obliga a bajar a tomar agua entre un diluvio de balas de cañón y fusilería, y la que con tal exposición toman está corrompida por medio de panzas de res y otras inmundicias que mis cazadores le han echado.[24]

Conforme el tiempo pasaba el cerco sobre el fuerte se fue estrechando, al mismo tiempo que los insurgentes se quedaban sin agua ni comida. En esa situación sólo les quedaba salir a combatir abiertamente, lo que significaba una muerte segura, intentar una fuga por los pocos resquicios que les quedaban, lo que era misión casi imposible por lo cerrado de las trincheras enemigas alrededor de ellos, o rendirse. Los insurgentes no optaron por una en específico sino por las tres, según como las circunstancias se les presentaran. Al fin y al cabo todas representaban una derrota. Por los combatientes que se entregaron, los realistas supieron que lo hicieron sólo por carecer de agua y alimentos.

El 11 de marzo José Gabriel Armijo informaba desde Xaliaca, muy lejos de la Mixteca, al virrey Juan Ruiz de Apodaca: "la porción de

[23] Herminio Chávez Guerrero, *op. cit.*, pp. 23-27.

[24] Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, p. 98.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Xonacatlán, que forma raya entre Tlapa y Huajuapan la considero ya rendida por la fuerza que la oprime". El día 14, le volvió a escribir desde el mismo lugar, esta vez para expresarle la obcecación de los rebeldes que por su "ventajosísima posición y bien construidos fortines" se niegan a aceptar el indulto:

> [...] llegando al no visto hasta ahora ejemplo de estarse sustentando en las carnes de mula, caballo y perro, que consumidos los decidieron a salir con las armas en las manos a romper nuestra línea, poniéndolo en práctica a la una de la mañana de este día, después de veintidós días de cerco.[25]

La situación de los insurgentes sitiados era tan desesperada que no sólo hacían lo que el comandante realista informaba; muchas veces tuvieron que consumir agua mezclada con la sangre de los combatientes muertos o heridos. Cuando los realistas ocuparon la trinchera, se espantaron al descubrir huellas de que habían chupando o lamido la humedad de la misma tierra.[26]

El día 24 el sitio realista sobre Xonacatlán fue reforzado con 171 hombres al mando del capitán Juan Bautista Miota, comandante interino de la Quinta División Militar del Sur, y el 26 atacó la trinchera principal, teniendo un oficial herido y muchos contusos, por la cantidad de piedras que les arrojaron. Era una técnica de defensa que usaron en varias ocasiones. Bajaban a las tierras planas a recoger grandes piedras que llevaban consigo y las colocaban en lugares estratégicos, sostenidas sólo por un pedazo de coyunta y cuando lo consideraban necesarios las soltaban sobre sus enemigos:

> La gente de Vicente Guerrero no tenía con que pelear y utilizaban piedras para luchar contra los españoles, mientras que los gachupines si tenían armas con que pelear, pero eran sólo de una bala pues los españoles se entretenían mucho en cargar los cartuchos a

[25] *Ibidem*, p. 100.

[26] Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución mexicana. 1810*, México, INEHRM, Edición facsimilar, 1985, p. 282.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> sus armas, los soldados de Guerrero aprovechaban para enfrentarlos con piedras desde las trincheras, aventaban rocas grandes hiriendo o dejando sin vida a los españoles.[27]

El día 29 de marzo, después de varios días de combate, los insurgentes que resistían en Xonacatlán se dieron cuenta de lo difícil que era seguir resistiendo y prepararon la retirada del fuerte. José Gabriel Armijo lo comunicó así al virrey:

> Después de treinta días de sitio estrecho, acaban los rebeldes de las tres distintas fortificaciones que tenían sobre la montaña de Xonacatlán, de ser destruidos en la salida a viva fuerza que efectuaron a las cuatro de la mañana de hoy.[28]

Días después, andando lejos de ese lugar, Vicente Guerrero informaba a la Junta de Jaujilla sobre los resultados del combate: "Emprendimos la retirada en orden, pero al romper la línea se me dispersó alguna tropa".[29]

Durante el tiempo del cerco realista sobre los insurgentes, éstos tuvieron el apoyo de los pueblos que, a pesar de la difícil situación por la que atravesaban y el peligro que representaba para ellos, buscaron la forma de brindarles ayuda. Ante el peligro que representaba que los hombres se movieran, lo hicieron las mujeres. Así lo recuerdan todavía en Xonacatlán:

> Los hombres no podían ir porque los mataban los españoles, por eso mandaban a las mujeres; entre las enaguas llevaban agua y comida para los soldados de Vicente Guerrero. Todo tenía que ser rápido porque había muchos gachupines que impedían que pasaran agua y comida.[30]

---

[27] Mario O. Martínez Rescalvo, *op. cit.*, p. 102.

[28] Luis Ramírez Fentanes, *op. cit.*, p. 101.

[29] Herminio Chávez Guerrero, *op. cit.*, p. 28.

[30] Mario O. Martínez Rescalvo, *op. cit.*, p. 108.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Entre las mujeres, según los informantes, destacaba María Juana Saavedra, quien les llevaba comida a los soldados de Vicente Guerrero. También se dice que en una de sus incursiones al fuerte insurgente fue sorprendida y puesta presa por los soldados realistas, quienes la interrogaron y asustada les informó cómo estaba la situación en el fuerte.

Atlamajalcingo del Monte

Mientras duró el cerco sobre el fuerte de Xonacatlán, el capitán Juan Bernal destruyó otros tres fuertes insurgentes en las montañas de San Miguelito, con la cooperación de cien indios de los pueblos inmediatos. El día 17 de marzo, a las tres de la mañana, supo que varios cabecillas insurgentes con cincuenta hombres armados se encontraban en

☆LAS ÚLTIMAS RESISTENCIAS INSURGENTES.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Ocuapa, por lo que de inmediato mandó cuarenta dragones sobre ellos. Los rebeldes a caballo se mantuvieron allí hasta que se les aproximó la caballería de Juan Bernal y luego contramarcharon muy despacio. Los insurgentes contraatacaron y emboscaron a la infantería realista compuesta de sesenta hombres cuando desayunaban en una loma tendida y cubierta de encinos; los realistas se defendieron y finalmente se impusieron.

El 10 de abril el mismo capitán salió para el pueblo de Atlamajalcingo del Monte, con el fin de destruir el fuerte que ahí se encontraba, caminó los tres días siguientes por montañas que parecían intransitables, por lo fangoso de la tierra, producto de las lluvias. Los rebeldes no los esperaban y cuando los descubrieron abandonaron sus trincheras, dejando tres cañones, varias escopetas inútiles y una fragua con herramientas. Ahí, el capitán Bernal se enteró que el día 9 Vicente Guerrero había salido de Xochiapa con cincuenta hombres armados de fusiles y cien de flechas, pero ignoraba hacia dónde se dirigió. Estando ahí se le presentaron varias familias a solicitar indulto, lo mismo que varios cabecillas y muchos negros de la costa.

Dos días antes —el 8 de abril—, seguro de los triunfos de sus tropas, el brigadier Ciriaco del Llano informaba que la Mixteca estaba pacificada, al haber caído Chiautla, Xonacatlán, Chila, Tulcingo, Tlapa y Huamuxtitlán.

Los prisioneros fueron conducidos a la prisión de San Juan de Ulúa. Días después Ramón Sesma fue indultado y desterrado a Manila, donde pasó sus últimos años de vida.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

XIII. Brasas

LA CAÍDA DE LOS FUERTES insurgentes ubicados en la Mixteca no significó el fin de la lucha de los pueblos contra el gobierno español. Si para los criollos eso representó el fin de la guerra para los pueblos no, porque ya peleaban su propia guerra. Hubo varios motivos para que no fuera así. Uno de ellos es que ni todos los jefes ni toda la tropa estuvo de acuerdo con la rendición que pactaron los comandantes insurgentes en la intendencia de Oaxaca, que en su mayoría eran de extracción criolla, con Ramón Sesma a la cabeza. En esa situación, algunos jefes de los fuertes de la Mixteca oaxaqueña escaparon y se fueron a refugiar a los pueblos cuando sus compañeros entregaron las armas. En la intendencia de Puebla los fuertes no se entregaron, sino que fueron tomados por la fuerza, lo que propició que los derrotados igualmente se fueran a refugiar a los pueblos.

En estas circunstancias, a la época de los grandes fuertes militares insurgentes dirigida por criollos siguió otra de guerra de guerrillas, compuesta de hombres de las comunidades que recorrían los pueblos, donde recibían fuerte apoyo porque eran de su misma gente. Además no iban a abandonar así nomas a sus muertos ni abandonar a los prisioneros que, tras la caída de los fuertes, fueron conducidos a los presidios de Acapulco y Veracruz —211 en total—; a los primeros buscaban vengarlos, a los segundos devolverles la libertad. Sabían que Vicente Guerrero estaba vivo, libre y levantando la bandera de su lucha, y eso les daba fuerza para mantener la esperanza de volver a unirse con sus fuerzas.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

La resistencia en la Mixteca alta y baja

Las guerrillas mixtecas comenzaron a operar inmediatamente después de la toma de los fuertes, lo mismo en la oaxaqueña que en la poblana. En ellas participaban gente de los pueblos dirigida por sus propios líderes, curtidos en ocho años de lucha al lado de José María Morelos y Pavón, Vicente Guerrero, José *Chepito* Herrera y Ramón Sesma, entre otros. Su objetivo ya no era el mismo por el que se sumaron a la lucha: si antes peleaban por la independencia de la Nueva España ahora querían que les devolvieran sus tierras, que disminuyeran los impuestos que en muchas modalidades les cobraban, que respetaran sus autoridades. Esas eran sus nuevas banderas, muy diferentes a las anteriores. Hubo varias acciones realistas que favorecieron su lucha. En la intendencia de Oaxaca, por ejemplo, el teniente coronel Patricio López no remitió inmediatamente al presidio a los insurgentes que se hicieron prisioneros en la toma del cerro de San Esteban; no lo hizo porque pensaba que los jefes podían brindarle información valiosa para la someter el fuerte insurgente ubicado en el cerro de San Miguel, en Silacayoapan. Aunque en parte logró su propósito, también creó condiciones para que muchos huyeran llevándose sus armas.

El fenómeno fue tan importante que llegó hasta oídos del virrey quien, molesto por eso, el 19 de marzo, apenas dos semanas después de felicitar al comandante por sus triunfos, lo reprendía por permitir que los prisioneros se fugaran y se unieran a Vicente Guerrero, hecho que contradecía su obligación de ponerlos en prisión inmediatamente:

> Prevengo a V. E. recoja inmediatamente cuantas armas de fuego y blancas, aunque sean machetes, tengan los indultados, y esté con toda vigilancia respecto de ellos, procurando que no se reúnan con mucho número en ningún punto, y haciendo los encargos correspondientes a sus subalternos, para evitar que los indultados cometan algún atentado.[1]

[1] AGN, *ibidem*, vol. 53, ff. 20 y ss.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

No era fácil someter a las guerrillas insurgentes que en muy poco tiempo ya proliferaban por toda la Mixteca. En el mes marzo, de ese mismo año de 1817, ya se sabía que por la Mixteca alta andaba levantado en armas Marcelino Sánchez, con un grupo de hombres de varios pueblos, que igual se movía por los pueblos de Atoyaquillo y la Estancia, que por Santiago Nuyoó o la cañada de Yosotiche. Otros rebeldes que también operaban por Yosotiche y la parte de Putla y Juxtlahuaca eran los líderes triquis Hilario Alonso Medina, apodado *Hilarión* y Eugenio Brígido. Todos habían peleado en las filas insurgentes de años atrás, así que conocían a su gente lo mismo que a sus enemigos; sabían muy claramente de los ideales de José María Morelos y Pavón y Vicente Guerrero, y estaban convencidos que eso convenía a los pueblos.

Pero no sólo ellos lo sabían, sino también las autoridades españolas. Por eso desde que hicieron su aparición se propusieron combatirlos y someterlos. Melchor Álvarez, el comandante general de la Séptima Brigada de las tropas realistas con sede en Oaxaca, ordenó al teniente coronel Patricio López que recorriera la zona con un pelotón de soldados y los persiguiera hasta someterlos. Obedeciendo esa orden el 22 de marzo el militar comenzó a incursionar con su tropa por los pueblos donde se suponía podía encontrarlos. Ese mismo día, como a las cuatro de la tarde, al pasar por la cañada de Yosotiche —donde se encontraba la hacienda La Concepción, propiedad de Manuel Esperón, quien se había enlistado en el ejército realista para combatir a los rebeldes y en los combates de Huajuapan abandonó el campo de batalla al ver el empuje insurgente— descubrió que en una loma se encontraba un grupo de gente armada que también lo descubrió, de inmediato se internó en la sierra para protegerse.

El teniente coronel Patricio López ordenó al cabo Martín Bernal que protegiera el camino que comunicaba a la región con el pueblo de Santiago Nuyoó, para evitar que los rebeldes huyeran por ese rumbo; igualmente mandó al cabo Mariano Ruiz que cuidara el camino que conducía al pueblo de Atoyaquillo, mientras él intentaba atacarlos por el frente. No pudo verlos, pero pensando que lo escuchaban se dirigió a ellos a gritos pidiendo que se entregaran y sus vidas les serían respetadas; lo que obtuvo como respuesta fue otra voz que surgió entre los árboles que le decía que no aceptaban el indulto; inmediatamente des-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

pués unos hombres montados a caballo, seguidos de otros a pie, salieron y se dieron a la fuga subiendo la empinada cuesta; los realistas no pudieron detenerlos y tuvieron que conformarse con recoger cinco escopetas, cinco caballos, tres yeguas ensilladas y una a pelo, así como dos mulas cargadas de maíz, que los insurgentes abandonaron en su huida.[2]

En los últimos días del mes de abril de ese año los soldados realistas, que se encontraban en Chalcatongo, fueron informados por gente de San Miguel el Grande que en el cerro Yucucasa se encontraba Julián Ramírez con otras personas, a quienes acusaban de andar robando por los pueblos y haber dado muerte a seis mixtecos de Yosondica, a quienes acusaban de colaborar con sus enemigos. El día 29 de ese mes la tropa realista salió a perseguirlos y los encontró en el lugar donde les habían indicado que se escondían. También los insurgentes los descubrieron y en lugar de enfrentarlos intentaron huir; para detenerlos los soldados realistas dispararon contra ellos matando a Julián Ramírez, mientras sus compañeros escapaban. Los soldados recogieron la escopeta y el machete de su víctima y las llevaron con ellos.[3]

Quienes más dolores de cabeza daban a los realistas eran el líder triqui *Hilarión* y su gente. Con el fin de someterlo, a finales del mes de abril los realistas de Tlaxiaco movilizaron a su gente por varios rumbos de la región al mismo tiempo. Una partida de cincuenta infantes, al mando del teniente coronel Francisco Bisrreta, salió de Tlaxiaco y se internó por la cañada de Yosotiche, avanzó hasta Atoyaquillo y regresó a Chicahuaxtla, en la región triqui alta, sin encontrar rastro de los rebeldes, sólo rumores de que andaba por el rumbo de San Juan Piñas, muy cerca de la frontera con la intendencia poblana. En su recorrido se enteró que otro jefe rebelde de nombre Juan Toscano se presentó herido en el pueblo de Atoyaquillo buscando apoyo, pero como no se lo dieron se retiró rápidamente dejando el caballo en que iba.[4]

Cuando la partida regresó a su cuartel y rindió su informe, se armó otra de sesenta soldados, al mando del sargento Ángel Arreola;

[2] *Idem.*

[3] *Idem.*

[4] *Ibidem*, f. 97.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ésta se internó en el territorio triqui, recorrió los barrios de Yoxoyuxi, Cerro Lagarto y Yucucani, mientras otra al mando de Eutimio Rionda, proveniente de la Mixteca costeña, lo hacía por las faldas de los cerros del Conejo y Cabezas, igual que por la cañada del río de San Juan Piñas, saliendo hasta Jicayán. Su esfuerzo resultó inútil porque tampoco tuvieron los resultados que esperaban. Cuando pasó por Yucucani, la partida se enteró de que en el pueblo había una reunión de entre veinte o veinticinco mixtecos y trató de detenerlos pero éstos se disolvieron de inmediato internándose en el bosque. Para mediados de mayo, a los realistas no les quedaba más remedio que reconocer su impotencia para someter a los guerrilleros. Así lo hizo el comandante realista cuando nombró al virrey: "No se ha podido detener a Marcelino Sánchez, Hilarión y Vicente Guerrero confesó".[5]

Los rebeldes operaban también por la Mixteca baja, muy cerca de Silacayoapan, en los límites de las intendencias de Puebla y Oaxaca. El día 29 de ese mismo mes el capitán de las tropas realistas José Raya, quien marchaba acompañado del subteniente Manuel Lazo, se encontró con un grupo de insurgentes comandados por el mixteco Vicente Torres y su hermano; tan pronto como los descubrieron intentaron detenerlos, pero sólo lograron hacerlo con algunos porque la mayoría escapó y tuvieron que conformarse con recogerles cuatro caballos, cuatro armas de fuego y tres blancas. Enojados por su impotencia para someterlos, detuvieron y pusieron presas a las mujeres del pueblo. Los detenidos fueron acusados de ser gente de Vicente Guerrero, mientras a las mujeres les fincaron cargos de protegerlos y ser malas cristianas.[6]

La resistencia por la Mixteca costeña y baja

Pero la resistencia no era sólo por la parte de la Mixteca alta, sino también por la Mixteca costeña. En enero de 1817, cuando los atrincheramientos insurgentes más importantes todavía no caían en poder de los realistas, el sargento Lorenzo Miota, que resguardaba la plaza de

[5] *Idem.*

[6] *Ibidem*, ff. 60-62.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Huehuetán en el distrito de Ometepec, salió a realizar unos rondines, descubriendo que en el pueblo de Quesala "una lumbrada y murmullo de gente"; presintiendo que pudieran ser rebeldes que se refugiaban entre los bosques decidieron vigilarlos, confirmando sus sospechas. En la madrugada un piquete de realistas se acercó hasta donde se encontraban sorprendiendo a la guardia y cayendo sobre ellos. La rapidez con que actuaron fue su mejor aliada y de los diez elementos del grupo lograron aprender al cabecilla, junto con uno de sus compañeros que resultó herido en la refriega. Los prisioneros fueron conducidos a la presencia del comandante del regimiento, pero el herido se escapó durante el traslado y el jefe fue puesto en libertad porque resultó su familiar. Sólo se recogieron cinco fusiles en buen estado y una escopeta.[7]

No fue el único caso de rebelión en una región que parecía pacificada. El 11 de abril de 1817, cuando todos los fuertes insurgentes de las mixtecas ya habían sido desmantelados, el capitán Juan Bautista Miota, comandante de las tropas realistas en la costa, enviaba al virrey una larga lista de mixtecos que habían aceptado entregar las armas a cambio del indulto. Al parecer, para las autoridades virreinales la Mixteca ya no era ningún peligro porque no respondieron a la petición. En agosto de ese mismo año el militar le recordaba al virrey la necesidad de extender esa gracia a los arrepentidos para asegurar que no volverían a las armas y que otros pudieran seguir su ejemplo.[8]

El 29 de mayo, en las inmediaciones de Xonacatlán fue apresado José María Sánchez, comandante insurgente del fuerte de Atlamajalcingo del Monte que había peleado a las órdenes de Vicente Guerrero y cuando éste se marchó para Tierra Caliente decidió continuar la lucha por su cuenta. Su aprehensión la logró el coronel Saturnino Samaniego, el mismo que había participado en la destrucción del fuerte meses antes, quien lo fusiló ahí mismo, sin preocuparse por formarle juicio alguno.[9] Las arbitrariedades de quienes se sentían ya vencedores formaban parte de los instrumentos de la guerra porque aunque la balanza ya se inclinaba por un lado, el vencedor aún no se definía.

[7] AGN, *ibidem*, vol. 79, f. 222.

[8] *Ibidem*, f. 170.

[9] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Lo que ya se veía era su descomposición. El mismo José Gabriel Armijo después de andar por Tierra Caliente volvió por la Costa Chica, sorprendiéndose de los abusos de los realistas:

> [...] algunos egoístas sin premeditación, cubriéndose con el nombre de realistas, y acaso yendo en su número alguno de estos, hacen a su antojo salidas recorriendo los pueblos desamparados de los cuales y sus campos inmediatos, recojen los ganados, y vestias de todas especies, y demás artículos que encuentran, estimándolo como propiedad suya, quando no es otra cosa que una furtiva rapiña, pues aun quando todo caresiese de dueño, y perteneciese a los rebeldes, la confiscación deverá ser a favor del Real erario, y de ninguna manera de los que por arrojo y voluntariedad se determinan a recojerlos a caso con el exceso de fuerza y reunir lo que tiene dueño legitimo, y fieles a sus roberias, y a las potestades que en sus nombres gobiernen están dedicados en varios parajes a la agricultura.[10]

Todavía la guerra no terminaba, pero ya la realidad que brotaría de sus cenizas empezaba a dibujarse en el ambiente.

Los ajustes realistas

Para hacer frente a la difícil situación de la Mixteca el virrey ordenó que se reestructurara la organización y el funcionamiento del ejército realista en la región. Comenzó pidiendo a los intendentes de Puebla y Oaxaca que los comandantes militares de ambas intendencias coordinaran sus maniobras castrenses con el fin de que tuvieran resultados más eficaces en la lucha contra las guerrillas insurgentes; junto con esa orden dispuso que semanalmente le enviaran un informe sobre la situación en cada intendencia y, finalmente, que reorganizaran sus mandos militares tomando en cuenta la nueva realidad en el sur de la Nueva España.

Como parte de la reorganización del ejército realista el teniente coronel Saturnino Samaniego, que durante toda la guerra había ope-

[10] *Ibidem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

rado en la intendencia de Oaxaca, fue trasladado a la plaza de Tlapa, en la intendencia de Puebla, con todo el ejército a su mando. A muchos ese movimiento les pareció más político que militar, sobre todo cuando recordaban que durante las batallas decisivas contra los insurgentes había tenido un papel secundario, desplazado por el teniente coronel Patricio López, que representaba el mando central, no obstante que formalmente era el responsable de la seguridad en la Mixteca baja. Esta percepción aumentó cuando se supo que seguiría dependiendo de la intendencia de Oaxaca y su lugar lo ocuparía el coronel Antonio Aldeco, el comandante de la columna volante que tan buenos servicios prestó a la corona en el desmantelamiento de los fuertes del cerro de San Esteban y San Miguel, en Silacayoapan.[11]

Además de los movimientos anteriores, los mandos que habían tenido una participación importante en la destrucción de los anteriores fuertes rebeldes fueron ocupando los mejores lugares. La responsabilidad de la seguridad en toda la Mixteca quedó bajo el teniente coronel Patricio López, el héroe de la batalla del cerro de San Esteban; después le siguió el coronel Antonio Aldeco, quien ocupó el lugar que por mucho tiempo cubrió el coronel Saturnino Samaniego en el resguardo de la Mixteca baja; el coronel Pedro Marín quedó en Tlaxiaco, cubriendo la Mixteca alta; el capitán Francisco Ibarra en Juxtlahuaca, resguardando otra parte de la Mixteca baja, aunque dependiendo de Tlaxiaco, que así adquiría mayor importancia; al mayor Teodoro Chicheri le encomendó la seguridad de Yanhuitlán y sus alrededores. En la Mixteca costeña las cosas se mantuvieron como estaban porque venían funcionando bastante bien y hacía tiempo estaba pacificada. En ninguno de estos cambios se tomó en cuenta al teniente Antonio de León. Seguía siendo un soldado del rey, pero sin gloria.

En la reestructuración de sus fuerzas militares los realistas no sólo establecieron la nueva forma en que operaría el ejército realista, sino también la manera en que se coordinarían entre ellos. El responsable de Yanhuitlán debería coordinarse con Juxtlahuaca y Tlapa, una disposición rara dada la distancia existente entre ellos; el de Tlapa, a su vez, debería hacerlo con Chila, Teotitlán y Tehuacán; el de Teotitlán

[11] *Ibidem*, vol. 53, f. 67.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

debería mantener comunicación con el de Tehuacán y Yanhuitlán; el de Juxtlahuaca lo haría con el de Tlaxiaco, Tonalá y Huajuapan, debiendo cuidar además la región triqui y el pueblo de Ixpantepec Nieves. Las autoridades realistas pensaban que con esas medidas reforzarían su control sobre la región hasta pacificarla completamente. Un propósito difícil, dado que ahora los insurgentes no se movían como un ejército sino como guerrillas que se confundían entre los pueblos.

La lucha sigue

A pesar del ajuste del engranaje militar contra ellos, los pueblos seguían resistiendo, sobre todo por la Mixteca alta. Marcelino Sánchez y su gente siguieron con su guerra de guerrillas hostilizando a los realistas y quienes los apoyaban. El 17 de enero de 1818, un año después de la toma del fuerte de San Esteban, cinco hombres armados de machetes y fusiles llegaron hasta la casa del hermano del teniente de realistas de Chalcatongo, secuestraron a sus dos sobrinas junto con sus maridos, tomaron los víveres que ahí encontraron, los cargaron en dos yeguas que estaban amarradas en el traspatio de la casa y después se fueron con rumbo al cerro. El teniente de los realistas fue avisado de inmediato de los sucesos, pero esperó hasta el día siguiente para tomar alguna medida, pensando que era muy arriesgado actuar en la oscuridad de la noche y que con la luz del nuevo día podían descubrir algunas huellas que le permitieran localizar a los rebeldes.

Serían las cuatro de la mañana cuando inició la persecución, acompañado de ocho dragones y doce elementos de infantería. Se dirigieron al cerro por donde les informaron que los rebeldes se habían internado y después de varias vueltas sobre él descubrieron las huellas de los caballos; las siguieron y pasaron a otro cerro cercano en donde éstas se perdían. El teniente ordenó la división de su tropa para hacer un reconocimiento del lugar. Tuvieron suerte porque al poco tiempo los descubrieron y abrieron fuego sobre ellos; sorprendidos, los rebeldes intentaron huir pero uno de ellos cayó muerto ahí mismo y otro, de nombre Luis Antonio González, fue hecho prisionero. Al final las mu-

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

jeres secuestradas fueron puestas en libertad y el prisionero fusilado cinco días después en Chalcatongo.[12]

Las medidas tomadas por los realistas para controlar la región, aislando a los pueblos y combatiéndolos en diversos frentes, comenzó a hacer mella en el ánimo de los rebeldes, quienes comenzaron a verse sólos y sin posibilidades de triunfo. Los primeros en sentirlo fueron los realistas que habían desertado y se habían unido a ellos. Entre estos se encontraba el teniente Roberto González, que sus antiguos compañeros de armas descubrieron en la emboscada anterior, porque al huir abandonó sus pertenencias. Sin fe en el triunfo, el 30 de enero se presentó con cinco de sus compañeros ante el ejército realista para solicitar el indulto; el militar se los dio provisionalmente, pero Melchor Álvarez lo revocó y ordenó ponerlos en prisión, alegando que ya no se otorgaba esa gracia y que si volvieran a dar era un asunto que tendría que decidir el virrey. A finales de febrero, como una gracia especial, el virrey prorrogó el periodo para otorgar el indulto y fueron perdonados después que juraron fidelidad a la corona española.[13]

Conforme la gente iba abandonando la lucha ésta se fue debilitando, y los que siguieron con las armas en la mano se refugiaron en el cerro Yucucasa, uno de los más altos y difíciles de penetrar si no se conocía su geografía. Cuando los realistas lo conocieron se asombraron de lo intrincado del sitio, y así lo comunicaron al virrey: "Nunca podrá V. S. tomar cabal idea pues no cabe en la imaginación lo que es ni se puede creer su prodigiosa altura, baste decir a V. S. que en él se disfrutan todos los temperamentos, desde el calor mas sofocante hasta el frío más intenso".[14]

El peligro que representaban las guerrillas de Marcelino Sánchez, Hilario Alonso Medina *Hilarión* y Eugenio Brígido obligó a los realistas a fortalecer la persecución contra ellos. Si combatirlos por la Mixteca alta, que era en donde operaban, no daba resultados, lo harían también por la Mixteca costeña. Tomada esa determinación se dispuso que mientras las fuerzas del capitán José Padrino los acosaban desde Chal-

[12] *Ibidem*, vol. 56, f. 26.

[13] *Ibidem*, f. 69.

[14] *Ibidem*, f. 79.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

catongo, el capitán Jacinto del Valle y el mayor Manuel Estremera lo hicieran desde Jamiltepec. Antes de salir a campaña, Francisco Rionda, que por estos años se encontraba al frente del ejército realista en la Mixteca costeña, les había extendido órdenes claras y terminantes. El contenido de sus órdenes lo comunicó él mismo al virrey, pidiendo las aprobara:

> A dicho capitán del Valle le previne no descanse hasta aniquilar la gavilla de Marcelino, que escudriñe todos los cerros y barrancas, que aniquile cuanto pueda serle útil, que obre a discresión y como mexor le paresca, que ponga en el caso de utilidad las cosas que tenía preparadas, y que descubrió el teniente Dn. José María Andelo el día 26, que cargue con toda la fiereza haver si logra reconocer a satisfacción el cerro, y que hecha esta operación continué varriendo todos los cerros y barrancas hasta Atoyaquillo, destinando a donde quiera la partida del capitán Rionda; y útilmente que havize al señor comandante principal de las Mistecas de sus operaciones, puntos donde se dirige y disposición en que dexa el territorio para que con estos conocimientos dicte sus providencias a las tropas que tiene destacadas en estas inmediaciones: todo lo que espero sea la aprobación de V. S.[15]

El virrey aprobó las medidas, lo que representaba prácticamente dejar que los militares condujeran la persecución como mejor les pareciera. Pero los resultados de sus medidas no se vieron pronto. El 5 de abril descubrieron un mensajero, lo aprisionaron y después de obligarlo a confesar lo pasaron por las armas; dos días después tomaron un campamento rebelde, de donde recogieron lo que había en él y les podía servir para la campaña, repartiendo entre los soldados el resto de las cosas que tenían alguna utilidad; fuera de eso no había ningún otro resultado, situación que exasperaba a las autoridades españolas.[16]

Desesperado porque los rebeldes siempre burlaban a sus fuerzas responsables de la seguridad en la Mixteca alta, el gobierno de Oaxaca decidió enviar desde esa ciudad una compañía para apoyarlas. El 20 de

[15] *Ibidem*, f. 84.

[16] *Ibidem*, f. 96.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

abril la compañía, comandada por el capitán Mariano Muñoz salió de Oaxaca rumbo a la Mixteca alta, y al paso de unos días ya andaba por Llano de Plumas, un pequeño caserío que formaba parte del pueblo de Itundujia. Con el fin de investigar si sus moradores podrían darle algunos informes que los llevaran a conseguir sus objetivos, ordenó al subteniente Francisco Romero que al mando de 20 hombres ocupara el lado derecho del asentamiento y otra al mando de un sargento lo hiciera por la izquierda, que eran las únicas salidas de ese llano. Después entró con su gente pero no encontró nada de lo que buscaba, sólo dos jacales con huellas de haber sido desalojados hacía poco tiempo.

Ese día descansaron en ese lugar y por la noche siguieron inspeccionando la zona. Al amanecer del día siguiente llegaron hasta un lugar bastante oculto llamado Barranca de Sangre, que les pareció adecuado como escondite de los rebeldes. Sus sospechas se vieron confirmadas al descubrir huellas de que alguien había estado ahí hacía pocas horas. Con esos datos decidió internarse en el bosque con el fin de inspeccionarlo; para hacerlo ordenó al subteniente Francisco Romero que al frente de veinte hombres lo cubriera mientras él avanzaba, y cuando lo hubiera hecho él lo cubriría para que hiciera lo mismo. Así fueron subiendo el cerro, pero tampoco tuvieron los resultados esperados.

Ya se retiraban cuando al teniente Francisco Romero le tocó cubrir una peña y se dio cuenta que había muchas piedras dispuestas para rodarse; rodó algunas y, para su sorpresa, donde éstas caían comenzaron a escucharse voces: era Marcelino Sánchez y sus compañeros que a toda velocidad escapaban de ese lugar, creyendo que los estaban atacando. El jefe rebelde y dos de sus compañeros más cercanos se internaron en el bosque y desaparecieron; pero un costeño que andaba con ellos no pudo hacerlo porque las balas de sus enemigos lo alcanzaron y le arrancaron la vida. A los primeros balazos cayó y escuchó una voz que le exigía su rendición, pero en lugar de hacerlo intentó recoger su carabina, fue entonces cuando los realistas lo remataron. En la refriega hubo dos niños presos: uno era el hijo del cabecilla y otro su sobrino. Siguieron inspeccionando, pero lo más que encontraron fueron dos maquilas de frijol tostado que les servía de comida.[17]

[17] *Ibidem* 379.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Las últimas batallas

Convencidos de que por vías convencionales les sería prácticamente imposible someter a los rebeldes, los realistas organizaron una persecución en donde incluyeron a los pueblos fieles a ellos. En los últimos días del mes de abril el ejército realista comenzó a cubrir todos los puntos por donde los rebeldes podían comunicarse con los pueblos de los alrededores; también reunieron trescientos hombres de dichos pueblos, con los cuales formaron cinco columnas para peinar el lugar; incluyendo los altos cerros, los profundos barrancos y los espesos bosques que convertían la región en un lugar prácticamente impenetrable; pero los realistas estaban decididos a entrar y para hacerlo mandaron a la gente de los pueblos para que con machetes y hachas abrieran veredas por donde avanzar. Fue una ardua y peligrosa tarea. Los habitantes del pueblo de Amoltepec que participaban en la campaña tuvieron que vadear el río Verde y al hacerlo varios de ellos cayeron en él perdiendo la vida.

Abierto el camino los elementos del ejército comenzaron a subir a inspeccionar; recorrieron todos los parajes por donde pensaban podían encontrarse los rebeldes, pero no encontraron nada. Siguieron subiendo hasta llegar a un paraje al que los lugareños llamaban La Plaza; ahí el comandante responsable de la expedición ordenó que otra partida de soldados, acompañada de los habitantes de los pueblos que los apoyaban, subiera para seguir abriendo camino por la izquierda, mientras la avanzada continuaba por la derecha. Lo abrupto del terreno los obligó a caminar uno tras otro a una distancia mínima de cuatro metros, de tal manera que si alguno perdía el equilibrio y se precipitaba a las barrancas, no arrastrara a sus compañeros. Todo fue inútil. En la punta del cerro no encontraron a los rebeldes, sólo señas de que por ahí se movían: agua, varios jacales y terreno preparado para sembrar maíz. Cansado y desanimado por los resultados de su esfuerzo, el comandante ordenó a todos descansar y él se metió a una cueva para hacer lo mismo.[18]

[18] *Ibidem* f. 79.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Cuando los rebeldes se dieron cuenta del apoyo que varios pueblos brindaban a sus enemigos, tanto en comida como en información sobre la región, decidieron tomar represalias contra ellos, castigando a los que les brindaban colaboración.[19] Atrapados a dos fuegos, los pueblos se vieron en el dilema de seguir padeciendo los efectos de la guerra o salirse de ella y optaron por el indulto. En el mes de mayo 46 mixtecos de diversos pueblos, incluidas mujeres y niños, se presentaron ante los soldados realistas que se encontraban en Itundujia y éstos los enviaron a Chalcatongo para que sus jefes decidieran qué hacer, otorgándoles finalmente el indulto. Entre los que se acogieron al perdón real por sus acciones se corrió el rumor de que el mismo Marcelino Sánchez pensaba dejar las armas; ante esa eventualidad el comandante realista mandó pedir instrucciones a Oaxaca sobre la forma de proceder en caso de que se presentara. Por toda respuesta le dijeron que el indulto se había prorrogado y eso incluía a todos los rebeldes.[20]

Pero fue sólo un rumor. Al contrario, sabedor de que el cerco contra él en la Mixteca alta se estaba cerrando, el jefe rebelde buscó otros lugares donde pudiera protegerse. Antes de que el mes de abril terminara varias personas dijeron haberlo visto moverse con su gente por los rumbos de Tlaxiaco, Putla y Juxtlahuaca. Si esto era cierto su territorio de influencia se estaba ensanchando, y si lograba consolidarlo sería muy difícil para los realistas capturarlo.

Desgraciadamente los ajusticiamientos de los rebeldes cometidos en contra de los pueblos que apoyaban a los realistas pronto se volvieron en su contra, porque los afectados los denunciaban ante sus perseguidores. El 13 de junio los realistas supieron que Marcelino Sánchez y su gente andaban por los rumbos de Itundujia y San Andrés, en donde ejecutaron a cerca de dos decenas de personas acusándolos de ayudar a sus enemigos.

Enterado de los sucesos, Francisco Rionda ordenó al teniente Manuel Betanzos que saliera en su persecución. Dos días después él mismo avanzó rumbo a la región al frente de veinte hombres. La tarde del día 16 de junio llegó a San Andrés y el día siguiente marchó para Itun-

[19] *Ibidem* f. 127.

[20] *Ibidem* f. 161.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

dujia, donde sus habitantes estaban dando sepultura a nueve hombres que cayeron bajo las armas de los rebeldes. Ahí lo alcanzó su infantería compuesta de 29 hombres. Los militares realistas, con el apoyo de varios vecinos de ese pueblo, acordaron ir tras los insurgentes. Subieron al cerro de la Laguna y de ahí marcharon rumbo a Yosondúa con la idea de encontrar alguien que les diera información de Marcelino Sánchez y su gente. El día 18 el sargento de infantería Ángel Arrazola salió a buscar el rastro de los rebeldes, con orden de que si no hallaba nada marchara rumbo a Yerba Santa; al día siguiente Francisco Rionda inspeccionó por el cerro del Yucuninu con el mismo propósito. Nadie encontró nada.

La captura de Marcelino Sánchez

Cuando ya se retiraban rumbo a la costa, a la altura del paraje Cerro del Conejo, en la región triqui, se toparon con cuatro personas a quienes detuvieron, quienes al verse en peligro confesaron que venían del lugar donde se encontraba Marcelino Sánchez y su gente, a quien —dijeron— les habían llevado víveres; a cambio de no ser castigados aceptaron conducirlos donde se encontraban, aunque aclararon que sólo conocían el cerro, no el lugar exacto donde estaban, porque no llegaron hasta allá. Después que les dieron la información que necesitaban los realistas dejaron que siguieran su camino, mientras ellos se dirigieron a unas enormes cuevas donde se suponía podrían encontrarlos.

De una de ellas vieron salir a una persona, la detuvieron y amenazaron con fusilarla si no les daba la ubicación de los rebeldes, a lo cual accedió, conduciéndolos a las cuevas donde se encontraban. Llegaron al lugar como a las once de la noche, bajo una pertinaz lluvia que no auguraba nada bueno. Antes de acercarse, los de caballería dejaron sus monturas lejos del lugar y se unieron a los de infantería, que marchaban bajo el mando del teniente Manuel Betanzos. Rodearon el lugar y así permanecieron toda la noche, esperando que los sitiados salieran de su escondite y pudieran capturarlos sin ningún peligro.

Cuando amaneció, el día 20 de junio los soldados se encontraban entumidos por el frío y sus armas de fuego inutilizadas por la lluvia.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

En esas condiciones, y como nadie salía, decidieron entrar a las cuevas llevando armas blancas en la mano. Entraron sigilosamente y sorprendieron a cinco rebeldes, a quienes dieron muerte al instante, después detuvieron al líder del grupo, Marcelino Sánchez, que no pudo hacer nada por escapar. Repuestos de la sorpresa, sus compañeros comenzaron a correr con la intención de abandonar el lugar; Nicolás Daza, un militar realista, quiso detenerlos y cayó gravemente herido; de los rebeldes resultó herido Eugenio Brígido, un triqui que aún así logró huir. Sometidos los rebeldes, los realistas se apoderaron de dos escopetas, una pistola y dos machetes.

Esa noche los realistas durmieron en la cueva llamada Tierra Caliente. El 21 comenzaron su retirada llegando hasta Yosondúa. En ese pueblo Francisco Rionda lanzó mensajes a los rebeldes para que se rindieran y serían indultados; también escribió a la esposa de Marcelino y sus hijos para que se presentaran en Putla en un término de diez días. El 22 llegaron a Chalcatongo, donde quedó la infantería por orden del comandante de Tlaxiaco; el 23 arribaron a San Antonio y el 24 a Tlaxiaco. Ahí estuvieron hasta el día 27, en que salieron rumbo a Chicahuaxtla llevándose preso a Marcelino Sánchez. A finales de junio llegaron a su destino y el 5 de julio Marcelino Sánchez fue fusilado.[21]

La rebelión triqui

La prisión y muerte de Marcelino Sánchez no terminó con la resistencia en la Mixteca alta. Quedaban Hilario Alonso Medina *Hilarión* y Eugenio Brígido, dos líderes triquis que también fueron un dolor de cabeza para los realistas. Los dos habían andado con las tropas de José *Chepito* Herrera y después de la toma del fuerte de San Esteban anduvieron con Marcelino Sánchez; pero en ambos casos actuaron de manera independiente, moviéndose con toda libertad en la región triqui y sus alrededores. En esas correrías ambos habían estado a punto de caer prisioneros, aunque por una u otra razón siempre se salvaban. La primera ocasión en que la libertad y hasta la vida de Eugenio Brígido

[21] *Ibidem* f. 177.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

estuvo en peligro fue en El Campanario, en octubre de 1817, durante una incursión que sus enemigos hicieron en ese lugar. De acuerdo con el parte que ese día rindió el comandante de la tropa, los hechos sucedieron de la siguiente manera:

> El día 18 (de octubre de 1817) caminé hasta que me amaneció en las varrancas inmediatas a las juntas de los ríos, donde me mantuve emboscado, y en este día me cayó un golpe de agua desde las 8 de la mañana hasta las tres y media o cuatro de la tarde y en las noches caminé para las faldas del cerro del campanario donde estaba la vivienda de la gavilla de Brigido, me embosqué todo el día 20 amanecio y seguí emboscado en el mismo lugar, y como a las 11 de la mañana de este se apareció uno de ellos en el cerro de enfrente, mandé a uno de los guías que llevaba lo fuera a encontrar y lo trajera para la casa y ya que estuviera ahí lo amarraran y lo llevaran a las varrancas donde yo estaba escondido, en efecto se consiguió, preguntándole por sus compañeros, me dice que los había dejado bajando el río, que venía el cabecilla Brigido y seis compañeros, los que traian dos armas.[22]

Con esa información en su poder, el militar realista intentó envolver a los rebeldes. El 22 se movió por el rumbo de Jicayán, desde donde intentó dar un golpe sorpresivo, pero no fue fácil por su desconocimiento del terreno. Al principio la suerte le sonrió y encontró su rastro; pensó que siguiéndolo podría dar con ellos y eso fue lo que hizo. Dividió a su tropa en tres grupos para cubrir otros tantos flancos; pero ahí su buena estrella se apagó, los rebeldes lo descubrieron y huyeron, él intentó darles alcance pero no pudo hacerlo porque se lo impidió el desconocimiento del terreno; para empeorar su situación, él y su gente estuvieron a punto de irse a un despeñadero. Cuando cayó la noche regresaron como habían salido, sin lograr su objetivo.[23]

En otra ocasión, cuando corría noviembre de 1817 el comandante de Putla puso en prisión a dos triquis que previamente habían recibi-

[22] *Ibidem.*

[23] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

do el indulto, bajo acusación de que mantenían comunicación con Eugenio Brígido. Para salvarse ofrecieron entregar a sus compañeros, y con esa promesa fueron puestos en libertad, con las precauciones correspondientes para que no escaparan. Los liberados fueron más allá de lo prometido, detuvieron a uno de sus compañeros y lo entregaron a los militares, quien amenazado con ser fusilado también aceptó entregar al jefe de la guerrilla. Los realistas organizaron otra batida, pero Eugenio Brígido fue comunicado de la incursión y pudo escapar. Acusados falsamente, los dos triquis que los guiaban fueron acusados de traición y fusilados por ello.[24]

Comenzando el mes de enero de 1818 Hilario Alonso Medina *Hilarión* también estuvo a punto de caer en poder de sus perseguidores. En el mensaje que Melchor Álvarez envió al virrey el 16 de enero de 1818, hablaba de los éxitos que habían tenido sus esfuerzos por capturar a los rebeldes:

> [...] tal ha sucedido con la partida de 25 fieles realistas de Juxtlahuaca que al mando de su comandante Eustaquio del Noval, y teniente Mariano Guzmán, recorría la cañada de Yosotiche, y barranca de sus inmediaciones, habiendo logrado la noche del 4 del corriente prender a quien estaba haciendo provisiones para el ladrón rebelde conocido con el nombre de *Hilarión*, por la declaración del preso se supo el paradero de este obstinado, sin perder momento encumbrando en la misma noche el elevado cerro de Yosotatu, a el amanecer lograron prender un espía de este, y como a la legua de la subida vieron la pequeña gavilla, y cargándole, lograron coger a un titulado capitán y dos indios.[25]

No pudieron capturarlos porque los triquis perseguidos también los descubrieron y se internaron en la sierra. Lo que sí hicieron fue llevarse sus caballos, armas de fuego y cartuchos, además de unas lanzas que abandonaron durante la huida. A los prisioneros los sometieron a juicio sumario y los condenaron por rebeldes. El 12 de abril *Hilarión* fue

[24] *Idem.*

[25] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

aprendido en el cerro de Yucucasa, durante la persecución de Marcelino Sánchez, pero cuando lo conducían a Putla logró escaparse del pelotón que lo custodiaba, internarse en la sierra y recobrar su libertad.

La astucia de *Hilarión* era tanta que entre la gente comenzó a correr el rumor de que poseía poderes sobrenaturales que le permitían desaparecer o convertirse en fiera para burlar a sus enemigos y escapar cuando éstos pensaban que lo tenían cercado. Con el paso del tiempo el rumor se convirtió en un mito que ha persistido durante doscientos años. Como testigo de ello, en la cañada de Yosotiche, un cerro alto y una cueva llevan su nombre, mientras en la región alta triqui, además de una cueva donde los lugareños afirman que se encuentran algunos de sus utensilios, ellos mismos le disputan a la parte baja de esa región el origen del héroe.

Estos fueron los focos guerrilleros que siguieron prendidos en la región, después que cayeron las guerrillas más importantes. Cierto, ya no representaban un peligro militar para el gobierno español, pero con ellos la llama de la independencia seguía alumbrando. Y esta vez con luz propia. Ellos solos no podían vencer a los realistas, pero éstos tampoco podían hacerlo con los rebeldes.

El 5 de agosto de 1818, después de pacificada la región Mixteca, Melchor Álvarez, comandante de las fuerzas realistas en la intendencia, cayó en desgracia. No era la primera vez que le sucedía. Desde los meses posteriores a la toma de Oaxaca fue acusado ante el virrey Félix María Calleja por el despotismo con que gobernaba; en varias ocasiones se le sometió a juicio de los cuales al final salía bien librado y volvía a su cargo, por la protección que el virrey le dispensaba. Las cosas cambiaron cuando Juan Ruiz de Apodaca sustituyó en el cargo a Félix María Calleja. En esta ocasión la acusación de los comerciantes oaxaqueños prosperó y ya no regresó al puesto que por cuatro años había desempeñado. Se le envió a Querétaro en una especie de destierro y su lugar lo ocupó el teniente Manuel Obeso.[26]

[26] José Antonio Gay, *op. cit.*, p. 504.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

XIV. Cenizas

MIENTRAS EN LA MIXTECA los pueblos libraban su propia guerra y los realistas buscaban someterlos, Vicente Guerrero se ocupaba de conducir todo el movimiento, pero su influencia en la región, donde tanto tiempo se hizo fuerte, era mínima. El 20 de junio de 1817 todavía le informaba a la junta de Jaujilla que pronto se reanudarían las operaciones militares por la región del sur, es decir por sus antiguos dominios. Pero ese deseo ya no fue posible llevarlo a la práctica. Él se movió para Tierra Caliente, donde desarrolló sus operaciones manteniendo la bandera de la independencia. En esas circunstancias sus esfuerzos ya no tenían impactos fuertes en la estructura económica, política o militar del régimen, como años antes, y se limitaban a una resistencia heroica. El 6 de marzo de 1818 se rindió la junta de Jaujilla y con ella desapareció la última expresión política de la independencia.

Un mes antes, cuando los miembros del Congreso insurgente fueron detenidos, en el distrito de Ometepec las autoridades civiles, militares y eclesiásticas se pusieron de acuerdo para darle la importancia que para ellos tenía. De acuerdo con el delegado virreinal, el 18 de febrero de 1818 fue un día de regocijo por el acontecimiento:

> En el acto mandé que disparasen tres cañonazos cuyo marcial estruendo junto con dianas, ruido de repique general de campanas, aumentó el regocijo hasta el extremo que llegué a juzgar que todos habían perdido el juicio, siendo yo incluido en este momento, puesto que saltaba como uno de tantos en medio de la multitud.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> Al instante se adornaron todas las casas de este benemérito vecindario con cortinas, gallardetes de piezas de zarara, y otras telas; las casas de los pobres con banderas de Tlancaday, bandas de diversos colores y en fincada unos mas con lo que les pareció más decente y apropiado para aumentar las magnificiencias.
>
> El retrato de nuestro ingente Rey Fernando lindamente adonado de alhajas preciosas por Dña. Josefa Ortega de Ramos, fue presentado a sus fieles vasallos, quienes volvieron a rendirle respetuosos y tiernos homenajes sin olvidar a su majestad reina nuestra, entre cuyas aclamaciones fue colocado con su respectiva guardia que comandaba el alférez graduado, don Marcos Díaz. Así permaneció en las casas reales hasta las cuatro de la tarde, hora en que dicho subdelegado, cura párroco, señores oficiales, el lucido vecindario, las repúblicas de esta cabecera, y pueblos comarcanos se presentaron a caballo para acompañarme a pasear el Real evento por las calles acostumbradas siguiendo el dicho oficial al retaguardia con treinta hombres de infantería de esta división, y Realistas fieles en cuya carrera fue haciendo salva continuada la artillería.[1]

Todo ese año hubo un *impasse* y para 1819 la guerra se había convertido en una actividad rutinaria, monótona, escasa de incentivos. Vicente Guerrero, su más visible comandante insurgente, se encontraba atrincherado en la sierra de Jaliaca, al occidente de Chilpancingo, de donde nadie lo podía sacar pero también sin poder avanzar más allá de ese territorio; otro tanto sucedía con José Gabriel Armijo, el militar realista encargado de someterlo, quien se hizo fuerte en Teloloapan sin poder moverse. Con la estabilización de las dos fuerzas militares se fue creando una curiosa situación de relaciones personales entre tiroteo y tiroteo, al principio entre individuos de tropa, después entre los oficiales y al último, vía epistolar o por intermediarios "neutrales", entre los más altos jefes. Así surgió un clima propicio para el diálogo, acentuándose las simpatías y borrando las diferencias.[2]

[1] *Ibidem*, vol. 3, ff. 139-143.

[2] Ernesto Lemoine, *op. cit.*, 1979, p. 360.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Así estaban las cosas cuando, en enero de 1820, en la ciudad de Andalucía, España, parte del ejército dirigido por el general Rafael del Riego se sublevó contra el gobierno de Fernando VII. La revuelta abrió el segundo periodo constitucional a lo largo de los dominios españoles. El movimiento obligó al rey a convocar a Cortes y poner en vigencia la Constitución liberal de 1812. El Real Decreto del 9 de marzo de 1812 restableció nuevamente los ayuntamientos constitucionales que habían sido eliminados en 1814. Se programó que las Cortes se reunieran en la ciudad de Madrid el 9 de julio, y mientras tanto una junta eligió a siete suplentes para representar a la Nueva España, hasta que se realizaran elecciones y nombraran a sus representantes.

En abril comenzaron a llegar a la Nueva España noticias de los cambios políticos sucedidos en la península y, como era natural, armaron un gran revuelo entre la clase política y la sociedad ilustrada. Las noticias entraron por Veracruz, que era el puerto por donde se establecían las comunicaciones con la corona, por eso fue ahí donde primero se conocieron. José Dávila, gobernador de esa provincia, hizo cuanto pudo para controlar la agitación que provocaban, mientras esperaba instrucciones del centro sobre la forma de actuar, pero la gente no esperó el regreso del correo enviado a la ciudad de México y exigió al gobernador jurar de inmediato la nueva Constitución. Sin otra opción, los días 26 y 28 de mayo el gobernador tuvo que jurarla.[3]

La escena de Veracruz amenazó con repetirse en la ciudad de México, ante la indecisión del virrey sobre la forma de proceder. Para evitarlo, el 31 de mayo mandó publicar un bando real con la nueva Constitución y ese día las autoridades reales la juraron. Para el 7 de junio el intendente de Oaxaca, Francisco Rendón, hizo lo propio y llamó a elecciones para diputados a las Cortes españolas. Los electos fueron seis criollos, tanto del bando insurgente como del realista: José María Murguía Galardi, que lo mismo servía a los realistas que a los insurgentes, según la situación; Mariano Castillejos, que en 1812 se había negado a jurar la Constitución; teniente coronel Patricio López, responsable de las fuerzas realistas que tomaron el fuerte de San Esteban,

[3] *Ibidem*, p. 350.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

en Tlaxiaco; sacerdote Luis Castellanos; Tomás Bustamante y Francisco Ramírez Aguilar.[4]

La proclamación de la Constitución liberal dio un giro a la lucha por la independencia. El rasgo más importante de la nueva etapa de la lucha fue que el centro dejó de ser militar y se trasladó al terreno político. Los criollos se dieron cuenta que los objetivos por los que varios de ellos se enrolaron en la guerra contra el régimen colonial se satisfacían con la promulgación de la nueva Constitución. En ese nuevo escenario, su prioridad ya no era la guerra sino cómo implementar las disposiciones constitucionales en la Nueva España. Reuniones donde se discutían estos y otros temas similares se organizaron por todos lados, disfrazadas de bailes familiares y toleradas por el régimen.

Cambio de estrategia

La situación era difícil para los insurgentes. Sabían que si no variaban su estrategia de lucha quedarían aislados. Vicente Guerrero era el que más pensaba en los efectos de la nueva situación política de la Nueva España. ¿Qué tenían que hacer los insurgentes en esta nueva situación para conseguir la independencia de España? Esa era la pregunta que más lo atormentaba. La primera conclusión que sacó fue que si seguían operando sólo en la sierra y con las armas pronto quedarían aislados y en el corto plazo podrían ser derrotados. Entonces decidió jugar en el terreno donde sus enemigos jugaban: el político. Pero, ¿cómo hacerlo? Directamente no podía, tenía que ser necesariamente por intermedio de otras personas. Pero, ¿quién o quiénes? ¿En quién podía pensar para que desempeñara ese papel?

La solución se le presentó el día que el virrey Juan Ruiz de Apodaca, sin interrumpir las comunicaciones oficiales que sostenía con él a través de José Gabriel Armijo, abrió otra vía de comunicación secreta y más directa. Por la primera se le ofrecía el indulto, como se hizo siempre, por la segunda se le pedía someterse al gobierno en condiciones más favorables, tanto para la causa como para él y su gente. Vicente

[4] Brian Hamnett, *op. cit.*, pp. 209-210.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Guerrero se dio cuenta de que algo estaba pasando en las altas esferas políticas y se dispuso a aprovechar esa situación. Se informó de que al virrey le urgía conseguir la paz antes de que las nuevas fuerzas políticas surgidas con la libertad que garantizaba la Constitución terminaran por sacarlo de la jugada.

De acuerdo con Ernesto Lemoine, uno de los autores más sólidos en el estudio de estos acontecimientos, el razonamiento de Vicente Guerrero debió ser el siguiente:

> Supuesto que la fiebre constitucional ha dividido todas las opiniones dentro del sistema, las fuerzas en que se apoya éste también se dividirán y una facción luchará contra otra. Esa pugna, todavía sofrenada, hay que precipitarla soplando al oído de uno de los bandos —naturalmente, al más liberalizado— el consejo de que adopte la bandera de la independencia, no sólo del yugo de Fernando sino aun del de los españoles constitucionales; ventaja ideológica, política y psicológica que le asegurará el triunfo sobre su adversario.[5]

Convencido de su plan decidió llevarlo a la práctica. Pensando que el sector más "liberalizado" —y a quien los militares podían seguir, como en España— era quien había estado en la escena política en los últimos años, se propuso convencer a José Gabriel Armijo, criollo de origen y hombre ilustrado, encargado de combatirlo, de que volteara banderas, se pusiera al frente de los independentistas y él pondría sus fuerzas a su mando, a cambio de que llevara a cabo la independencia de España. Al comandante realista le faltó visión o su lealtad a España era mucha, porque en lugar de responder a la invitación la comunicó al virrey Juan Ruiz de Apodaca, quien pareció sorprenderse pero en el fondo se alegró de ello, pues coincidía con los planes que secretamente buscaba acordar con el comandante insurgente.

Fracasado su primer intento Vicente Guerrero no se dio por vencido. El 17 de agosto de 1820 lo intentó nuevamente escribiendo una larga carta al coronel Carlos Moya, un militar subordinado de José

[5] Ernesto Lemoine, *op. cit.*, 1979, p. 366.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Gabriel Armijo. Su carta comenzaba haciendo mención a la coyuntura en que se vivía en la península y la misma Nueva España:

> Como considero a V. S. bien instruido en la revolución de los liberales, aquellos discípulos del gran Porlier, Quiroga y Arco—Agüero, Riego y sus compañeros, no me explayaré sobre esto y sí paso a manifestarle que éste es el tiempo más precioso para que los hijos de este suelo mexicano, así legítimos como adoptivos, tomen aquel modelo para ser independientes, no sólo del yugo de Fernando, sino aún del de los españoles constitucionales.
>
> Si, señor Don Carlos, la mayor gloria de Guerrero fuera ver a V. S. decidido por el partido de la causa mexicana y que tuviera yo el honor de verlo, no de coronel de las tropas españolas (en donde se tienen muchos rivales), sino con la banda de un Capitán general de las americanas, para decir por todo el orbe que yo tenía un jefe, padre de mi afligida patria, un liberador de mis conciudadanos y director que con sus realzadas luces y pericia supiera guiarnos por la senda de la felicidad.
>
> Mi amigo, este V. S. satisfecho, que a pocos o ninguno he tenido el comedimiento de hacer lo que ahora hago a V. S. asegurándole que cualquiera cosa que bajo mi firma le propongo, es un sello con que a toda costa sabré dar el lleno a lo que digo. En este concepto, siempre que V. S. quisiera abrazar mi partido y trabajar por la libertad mexicana, no como subalterno mío sino como mi jefe, sabría yo ponerle a su disposición cualquiera número de tropa y armas para el efecto, advirtiéndole que las que tengo el honor de mandar son con alguna mediana disciplina y orden, y que saben estos soldados caminar treinta o cuarenta leguas diarias, sin oírlos decir que tienen hambre o quieren prest, pues son soldados decididos.
>
> Conque vamos, señor Don Carlos, decida V. S. a imitar a aquellos grandes hombres españoles, pues es una obligación con que todos los hombres nacemos la de salvar nuestra patria, así legítima como adoptiva... Esa alma grande que tiene V. S. ¿para cuando es, sino para ahora? Sin embargo que el sostenerse en la distinguida carrera de las armas con el carácter debido, es propio de los militares... cuando se trata de la libertad de un suelo oprimido es acción en el que se decide variar de sistema, mas cuando supongo que no ignorará V. S. el rompimiento que entre liberales y realistas yace en la

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> Península y aun se prepara en este Hemisferio. En esta virtud, mi amigo, nuestra patria es preferente a todo derecho, cuya gloria hace a los hombres inmortales en las futuras generaciones.[6]

El destinatario de la carta la rechazó, aunque no se dio por ofendido con el ofrecimiento. La comunicó a José Gabriel Armijo, quien a su vez la remitió al virrey, que al recibirla volvió a ponerse contento, ya que en esos mismos días su enviado confidencial ante Vicente Guerrero le daba noticias que coincidían con las que le llevaba su comandante militar en el sur. De acuerdo con el cura Epigmenio de la Piedra —el enviado confidencial del virrey ante Vicente Guerrero—, el 29 de agosto de ese año se encontró con el comandante insurgente, quien luego le exigió que dejara de andarse por las ramas y le comunicara los objetivos de su visita a la sierra, pues sospechaba tenían que ver con los acontecimiento de España y su repercusión en la Nueva España. El enviado no le dijo nada en concreto, pero tampoco negó lo que el comandante insurgente sospechaba. Cada uno armaba su juego por separado y en secreto.

Si bien no concretaban ningún acuerdo, los contactos entre ambos bandos tenían resultados. Vicente Guerrero siguió escribiendo a José Gabriel Armijo, seguro de que el virrey no le comunicaba sus planes. Y en efecto, así era, por eso el comandante de las tropas realistas se sorprendió cuando recibió una carta del virrey ordenándole mantenerse a la defensiva, es decir, no atacar a los insurgentes a menos que éstos lo hicieran. Fechada el 29 de agosto —el mismo día de la entrevista entre el enviado secreto del virrey y Vicente Guerrero—, la carta comunicaba al jefe militar lo siguiente:

> Habiendo por otros conductos ocurrido a mí Guerrero y varios de los que están con él, a los cuales he contestado con arreglo a las reales órdenes de la materia, esté V. S. puramente a la defensiva y observación de sus movimientos, avisándome cuanto ocurra, que yo ordenaré a V. S. lo que deba ejecutarse, según el resultado de sus comunicaciones.[7]

[6] AGN, *ibidem*, vol. 83, ff. 275-276.

[7] AGN, *ibidem*, vol. 83, f. 291.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

El juego del virrey estaba decidido, aunque no lo comunicaba a ninguno de los implicados. En el mes de octubre de ese año José Gabriel Armijó fue obligado a renunciar a la comandancia del ejército realista en el sur, "por motivos de salud". Días después el virrey daba una audiencia especial al coronel Agustín de Iturbide. Ambas conductas sorprendieron a los observadores pero más la segunda, ya que el coronel había sido defenestrado por abusos que cometió en Guanajuato contra los comerciantes. Es probable que el virrey no estuviera seguro de las intenciones de los insurgentes y decidiera ponerlo en el lugar de José Gabriel Armijo, de tal manera que si los planes fracasaban pudiera culparse al militar, no al ejército entero y menos a su gobierno. Así se explica que el 9 de noviembre de 1820 Agustín de Iturbide saliera del palacio real llevando en la bolsa el nombramiento de "comandante del sur y rumbo de Acapulco", en sustitución de José Gabriel Armijo.

Conociendo los planes del virrey de pactar con los insurgentes, y los de Vicente Guerrero de poner sus fuerzas bajo las órdenes de un militar que prometiera consumar la independencia "no sólo de Fernando sino también de los constitucionalistas", Agustín de Iturbide marchó a su destino. Como su antecesor, estableció su cuartel en Teloloapan, desde donde todos suponían que emprendería la campaña militar contra sus enemigos. Desde Jaliaca, Vicente Guerrero y sus hombres lo vieron llegar pero no se movieron para defenderse, el que lo hizo fue Pedro Ascencio, segundo de Guerrero, quien entró en combate con las fuerzas realistas, derrotándolas sin mucho esfuerzo. Agustín de Iturbide no pensaba combatir, sino entrar en contacto con Vicente Guerrero para pactar la independencia.

Confiado en que después de aquel combate en que los realistas casi no resistieron los insurgentes no volverían a atacar, el recién estrenado comandante de las fuerzas realistas se movió por el rumbo de Acapulco y Chilpancingo, y el 24 de febrero de 1821 se rebeló contra el gobierno al que nominalmente defendía. Vicente Guerrero esperó que pasaran los días antes de pronunciarse sobre el acontecimiento. El 14 de marzo, acompañado de unos pocos jefes militares acudió al campamento realista de Telolopan, donde se dio el primer encuentro entre ambos jefes. De lo que ahí sucedió se enteró días después el virrey de la Nueva España, por un informe que le envío el capitán Tomas Cajigal:

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> El día 14 se unieron en Telolopan, trayendo Guerrero indistintos oficiales de su farsa, más no su canalla insurgente. Ahí tenía Iturbide toda la tropa de caballería e infantería, que contada una y otra, con tambores, pitos y cornetas, era de un total de 970 hombres, celebrando en el propio día la jura de la independencia de esta forma: ¿Juráis defender la Religión, la Independencia, la Unión de europeos y americanos, y al Rey Constitucional, con cuyas tropas no nos hemos de chocar, sino con las del virrey?[8]

Ese acto sólo fue una parte de la ceremonia. La otra sucedió en Acatempam, territorio insurgente inmediato a ese lugar. De acuerdo con el mismo testigo:

> En el pueblo de Acatempam, inmediato a Teloloapan, estaba la fuerza de Guerrero y Pedro Ascencio, vestidos cuatrocientos hombres y el resto encuerados, y los más enteramente debilitados y enfermos, componiéndose el total de fuerza de 4,800 hombres formados en el pueblo. Allí pasó Iturbide, a quien recibieron con salvas cosa de 800 hombres formados en el pueblo, manteniéndose el resto acampados en los márgenes.[9]

La jugada estaba hecha. Faltaba saber quién o quiénes saldrían adelante con sus planes.

El secuestro de un ideal

El 24 de febrero de 1821 Agustín de Iturbide proclamó el Plan de Iguala declarándose partidario de la independencia de la Nueva España y proponiendo los puntos principales en los cuales se sustentaría. Vicente Guerrero, como comandante del ejército independentista, no la suscribió, pero no hizo falta porque ya había reconocido a Iturbide como comandante independentista. El 28 de septiembre se firmó el

[8] *Ibidem*, vol. 89, ff. 345-348.

[9] *Idem.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Acta de Independencia del Imperio Mexicano, que tampoco fue firmada por ningún independentista sino por los españoles criollos autonomistas y los jefes del antiguo ejército realista, varios de los cuales después formarían parte de la Junta Provisional Gubernativa —que debería ocuparse, entre otras cosas, de establecer las bases sobre las cuales debería construirse el nuevo país.

El acto trastocó los planes de todos los políticos que ya se movían para acomodarse en el nuevo escenario creado por la jura de la Constitución liberal. Ahora tenían que volver a acomodar sus piezas y comenzar su juego en el nuevo escenario político. Pero sus repercusiones también llegaron a la corona española. Cuando en España conocieron la noticia de la proclamación del Plan de Iguala y de la firma de los Tratados de Córdoba, José María Murguía Galardi, que andaba por allá en calidad de diputado provincial, dejó las Cortes y regresó a México con la idea de asumir el cargo de intendente de Oaxaca, lo cual sucedió en 1822, bajo el primer imperio.[10]

El capitán Antonio de León, el oscuro militar realista que operaba en la Mixteca, seguía paso a paso los acontecimientos y pensó que lo mejor era seguir los pasos de Agustín de Iturbide: fortalecer la posición de los españoles mientras se simulaba asumir la de los insurgentes. No tardó mucho tiempo en decidirse a tomar ese camino, porque en marzo de 1821 unos enviados de Agustín de Iturbide lo contactaron para invitarlo a unirse a ellos; él aceptó de inmediato y programaron una reunión con el general Nicolás Bravo, que ya se había unido al ejército realista, para acordar los términos de la unificación. La reunión tuvo lugar en el pueblo de Huamuxtitlán, en la intendencia de Puebla, a principios del mes de abril. En esa reunión acordaron que Antonio de León proclamaría la independencia de México por toda la Mixteca. Para tal efecto Nicolás Bravo, en nombre de Agustín de Iturbide, que ahora era el comandante de las fuerzas insurgentes, le extendió un salvoconducto en el que se leía:

> D. Nicolás Bravo, comandante general del rumbo, etc., confiere Comisión a Don Antonio y D. Manuel de León, para que en el distrito

[10] Brian Hamnett, *op. cit.*, pp. 209-210.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> de su vecindario, o donde mas partido tengan, puedan reclutar y armar a los buenos patriotas que sostengan el justo partido de la Independencia, en el concepto de que para socorrerlos ocurrirán a los estanquillos o rentas nacionales, con quienes llevaran su correspondiente cuenta y razón, sujetándose en todo a la instrucción que con ésta se acompaña. Huamuxtitlán, 3 de abril de 1821. Nicolás Bravo.[11]

No se dijo pero Antonio de León no portaba grado de militar insurgente, sino el de teniente coronel de los Ejércitos Imperiales y comandante de las mixtecas en la provincia de Oaxaca. Seguía siendo realista, sólo había asumido las demandas insurgentes para posicionar las suyas. Con ese carácter, el 16 de junio de 1821 se reunió en Huajuapan con Juan Castaneira, Timoteo Reyes, Juan Acevedo y Manuel Alencáster, entre otros jefes militares que operaban en la región y estaban de acuerdo con el plan de Agustín de Iturbide. Ahí acordaron reunir a los realistas dispersos que habían peleado a las órdenes de Saturnino Samaniego, y con otras gentes de los pueblos proclamar la independencia. Tres días después, el 19 de junio de 1821 los antiguos realistas simularon cambiar su antigua bandera por la de los insurgentes y proclamaron la independencia en el pueblo de Tezoatlán. Acompañaron a Antonio de León, además de los ya mencionados, varios mixtecos de ese pueblo, a los que se sumaron algunos soldados del batallón de Guanajuato, de los que protegían el pueblo de Huajuapan.

Por esos tiempos los efectos de la guerra se mostraban entre los pueblos que ya estaban cansados de ella y querían que terminara, por lo que el plan no les pareció descabellado y se fueron incorporando al ejército de las tres garantías. El mismo día de la proclamación de la independencia Antonio de León se apoderó en el pueblo de San Andrés de las Matanzas —nombrado así porque en él se realizaba la matanza de chivos—, muy cercano a Tezoatlán, de las raciones de alimentos que desde Oaxaca enviaban para la tropa realista de Huajuapan.

En la noche llegó a ese pueblo una compañía de cazadores del batallón Oaxaca, al mando de J. Ramírez Ortega, que se dirigía a Huajuapan. Antonio de León preparó lo que sería su primer ataque a sus

[11] Telésforo Mendoza Guerrero, *op. cit.*, p. 147.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

ANTONIO DE LEÓN.

antiguos compañeros de armas. Al día siguiente, cuando las tropas realistas abandonaban el pueblo, vieron cómo un grupo de aproximadamente treinta hombres se lanzaban sobre ellos con la intención de someterlos, y atrás de ellos salió otro contingente de 26 jinetes con las mismas intenciones. La sorpresa inmovilizó a los realistas, que fueron hechos prisioneros. El 21 de junio Antonio de León y su tropa se dirigieron hacia Huajuapan, la plaza que durante varios años había defendido de los insurgentes, para tomarla en su nombre. Tan pronto como se acercó pidió al comandante Gerónimo Gómez la rendición, quien lo hizo después de acordar con sus antiguos compañeros que le permitieran abandonarla con todos sus soldados que desearan seguirlo, llevando sus armas y equipajes, con el rumbo que ellos mismos escogieran. Sin tener a dónde ir, la mayoría de soldados rendidos se adhirieron al ejército de Antonio de León.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Con la plaza de Huajuapan en su poder Antonio de León contaba con una base importante desde donde dirigir la campaña militar, ahora como insurgente. El siguiente punto que se propuso dominar fue Yanhuitlán, pues era la entrada a la capital de Oaxaca por el rumbo de la mixteca. El día 5 de julio llegó con su tropa hasta las orillas de esa ciudad. Lo primero que hizo fue solicitar al teniente Antonio Aldeco —el resonsable de asegurar la paz en la mixteca— que se rindiera, pero éste no lo hizo porque esperaba la llegada de refuerzos que Manuel Obeso le había ofrecido enviar desde Oaxaca. En consecuencia, Antonio de León se preparó para iniciar el ataque que comenzó ese mismo día y continuó en los siguientes, sin que hubiera señales del bando por donde al final se inclinaría la balanza. El día 14 de ese mes Antonio de León se enteró que Manuel Obeso en persona había salido de la capital rumbo a Yanhuitlán, para ayudar a sus compañeros de armas y evitar que el nuevo jefe insurgente se hiciera de la plaza; supo también que una parte de su tropa se encontraba en Huitzo mientras otra ya avanzaba hasta el río de San Antonio.

El fin de la guerra

Frente a esa situación decidió detenerlo antes que llegara a su destino, pues unidos ambos ejércitos se fortalecerían. Con ese fin salió esa misma noche rumbo a Oaxaca, dejando algunos elementos de su tropa que continuara con el fuego para entretener al enemigo. No logró su propósito de toparse de noche con sus antiguos compañeros de armas a los que ahora combatía, por lo que la sorpresa no estuvo de su lado; aún así continuó su marcha para encontrarse con el enemigo. Manuel Obeso había ordenado construir tres fuertes en los cerros aledaños al río de San Antonio, lo que amplió las dificultades para tomarlos y los insurgentes no lo lograron; pero tampoco fue necesario porque interceptaron un correo en el que Manuel Obeso le comunicaba a Antonio Aldeco la imposibilidad de proporcionarle el auxilio prometido por no contar con soldados para ello. Con esta información Antonio León regresó a combatir en Yanhuitlán seguro de que la plaza caería en su poder.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Hizo bien en regresar, porque Antonio Aldeco ya se había dado cuenta de que el cerco estaba debilitado y se aprestaba a romperlo, sólo que Miranda, quien se encontraba al frente de los insurgentes resistió auxiliado por veinte elementos de caballería de Diego González y cien infantes que llegaron desde Tlaxiaco y Putla, lo que obligó a los realistas a encerrarse otra vez en el convento. Cuando Antonio de León llegó a Yanhuitlán le mostró al comandante realista la carta que Manuel Obeso le dirigía y había sido interceptada, ofreciéndole una rendición en términos honrosos, saliendo con los honores de la guerra, aunque sin la bandera que los identificaba, que Antonio de León exigió quedara en su poder. Los realistas aceptaron y el 16 de julio entregaron el armamento de que disponían: 180 fusiles, 23 carabinas, catorce cañones de varios calibres, 32 mil cartuchos de fusil, setenta arrobas de pólvora, 84 granadas cargadas y otros útiles de guerra.

Con la plaza de Yanhuitlán en su poder, la Mixteca quedó en poder de Antonio de León, y el camino a la capital despejado. Él lo sabía y apuró el paso antes que Manuel Obeso pudiera reorganizar sus fuerzas. Fue una medida innecesaria porque el jefe realista había pasado a la defensiva: abandonó sus posiciones del río de San Antonio y Huitzo y retrocedió para defenderse en Etla. Antonio de León, por su parte, traía bajo sus órdenes las fuerzas de voluntarios que se le habían unido de los pueblos de Huajuapan, Tlaxiaco, Putla, Tlapa, Teposcolula, Nochixtlán y 208 caballos que mandaba Diego González. En el pueblo de Las Sedas se detuvo unos días para reorganizar su ejército, recibió la artillería que se había obtenido en Yanhuitlán, y realizó los preparativos para el combate que se avecinaba. Después se acercó a la hacienda de San Isidro, distante media legua de Etla, desde donde pidió a Manuel Obeso la rendición, que éste no aceptó, más por orgullo que por creer que todavía podía imponerse. Se encontraba en esa hacienda cuando se enteró que una parte de la tropa realista había abandonado Etla en busca de forraje y comida; inmediatamente envió a Miranda, con cincuenta hombres a caballo, a que los persiguieran y desbarataran, cosa que hicieron después de varios encuentros.

El 29 de julio Antonio de León y su ejército llegaron a la plaza de Etla. Después de un reconocimiento, resolvieron atacar de frente ese mismo día. En preparación del asalto colocaron un cañón y un obús

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

en una pequeña altura; mientras, Miranda penetraba por las calles del pueblo y el mayor Cabrera, con su escuadrón de Santo Domingo, se situaba por un costado de la iglesia. El obús entró en acción disparando sus proyectiles sobre el enemigo, mientras el cañón fue cambiado a otro lugar inmediato al cementerio para hostigar a sus enemigos desde otro punto. Con la cobertura del obús, Pantoja logró penetrar con un piquete de soldados y haciendo fuego sobre el convento, movimiento que Manuel Obeso quiso contener destacando cerca de cien infantes y sesenta de caballería que atacaron fuertemente; pero Pantoja resistió y apoyado por Miranda obligó a los realistas a retroceder, perdiendo nueve caballos, ocho elementos que fueron hechos prisioneros y dejando heridos al dragón Lorenzo Bravo y al sargento Juan Loyola. En el calor de la contienda los independientes llegaron hasta el atrio de la iglesia, donde entraron en un combate cuerpo a cuerpo con sus enemigos.

Con la ocupación de la iglesia las tropas de Manuel Obeso quedaron sin lugar para fortalecerse y éste, sin más camino que seguir, comunicó a Antonio de León su deseo de pactar las condiciones para la entrega de la plaza. A media noche Antonio León envío al capitán Manuel Leyton con oficios para las autoridades de Oaxaca, avisándoles de la rendición de su ejército. El día siguiente, 30 de julio, el capitán José Pío Gaystarro recibió las municiones que había en el convento de Etla, incluido un cañón, reservándose para después la entrega de los almacenes de la ciudad.

El 31 de julio, tan sólo un mes después de iniciada su campaña, Antonio León entró triunfante a la ciudad de Oaxaca, capital de la intendencia de ese nombre. La gente lo vio pasar con sus tropas por la calle de La Concepción, al mismo tiempo que un fuerte terremoto avisaba que la dominación española había terminado en la provincia. Por esos mismos días Antonio Reguera y sus tropas, que hasta entonces habían peleado del lado de los realistas en la Costa Chica, proclamaron la independencia en esa parte de la Mixteca. Pocos días después Antonio de León fue llamado a la ciudad de México para servir en el ejército, y premiado por sus servicios con el grado de teniente coronel. En Oaxaca quedó de intendente y comandante general Manuel de Iruela Zamora.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Los cambios de bando se daban por todas partes. Melchor Álvarez, el comandante realista que recuperó la ciudad de Oaxaca en 1814, desde la ciudad de Querétaro —donde se encontraba en una especie de destierro interno— escribió el día 2 de septiembre al virrey para avisarle que se pasaba al partido trigarante. En su carta, le decía:

> A pesar de los sentimientos de patriotismo, que no menos en mí que en los demás hombres plantó la naturaleza, preponderando los del honor, he servido hasta aquí bajo las banderas del Rey, por guardarle la fidelidad debida; pero habiendo los sucesos acaecidos cambiado el aspecto de las cosas, debo yo también variar de conducta por no faltar a la misma fidelidad.
>
> El benemérito gefe que S. M. se sirvió nombrar para el gobierno del reino, lleno de las ideas filantrópicas y animado por el mismo espíritu que lo están las Cortes, ha abrazado el partido que unicamente puede conservarle esta corona, al mismo tiempo que á los españoles de ambos mundos, la felicidad que les resulta de su armonía y unión. Pero que se resienten a esta medida algunos que no la penetran, influyendo en el actual gobierno para que no la acepte, y convirtiendo por lo mismo, aunque con sana intención y por concepto equivocado, en contra del monarca sus mismas banderas, he resuelto militar en las apuestas que ya defienden su causa, para sostener en su dinastía este basto imperio.
>
> Lo aviso a V. E. para acreditarle mi honradez y modo de pensar, a fin de que nadie pueda en lo sucesivo manchar mi conducta.[12]

La carta era importante porque reflejaba el estado de ánimo que imperaba en ese momento. Los criollos consideraban que los cambios en España eran favorables a sus intereses y sólo los peninsulares se oponían a ellos, porque se daban cuenta de que poco a poco se irían terminado los privilegios que mantuvieron por cerca de trescientos años. En esas circunstancias cambiar de bando era tan normal que quien lo hacía se daba el lujo de comunicarlo a la máxima autoridad de la Nueva España, que pronto dejaría de serlo.

[12] *Colección de documentos relativos a la época de la Independencia en México*, México, Miguel Ángel Porrúa/Gobierno de Guanajuato, 2010, pp. 309-310.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

El 27 de septiembre de 1821 se proclamó la independencia en toda la Nueva España, que así dejaba de depender de la corona española.

Insurgentes al poder

De acuerdo con los términos de las capitulaciones firmadas entre los ejércitos realista e insurgente para la entrega de Oaxaca, poco tiempo después de que éstos tomaron el control de la capital, Manuel Obeso salió con destino a Puebla y de ahí se siguió hasta Veracruz, donde se embarcó para su tierra. Con él iban más de cien soldados que pelearon a su lado durante los últimos combates, en los que salieron derrotados. Si alguien hubiera seguido su trayectoria desde que salieron de Oaxaca hasta que se embarcaron a su destino final, tal vez pensara que por fin los pueblos originarios del Anáhuac, entre ellos los mixtecos, alcanzaban su liberación, después de más de trescientos años de estar sometidos a la corona española. De la misma manera habría concluido que diez años de lucha, con todas sus consecuencias, valieron la pena.

Desgraciadamente, quien viera el panorama con un prisma más amplio, llegaría a una conclusión distinta. Los españoles peninsulares perdieron los privilegios que por tantos años mantuvieron, de los cuales excluyeron a los españoles criollos, sólo por no haber nacido en España. Pero ni el poder pasó a manos de los pueblos ni los ideales de Miguel Hidalgo y Costilla, José Morelos y Pavón, Mariano Matamoros o Vicente Guerrero, guiaron al nuevo gobierno, ni a los intentos de formar un nuevo país. Octavio Paz lo dijo de manera muy clara:

> [...] una vez consumada la Independencia las clases dirigentes se consolidan como las herederas del viejo orden español. Rompen con España pero se muestran incapaces de crear una sociedad moderna. No podía ser de otro modo, ya que los grupos que encabezaron el movimiento de Independencia no constituían nuevas fuerzas sociales, sino la prolongación del sistema feudal. La novedad de las nuevas naciones hispanoamericanas es engañosa; en verdad se trata de

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

> sociedades en decadencia o en forzada inmovilidad, supervivencias y fragmentos de un todo deshecho.[13]

La evidencia de este hecho saltaba a la vista. No eran los *Sentimientos de la Nación*, donde se recogían los ideales de los independentistas, los que guiaban a los miembros del nuevo gobierno, sino el Plan de Iguala; tampoco eran políticos populares los que accedían a los puestos de gobierno, sino militares, insurgentes y realistas, miembros de la alta jerarquía católica y españoles ricos. Los ideales del movimiento de independencia fueron secuestrados y los secuestradores no proponían cambios de fondo sino para que todo siguiera igual. Para ellos la independencia era el mal menor frente a la posibilidad de que se pusiera en vigencia la Constitución liberal española.

Para los insurgentes tampoco había opción a corto plazo, pues las posiciones de ellos más cercanas a los pueblos habían caído en combate. El primero fue Valerio Trujano, el héroe mixteco muerto en combate contra las tropas de Saturnino Samaniego, el 6 de octubre de 1812 en el rancho de La Virgen; otro fue Mariano Maldonado, el líder tlapaneco que por decisión de su pueblo se integró al ejército de José María Morelos y Pavón en noviembre de 1812 y murió combatiendo en Tlapa en septiembre de 1814; uno más era Juan del Carmen, un soldado de origen negro que llegó a ser capitán por meritos propios y segundo de Vicente Guerrero, en la etapa en que éste era comandante de las fuerzas insurgentes en las mixtecas, y murió peleando en el cerco de Xonacatlán en marzo de 1817. Con la muerte de ellos las posiciones de los pueblos se fueron debilitando y éstos también se fueron retirando de la lucha. Como consecuencia, al final las ideas que prevalecieron fueron las de los españoles criollos.

También los criollos perdieron líderes importantes. Uno de ellos fue Hermenegildo Galeana, que murió siendo mariscal de campo; otro, Leonardo Bravo, quien después de combatir al lado de José María Morelos y Pavón en el sitio de Cuautla, logró romperlo, pero para su mala suerte se perdió en el camino y fue hecho prisionero en la ha-

[13] Octavio Paz, *El laberinto de la soledad, Posdata, Vuelta a El laberinto de la soledad* (cuarta edición), FCE, México, 2009, p. 166.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

cienda de San Gabriel, conducido a México y ejecutado el 13 de septiembre de 1812, a pesar de que José María Morelos y Pavón ofreció canjearlo por trescientos españoles que tenía prisioneros. Esa fue también la suerte de Miguel Bravo, quien llegó a mariscal de campo y fue hecho prisionero en el pueblo de Chila por las fuerzas de Félix Lamadrid, se rindió después que el realista ofreció respetar su vida pero no lo hizo: fue ejecutado el 15 de abril de 1814. Todos ellos fueron hombres que se involucraron en la lucha por la independencia defendiendo sus ideales y sus intereses, pues tenían una posición acomodada pero no podían acceder a los altos puestos públicos para dirigir los destinos de la Nueva España.

Hubo otros de los que no se supo su final. Es el caso del trapichero José *Chepito* Herrera, que mantuvo la llama de la insurgencia principalmente en la parte alta y costeña de la Mixteca, primero a las órdenes de José María Morelos y Pavón, y a la muerte de éste se unió a las fuerzas de Vicente Guerrero. Una hipótesis es que se encontrara en el fuerte de San Esteban cuando los realistas lo tomaron y hubiera escapado cuando Ramón Sesma lo rindió; no es probable que, si se encontraba en ese lugar, hubiera muerto durante los combates o hubiera caído prisionero porque sus enemigos lo hubieran publicitado para desmoralizar a sus compañeros. Si salió con vida, debió buscar a las fuerzas de Vicente Guerrero y unirse a ellas para continuar la lucha. El grupo de insurgentes que tampoco se integró al nuevo gobierno fue el de los líderes comunitarios que siguieron la guerra después de la caída de los principales fuertes. Unos, como Marcelino Sánchez, porque murieron combatiendo; otros, como los triquis Hilario Alonso Medina *Hilarión* y Eugenio Brigido, porque siguieron de rebeldes. Aunque relegado, este grupo era la prueba palpable de que a los pueblos no los benefició la consumación de la independencia.

Los que les sobrevivieron se acomodaron en las filas del nuevo ejército y desde ahí ejercieron influencia en sus respectivas regiones. La mayoría de ellos defendiendo el nuevo orden surgido de la guerra de independencia, que no era por el que lucharon, o al menos no por el que dijeron luchar. Ahí estuvieron los hermanos Juan José y José Antonio Galeana, quienes llegaron a generales en las filas insurgentes y se pasaron al ejército de Agustín de Iturbide; ahí estaba también su

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

sobrino Pablo Galeana, con el mismo grado. Junto con ellos se encontraban los hermanos Juan y Miguel Ávila, que se unieron al ejército insurgente desde sus primeros combates y llegaron a mariscales.

Pero el caso más "notable" fue el de Nicolás Bravo, quien fue de los primeros que se unió a Agustín de Iturbide. Tal vez por eso fue nombrado general de división, primer miembro de la Segunda Regencia, del 11 de abril al 19 de marzo de 1822; presidente del Supremo Poder Ejecutivo desde el 31 de marzo de 1823 al 10 de octubre de 1824; presidente sustituto de la República de 1842 a 1843, y vicepresidente de la República en el año de 1846. Su caso es notable por eso, pero también porque cuando los pueblos volvieron a levantarse en armas él se encargó de someterlos a sangre y fuego.

El caso de Vicente Guerrero se cuece aparte. En las filas insurgentes fue escalando grados, desde capitán hasta comandante general del ejército insurgente; como tal se encargó de las negociaciones de paz con Agustín de Iturbide, a quien terminó subordinando su ejército, pero sin aceptar cargos de importancia. De hecho no firmó ni el Plan de Iguala ni el Acta de Independencia. Cuando el ejército Trigarante entró a la ciudad de México, él marchó con sus tropas hasta la retaguardia. Constituido el gobierno provisional, no aceptó altos puestos y sólo desempeñó los que no pudo rechazar: teniente general de la Junta independiente, general de división durante la República, tercer suplente del Supremo Poder Ejecutivo, desde el 1 de abril de 1823 hasta el 10 de octubre de 1824. Cuando las fuerzas populares se fortalecieron fue nombrado presidente de la República, cargo que desempeñó del 1 de abril de 1829 a diciembre del mismo año, cuando fue puesto en prisión por orden de sus rivales políticos y asesinado en Cuilapam, Oaxaca.

Con todos estos reacomodos los españoles criollos lograron su propósito y se hicieron del poder. Pero la situación de los pueblos indígenas no cambió positivamente, su condición de sometimiento siguió igual o peor que cuando eran colonia española: no se les devolvieron sus tierras, se les siguió explotando y no se les permitió gobernarse por ellos mismos. Es más, los nuevos dueños del naciente país reconocían de ellos sólo el pasado, pero en el presente los negaban como grupo social, con cultura e identidad propia.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Además, los ideales de igualdad en todos los ciudadanos fueron aprovechados por los nuevos detentadores del país para meterse en los asuntos internos de los pueblos, dando inicio a la segunda conquista, esta vez llevada a cabo por los criollos. La situación no pasó desapercibida para los pueblos. Y no tardarían mucho en mostrar su descontento, con su propia voz y sus acciones dirigidas por ellos mismos, dando origen a las rebeliones indígenas del siglo XIX.

Y en medio de todos estos reacomodos, los pueblos seguían con las armas en las manos. Y no tardarían en volverlas contra sus antiguos jefes, porque éstos asumieron el lugar que antes tuvieron los españoles peninsulares.

Pero esa ya es otra historia.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Bibliografía

Archivo

Archivo General de la Nación, Operaciones de Guerra (81), Volúmenes 1, 3, 13, 53, 56, 69, 70, 72, 73, 75, 76, 79, 83, 84, 89 y 103.

Documentales

Bustamante, Carlos María de, *Suplemento a la historia de los tres siglos de Méjico del P. Andrés Cavo,* ed. facs. de 1879, Biblioteca Mexicana de la Fundación Miguel Alemán, A. C., México, 1998.

Colección de documentos relativos a la época de la independencia en México, Miguel Ángel Porrúa–Gobierno de Guanajuato, México, 2010, pp. 309–310.

El Correo Americano del Sur, varios números.

Esparza, Manuel (comp.), *Morelos en Oaxaca. Documentos para la historia de la independencia,* Archivo general del Estado de Oaxaca, 1986.

Herrejón, Carlos, *Morelos,* Antología documental, Cien textos fundamentales de la historia de México, Secretaría de Educación Pública, México, 1985.

Lemoine, Ernesto, *Morelos. Su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonio de la época,* 2a. ed., Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1991.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Morelos y Pavón, José María, *Sentimientos de la Nación*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Colección Summa Mexicana, México, 2010.

Montiel, Rosalba (comp.), *Documentos de la guerra de independencia en Oaxaca*, Archivo General del Estado de Oaxaca, 1986.

Primer Centenario de la Erección de Huajuapan de León, Oax. en Ciudad, Imprenta Publimundo, México, 1984.

Herrejón, Carlos, *La independencia según Ignacio Rayón. Ignacio Rayón hijo y otros*, Secretaría de Educación Pública, Colección Cien de México, México, 1985.

Clásicas

Bustamante, Carlos María de, *Cuadro histórico de la revolución mexicana. 1810*, Tomos I, II, III, IV, y V, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, ed. facs., 1985.

Gay, José Antonio, *Historia de Oaxaca*, Porrúa, Colección "Sepan Cuantos", México, 1982.

Riva Palacio, Vicente, *et al.*, *México a través de los siglos*, Tomo V, Editorial Cumbre, 17a. ed., México, 1967.

Zavala, Lorenzo de, *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, 1a. reimp., Instituto Cultural Helénico–Fondo de Cultura Económica, México, 2010.

Especializadas

Gómez Álvarez, Cristina, *El alto clero poblano y la revolución de independencia*, 1808-1821, primera reimpresión, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 2010.

Hamnett, Brian R., *Raíces de la insurgencia en México. Historia regional 1750-1824*, Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

Hamnett, Brian, *Política y Comercio en el sur de México 1750-1821*, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, México, 1976.

Herrejón Peredo, Carlos, *Morelos*, Clío, México, 1996.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Ibarra, Ana Carolina (coord.), *La independencia en el sur de México,* Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras-Instituto de Investigaciones Históricas-Dirección General de Asuntos del Personal Académico, México, 2004.

Ibarra, Ana Carolina, *Clero y política en Oaxaca: biografía del Doctor José de San Martín,* Instituto Oaxaqueño de las Culturas-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996.

Ibarra, Ana Carolina, *El cabildo catedral de Antequera, Oaxaca y el movimiento insurgente,* El Colegio de Michoacán, México, 2000.

Regionales

Barabas, Alicia y Bartolomé Miguel (coordinadores), *Etnicidad y pluralismo cultural: la dinámica étnica en Oaxaca,* Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Colección Regiones, México, 1986.

Bringas Nostii, Raúl, *Historia de Tehuacán. De tiempos prehispánicos a la modernidad,* Miguel Ángel Porrúa, México, 2010.

Dalhgren, Bárbara, *La Mixteca, su cultura e historia prehispánicas,* Ediciones del Gobierno Constitucional del Estado de Oaxaca, México, 1979.

González Leyva, Alejandra (coord.), *El convento de Yanhuitlán y sus capillas de visita. Construcción y arte en el país de las nubes.* Universidad Nacional Autónoma de México-Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, México, 2009.

Guardino, Peter, *El tiempo de la libertad. La cultura política popular en Oaxaca, 1750-1850,* Universidad Autónoma Metropolitana-Universidad Autónoma "Benito Juárez" de Oaxaca-Colegio de Michoacán-Colegio de San Luis-H. Congreso del Estado de Oaxaca, Oaxaca, México, 2009.

Hernández Jaimes, Jesús, *Las raíces de la insurgencia en el sur de la Nueva España. La estructura socioeconómica del centro y costas del actual estado de Guerrero durante el siglo XVIII,* H. Congreso del Estado de Guerrero, México, 2002

Historia general de Guerrero, El dominio español, Vol. II, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Gobierno del Estado de Guerrero-JGH editores, 1998.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Illades, Carlos (comp.), *Guerrero. Textos de su historia*, T. I, Gobierno del Estado de Guerrero-Instituto Mora, México, 1989.

López Ramos, Juan Arturo, *Esplendor de la Antigua Mixteca*, Trillas, México, 1987.

Martínez Rescalvo, Mario O. (coord.), *Tlapa: origen y memoria histórica*, Universidad Autónoma de Guerrero-Instituto de Investigación Científica Área Humanística Social y H. Ayuntamiento Municipal de Tlapa de Comonfort, México, 2000.

Martínez Rescalvo, Mario O., *La guerra de independencia en la provincia de Tlapa. Historia, Memoria Oral y Tradición Oral*, Universidad Autónoma de Guerrero-H. Ayuntamiento de Tlapa, México, 2010.

Mendoza Guerrero, Telésforo, *Monografía del Distrito de Huajuapan, Oax.*, s.p.i., México, 1981.

Miranda Arrieta, Eduardo, *Entre armas y tradiciones. Los indígenas de Guerrero en el siglo XIX*, Historia de los pueblos indígenas de México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social–Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas–Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México, 2006.

Muñoz, Maurilio, *Mixteca Nahua Tlapaneca*, Ediciones del Instituto Nacional Indigenista, México, 1963, p. 21 y Víctor Raúl Martínez Vásquez, *Movimiento popular y política en Oaxaca 1968-1986*, Conaculta, Colección Regiones, México, 1990.

Murguía y Galardi, José M., *Apuntamientos estadísticos de la provincia de Oaxaca en esta Nueva España, que comprenden dos partes, la primera sobre sus antigüedades y la segunda sobre su actual estado*, ed. facs., Ediciones bibliográficas del ayuntamiento de Oaxaca de Juárez, A. C., núm. 1, Editores Mexicanos Asociados, México, 1991.

Pastor, Rodolfo, *Campesinos y Reformas: La Mixteca, 1700-1856*, El Colegio de México, México, 1987.

Reina Aoyama, Leticia, *Caminos de luz y sombra. Historia indígena de Oaxaca en el siglo XIX*, Historia de los pueblos indígenas de México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, México, 2004.

Romero Frizzi, María de los Ángeles (comp.), "Lecturas Históricas del

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Estado de Oaxaca, Siglo XIX", vol. III, INAH-Gobierno del Estado de Oaxaca, Colección Regiones, México, 1990.

Romero Frizzi, María de los Ángeles, "Época colonial 1519-1785", *Historia de la cuestión agraria mexicana. Estado de Oaxaca*, I. Prehispánico-1924, Juan Pablos editor-Gobierno del Estado de Oaxaca-Universidad Autónoma "Benito Juárez" de Oaxaca, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, México, 1988.

Romero Frizzi, María de los Ángeles, *Economía y vida de los españoles en la Mixteca Alta*, Colección Regiones, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Gobierno del Estado de Oaxaca, México, 1990.

Rubí Alarcón, Rafael y Pavía Guzmán, Edgar, *Historia general de Guerrero. El dominio Español*, Vol. II, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Gobierno del Estado de Guerrero-JGH Editores, México 1998.

Steck Baños, Daniela, *Desencuentro. Tres culturas, dos mundos, una historia*, Palabra al Vuelo, México, 2005.

Steck Baños, Daniela, *Jamiltepec y sus alrededores: Historia, geografía y cultura regional*, Palabra al Vuelo, México, 2004.

Tibón, Gutierre, *Pinotepa Nacional. Mixtecos, negros y triques*, 4a ed., Editorial Posada, México, 1985.

Traffano, Daniela (coord.), *Reconociendo al pasado: miradas históricas sobre Oaxaca*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Instituto de Investigaciones en Humanidades, Universidad Autónoma "Benito Juárez" de Oaxaca, Oaxaca, México, 2005.

Ugalde Quintana, Israel, "La insurgencia de Morelos en la Costa chica de Oaxaca, 1810-1815", Tesis para obtener el grado de Maestro en Historia, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2011.

Biografías

"Remigio Sarabia, el 'Indio de Nuyoó'", *Nundee*, Edición especial, Huajuapan de León, julio de 1990.

Chávez Guerrero, Herminio, *General Vicente Guerrero: atrincheramientos*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

militares y algunos combates, Colección Vida y Obra, Editorial Sagitario, México, 2000.
Chávez Guerrero, Herminio, *Valerio Trujano. El insurgente olvidado*, Editorial Trillas, México, 1961.
Chávez Guerrero, Herminio, *Vicente Guerrero. El consumador*, Cultura y Ciencia Política, México, 1971.
García de Alba, Gabriel Agraz, *Mariano Matamoros Guridi: héroe nacional*, Edición del autor, México, 2002.
Ibarra, Héctor, *Nicolás Bravo: Historia de una venganza*, Ediciones Botas, México, 1952.
Lemoine, Ernesto, *Morelos y la revolución de 1810*, Gobierno del Estado de Michoacán, México, 1979.
Próspero Cardona, David, *Apunte biográfico del insurgente Don Valerio Trujano*, Confederación Nacional Campesina, México, 1943.
Ramírez Fentanes, Luis, *Guerrero*, Secretaría de la Defensa Nacional, México, 1958.
Rangel Rojas, Guillermo, *General Antonio de León*, H. ayuntamiento de Oaxaca de Juárez-H. Ayuntamiento de Huajuapan de León, México, 1997.
Rosa P, Jesús de la, *Mariano Matamoros*, Editores Asociados Mexicanos, México, 1982.
Teja Zabre, Alfonso, *Vida de Morelos*, ed. facs., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1985.

Contexto

Bonfil Batalla, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*. Random House Mondadori, 2a reimpr., México, 2006.
Carmagnani, Marcelo, *El Regreso de los Dioses: El proceso de reconstitución de la identidad étnica en Oaxaca. Siglos XII y XVIII*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
Casarrubias, Vicente, *Rebeliones indígenas en la Nueva España*, Colección Metropolitana, Departamento del Distrito Federal, Dirección de Obras y Servicios, México, 1975.
Guedea, Virginia, *En busca de un gobierno alterno: Los Guadalupes de*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

México, 1a reimpr., Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2010.
Mendoza, Vicente, *El corrido mexicano*, 10a reimpr., Fondo de Cultura Económica, Colección Popular 139, México, 2003.
Miquel y Vergés, José María, *Diccionario de Insurgentes*, Porrúa, México, 1969.
Navarro García, Luis, *Servidores del Rey. Los intendentes de la Nueva España*, Universidad de Sevilla, España, 2009.
O'Gorman, Edmundo, *Historia de las divisiones territoriales de México*, 2a ed., Porrúa, México, 1948.
Palacio, Celia del, *Adictas a la insurgencia. Mujeres en la guerra de independencia*, Punto de Lectura, Santillana, México, 2010.
Paso y Troncoso, Francisco del, *Epistolario de la Nueva España*, T. V, Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos, México, 1939.
Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta a 'El laberinto de la soledad'*, 4a ed., Fondo de Cultura Económica, México, 2009.
Reyes, Fray Antonio de los, *Arte de la lengua Mixteca*, ed. facs. de la edición de 1593, Nashville, 1976.
Taibo II, Paco Ignacio, *El cura Hidalgo y sus amigos*, Ediciones B México, México, 1a reimpr., México, 2007.
Taylor, William B., *Embriaguez, homicidio y rebelión en la poblaciones coloniales mexicanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
Villoro, Luis, "La revolución de independencia", en: *Historia general de México*, T. I, El Colegio de México, México.

Novelas

Huerta-Nava, Raquel, *El Guerrero del Alba. La vida de Vicente Guerrero*, Grijalbo-Novela Histórica, México, 2007.
Molina, Silvia, *Matamoros. El resplandor en la batalla*, Grijalbo, México, 2010.
Palacio, Celia del, *Leona*, Suma, México, 2010.
Palau, Pedro Ángel, *Morelos. Morir es nada*, Planeta, México, 2007.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Internet

http://es.wikipedia.org/wiki/Hermenegildo_Galeana
http://emexico.gob.mx/work/EMM_1/Puebla/Mpios/21045a.htm *Chalchicomula*, Enciclopedia de los Municipios de México, Puebla, http://emexico.gob.mx/work/EMM_1/Puebla/Mpios/21045a.htm

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Créditos del DVD

HERIBERTO RODRÍGUEZ
Fotografía y video

ARMANDO MARTÍNEZ
JAVIER RODRÍGUEZ
Asistente de cámara

MAYRA MONTSERRAT ESLAVA GALICIA
Coordinación del proyecto

JAVIER OTAOLA
Edición

D.G.C. TITO LIBIO MARTÍNEZ ROSAS
Diseño gráfico

DANIEL BAUTISTA SUÁREZ
GRISELDA GALICIA
DR. JAIME GARCÍA LEYVA
PROF. MAXIMINIO SÁNCHEZ
CELERINA PATRICIA SÁNCHEZ SANTIAGO
BONFILIO SANTIAGO CRUZ
MTRO. GERMÁN ORTIZ CORONEL
Traducción

ARTURO RODRÍGUEZ BAZÁN
CARMEN MARÍN MORALES
RODRIGO PÉREZ
RÓMULO ARRIAGA MORALES
VÍCTOR ZEPEDA VARGAS
Alcozauca, Guerrero

ARTURO ARIAS PASTRANA
Rezandero
HOMERO VIVAR JUÁREZ
PEDRO COMONFORT PASTRANA
APOLINAR COMONFORT VIVAR
Atlamajalcingo del Monte, Guerrero

PÁRROCO RAFAEL CORTÉS GASPAR
MARCIANO DÁVILA VÁZQUEZ
PINTOR. JAIME IGNACIO LÓPEZ
LIC. JAIME LÓPEZ JIMÉNEZ
Ometepec, Guerrero

JUAN EDGARDO ÁNGEL CAMACHO
DR. JAIME GARCÍA LEYVA
Tlapa, Guerrero

CATARINO MÉNDEZ RAMÍREZ
ERNESTO CAMACHO
Xonacatlán, Guerrero

CAMERINO BAUTISTA
Presidente municipal
MARCELINO BAUTISTA
JUAN FRANCO HERNÁNDEZ
Atatlahuca, Oaxaca

PROF. MAXIMINIO SÁNCHEZ VENTURA
PROF. OSWALDO GALICIA
ING. JUAN GÓMEZ BRAVO
Huajuapan de León, Oaxaca

BIÓL. ISRAEL PEDRO CORTÉS
BONFILIO SANTIAGO CRUZ
Nochixtlán, Oaxaca

SANTIAGO HERNÁNDEZ (PADRE)
SANTIAGO HERNÁNDEZ (HIJO)
Putla, Oaxaca

CELERINA PATRICIA SÁNCHEZ SANTIAGO
San Juan Mixtepec, Oaxaca

MTRO. GERMÁN ORTIZ CORONEL
Santa María Cuquila, Oaxaca

LUIS GRANADOS
HIPÓLITO LÓPEZ BÁRCENAS
AGUSTÍN MARTÍNEZ
Silacayoapan, Oaxaca

RAMÓN MEZA MARTÍNEZ
Regidor de acienda
ALBERTO CLAUDIO PÉREZ GASGA
Encargado del Museo Comunitario
Tututepec, Oaxaca

CRONISTA MANUEL SÁNCHEZ CRUZ †
BRUNO SOTO GARCÍA
DAVID NAVARRETE
EUGENIA RAMOS
Izúcar de Matamoros, Puebla

JUAN CHÁVEZ RAMOS
CANCIÓN DE LA INTRODUCCIÓN
Música

LOS FORASTEROS DE TLAXIACO
DE LOS HERMANOS ARREOLA
Canción: **POR UN CABO DOY DOS REALES**
Tlaxiaco, Oaxaca

EL TIGRE Y SUS COMPADRES
Canción: **LOS OPRIMIDOS**
Tilantongo, Oaxaca

CENTRO DE FORMACIÓN Y GESTIÓN
PARA EL DESARROLLO SUSTENTABLE DE LA
MIXTECA A.C.
Producción

CENTRO DE ORIENTACIÓN Y ASESORÍA A PUEBLOS
INDÍGENAS A.C. CON EL APOYO DEL **INSTITUTO**
NACIONAL DE LENGUAS INDÍGENAS (INALI)
Producción

Agradecimientos:

MUSEO DE TLAPA
Guerrero

HOTEL CORAZÓN DEL CIELO
Nochixtlán, Oaxaca

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de México,
Av. Canal del Norte No. 80, Col. Felipe Pescador, Del.
Cuauhtémoc, C.P. 06280, México, D.F., en el mes de
diciembre de 2011 con un tiro de 1 000 ejemplares.
En esta edición se utilizó papel cultural de 90g para
los interiores y couché de 250 g para los forros
La coordinación editorial estuvo a cargo de Arnulfo
Embriz, Christopher Morales y Héctor Curiel;
diseño de la publicación de Paulina Hernández
y Salvador Jaramillo. Formación Laura
Rivera.La fuente que se utilizó para la
formación fue Proforma de 11/14 pts,
9.5/13 pts y Formata 18/20pts

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

EL CONVENTO DE YANHUITLÁN
Foto: *Heriberto Rodríguez.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

EL CERRO DEL COYOTE, UNA VISIÓN ACTUAL
Foto: *Heriberto Rodríguez.*

ALTAR MIXTECO EN EL CERRO DE LA CONCEPCIÓN
Foto: *Heriberto Rodríguez.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

EL CERRO ENCANTADO VISTO DESDE EL CENTRO DE TLAXIACO
Foto: *Heriberto Rodríguez.*

CERRO DE LA PURÍSIMA
Foto: *Heriberto Rodríguez.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

CASA DE VICENTE GUERRERO, EN ALCOZAUCA
Foto: *Heriberto Rodríguez.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

UNA CRUZ EN LO ALTO DE LA MURALLA
Foto: *Heriberto Rodríguez.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

HUELLAS DE LOS ATRINCHERAMIENTOS EN LA MURALLA
Foto: *Heriberto Rodríguez.*

INALI
Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

TRINCHERAS EN EL FUERTE INSURGENTE EN SILACAYOAPAN
Foto: *Heriberto Rodríguez.*

LA TUMBA DE JUAN DEL CARMEN EN EL LUGAR DE SU MUERTE
Foto: *Heriberto Rodríguez.*

Ejemplar gratuito, prohibida su venta.

Esta obra –escrita en español y recreada con un video conteniendo testimonios en mixteco y español– trata de la participación de los pueblos mixtecos en la guerra de Independencia. En ella se cuentan las causas que provocaron el descontento de los rebeldes, la manera en que las ideas independentistas se introdujeron en la región, los primeros brotes insurgentes, los lugares donde sucedieron y la composición social de quienes participaron en ellos.

Otros temas que hallarán quienes la lean son las estrategias de las tropas insurgentes para ocupar y dominar la región en la época de mayor esplendor de su lucha; la contrarrevolución realista para recuperar el terreno perdido; las múltiples formas en que los insurgentes resistieron; las batallas más importantes cuando la lucha ya iba en decadencia; las deserciones de los españoles rebeldes junto con su tropa y el pacto que puso fin a la guerra.

Ejemplar de cortesía, prohibida su venta

INALI
INSTITUTO NACIONAL DE LENGUAS INDÍGENAS

CENTRO DE ORIENTACIÓN Y ASESORÍA A PUEBLOS INDÍGENAS